Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana....

STAR WARS
BATTLEFRONT II
ESCUADRÓN INFERNAL

CHRISTIE GOLDEN



REBELIÓN TIENE ESPERANZAS EL IMPERIO TIENE AL ESCUADRÓN INFERNAL

LA FUERZA DE ASALTO DE ÉLITE DEL IMPERIO SE ENFRENTA A UNA BANDA DE GUERREROS REBELDES DESCARRIADOS… EN UNA BATALLA DE SECRETOS PELIGROSOS Y VENGANZAS MORTALES.

Tras el humillante robo de los planos de la Estrella de la Muerte y la posterior destrucción de la estación de combate, el Imperio está a la defensiva. Pero no por mucho tiempo. Como represalia, los soldados imperiales de élite del Escuadrón Infernal han sido convocados para que lleven a cabo la misión crucial de infiltrarse y eliminar a los partisanos, una facción rebelde liderada antiguamente por un célebre combatiente de la República: Saw Gerrera.

Tras la muerte de su líder, los partisanos han continuado su extremista legado, decididos a acabar con el Imperio… a cualquier precio. Ahora el Escuadrón Infernal debe demostrar que son los mejores y acabar con los partisanos desde dentro. Pero la creciente amenaza de ser descubiertos en las filas de sus enemigos convierte una operación peligrosa ya de por sí en una prueba de fuego en la que no pueden permitirse ningún error. ¿A qué limites estará dispuesto a llegar el Escuadrón Infernal para proteger y preservar el Imperio…? ¿Y una vez alcanzados estos?



Escuadrón Infernal

Christie Golden





Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Battlefront II: Inferno Squad*

Autora: Christie Golden

Basado en los personajes y tramas desarrolladas por Motive Studios, EA, y Lucasfilm para *Star Wars: Battlefront II*

Arte de portada: Two Dots Creative Studio

Traducción: Albert Agut Iglesias

Publicación del original: julio 2017

alrededor de la batalla de Yavin

Descubre más sobre *Star Wars: Battelfront II en Battlefront2.com*

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

30.01.18

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

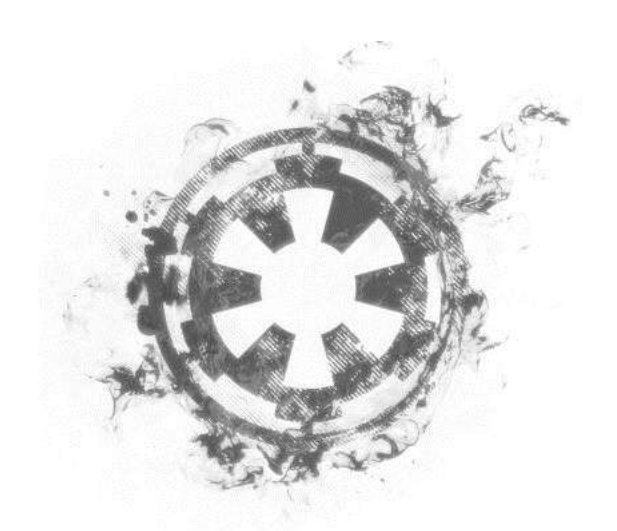
¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Este libro está dedicado al «verdadero» Escuadrón Infernal:
T. J. Ramini, «Del Meeko», Paul Blackthorne, «Gideon Hask», y en particular a Janina Gavankar, «Iden Versio», que mostró tanto entusiasmo por saber más cosas sobre este libro e Iden Versio, un personaje que ambas hemos terminado amando y admirando.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana....

CAPÍTULO 1



El firme control de las emociones era un requisito tácito que debían cumplir todos aquellos que servían al Imperio. No se regodeaban, ni se alegraban, ni lloraban, ni se enfurecían; aunque, en ocasiones, la ira más fría se consideraba una reacción apropiada ante determinadas circunstancias.

La teniente Iden Versio estaba familiarizada con aquello desde que fue lo bastante mayor para entenderlo. Aun así, en aquel momento de triunfo indiscutible y absoluto del Imperio, la joven corría por la reluciente cubierta de los pasadizos de la Estrella de la Muerte con el casco en una mano, intentando reprimir una sonrisa sin mucho éxito.

¿Por qué no iba a sonreír, al menos cuando nadie la miraba?

Cuando la destinaron al servicio en la estación espacial que en pocas horas había reducido un planeta entero a gloriosos escombros rebeldes, Iden había tenido que soportar miradas resentidas, acompañadas de murmullos en el volumen justo para que no pudiera oírlos. Pero no era necesario. Sabía lo que los demás decían de ella. Solo era una nueva versión de lo que siempre habían dicho.

«Es demasiado joven para el puesto. No puede habérselo ganado por sus propios méritos.»

«Se lo han dado gracias a su padre.»

Aquellos murmuradores mojigatos se sorprenderían si supieran hasta qué punto se equivocaban.

El Inspector General Garrick Versio era uno de los miembros de mayor rango del poderoso y hermético Departamento de Seguridad Imperial, pero Iden no había sacado nada de la ingrata tarea de ser su hija. Cada honor, cada título, cada oportunidad que había obtenido, los había peleado y los había logrado *a pesar* de su padre.

La habían preparado para la academia militar desde que era poco más que una niña, en la Escuela Preparatoria Militar para Futuros Líderes Imperiales de Vardos, su planeta, en el sistema Jinata. Allí, y después en la Academia Imperial de Coruscant, Iden se había graduado con honores y como primera de sus respectivas promociones.

Todo aquello le parecía un mero preludio para aquel momento. Desde hacía unos meses, formaba parte de una pequeña unidad de cazas TIE de élite destinada a bordo de

la que probablemente era la cúspide del diseño imperial, la enorme estación espacial conocida como Estrella de la Muerte. Y estaba muy emocionada, aunque fuese muy poco profesional.

Mientras intentaba contener su entusiasmo, pudo notar que todos los que corrían hacia sus respectivos cazas TIE también lo compartían. Les delataba el retumbar creciente de sus botas, sus espaldas rectas, incluso el brillo de sus ojos.

Aquella feliz tensión no era nada nuevo. Iden la había visto en efervescencia tras la primera prueba de las capacidades de la estación, cuando el superláser de la Estrella de la Muerte había disparado y aniquilado Ciudad Jedha. El Imperio había lanzado un devastador uno-dos en apenas unos segundos y había destruido no solo al terrorista rebelde Saw Gerrera y su grupo de extremistas, conocidos como los partisanos, sino también el antiguo Templo del Kyber, considerado sagrado por aquellos que deseaban secretamente el retorno de los deshonrados y vencidos Jedi. Ciudad Jedha había sido la primera demostración real del poder de la estación, pero solo lo sabían aquellos que servían en la Estrella de la Muerte.

Por el momento. Para el resto de la galaxia, lo sucedido en Jedha había sido un trágico accidente minero.

Tras aquello, los acontecimientos se habían desarrollado a una velocidad impresionante, como si de repente se hubiese roto una especie de equilibrio galáctico. Habían vuelto a emplear el superláser en la Batalla de Scarif y esa vez había arrasado toda una región y varias naves rebeldes atrapadas bajo su escudo. El Emperador Palpatine había disuelto el Senado Imperial. Su mano derecha, el misterioso Darth Vader, había localizado y apresado a la rebelde clandestina y ya exsenadora Princesa Leía Organa. El director de la Estrella de la Muerte, el gran moff Wilhuff Tarkin, había usado su planeta natal, Alderaan, para mostrar el verdadero alcance del poder de la estación de combate plenamente operativa.

Iden había sido testigo de ello. Todos a bordo de la Estrella de la Muerte habían recibido la orden de detenerse y mirar con sus propios ojos o por una pantalla. Con sus traicioneros actos, los rebeldes de Alderaan no solo habían causado su propia aniquilación, sino también la de aquellos civiles que parecían tan decididos a proteger. No podía quitarse la imagen de la cabeza: un planeta, todo un mundo volatilizado en cuestión de segundos. Como lo estarían pronto prácticamente todos los enemigos del Imperio. Dentro de muy, muy poco, la galaxia entendería de manera clara y definitiva lo inútil que era cualquier tipo de resistencia. Y entonces…

Entonces volvería el orden y aquella caótica y absurda «rebelión» se terminaría. Todas las horas de trabajo, todos los créditos y esfuerzos empleados en controlar y dominar varios mundos rebeldes se podrían emplear por fin para ayudarlos.

Por fin habría paz.

El suceso sería muy impactante, no había duda. Pero debía serlo y se hacía por un bien mayor. Cuando todos estuvieran bajo los auspicios del Imperio, lo entenderían.

Y aquel glorioso momento estaba a punto de llegar. Tarkin había localizado la base secreta en una de las lunas de Yavin. La base y la luna estaban a unos instantes de su destrucción.

Pero algunos de los rebeldes no estaban dispuestos a rendirse sin más.

Unos pocos se habían lanzado al espacio y en aquellos momentos estaban organizando un débil ataque contra la gigantesca estación espacial. Los treinta cazas X e Y que los rebeldes habían logrado reunir eran lo bastante pequeños para sortear las torretas defensivas de turboláser de la estación, a la que sobrevolaban como moscas. Y, como moscas, su simbólica y fútil resistencia caería arrasada por Iden y los demás pilotos, tal como les había ordenado lord Vader.

En siete minutos, la luna de Yavin y todos los rebeldes a los que había dado cobijo no serían más que desechos espaciales. Aquel era el último día de la rebelión.

Iden notaba los latidos de su corazón en sus oídos cuando saltó desde la escalerilla hasta el interior de su caza, se ajustó el traje de piloto y se puso el casco. Sus dedos enguantados volaron ágilmente sobre las consolas y revisó rápidamente las lecturas mientras realizaba las comprobaciones de vuelo. La escotilla se cerró con un zumbido y quedó atrapada en aquel vientre metálico y negro. Al cabo de unos segundos estaba haciendo piruetas en la oscuridad fría del espacio, donde el inconfundible aullido de su nave quedaba enmudecido.

Y allí estaban, sobre todo Alas-X… la respuesta rebelde a los cazas TIE. Eran unas excelentes naves monoplaza y volaban cerca del casco de la estación, aunque algunos calculaban mal las distancias y terminaban estrellándose contra las paredes de las trincheras que surcaban la Estrella de la Muerte.

«Suicidas», pensó Iden, aunque sabía que eso mismo solía decirse trincheras de los que pilotaban los cazas TIE. Porque a aquellos pequeños cazas estelares solo podías amarlos u odiarlos. El TIE era inconfundible, rápido y disponía de unos cañones láser bastante letales, aunque era más vulnerable que otras naves y no contaba con escudos deflectores. El truco era acabar con tu enemigo rápido… algo que a ella se le daba mejor que a ningún otro miembro de su escuadrón. A Iden le gustaba porque todo estaba a mano: los controles de vuelo, los visores, los sistemas de puntería, los equipos de rastreo y antirrastreo.

Escuchó los familiares pitidos del equipo mientras fijaba su blanco en uno de los Ala-X. Balanceó su nave lateralmente mientras la embarcación enemiga maniobraba en un encomiable, aunque finalmente vano, intento por escapar.

Disparó. Unos láseres verdes atravesaron el Ala-X que saltó en pedazos con una intensa llamarada.

Un rápido recuento en su pantalla le dijo que sus compañeros también estaban diezmando la jauría de rebeldes. Frunció levemente el ceño al ver los puntitos luminosos de su pantalla. Algunos se estaban desviando del grupo y se lanzaban hacia la Estrella de la Muerte, mientras otros parecía que intentaban alejar a sus TIE de la estación. Iden vio un Ala-Y, aquellas naves enemigas le recordaban al esqueleto de un ave de presa, y la

siguió rodando sobre sí misma y colocándose a un lado. Nuevas ráfagas verdes cortaron la oscuridad estrellada y la nave desapareció.

Su mirada se desvió ahora hacia los más suicidas entre los cazas enemigos que descendían hacia las zanjas. Que ella supiera, nadie había contado a ninguno de los seis pilotos de su escuadrón *por qué* los rebeldes habían adoptado la peculiar táctica de volar por las trincheras. Iden había crecido recibiendo la información a medida que la necesitaba, ya fuera desde a qué se dedicaba exactamente su padre en el Imperio hasta lo que estaba diseñando ese día su madre o incluso lo que tendrían para cenar. Se había habituado a aquello, aunque no le gustase.

—Atención, pilotos —oyó la voz de su comandante, Kela Neerik, en su oído y por un breve y maravilloso instante creyó que iba a explicarles qué estaba pasando, pero solo les dijo—. La Estrella de la Muerte está a seis minutos del objetivo.

Iden se mordió los labios, preguntándose si debía hablar. «No, no», se dijo, pero las palabras tenían vida propia. Sin darse cuenta, ya se le estaban escapando.

—Con el debido respeto, comandante, si solo faltan seis minutos para la destrucción de toda la luna, ¿qué hacemos aquí? Es evidente que treinta naves monoplaza no le van a causar ningún daño a la Estrella de la Muerte en tan poco tiempo.

—Teniente Versio —la voz de Neerik fue fría como el espacio—, no crea que la posición de su padre le concede ningún privilegio. Estamos aquí porque lord Vader nos ha *ordenado* que lo estemos. Quizá quiera preguntárselo personalmente cuando regresemos a la estación. Estoy segura que estará encantado de comentar su estrategia militar con usted.

Iden sintió un nudo en el estómago al imaginar una charla «personal» con lord Vader. No lo conocía en persona, afortunadamente, pero había oído rumores espeluznantes.

—No, comandante, no será necesario.

—Eso pensaba. Cumpla con su deber, teniente Versio.

Iden frunció el ceño, pero decidió ignorarlo. No era necesario entender a los rebeldes, solo destruirlos.

Como si pudieran sentir su renovada determinación, los pilotos rebeldes frieron a por todas. Vio un fugaz destello y cuando se giró para mirarlo se dio cuenta, horrorizada, que los cascotes que volaban por todas direcciones eran negros.

No sabía quién acababa de morir. Los cazas TIE eran tan iguales entre sí que resultaban prácticamente indistinguibles. Sus pilotos no debían tenerles el afecto que se sabía que sentían los rebeldes por sus cazas. Una nave solo era una nave, nada más. Y ella entendía que, para el Imperio, un piloto solo era un piloto, tan prescindible e intercambiable como las naves que pilotaba.

«Todos estamos a las órdenes del Emperador», le había inculcado su padre desde que era lo bastante mayor para comprender lo que era un emperador. «Nadie es indispensable.» Iden ya había visto caer naves imperiales antes, lógicamente. Aquello era una guerra y ella una soldado. Aunque no fuera *indispensable*.

La media sonrisa que había esbozado gran parte del combate se esfumó y frunció los labios con ira. Se desvió, quizá demasiado violentamente, hacia la derecha y apuntó a otro Ala-X. En solo unos segundos, este estalló en una bola de fuego amarilla y naranja.

—Te pillé… —masculló.

—Sin comentarios, Versio —le advirtió Neerik, alzando ligeramente la voz, aunque más cordialmente—. Lord Vader va a concedernos el honor de unirse a nosotros dentro de poco. Sus pilotos y él se concentrarán en los elementos hostiles que surcan la zanja del ecuador. Todas las restantes unidades tienen órdenes de redirigir sus ataques hacia las naves rebeldes del perímetro magnético.

Iden estuvo a punto de lanzar un grito de protesta, pero se contuvo a tiempo. Era evidente que, por algún motivo *aún desconocido para el escuadrón*, aquella táctica desconcertante de los pilotos rebeldes estaba generando mucha preocupación. Lord Vader jamás se molestaría en ocuparse personalmente de ellos si no fuera así.

Prácticamente todo lo que sabía de Darth Vader eran meras especulaciones. La única excepción era una confesión de su padre, en uno de aquellos raros momentos en los que se mostraba menos taciturno de lo habitual con su única hija.

—Lord Vader tiene un gran poder —le había dicho—. Posee unos instintos y reflejos prodigiosos. Y… ciertas habilidades que nuestro Emperador considera enormemente valiosas.

Sí. Vader les sacaba una cabeza a todos los demás… literalmente y en sentido figurado. Pero no eran los amigos de Vader los que estaban muriendo en aquella batalla e Iden ardía en deseos de ser quien se vengase de los rebeldes.

Lanzó un resoplido con la certeza de que podrían oírla y dejó de seguir al Ala-X, frunciendo el ceño al ver un láser rojo pasando peligrosamente cerca de las frágiles alas de su caza. Aquello había sido culpa suya, por desconcentrarse.

Remedió su descuido de inmediato, alejándose de la estación hacia un par de Alas-Y que intentaban, con éxito, llamar su atención. En cualquier otro momento, se habría divertido jugando con ellos, eran unos pilotos bastante decentes, aunque los de los Alas-X eran mejores, pero estaba demasiado cabreada.

Apuntó al Ala-Y más próximo, fijó el blanco y lo voló en pedazos. Ver los restos del caza estelar volando por el espacio fue una pequeña compensación por las muertes de sus compañeros.

—La Estrella de la Muerte está a dos minutos de su objetivo. Mantened la distancia con el planeta.

Entendió que aquel era el motivo por el que Neerik hacía la cuenta atrás. Iden debía reconocer que el piloto del otro Ala-Y era valiente, aunque insensato. Su nave se alejaba ahora de la Estrella de la Muerte a toda velocidad. ¿Volvía hacia la luna de Yavin, decidido a morir noblemente con su base, o solo intentaba escabullirse?

«Ni hablar», pensó Iden y siguió con su persecución. Colocó la nave en su punto de mira y disparó. No redujo la velocidad cuando estalló, se limitó a ascender y pasar sobre

la bola de fuego y los escombros. Se ajustó el arnés de seguridad e hizo descender suavemente su TIE hasta colocarlo frente a otro Ala-Y para lanzar un disparo perfecto.

Tras la nave se alzaba la pálida luna que era la Estrella de la Muerte, con sus gigantescas dimensiones el caza rebelde le recordó a uno de los juguetes con los que le dejaban jugar de niña. El Ala-Y volaba hacia Yavin tan rápido como podía, virando erráticamente lo bastante para que Iden frunciese el gesto al intentar fijarlo en su blanco.

Un repentino resplandor intenso llenó todo su campo de visión.

Momentáneamente cegada, se zarandeó violentamente, con su caza TIE cayendo fuera de control. Al recuperar la vista, se dio cuenta de que volaban tantos cascotes hacia ella como si hubiera aparecido de repente en un campo de asteroides. Su concentración, siempre tan intensa, alcanzó una precisión de láser mientras maniobraba y los esquivaba frenéticamente, sorteando los restos más grandes y deseando con todo su ser que los cazas TIE tuvieran escudos.

Dio media vuelta a la nave y la lanzó en picado, respirando profunda y regularmente el oxígeno que seguía fluyendo. Pero en lo más hondo de ella sabía que solo era cuestión de tiempo. Había demasiados escombros, algunos del tamaño de cápsulas de salvamento, otros pequeños como puños, y estaba rodeada de ellos. Los pedazos más pequeños ya estaban magullando su TIE. Antes o después, impactaría con uno de los grandes y tanto la teniente Iden Versio como su nave quedarían reducidas a pedazos esparcidos por lo que quedase de la luna de Yavin.

No sabía cómo, pero había terminado acercándose demasiado al objetivo de la Estrella de la Muerte y había quedado atrapada en el caos que siguió a su destrucción… justo aquello sobre lo que su comandante le había advertido.

Pero ¿cómo era posible?

—*Mayday, mayday* —gritó Iden, incapaz de mantener un tono sereno mientras maniobraba desesperadamente para evitar el desastre—. Aquí TIE Sigma Tres, solicito ayuda. Repito, al habla el TIE Sigma Tres, solicito ayuda. ¿Me reciben? Cambio.

Silencio. Un silencio frío, absoluto y terrorífico.

Y lo inevitable terminó sucediendo.

Algo impactó contra el TIE, fuerte. La nave dio una sacudida y salió dando tumbos en otra dirección, pero no estalló. Un pedazo de una de sus finas alas pasó por el campo de visión de Iden y esta entendió que había perdido por completo el control de su nave.

Otros entrarían en pánico, o llorarían, o clamarían al cielo. Pero a Iden la habían educado para no rendir*se jamás* y en aquel momento agradeció lo implacable que se había mostrado su padre. La nave daba tumbos y, dado que no podía hacer nada por detenerla, dedicó unos segundos a la contemplación.

La expectativa de una muerte violenta, posiblemente dolorosa y larga no la asustaba demasiado, pero lo que vio en aquellos segundos la aterrorizó hasta la médula.

La luna azul y verde de Yavin. Completamente intacta.

«¡No puede ser!»

Recordó el estremecedor silencio en su comunicador. Entonces lo supo y, en cuanto su cerebro asimiló algo que se suponía que era imposible, que nadie había imaginado siquiera que fuese *posible,* reconoció los cascotes que intentaba desesperadamente esquivar.

Eran de fabricación imperial.

«Imperiales.»

Pedazos de la mayor estación de combate que…

Un grito ahogado de incredulidad hizo estremecer su cuerpo. Iden Versio apretó los dientes para reprimir un segundo arrebato, cerrando los labios para atraparlo en su interior.

Era una Versio y los Versio no se dejaban llevar por el pánico.

La destrucción de la Estrella de la Muerte era la brutal e irrevocable constatación de que lo imposible era ahora posible. Y eso significaba que podría salir viva de allí.

E iba a hacerlo.

Logró recuperar el control y analizó la situación con una claridad diáfana, prácticamente dolorosa.

Por suerte, el impacto de los cascotes no solo le había dañado el ala, sino que también la había propulsado hacia la luna y, sin la atracción de la masa de la Estrella de la Muerte como contrapunto, la gravedad del pequeño satélite de Yavin estaba tirando de ella. No podía decidir dónde iba, pero podía maniobrar. Pasó a la ofensiva, su táctica preferida, pero esta vez no para luchar contra una nave rebelde. Ahora sus enemigos eran los escombros que volaban hacia ella.

Giró hacia la superficie de la luna, disparando y reduciendo a pedazos todo lo que se le ponía por delante. Aquellas cosas le salían con mucha naturalidad, así que dejó que una parte de su mente se centrase en cómo afrontar la reentrada en la atmósfera, el posterior aterrizaje forzoso y su eyección.

Después tendría que evitar ser capturada, robar una nave y huir con ella, suponiendo que lograra aterrizar de una pieza en la luna de Yavin.

Y allí estaba otra vez, aquel escalofrío de pánico, animal y primitivo, oprimiéndole la garganta. Tragó saliva mientras un sudor frío le empapaba el cuerpo…

«…bajo mi uniforme de oficial imperial…»

«…bajo mi casco de piloto de caza TIE…»

Volvió a respirar hondo. La reserva de oxígeno era limitada, pero era preferible usarla en aquel momento para que la ayudase a concentrarse que cuando ya fuese presa del pánico.

Por lo que sabía, era la única superviviente entre más de un millón de víctimas de aquel acto de terrorismo rebelde. *Debía* sobrevivir, aunque solo fuera para honrar la memoria de los que no lo habían hecho. Los que no habían perseguido a su enemigo en un equivocado acto impulsivo que le había regalado una segunda oportunidad en la vida.

Encontraría la manera de regresar al espacio imperial, dispuesta a seguir luchando contra la Alianza Rebelde tanto como fuera necesario para eliminar hasta el último de aquellos bastardos.

Con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados por la determinación, Iden Versio se preparó para un aterrizaje movidito.

CAPÍTULO 2

—¿Que está… *qué*?

El joven teniente Gideon Hask, veintisiete años, alto, elegante, único superviviente de una orgullosa familia de oficiales imperiales de alto rango, solía ser tranquilo y frío, como debía. Nunca reaccionaba bruscamente, a no ser que fuese necesario tomar medidas enérgicas, *y* su voz era bien modulada y sonora. Una voz hecha para dar órdenes, como siempre había pensado.

Pero ahora aquella voz tersa delató su alegría al quebrarse en la última palabra.

El Inspector General… no, Hask se corrigió, lo habían ascendido en los últimos días. El *Almirante* Garrick Versio le había convocado, sin más explicaciones, en el Distrito Federal de la Ciudad Imperial de Coruscant. En aquel momento el almirante estaba frunciendo levemente las cejas con desaprobación por el desliz de Gideon en su talante profesional. Pero, extrañamente, a este no podía importarle menos.

—Le he dicho —repitió el Almirante Versio, con un punto de impaciencia— que la teniente Versio está viva.

Gideon se tambaleó muy ligeramente y se tuvo que sujetar a una esquina del reluciente escritorio negro ante el que estaba sentado el almirante… y mejor amigo de su padre.

«Iden está viva.»

—¿Cómo demonios…? —al ver la ceja arqueada del almirante, Gideon dedicó un segundo a recobrar la compostura. Se soltó de la mesa y se enderezó respirando hondo—. ¿Cómo es eso posible, señor? Nos informaron que todos los que iban a bordo de la Estrella de la Muerte habían muerto.

Solo habían pasado tres días desde aquel desastre inconcebible, la destrucción del arma más poderosa que la galaxia hubiera conocida jamás, y el Imperio aún se tambaleaba. Nadie lo reconocía, por supuesto, y era fácil tomar toda aquella incredulidad, conmoción y dolor y moldearlos como un pedazo de arcilla para darles forma de odio y furia fría. La venganza… no, nada tan miserable; hacer *justicia* por las muertes de centenares de miles era ahora lo importante. Los muertos serían vengados y honrados, no llorados.

Aunque… Gideon había llorado por Iden, en privado y cuando no estaba de servicio. Había conocido a la familia Versio cuando lo mandaron a la Escuela Preparatoria Militar para Futuros Líderes Imperiales de Vardos. El planeta era un mundo del sistema Jinata, célebre por su fidelidad al Imperio. Este sistema era elogiado en todo el Imperio por su eficaz control de los mundos que incluía. El propio Garrick Versio, de joven, se había encargado personalmente de que Vardos se uniese al Imperio. Lo había hecho bien y sin violencia, por lo que la población los adoraba tanto a él como al Imperio. En muchos sentidos, Vardos *eran* los Versio.

Gideon, natural de Kuat, había quedado huérfano a los diez años, cuando un infiltrado rebelde había hecho detonar una bomba en los astilleros de su planeta. Sus padres habían muerto en el atentado. Gideon también había llorado su perdida… también en privado y cuando no estaba de servicio, a solas en su habitación de su casa de Kuat, ahora demasiado grande, durante los pocos días que su tutor legal necesitó para matricularlo en la escuela.

Su tutor había considerado que la escuela sería un sustituto adecuado para sus padres. No lo había sido, por supuesto, pero con el tiempo Gideon había llegado a agradecer que le hubieran obligado a madurar y las cosas valiosísimas que le habían enseñado. Y… había conocido a Iden. Aunque iba varios cursos por detrás, le habían pedido que estuviese pendiente de ella y había terminado respetándola. No se podía negar que era una Versio, con aquella determinación feroz y sobresaliendo desde pequeña. Más adelante, coincidieron también en la Academia Imperial de Coruscant… y allí era Iden la que vigilaba a Gideon.

Aquella historia compartida les convertía en algo menos que amigos, porque como les había inculcado la directora Gleb, una aqualish, los jóvenes imperiales no tenían «amigos», tenían «aliados»… aunque eran algo más que simples compañeros. Gideon e Iden mantenían una competencia intensa pero respetuosa y sorprendentemente amigable. Iden le había superado prácticamente siempre en todo, pero eso no había disminuido su aprecio por ella. La excelencia de Iden solo estimulaba la suya propia. Como el par de hermanos que en realidad no eran, luchaban por el reconocimiento. Le dolió cuando ella recibió el codiciado destino en la Estrella de la Muerte, mientras él, cinco años mayor y más experimentado, se tuvo que contentar con aquel escuadrón de TIE que iba a bordo del *Avance*.

Hasta aquel preciso instante había visto aquel destino como la sentencia de muerte para Iden. Era incapaz y además no quería compartir su tormento con nadie; casi todos sus conocidos habían perdido amigos o familiares en la Estrella de la Muerte, pero nadie parecía tan destrozado como él. Le había costado lidiar con el vacío que Iden Versio había dejado en su universo. Haber perdido la única presencia constante durante una década de su vida de aquella manera, le había afectado mucho más de lo que preveía.

Y ahora aquella revelación le había devuelto las fuerzas. Iden estaba viva. No podía ocultar su alegría contenida por lo que el Almirante Versio suspiró sonoramente y le dijo, en un tono punzante.

—*Por supuesto,* todos los que estaban físicamente en la estación murieron en aquel trágico suceso. Pero lord Vader, la teniente Versio y un puñado más *no* estaban en la estación. En aquel momento ella estaba en su TIE.

Con cautela, Gideon dijo:

—Entonces tenemos algo que agradecer en medio de esta tragedia.

—Debo reconocer que celebré enterarme de la noticia.

Aquella confesión sorprendió a Gideon… era muy poco común en el almirante. Pero hizo caso omiso y optó por preguntar:

—¿Qué pasó?

—Según su informe, el caza de la teniente Versio quedó inutilizado por la explosión. Ella lo maniobró hasta estrellarlo en la superficie de la cuarta luna de Yavin, eyectándose antes del impacto. Evitó ser detectada y le robó a los rebeldes una de sus naves hiperespaciales. En cuanto llegó a espacio imperial se identificó. La han interrogado a fondo y se está recuperando en Hosnian Prime.

Gideon sonreía cuando el almirante terminó, pero se reprimió y obligó a su cara a recuperar una expresión más neutra. «Claro, justo lo que haría Iden.»

—Impresionante. Da testimonio de su entrenamiento, señor —dijo.

—No tan impresionante —objetó Versio—. La teniente Versio nos ha informado de que están haciendo grandes celebraciones —la voz del almirante delataba su desprecio—. No tiene demasiado mérito eliminar a un puñado de guardias borrachos.

Aunque conocía al Almirante Versio de toda la vida, Gideon nunca le había visto mostrarse efusivo por nada, excepto por la gloria del Imperio, así que se encogió de hombros para darle a entender que no acababa de creerse que hubiese sido tan sencillo. Los rebeldes, tras su impactante y repugnante victoria, habían demostrado de repente ser una fuerza a tener en cuenta. Gideon no podía imaginar que descuidasen sus guardias y bebieran de servicio, ni cuando le asestaban un gran golpe al enemigo. Era consciente que Versio también lo sabía y que el almirante solo estaba siendo, bueno… el almirante.

Le había dicho que Iden se estaba «recuperando», lo que significaba que había sufrido heridas.

Se le ocurrió algo. Titubeó, pero terminó preguntándolo.

—¿Y…? ¿Su madre…?

—Zeehay Versio ha sido informada —el tono cortante de aquellas palabras fue una advertencia, que Gideon tuvo la sensatez de atender.

Los Versio se habían divorciado cuando Iden tenía cinco años y Gideon no había conocido a la madre de Iden. Esta no hablaba mucho de ella, aunque sabía que mantenían el contacto. Recordaba que la última vez le había dicho que no estaba bien, pero no habían vuelto a hablar del tema. Zeehay era una primera figura de la Coalición por el Progreso y, al menos hasta su reciente enfermedad, viajaba de mundo en mundo diseñando edificantes carteles imperiales que adaptaba a los gustos de cada cultura. Gideon no admiraba a nadie más que al hombre que tenía delante en aquel momento,

pero era capaz de imaginarse lo que debía ser estar casado con él, sobre todo dada la naturaleza artística de Zeehay.

Iden había heredado de su madre la curiosidad, una cálida piel tostada y el pelo negro, pero su potente barbilla y personalidad le venían claramente del padre.

—Le agradezco que me lo haya comunicado, señor —dijo Gideon—. Pero… estoy bastante seguro que no me ha hecho venir desde el *Avance* solo para decirme que la teniente Versio está bien.

—No, así es, pero de eso ya hablaremos mañana a las nueve horas, en mi oficina. También asistirán la teniente Versio y otras dos personas. Le he reservado alojamiento en el Diplomat. Por favor vaya allí directamente y no hable con nadie. Puede retirarse, teniente.

Normalmente, Gideon se habría limitado a saludar y marcharse, pero aún le quedaba alguna pregunta en el tintero:

—¿Señor? ¿No podría hablar con Iden?

Versio arqueó sus cejas grises.

—Ya le he dicho que se reunirá con nosotros mañana por la mañana.

—Lo sé, señor, pero… si da su permiso, me gustaría hablar con ella.

Versio lo examinó un momento y asintió.

—Muy bien, le mandaré las coordenadas. Puede contactar con ella en cuanto haya llegado a su habitación.

Gideon no necesitó preguntarlo, ya sabía que su conversación sería grabada.

Todo lo que tenía que ver con Garrick Versio estaba permanentemente supervisado.

En circunstancias normales, le habrían dado la habitual habitación para oficiales visitantes en los barracones, pero quedaba claro que lo que el almirante quería hablar con su hija y él, fuera lo que fuera, era alto secreto… igual que la identidad de aquellas *otras dos personas*.

Tampoco es que le importase el cambio de escenario, dentro del confort de la lanzadera VIP que le llevaba hasta uno de los niveles más altos de la ciudad-mundo: el 5120, a poca distancia de la oficina de Versio en el cuartel general del Departamento de Seguridad Imperial, en pleno Distrito Federal.

El ascensor se abrió en una planta donde había una sola puerta. Se percibía que en algún momento del ilustre pasado del hotel, aquella intimidad prácticamente absoluta había sido muy apreciada. Junto a la puerta había un guardia, muy rígido en posición de firmes.

—Su identificación, señor —le dijo secamente. Divenido, Gideon le dio su cilindro de código. El guardia lo escaneó con un pequeño aparato manual, dio unos pasos y apretó la palma de su mano contra el cuadro-lector de la puerta. Esta se abrió con un siseo a una oscuridad fría.

—Bienvenido, teniente Hask. Estaré aquí fuera —le dijo el guardia—. Llámeme por el comunicador si necesita algo.

—Gracias —contestó Gideon y entró. La enorme suite se iluminó para darle la bienvenida. Era lujosa pero austera. Todo el fondo era cristal reforzado. Gideon sabía que la planta más alta del hotel estaba por encima de la capa de nubes de la ciudad, pero aquel piso quedaba por debajo, por lo que permitía ver el ajetreo de Coruscant.

Las únicas notas de color en la habitación, por lo demás totalmente blanca y negra, eran los cuadros. Carteles de reclutamiento cuidadosamente enmarcados en los que vio imágenes de hombres y mujeres orgullosos, soldados de asalto y oficiales imperiales sobre fondos de distintos mundos. No era aficionado al arte, pero por un momento se preguntó si serían obra de Zeehay Versio. La joven que miraba las estrellas, absorta, en una de las ilustraciones se parecía a Iden.

Con la mochila colgada al hombro, recorrió el salón principal de la suite, con sus sofás, sillas y mesa blancos y negros, y eligió un dormitorio al azar. Silbó débilmente y la puerta se abrió lateralmente. Era una habitación enorme para los estándares militares.

—Bonita —murmuró—, muy bonita —dejó la mochila sobre la cama, pulcramente hecha, y fue hacia el holoproyector que había sobre una mesita. Introdujo las coordenadas y esperó lo que le pareció una eternidad, aunque realmente fueron apenas unos segundos.

Iden apareció ante él en una miniatura gris-azul, pero incluso en forma holográfica pudo ver que tenía la cara hinchada y restos de un moratón en la sien.

Ella abrió los ojos como platos.

—¡Gideon!

Siempre le llamaba por su nombre, excepto cuando estaban de servicio. No lo hacía con nadie más, ni siquiera con su padre. Y ya hacía mucho que Gideon se había habituado a que todos le llamasen Hask. Su nombre era algo privado, entre ellos dos.

—¡Iden! —se dio cuenta que estaba sonriendo—. No pensaba… me *acabo* de enterar. Me… me alegro tanto de verte.

Ella sonrió débilmente.

—Y yo de que puedas verme.

—¿Estás bien?

Se puso seria.

—Un poco magullada, pero el tanque de bacta ha solucionado lo más serio. Intento descansar pero, la verdad, no consigo dormir.

Todo aquello pendía sobre ellos, aquella cosa de la que no podían hablar, de la que probablemente no debían hablar… aunque necesitasen hacerlo.

Gideon esperó pacientemente. Iden había estado más cerca de todo aquello que él. Estaba sentada en la cama de un medicentro, apoyada sobre las almohadas, y era evidente que sostenía el holoproyector frente a ella con las manos. Ella miró hacia otro lado y de nuevo a él.

—Más de un millón de personas. Tan rápido. Muertos, sin más.

Gideon asintió en silencio e intentó buscarle algo positivo.

—Pero *tú* no has muerto. Has tenido mucha suerte de haber sobrevivido.

Iden esbozó una de sus sonrisas torcidas e hizo una leve mueca, estaba claro que aquel gesto le dolía.

—Claro.

—No empieces —le espetó Gideon—. Has tenido suerte y yo me alegro. Y tus padres también. Hoy he visto al almirante e incluso me lo ha dicho —exageraba un poco, pero no dejaba de ser cierto.

Iden le restó importancia.

—Bueno… piensa en todos los que hemos perdido. Esto tendrá unas repercusiones espantosas. Algunos de los mejores hombres del Imperio iban a bordo de esa estación: el gran moff Tarkin, el coronel Yularen… tantos hombres y mujeres buenos. Al Imperio le iría mejor si hubiesen sobrevivido otros en vez de yo. Solo soy una piloto de TIE.

Iden suspiró y se frotó un ojo con el canto de la mano.

—Al menos, Darth Vader sí sobrevivió —añadió.

—Bueno, tú también y me alegro. Te conozco, Iden. Trabajarás para que esa supervivencia sirva de algo.

Gideon se inclinó hacia delante cruzando los brazos sobre la mesita.

—Bueno, cuéntame qué pasó. ¿Cómo te salvaste?

A años luz de distancia, aún en la cama de un medicentro, dolorida y asqueada por la culpa, Iden se permitió una distracción. Le contó el accidente, que se había herido pero había podido entablillarse con lo que había encontrado entre los restos de la nave. Que caminó varios klicks entre el denso e inquietante verdor de la jungla. Que evitó ser detectada, excepto por un solo rebelde, al que eliminó antes de que pudiera dar la voz de alarma. Que después se había colado en una nave de carga y había puesto rumbo al sistema imperial más cercano.

—Nada demasiado excitante —dijo—. Primeros auxilios, caminar, robar una nave y recuperarme aquí. Nada de batallas espaciales.

«Nunca presumas», le había dicho su padre. «Limítate a cumplir tu cometido. Después deja que los demás se enteren y reacciona como es debido.»

—No, nada destacable. Solo colarte en una de las principales bases rebeldes y robar una nave ante sus narices —comentó Gideon—. Aparte —añadió, más taciturno— de haber sobrevivido a la Estrella de la Muerte.

Iden sintió como si se replegara sobre sí misma. No quería imaginarlo, ni pensarlo siquiera, porque no quería perder el control. La teniente Iden Versio no podía permitírselo delante de nadie… ni siquiera Gideon.

—¿Te has enterado de cómo lo hicieron los rebeldes? —preguntó Gideon. Se le solía dar bien interpretar sus reacciones, pero Iden sabía, por experiencia, que resultaba

complicado ver las expresiones y el lenguaje corporal por holograma. No tuvo más remedio que contestar.

—Algo sobre unos planos robados de la estación —dijo.

—Es más que eso. Iden… es espantoso —él bajó la vista al suelo por un instante. Cuando levantó la cabeza, a pesar de la distorsión, el tamaño reducido y el color de su cara, Iden vio que los ojos de Gideon ardían con una ira que sospechaba que llevaba tiempo contenida—. Uno de los científicos que participó en el diseño de la Estrella de la Muerte… la construyó con el fin de que fuera destruida.

Iden se puso tensa.

—Explícate —le dijo fríamente.

—Lo tenía todo planeado desde el principio. Desde hacía años. Generó una inestabilidad en el reactor. Debajo del reactor principal, bajo la zanja del ecuador, había un pequeño tubo de escape térmico. Esa maldita cosa solo medía dos metros de ancho, pero esa obertura conducía directamente al reactor principal.

Iden se estremeció mientras aparecía una escena ante sus ojos: los Ala-X y los Ala-Y lanzándose hacia la zanja, descendiendo, surcándola, descendiendo más…

—Torpedos de protones —dijo. Tenía que ser eso. El pozo estaba protegido contra rayos, porque cualquier atacante cuerdo lo habría probado con fuego de láser.

—¡Exacto! ¿Cómo lo has…? —se quedó callado—. Disculpa.

Iden hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Continúa.

—Bueno, resulta que el impacto directo provocó una reacción en cadena.

—Y la Estrella de la Muerte explosionó —Iden sintió un escalofrío. «Por eso los rebeldes mandaban naves tan pequeñas. Por eso iban hacia las zanjas. Y nosotros, en nuestra confortable e inexpugnable estación, o en nuestros buenos cazas… creíamos que solo se pavoneaban en un desafiante gesto final…»

—Corren rumores de que robaron los planos en Scarif —prosiguió Gideon—. Por eso se libró la batalla.

—Pero han muerto, ¿no? —el tono de Iden fue áspero—. ¿Los rebeldes? ¿En Scarif?

—Sí. Aunque pudieron transmitir los planos a…

—Pero ¿murieron?

Hask se encogió ante la intensidad de Iden, pero contestó.

—Sí, murieron.

—Bien, me alegro. Debían morir. Debían morir *todos* por lo que hicieron. Pero la senadora Organa huyó —pronunció el nombre de la princesa traidora como un epíteto y respiró hondo—. Gideon, ella estaba en Yavin al mismo tiempo que yo.

Y Gideon lo entendió y su cara de rasgos fuertes le mostró su comprensión.

—Sí, lo estaba —admitió con cautela—. Y tú tenías que salir viva de allí, no ejecutar a ningún rebelde. Estabas herida, Iden. Bastante, por lo que veo… por holo. Nadie se mete en un tanque de bacta solo para darse un chapuzón.

Iden se dio cuenta de que estaba sonriendo. Le fastidiaba que Gideon la conociera tan bien… pero también la reconfortaba.

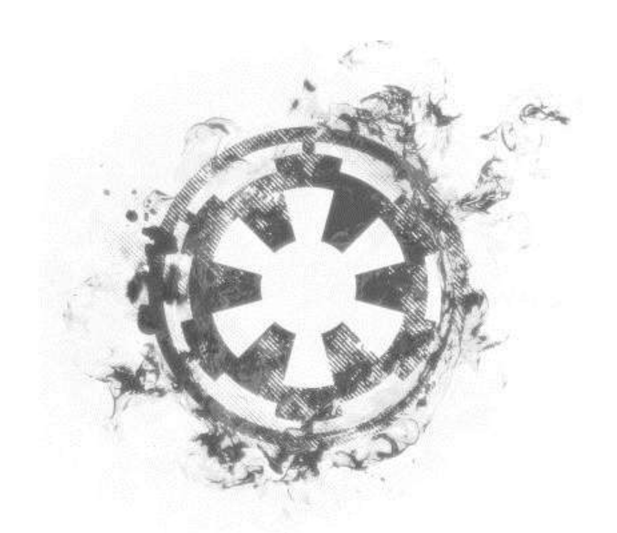
—Los atraparemos, Gideon —no era una simple afirmación. Era un juramento—. Se lo haremos pagar. Aplastaremos a la rebelión. Haremos justicia por este… este acto terrorista.

Gideon sonrió, aquella sonrisa fina de labios apretados que evidenciaba que estaba pensando y que a Iden le gustaba tan poco ver, aunque en aquel momento la agradeció.

—Oh, claro que sí. Y presiento que los dos formaremos parte de ello.

—Más nos vale que sí.

CAPÍTULO 3



El teniente comandante Del Meeko pilotaba el T-4a de clase Lambda hacia la ecumenópolis marrón-gris-plateada que era Coruscant. En el pasado había sido su hogar, pero hacía mucho que no volvía por allí. La vista entre las nubes blancas que ofrecían atisbos tímidos de un mundo prácticamente artificial despertaba la nostalgia y le resultaba extrañamente reconfortante. Y eso era bueno porque, desde que había recibido aquella misteriosa convocatoria, el exjefe de ingeniería del destructor estelar *Implacable* tenía los nervios de punta.

Se había incorporado al servicio aquella misma mañana, con cara de sueño, como siempre antes de su primera taza de caf, y se había encontrado a su equipo esperándolo en Ingeniería. La teniente Naylyn Bashan, su subordinada inmediata, le había dicho que le esperaba un mensaje en su oficina. «De máxima prioridad», le había dicho, como si no pudiese contener las palabras. Tanto ella como el resto del equipo de Ingeniería habían hecho todo lo que podían por no mostrarse alarmados y Meeko, por supuesto, había correspondido al esfuerzo haciendo lo mismo. Todos sabían que tras la destrucción de la Estrella de la Muerte nada, absolutamente *nada*, volvería a ser lo mismo. Y todos estaban preparados para lo peor.

La cara del almirante Dayun, siempre rubicunda, se sonrojó al hablar.

—Te han destinado a otro lugar, Del —le dijo, usando el nombre de pila del jefe de ingenieros, en vez de su rango, lo que demostraba lo mucho que aquello le había trastocado—. El almirante Garrick Versio ha solicitado específicamente tu presencia.

Y parecía que aquello era todo lo que le iban a explicar. En la relativa intimidad de la lanzadera, Naylyn había probado distintas variaciones del «qué demonios está pasando». Del no tenía nada que contarle, así que había optado por explicarle historias sobre su primera experiencia en la nave y las clásicas novatadas que sufría la «carne de nerf», los recién incorporados al equipo. Pero ahora, con Coruscant llenando su parabrisas, los dos quedaron callados.

Hasta que Naylyn dijo:

—Del… ¿Crees que esto tiene algo que ver con que te destinasen a Scarif?

Del reprimió una mueca. Al principio de su carrera fue soldado, no ingeniero. Había iniciado su servicio imperial como soldado de asalto y ya había cumplido con su cuota de batallas. Después, había servido como soldado costero en aquella base imperial, considerada entonces como unas vacaciones pagadas. La mayoría de amigos que había hecho durante aquella época seguían destinados allí cuando se produjo el ataque rebelde.

Ninguno de ellos había sobrevivido.

—Yo también me lo pregunto —admitió—. Pero no se me ocurre por qué. Eso fue hace mucho.

—Están reorganizando muchas cosas —le dijo Naylyn. Y añadió, tras carraspear—. Hay muchos puestos que cubrir.

—Estoy al servicio del Imperio —dijo Del, la respuesta habitual, aunque en su caso también era verdad—. No tengo la menor idea de qué va esto, si la tuviera… bueno, podría contártelo, pero después tendría que…

Se rieron por aquel viejo chiste y la atmósfera se relajó. Del maniobró la lanzadera para descender, rozando las nubes blancas que aquí y allá atravesaban las torres de los rascacielos de duracreto, con sus relucientes ventanas de cristal reforzado reflejando la luz. Bajo las nubes, la nave se adentró en el peligroso y rápido tráfico que abarrotaba permanentemente el espacio sobre el mundo-capital del Imperio.

Su destino era Ciudad Imperial, concretamente la parte que hasta poco antes se conocía como Distrito del Senado. Ahora ya no había Senado. Cuando su lanzadera estaba a pocos kilómetros de allí aparecieron dos naves más pequeñas de la nada.

—Está entrando en una zona restringida —le dijo una voz fría y seca—. Identifiqúese y prepárese para ser reconducido y abordado.

Del y Naylyn se miraron.

—Al habla la nave 4240-C, del destructor estelar *Implacable.* Soy el teniente comandante Del Meeko, mi copiloto es la teniente Naylyn Bashan. Nuestro código de autorización es…

—Su código de autorización es irrelevante. Mandando coordenadas. Desvío inmediato.

Algo iba mal. Del mantuvo la calma mientras decía:

—Tengo órdenes de presentarme ante el Almirante Garrick Versio.

Se produjo una pausa. Larga. Y entonces:

—¿Código de autorización?

Del se lo dio. Otra larga pausa. Entonces:

—Puede continuar. Les escoltaremos. Diríjase hacia esas coordenadas.

Las coordenadas aparecieron en su consola y Del las introdujo. Hasta que tecleó el último número no se permitió exhalar. Los dos naves se colocaron a ambos lados de su lanzadera, una ligeramente por delante y la otra por detrás.

—Demonios, Meeko, ¡parece que tenías razón con eso de que tendrías que matarme! —exclamó Naylyn, con los ojos como platos—. Pronunciar ese nombre ha sido como decir la palabra mágica en un cuento de hadas o algo por el estilo.

—Sí, bueno, me veo como un héroe de cuento, la verdad —mientras la lanzadera se acercaba a la zona restringida, Del miró aquella gran cúpula y divagó sobre el nombre que le darían ahora, cuando ya no había Senado en el Distrito del Senado. No tenía la menor intención de preguntarlo.

—Te echaremos de menos, Del —dijo Naylyn.

—Serás una excelente jefa de ingeniería —la tranquilizó Del—. Bueno, *ahora*. Cuando llegaste eras bastante chapucera, pero te he entrenado bien.

Aquello hizo que Naylyn pusiera los ojos en blanco, justo lo que pretendía. Del reprimió una sonrisa. Las reglas no permitían las bromas, pero Del tenía manga ancha con su equipo porque sabían ponerse serios, mortalmente serios, cuando llegaba el momento.

Cambiando el tono, añadió:

—Yo también voy a echaros de menos a todos —se suponía que no debías apegarte demasiado a tu equipo, pero Del no lo podía evitar. Le tenía apego a muchas cosas y una de las lecciones más difíciles que se había visto obligado a aprender había sido la de refrenar su cordialidad natural.

Pero su etapa en Ingeniería había terminado y pronto se resolvería el misterio de qué quería el Almirante Garrick Versio del Ingeniero Jefe Del Meeko.

Solo esperaba que no fuera nada que tuviera que lamentar.

Era una joven muy menuda, tan pequeña como delgada, y la silla en que estaba sentada, mientras miraba rápidamente de una pantalla a otra, parecía peligrosamente cerca de engullirla, pero se había habituado a ella y la movía y giraba a voluntad.

Unas uñas cortas y muy pulcras remataban los pequeños dedos que volaban sobre los controles. Dentro de la oreja derecha llevaba un auricular diminuto, prácticamente invisible, por el que le llegaba un lenguaje musical a base de chasquidos y pitidos. A la mayoría le distraería, pero aquella joven había aprendido a controlarlo. Su memoria eidética le permitía que le bastase con echar un vistazo rápido a cualquier asunto.

—¿Teniente?

La teniente Seyn Maraña desvió la vista hacia la única pantalla de la sala que había estado a oscuras hasta apenas unos instantes antes. La cara de Jastin Vrayn, su asistente, mostraba una expresión confusa con un destello de preocupación.

—¿Sí, alférez? —contestó Seyn, volviendo a concentrarse en la media docena de pantallas y los datos que iban bajando por dos de ellas.

—Hay un mensaje para usted del Almirante Garrick Versio. Nivel de seguridad dos.

¿El almirante? Aquello era una novedad. Pero habían habido tantas novedades desde la destrucción de la Estrella de la Muerte. Seyn apenas había salido de aquella sala desde que llegó la noticia y todo el mundo había quedado en estado de shock, dando un vuelco a todo aquello en lo que había creído y confiado. Conocía a Versio de oídas y había

trabajado indirectamente para él en alguna ocasión. No le había conocido personalmente, nunca habían interactuado y le sorprendió que supiera siquiera su nombre.

Y nivel 2… ese era el nivel de seguridad más alto al que estaba autorizada. Fuera lo que fuera, era gordo y requeriría de toda su atención. Seyn apretó rápidamente varios botones para detener el flujo de datos de las pantallas y respiró hondo.

—Dispongo de nivel de seguridad dos. Pásamelo.

La cara agradable de Jastin fue remplazada por la ruda y pálida del Almirante Garrick Versio.

Seyn escuchó, abrió los ojos como platos.

Y esbozó una sonrisa.

A las ocho cincuenta, Iden Versio y Gideon Hask entraron en la sala de reuniones privada del almirante. Una de las frases preferidas del Almirante Versio era: «Si llegas antes, llegas puntual. Si llegas puntual, llegas tarde». Tanto Gideon como Iden habían asimilado el mensaje.

Iden lucía su uniforme negro de piloto de TIE, aunque no llevaba el casco. Gideon iba enfundado en su elegante uniforme verdoso de lana de gáber, con la gorra bajo el brazo.

Extrañamente, era la primera vez que Iden visitaba el lugar de trabajo de su padre. De niña, su padre tenía su despacho en una habitación de casa, pero casi nunca la dejaban entrar. Aquella nueva oficina estaba en el último piso del cuartel general del Departamento de Seguridad Imperial y era elegante, práctica y sin adornos, como su ocupante. No había obras de arte en las lisas paredes blancas de duracero, ni alfombras en un suelo brillante como un espejo, con solo datapads y material sobre las mesas.

Les recibió un teniente imposiblemente perfecto, un joven unos tres años mayor que Iden de pelo rubio, ojos verdes y deslumbrante dentadura blanca.

—Buenos días, tenientes. Síganme, por favor.

La sala de reuniones incluía una mesa negra, seis sillas, una mesita a un lado y una pared entera dedicada a consolas. Dentro había dos personas. Una era un hombre de pelo negro y cara amable que Iden supuso que debía de tener unos diez años más que ella e iba enfundado en el mismo uniforme que Gideon. Era un hombre alto y de espaldas anchas, aunque no corpulento.

La otra era una joven menuda, sentada con perfecta rectitud militar en su silla. Su piel marrón clara y pelo corto negro resaltaban sobre una túnica blanca que revelaba que tenía alguna relación con Inteligencia. Sus ojos eran marrón oscuro y tenían pliegue epicántico, y su cara fresca delataba su juventud. Parecía recién salida de la Academia, sino más joven, e Iden se preguntó por un instante cómo había llegado al rango de teniente ya. Los dos se pusieron en pie cuando entraron Gideon e Iden.

La joven les saludó.

—Teniente Seyn Maraña, Inteligencia Naval —dijo, con un delicado temblor femenino en la voz.

—Y yo soy el teniente comandante Del Meeko —la voz del hombre concordaba con su cara, cordial pero sin efusividades.

—Teniente primera Iden Versio —respondió Iden, devolviendo el saludo—. Y este es el teniente Gideon Hask.

—Excelente —dijo la voz seca del almirante mientras entraba en la sala reclamando y recibiendo toda su atención—. Ahora ya se conocen. No es necesario perder el tiempo con más cortesías. Descansen. Pueden sentarse.

Los cuatro jóvenes oficiales obedecieron y se volvieron para mirar al almirante, expectantes. No les había ofrecido ningún refresco e Iden sabía que los miembros de aquella íntima reunión podían considerarse afortunados de que les hubiera invitado, más bien ordenado, a sentarse.

Los ojos negros de Versio examinaron cada una de las caras que le miraban, deteniéndose finalmente en la de Iden. Su expresión severa se suavizó muy ligeramente.

—Teniente Versio —dijo—. Celebro que haya podido venir.

Iden sintió un calor repentino. Gideon tenía razón. Su padre se *alegraba* de verla.

—Gracias, señor —dijo.

Aquello, aparentemente, ya fue suficiente sentimentalismo para el almirante. Se dio la vuelta para dirigirse a todos los presentes.

—Quiero que se concentren en el holoproyector del centro de la mesa.

Iden se puso rígida.

Sospechaba lo que estaban a punto de ver. Y supo que era la responsable de que aquello estuviera allí.

Gideon la miró con una ceja arqueada y ella negó con la cabeza, casi imperceptiblemente.

Iden lo contempló como los demás, petrificada. Lo único que se movía en ella era el pulso acelerado en las venas de su fina garganta. Volvió a ver la batalla, oyó las órdenes dadas, la cuenta atrás, el destello de luz y la caótica caída de su nave.

Se obligó a no desviar la vista, pero estudió las reacciones de sus compañeros por el rabillo del ojo. La cara de Meeko era de conmoción. Maraña tenía los ojos muy abiertos y los labios levemente separados. Incluso Gideon estaba más pálido y se dio cuenta que se esforzaba en no mirarla, para que sus propios ojos le confirmasen que seguía viva.

Su padre, afortunadamente, la ignoró por completo.

—Creo que todos sabemos qué es esto —dijo Versio, deteniendo y desactivando el holograma—. Ahora mismo se está analizando y evaluando esta grabación, junto con los pocos recuperados de las naves que no se encontraban en el radio directo de la explosión.

Iden dio gracias de que no la hubiese mencionado, pero por las miradas de reojo de Meeko y Maraña, sospechaba que lo sabían.

—Fue un día negro para nuestro Imperio. Muy negro. Pero, como pueden imaginar o quizá saben ya, estamos trabajando en planes de represalia contra la Alianza Rebelde en

todos los ámbitos posibles. Hemos redoblado esfuerzos en aspectos en los que, quizá, estábamos siendo un poco laxos. Por ejemplo, a pesar de que controlamos los principales medios de la galaxia, descubrimos más de dos docenas de pequeñas estaciones transmisoras clandestinas. Las pirateamos para transmitir en vivo la ejecución de varios prisioneros de alto rango y después las destruimos. Aún quedan algunas operativas, pero no muchas y prevemos que pronto dejaremos de tener problemas con los medios.

»Saben que el Senado se ha disuelto. Ahora mismo estamos en proceso de detención de todos sus miembros, incluidos algunos que sirvieron en el pasado, y confinándolos en el recinto penitenciario de Arrth-Eno. Permanecerán encarcelados hasta que podamos evaluar su nivel de implicación particular en la Alianza Rebelde. Buscamos posibles simpatizantes dentro de sus filas e intentamos convencerles para que se pasen al bando correcto.

»Tenemos muchos planes, desde lo más grande hasta los detalles más pequeños y en esta última categoría es donde entran ustedes. He sugerido abrir un frente particular en esta batalla y me han dado autorización para proceder.

El padre de Iden estaba usando *aquella voz. Aquella voz* significaba que estaba pasando algo muy gordo, muy relevante y muy importante para él a nivel personal. Que la incluyera en ello le hacía sentir orgullosa… aunque también la ponía en máxima alerta. Se sentó bien recta, con los ojos clavados en su padre y una respiración lenta, y escuchó.

—Nuestra gloriosa Estrella de la Muerte fue destruida por algo muy pequeño… un pequeño defecto creado por un hombre que traicionó al Imperio durante años. Una persona, en un caza Ala-X, le acertó a un blanco de solo dos metros de ancho —se encogió de hombros—. Fuimos arrogantes —dijo y solo Iden, quizá también Gideon, sabían cuánto le costaba reconocer aquello—. Y hemos pagado un precio terrible por ello. No vamos a cometer ese error nunca más.

»Por supuesto, de lo importante, del objetivo final de nuestro Imperio, ya se ocupan otros. Pero las pequeñas cosas… también hay que ocuparse de ellas. Y a veces cuantos menos lo hagan mejor.

»La contribución que un pequeño equipo puede hacer si cuenta con los mejores de entre los mejores es, en mi opinión, tan ignorada como valiosa. La suma de los éxitos y habilidades individuales en una unidad bien engrasada es algo para lo que los enemigos del Imperio no están preparados.

»Tras estudiarlo detenidamente he llegado a la conclusión que ustedes cuatro son lo mejor que puede ofrecer el Imperio.

Era una afirmación muy relevante y todos eran conscientes de ello. Versio juntó las manos a la espalda y caminó en un círculo predatorio alrededor del absorto grupo mientras los miraba uno por uno con aquellos ojos penetrantes e inquisitivos, como si intentase sondearles el alma. Gideon e Iden estaban habituados a aquel nivel de escrutinio, pero aquella familiaridad no hacía que resultase menos intimidante.

La mirada del almirante se posó en el hombre alto.

—Del Meeko. Usted ha ascendido desde lo más bajo, empezando como soldado de asalto, después soldado costero y más tarde piloto de TIE. Tiene varias condecoraciones por el valor demostrado en combate. Sus comandantes comentan que sobresale en cualquier cosa que se proponga, aunque parece particularmente dotado para todo tipo de reparaciones: desde armaduras hasta droides o motores —Versio sonrió débilmente—. Su capitán no se ha mostrado nada contento de perderlo.

Meeko era lo bastante listo para no desviar la mirada del almirante. A Garrick no le gustaba que lo hicieran cuando estaba hablando, le parecía irrespetuoso. «Si me tienes delante, más vale que me prestes toda tu atención», le había oído decir Iden más de una vez. Pero el piloto del TIE, dotado para la mecánica, se revolvió ligeramente en su silla mientras inclinaba la cabeza para agradecer aquellas palabras.

—Seyn Maraña —prosiguió Versio, volviéndose hacia la joven menuda—. Usted posee un don: la memoria eidética, que le ha sido enormemente útil en su carrera. Se graduó como primera de su promoción en la Academia Imperial de Uyter con un año de antelación y con honores. Habla… veintisiete idiomas, ¿es correcto?

Hizo una pausa para dejarle contestar. En su dulce voz, la jovencísima teniente dijo:

—Veintinueve, señor.

Versio arqueó las cejas.

—Veint*inueve* —dijo, en una especie de ronroneo—. Discúlpeme. Es capaz de leer y escribir otros siete… eran siete, ¿verdad? No querría volver a equivocarme.

La chiquilla, Iden no podía evitar verla así porque era evidente que apenas había cumplido los veinte, parecía plantearse seriamente volver a corregir a Versio, aunque contestó:

—Sí, siete, señor.

—Siete. También es maestra en criptografía y posee una puntería excelente, es capaz de abatir a un enemigo desde cinco kilómetros de distancia.

Iden miró a la «chiquilla» con bastante más respeto.

Ahora Versio se giró hacia Gideon. Iden, que conocía muy bien a su padre, vio que su expresión se suavizaba por el orgullo que le despertaba el joven.

—Gideon Hask. Primero de su promoción en la Universidad Imperial de Coruscant. Sirvió con valor a bordo del *Mandato*, fue ascendido en el campo de batalla y se le concedió la Estrella Carmesí por su extraordinario servicio contra el enemigo.

»Y, por último, Iden Versio. Graduada como primera de su promoción y con honores en la Universidad Imperial de Coruscant. Una de los escasos supervivientes de la Estrella de la Muerte, donde poseía el récord de bajas enemigas en combate… que tendrá el triste honor de no perder jamás.

»Su misión será recuperar información, artefactos o individuos potencialmente peligrosos para el Imperio en el caso de caer en las manos equivocadas… o si, por azar, esa información ha caído ya en dichas manos. Tendrán que ocuparse de hacer limpieza, por decirlo de alguna manera. Acabamos de ver el daño que se le puede hacer al Imperio

cuando se usa información crucial en nuestra contra. No podemos, no debemos, permitir que esto vuelva a pasar jamás. ¿Entendido?

Todos respondieron afirmativamente. El almirante asintió.

—Cumplirán sus órdenes y lo harán sin hacer preguntas. Necesitamos recuperar todo y a todos aquellos que puedan representar la más mínima amenaza para el Imperio. Están habituados a trabajar en pos del bien común, a ser parte de esta gran maquinaria, pero esta unidad va a ser un microcosmos de solo cuatro personas. Realizarán la mayoría de sus tareas sin mis órdenes directas. De hecho, puede haber largos periodos de tiempo en los que ni siquiera mantendrán contacto conmigo. Es imperativo que aprendan rápidamente a trabajar juntos de forma eficaz y sencilla porque van a cargar con un gran peso sobre sus hombros.

El corazón de Iden empezó a palpitarle en el pecho, pero disimuló. No quería que se notase lo mucho que le emocionaban aquellas palabras. Responsabilidad, justo lo que quería y, al parecer, todo el equipo iba a tener mucha… pero ella siempre quería más.

—Bien —continuó su padre—, aunque seré yo quien analice su rendimiento y les asigne sus misiones, no seré su comandante de operaciones. Ese complicado papel recaerá en uno de ustedes. Sus talentos son tan únicos y variados que me cuesta decidir quién de ustedes es el indicado.

Iden notó que se sonrojaba. No sabía si por la ira o la humillación. ¿Cómo podía decir aquello? ¿No había estado estudiando su conducta toda la vida? ¿Qué más necesitaba?

Su padre fue hasta la mesita auxiliar, recogió cuatro datapads y los repartió.

—Por eso he decidido simplificar ese proceso. Van a tener una tarea doble. En esos datapads está la información sobre su primera misión. Pueden investigar más por su cuenta. Primero, mañana a las nueve horas, quiero sus respectivas propuestas para el desarrollo de la misión. Toda la información que necesitan está ahí dentro. Yo usaré esas propuestas para decidir quién comandará la primera misión. Sea quien sea, deberán trabajar con esa persona con la mejor de las disposiciones, ¿entendido?

Murmullos de «sí, señor» recorrieron la mesa.

—Bien. Segundo, el puesto de líder solo será permanente si cumplen la misión con éxito.

Iden tomó su datapad sin hacer ningún comentario, aunque ardía de ira y vergüenza por dentro. Su padre ya sabía de qué era capaz. Y, aun así, creía que alguno de aquellos podía ser una mejor elección. ¿Y aquella prueba? ¿En serio? ¿Los mejores de los mejores tenían que escribirle una *redacción*? ¿Qué vendría después, irse a la cama sin cenar si su propuesta era rechazada?

Pues casi.

—Los escoltarán hasta la suite que compartirán en el Diplomat. No saldrán de allí, nosotros nos ocuparemos de proporcionarles las comidas. Impresiónenme, oficiales. Demuéstrenme cómo piensan. Construyan un plan tan sólido, tan valioso, que no tenga más remedio que elegirlo. ¿Alguna pregunta?

Siempre era preferible no tener preguntas con Garrick Versio, pero Seyn aún no estaba enterada.

—¿Señor? ¿Podemos… podemos comunicarnos libremente entre nosotros? ¿Compartir la información de que dispongamos?

«Se trata de obtener información de la que no disponemos», pensó Iden con muy poca compasión y se riñó por hacerlo. Honestamente, si Seyn estaba tan metida en Inteligencia Naval como parecía, era la que menos tenía que ganar y más que perder compartiendo su información. Iden pensó, mientras sus emociones más ardientes amainaban, que compartir podía venirle bien. Tenía que presentar el mejor plan de los cuatro. No tenía más remedio. Si su padre estaba reuniendo un equipo, no podría soportar ser simplemente un miembro más.

Garrick se lo pensó.

—Sí. Pueden compartirla.

La muchacha sonrió y por un momento le pareció tan joven que Iden quiso protegerla más que combatir junto a ella. Pero apartó aquel pensamiento. Aquella juventud sin duda ocultaba una gran fuerza. Garrick Versio no querría a nadie en «su equipo» que no fuera muy fuerte. Al fin y al cabo, eran los mejores de los mejores.

Aquella conclusión lógica también significaba que el silencioso Del Meeko también tenía algo que aportar. Y, por supuesto, Iden conocía lo bastante a Gideon para saber los ingredientes que podía añadir al cóctel.

—¿Alguna pregunta más? —no hubo ninguna. Versio asintió—. Pueden retirarse.

Los cuatro se pusieron en pie, saludaron y se giraron para marcharse. Sin embargo, al llegar a la puerta, Gideon remoloneó, pensativo, y le preguntó a su nuevo oficial al mando:

—¿Señor? ¿La unidad ya tiene nombre?

Una levísima sonrisa asomó en los labios de Versio.

—Sí —contestó—. Es una promesa para los rebeldes. Se llama Escuadrón Infernal.

CAPÍTULO 4

Los cuatro miembros del flamante Escuadrón Infernal estaban en silencio en el ascensor mientras ascendía con un zumbido y la rareza de aquella reunión se acentuaba aún más por la tarea que les esperaba. Finalmente, Meeko, que estaba junto a Seyn, se inclinó hacia ella y le preguntó en voz baja:

—¿Nos están grabando dentro del ascensor?

—En este solo la imagen —contestó Seyn—. La seguridad del hotel necesita saber quién entra y sale del edificio, pero aquí la gente cuenta muchos secretos que no quiere que oiga nadie. Meeko asintió, frunció el ceño pensativo y dijo:

—Bueno, en ese caso… a la vista de nuestra misión, ¿no creen que *Escuadrón Marrón* sería mejor nombre que *Infernal*?

Todos quedaron petrificados y ligeramente boquiabiertos. Aquel momento se prolongó, Seyn cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y Del Meeko carraspeó.

—Perdón —dijo—. Solo intentaba relajar el ambiente.

El silencio se mantuvo hasta que Gideon lanzó una brevísima risotada.

Iden no estaba de humor, pero en cualquier otro momento se habría podido unir a Gideon porque Meeko tenía toda la razón. A su padre le encantaba poner a todo el mundo, en particular su única hija, en aprietos siempre que tenía ocasión.

Gideon ya había pasado la noche anterior allí, por eso no le impresionó ver que la suite ocupaba toda una planta y que había un guardia en la puerta. Iden tampoco le dio mucha importancia, pero los restantes miembros del Escuadrón Infernal parecían sorprendidos. Meeko, que había ido escalando desde lo más bajo entre las filas del ejército imperial, parecía incómodo en lo que sin duda creía que era un alojamiento demasiado lujoso.

Iden, por su parte, solo esperaba que su cuarto estuviese en uno de los niveles más altos, por encima de la capa de nubes, donde el sol se posa apaciblemente y la noche no se vería perturbada por el ajetreo permanente de la ciudad, pero no tuvieron tanta suerte.

—Iden, ¿esto no es obra de tu madre? —preguntó Gideon señalando los carteles. Ella sabía que su viejo amigo no quería herirla, pero se estremeció sobre todo al ver el cartel de «LOS JÓVENES IMPERIALES PUEDEN TOCAR LAS ESTRELLAS». Sus dos nuevos compañeros

ya sabían que su padre era el Almirante Garrick Versio, su comandante, no necesitaban saber que su madre también era un personaje célebre. Deseaba desesperadamente que aquella unidad fuese suya, pero se la quería ganar. No quería que nadie pensase que el nepotismo funcionaba en la familia Versio.

—Creo que sí —dijo, intentando sonar distraída. Maraña quedó impresionada y echó un vistazo a la firma.

—Debo admitir —dijo Del, sacudiendo la cabeza— que esta es *de lejos* la mejor habitación que he visto en mi vida. Lástima que no podamos quedarnos a disfrutarla sin prisas.

—No —le espetó Iden, más secamente de lo que pretendía—, esta noche tenemos mucho trabajo que hacer, Y deberíamos empezar cuanto antes.

—Tiene razón, teniente —dijo Del formalmente—. ¿Ya se han asignado las habitaciones?

—Yo he pasado la noche aquí y me quedé con esa —dijo Gideon señalando la puerta del fondo a la izquierda—. Pero no me importa trasladarme si es necesario —se volvió hacia Iden—. ¿Teniente?

Iden lamentó haber interrumpido a Meeko. Estaba molesta con la situación, no con él. De hecho, le estaba agradecida por haber desviado la atención de las coloridas ilustraciones que adornaban las paredes.

—No, no será necesario. Que cada uno se quede con la que más le guste.

Ella fue hacia la que tenía más cerca y le echó un vistazo cuando las puertas se abrieron con un siseo. La cama parecía cómoda y no se le pasó por alto que estaba hecha a la perfección, algo que la hizo sonreír. Aunque estuviesen en un apartamento de lujo, el ejército era el ejército.

—¿Teniente Versio? —dijo Meeko en tono de sorpresa y alegría—. ¡Mire qué he encontrado! —estaba de pie en la puerta, blandiendo lo que parecía una vieja botella de vino—. Estaba en la mesita de noche.

Iden miró su propia mesita y vio una elegante copa aflautada. La cogió y volvió al salón. Los demás también habían encontrado sus copas.

—No esperaba esto de tu padre —dijo Gideon relajadamente, entrando en la cocina en busca algo para abrir la botella. Del llevó el brebaje de celebración hasta la mesa principal.

«Tengo que comentarle algo a Gideon después», pensó Iden, pero por el momento se limitó a corregirle.

—Del *almirante* —señaló—. Ahora es nuestro comandante. Y así es como debemos referirnos a él.

—No debe resultarle sencillo, siendo su hija —dijo Seyn, acercándose a la mesa y dejando la copa.

—No me resulta nada complicado —dijo Iden, muy seria—. Mis padres sirven al Imperio y el Almirante Versio ha llevado su familia como un ejército. Sí, es mi padre, pero para mí es el «almirante».

—Los Versio utilizan el cargo hasta en privado —añadió Gideon lanzando una mirada de disculpa a Iden—. Y la teniente Versio tiene razón. Pido disculpas.

Gideon volvió con el abridor y se lo dio a Del. Cuando este iba a abrir la botella, Iden vio qué era.

Vino alderaaniano. Toniray, para ser precisos.

Como siempre, Iden notó que deseaba que los rebeldes no hubieran provocado inexorablemente la destrucción de Alderaan. La Estrella de la Muerte había destruido todo un planeta. Sí, era un criadero rebelde, un conocido nido de traiciones. Pero era imposible que todos los que habían muerto odiasen al Imperio. La destrucción de la propia Estrella de la Muerte le afectaba más de cerca, allí había perdido conocidos, pero como mínimo no implicaba a civiles, ni tampoco a niños.

«El hijo de un rebelde puede ser aún un niño, pero debemos pensar en el futuro. Crecerá hasta convertirse en un enemigo. Y debemos destruir a nuestros enemigos.» Esas eran palabras de su padre, que le había dicho mucho antes de haber oído siquiera hablar de la Estrella de la Muerte. Y eran ciertas.

Seyn, que parecía estar permanentemente analizando a todo el mundo, siguió la dirección de su mirada.

—Oh, vaya —dijo—. Un momento, comandante Meeko. Quizá sea mejor que vendamos esa botella, podríamos ganar una pequeña fortuna.

Gideon miró la botella que sujetaba Del y lanzó un silbido lento y profundo.

—Puede que no tan pequeña —sonrió—. No, vamos, comandante. ¡Celebremos el nacimiento del Escuadrón Infernal con una botella de lágrimas rebeldes!

El gas provocó un sonoro taponazo y el glorioso líquido azul verdoso burbujeó alegremente, derramándose y manchándolo todo, hasta que Hask acercó una copa. Esta también se desbordó y todos se rieron.

La tensión se disipó. No era más que una botella de vino.

Meeko les repartió las copas, pegajosas y mojadas, a todos. Solo se había encargado de servir porque la botella estaba en la habitación que acababa de elegir, pero se detuvo. Debía ser el líder del naciente escuadrón el que propusiese el brindis, pero no tenían líder. Aún no.

«No nos has hecho ningún favor, ni al equipo ni a mí, Almirante», pensó Iden. Si aquella especie de concurso que había ideado su padre pretendía ser una forma de unirlos, iba a terminar provocando justo lo contrario. Los miembros del equipo no deberían competir entre sí como perros por las sobras. Aquella repentina y extraña pausa se prolongó unos instantes hasta que Iden habló.

—Bueno, probablemente no deberíamos beber mucho, todos tenemos deberes —dijo y suscitó otra risotada generalizada. Al parecer, no era la única a la que aquella tarea le recordaba a los deberes de la Academia—. Pero, como mínimo, deberíamos brindar. ¡Por el éxito de nuestra primera misión y todas las que vengan!

—Sí, señor —exclamó Meeko haciendo chocar su copa contra la de ella. Sus miradas se cruzaron y le dedicó un leve asentimiento dándole a entender que también podía proponer un brindis.

—Hum… bueno, brindo por el Almirante Versio, por haber tenido el buen criterio de elegirnos para el escuadrón.

Más choques de delicadas copas. Meeko se volvió hacia Seyn, que estaba a su lado, con expectación. Esta dijo algo en un idioma gutural y grave, salpicado de chasquidos de dientes. Todos la miraron con cautela. Como la mayoría de imperiales educados, Iden conocía dos o tres idiomas de uso frecuente, además del básico, pero aquel no era ninguno que reconociera.

Seyn sonrió y, el gesto, le daba el aspecto de una niña de doce años.

—Es un brindis tradicional de los ahak maharr. Significa: «que podamos desgarrar la carne de nuestros enemigos y bebemos su sangre como hacemos con este líquido que tenemos en las manos».

Se produjo un largo silencio y todos se la quedaron mirando. Su sonrisa creció socarronamente.

—Que me cuelguen si no es el mejor brindis que he oído nunca —dijo Gideon—. Tendrás que enseñármelo, Seyn.

—Lo intentaré —dijo ella—, pero el ahak maharr es complicado de pronunciar si no tienes colmillos.

—Haré un esfuerzo —dijo él, dedicándole una de sus sonrisas encantadoras. Levantó su copa y miró alrededor—. No es fácil superar eso, así que propongo un brindis sencillo. Por el Escuadrón Infernal. Que estemos a la altura de nuestro nombre.

Todos bebieron. Las burbujas del líquido, dulces y juguetonas, hicieron que Iden notase un hormigueo en la lengua. No bebió mucho, nunca lo hacía estando de servicio y la mayor parte del tiempo estaba de servicio. Y si no lo estaba, estaba entrenando, descansando o estudiando. En definitiva, haciendo todo lo posible por ser aún mejor en tareas que por lo general ya dominaba. «Si no mantienes agudizados tus talentos, los pierdes», le había advertido su padre.

Miró a sus nuevos compañeros. Del Meeko y Seyn Maraña, los dos «extraños» se estaban relajando y charlaban fluidamente, sosegados por el alcohol. Gideon Hask, vástago de impecable linaje, parecía haber nacido con una copa de buen vino en las manos.

«Deja que charlen, rían y creen vínculos», pensó Iden. «Deja que tomen otra copa.» Conocía lo bastante a su padre para saber que nada de lo que hacía era casual o secundario. El salón, la vista, el alcohol, el «juego» de que uno de los cuatro encontrase la botella en una habitación al azar… había urdido todo aquello tan minuciosamente como había elegido a los cuatro miembros del equipo.

Versio conocía tan bien a su hija como ella a él y sabía que estaría ansiosa por hacerse con el puesto de líder. Había dejado que sus emociones la distrajeran pero por fin lo había comprendido. Sí, aquello era una prueba, pero no pretendía lograr el mejor plan

de ataque para la misión que Iden además suponía que su padre ya tendría bastante trazado. No, la prueba era aquella, lo que sucedía en aquel momento, para ver quién se mantenía alerta, vigilante y concentrado cuando tenía que conocer gente nueva, en un ambiente confortable, con buena comida y bebida.

Así que dejó su copa medio llena de aquel vino caro y extraordinariamente raro y fue a pedir algo para comer. Iba a ser una noche muy larga y sabía que necesitaba estar despierta y averiguar muchas cosas. Su padre había reunido a un buen equipo… y pensaba aprovecharlo en su propio beneficio.

Cuando finalmente le mandó a su padre su plan para la misión y dejó el datapad sobre la mesita de noche, se sentía mentalmente exhausta pero demasiado excitada para dormir. Apagó las luces con una palabra y se tapó con las sábanas, pero las excesivamente estimulantes y coloridas luces del tráfico de Coruscant se colaron en su habitación, tal como había previsto.

La habían entrenado para dormirse de forma rápida, fácil y profunda a voluntad, despertándose después bien despabilada y alerta. Pero aquella noche notó que el sueño le era esquivo. Sentía un nudo en el estómago con el que ya estaba demasiado familiarizada, uno que hasta entonces había podido ignorar a base de descargas de adrenalina e intensísimos turnos de servicio.

Su padre la había ignorado mucho a lo largo de su carrera, pero ahora era evidente que la estaba supervisando personalmente.

Iden Versio no iba a fallar, no *podía* fallar.

Había ajustado los controles de la habitación para que la despertase con luz natural gradual, pero antes de que la iluminación hubiese alcanzado el nivel tres de diez, el olor de caf ya la había despabilado del todo. Aunque estaba impaciente por tomarse una taza, se metió en la ducha y se enfundó el uniforme antes de ir a la cocina.

Allí estaba Meeko, sentado ante una reluciente mesa negra, dando sorbos a una taza y tecleando en su datapad. También iba vestido para la reunión que les esperaba dentro de dos horas. Le sonrió y señaló la cafetera con la cabeza.

—Buenos días, teniente —dijo—. Sírvase, por favor.

—Gracias —volvió a la mesa con una taza de caf y una rodaja de pan de cuanueces untado con mantequilla y se sentó, con el datapad en las manos, revisando lo que le había mandado a su padre. Este debía esperar que defendiera su propuesta.

—Apuesto por usted o por Hask —dijo Meeko en un tono familiar.

Sorprendida, Iden se volvió hacia él.

—¿Por qué lo dice? Usted tiene más años de experiencia que cualquiera de los dos.

Meeko hizo una mueca.

—Oh, vamos, solo tengo diez años más que usted.

—Bueno, no son pocos —dijo Iden, y añadió, más seria—. Ha presenciado muchos más combates que yo.

Del también se puso serio tras aquello.

—Es cierto, pero un líder necesita algo más que ser capaz de disparar un bláster.

Iden se volvió por completo en la silla para mirarle, sosteniendo la taza caliente en las manos.

—Le han concedido distinciones al valor bajo el fuego enemigo y fue ingeniero jefe en un destructor estelar —dijo—. Ha tomado montones de decisiones muy relevantes.

Meeko se encogió de hombros.

—Soy bueno en lo que hago, pero eso no significa que deba liderar este escuadrón. Lo entiendo y no me importa.

Iden quería rebatirle aquello. La noche anterior le había escuchado y había visto sus reticencias previas evaporarse en cuanto empezó a ofrecer planteamientos técnicos para la resolución de problemas, debatió sobre expandir los límites de lo que eran capaces de hacer los droides y argumentó de manera muy convincente una forma de minimizar bajas. Del Meeko conocía perfectamente su trabajo. Un líder necesitaba saber lo que Del sabía. Y ella se daba cuenta de que, en otras circunstancias, habría podido aceptar que lo eligiesen como líder. No era el clásico individuo de lengua afilada deseoso de destacar que estaba acostumbrada a ver en puestos de mando. Tenía algo que hacía que ya confiase en él.

Aunque también sospechaba que tenía razón. Y las circunstancias *eran* las que eran. Su padre comandaba aquel escuadrón… no podía soportar la idea de ver a ningún otro en el puesto.

—Bueno —añadió con incomodidad—, ya lo veremos.

—No se ofenda, Meeko —dijo Gideon al entrar en la cocina—, reconozco que los droides son condenadamente prácticos, pero no pueden sustituir a un ser vivo cuando se trata de tomar decisiones vitales. ¿A quién debo agradecer que haya caf preparado ya?

—A Meeko —respondió Iden.

Gideon sonrió ampliamente a aquel tipo y levantó su taza humeante.

—¿Lo ve? Decisiones de vital importancia.

—He visto a Gideon antes de tomarse su primer caf un par de veces y no le engaña —dijo Iden—. Es vital.

Meeko sonrió, sin ofenderse por nada de lo dicho, y la opinión de Iden sobre él mejoró otro poco. Parecía una de aquellas raras criaturas… un oficial imperial de alto rango, sereno, con sentido del humor y escaso ego. Resultaba enormemente refrescante.

Al cabo de poco se les unió Seyn. Habría podido superar cualquier inspección sorpresa. No llevaba ni un pelo fuera de sitio, su chaqueta blanca estaba impecable, la raya de sus pantalones eran tan afilada que casi cortaba y lucía unas botas tan pulidas que parecían un espejo.

—Buenos días —dijo educadamente.

Aunque todos iban en uniforme, había algo en la perfección de Seyn Maraña que arruinó la cháchara relajada con Meeko y el unificador olor del caf. Sin mencionarlo siquiera, Maraña les había recordado a los otros tres miembros del Escuadrón Infernal lo importante que iba a ser lo que tenía que pasar aquella misma mañana. Iden enderezó la espalda y, casi como un droide, sintió como si se desconectase al saludar educadamente a la oficial de Inteligencia Naval y dejar que sus ojos volviesen a concentrarse en su informe.

Se acabó la cháchara. Todos quedaron rápidamente en silencio, absortos en sus pensamientos.

Los cuatro estaban bien rígidos, en posición de firmes, en la oficina del Almirante Versio cuando este entró a las nueve horas en punto.

—Descansen. Y siéntense —ordenó.

Obedecieron. Iden juntó las manos frente a ella y levantó la vista para mirar a la cara a su padre. Esperó pacientemente, como llevaba haciendo las últimas dos décadas.

Y, como las últimas dos décadas, Garrick Versio fue directo al grano.

—Sus propuestas me confirman que he elegido bien. Y también han confirmado mis sospechas sobre cómo iba a responder cada uno de ustedes.

»Del Meeko —el ingeniero miró fijamente a su comandante—. Su informe se basa principalmente en el empleo de droides y tecnología innovadora. Seyn Maraña… el suyo, en su conocimiento de la situación gracias a su experiencia en Inteligencia. Gideon Hask, el suyo es un planteamiento directo, sencillo y eficaz.

A Iden se le aceleró el pulso por la tensión y la expectación. Su propuesta era perfecta. Funcionaría. Tenía que elegirla. Apretó los puños, esperando que nadie lo notase.

—Todos han preparado un buen plato principal. Pero usted, Iden Versio… nos ha servido la cena completa.

Iden no desvió la mirada mientras su padre continuaba. No quería hacer suposiciones de ningún tipo.

—Ha tomado un poco de esto, una cucharada de lo otro.

«Relájate, Iden, siempre hace lo mismo», se recordó. A Versio le encantaba expresar sus opiniones en un tono de voz que transmitía irritación y admiración a la vez. Nunca estaba segura de hacia que lado de la balanza terminaría cayendo.

—Algunos dirán que eso es bueno. Otros que no. En definitiva, ninguno de ustedes piensa en la mesa. Si estropean un asado pueden preparar otra cosa. Pero aquí… llevan a cabo una misión compleja y si lo hacen mal alguien puede morir. *Todos* ustedes pueden morir.

Los miró uno por uno.

—No existe un solo plan bueno. No hay receta infalible para el éxito. Solo hay una *mejor* posibilidad para alcanzarlo. Y, en mi opinión, la opción de la teniente Versio es la que nos ofrece la mejor posibilidad. Así que, por ahora, en esta misión… ella será la líder del escuadrón.

Se volvió hacia su hija y señaló la pared de la izquierda. Todas las pantallas estaban apagadas.

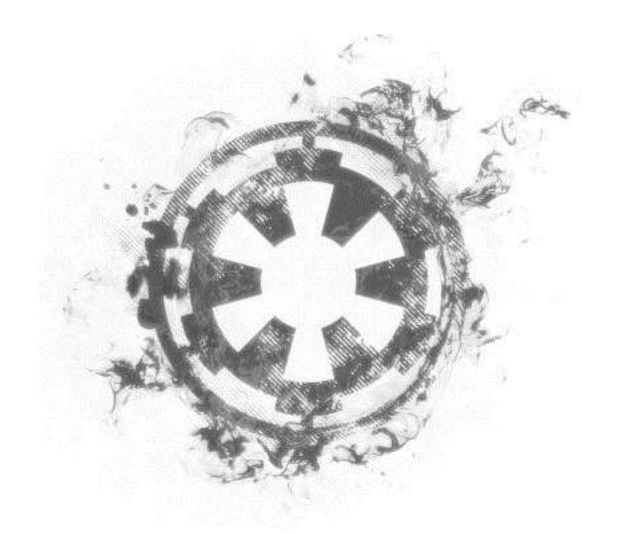
—Teniente, tiene la palabra.

Iden apenas podía creerlo. Por débil que hubiese sido el elogio, a pesar de haber evidenciado sus dudas y lo envuelto en calificativos que había llegado, Versio había nombrado líder del Escuadrón Infernal a su hija.

Iden Versio se puso en pie, se alisó la chaqueta y fue hacia las pantallas de la pared. Introdujo un código y se volvió hacia su equipo.

Su equipo.

—He enviado mi propuesta a sus datapads. Abranla y repasémosla juntos. Esto será lo que haremos.



CAPÍTULO 5

—Detesto los vestidos —gruñó Seyn.

En aquellos momentos llevaba puesto uno exquisito que, según la investigación de Iden, era la última moda entre la alta sociedad imperial. Con cuello alto y cola larga, el vestido de brilloseda morado claro era perfecto para aquel evento, divertido pero formal. Seyn llevaba su pelo corto adornado con una diadema con piedras preciosas incrustadas y otras joyas adornaban sus orejas. Lo único no equilibrado y elegante era la expresión de fastidio de la muchacha.

—Diría que te quedan mejor que a mí —le dijo Iden. Ella tampoco era muy aficionada a los vestidos, prefiriendo por mucho los uniformes, y se alegraba de poder cederle aquella tarea a Seyn. Alguien podía reconocer a la hija del Almirante Versio en aquel tipo de reuniones, mientras que nadie conocía a Seyn.

—Yo creo —dijo Gideon alisándose su elegante túnica negra— que corremos el riesgo de llamar demasiado la atención, somos demasiado atractivos.

—¿Siempre es así? —preguntó Seyn.

—Normalmente sí —respondió Iden.

—Sigo pensando que mi plan habría sido mejor —dijo Gideon.

—En *tu* plan tenías que hacerte pasar por cazarrecompensas —dijo Del.

—Exacto —contestó Gideon.

La tarea del equipo había quedado bastante clara dos semanas antes. Al moff Jaccun Pereez, como a muchos poderosos, le gustaba darse algún capricho. En su caso, la bebida y el juego. Desgraciadamente, una cosa no ayudaba mucho a la otra y Pereez terminó con deudas que crecían por momentos. Inteligencia había informado que una noche Pereez se dedicó a presumir de «saber cosas» que pronto harían «desaparecer» aquellas fastidiosas deudas.

—Aunque sea un moff —había dicho Iden durante su presentación inicial a su equipo. «Mi equipo», pensó y reprimió una sonrisa—, las palabras son solo palabras. Sus deudas son cuantiosas. No obtendría tal cantidad de créditos solo por un par de cosas que pudiera contarle a cualquiera después de haberse tomado un par de copas. Seguro que tiene algo tangible: imágenes para hacer chantajes, datos, secretos de seguridad… tiene

que ser algo por el estilo sobre alguien cercano al Imperio. No sabemos quién y es mejor así. Nuestro trabajo es recuperar lo que Pereez está pensando vender.

Los demás miembros del escuadrón habían hecho propuestas basadas en sus propias habilidades y experiencias. Gideon, siempre deseoso de acción, había sugerido sencillamente adoptar la identidad de un cazarrecompensas y sonsacarle la información al propio Pereez a la fuerza. Del, con su mente tecnológica, había recomendado colocar dispositivos de escucha en la mansión del moff. Seyn quería analizar toda la información que tuviera el Imperio sobre Pereez y dejarle claro que no llegaría a ningún sitio. Incluso había llevado la idea un paso más allá: podían presentarle documentación falsa que le implicase en asuntos mucho más turbios por si cambiaba de idea.

Iden lo había escuchado todo y también había investigado a aquel hombre. El Imperio necesitaba a Pereez donde lo tenía. Según todas las fuentes, era un líder jovial y afable, y la población de Arvaka Prime le tenía mucho aprecio. Cualquier indicio de escándalo o caída en desgracia podía crear inestabilidad en el sector. Su corazón delicado suponía que una situación peligrosa, como encontrarse con un cazarrecompensas, podía causarle la muerte, lo que tampoco era un objetivo deseable.

Necesitaban colarse en su casa, donde sin duda guardaba aquella valiosa información.

Afortunadamente, el propio moff les había invitado a visitarle. O, como mínimo, podían hacer que pareciese que lo había hecho.

La primera misión del Escuadrón Infernal sería colarse en una boda.

Ahora los cuatro estaban en el muelle, mientras los técnicos daban el último repaso a la anodina y estilizada lanzadera, una más de las tantas que llevarían a los invitados hasta la elegante mansión de Arvaka Prime. En contraste con los elegantes «invitados a la boda», Del e Iden llevaban uniformes gris oscuro de pilotos de lanzadera privada. En la parte trasera había una armadura sin distintivos de filiación.

Iden miró a los miembros de su equipo esperando decir algo conveniente, pero sin la menor idea de qué. Así que fue breve y directa.

—Todos sabemos lo que nos traemos entre manos y hemos entrenado para esto. Hemos revisado el material, conocemos el plan. También sabemos que, aunque los planes sean perfectos, lo que pasa fuera de las salas de reuniones no lo es. Pero eso también forma parte del juego. Pase lo que pase, nos ocuparemos de ello porque es nuestro trabajo. ¿Alguna pregunta?

Todos negaron con la cabeza. Iden podía percibir sus ganas de pasar a la acción.

Todos estaban listos.

—Bien, pues allá vamos.

—El moff Jaccun Pereez tiene el placer de invitarles a la boda de su hija Famma con la joven figura emergente del Imperio, el comandante Yendiv Bensek —recitó Gideon mientras la lanzadera aterrizaba al cabo de unas horas.

—Te lo repito, Seyn, tus falsificaciones son asombrosas —dijo Iden—. Y, Gideon, recuerda que el nombre de la novia se pronuncia *Famá*. Del, ¿cómo se ve?

Del tenía la mirada clavada en la segunda consola de la nave.

—Todas las pantallas funcionan a la perfección —habían movido hilos para incluir a Del entre los decoradores contratados por la futura esposa. El día anterior, durante seis horas, había podido esconder diminutos y modernísimos dispositivos de grabación por toda la mansión del moff. Incluso había manipulado uno de los droides de la casa para darle al escuadrón unos «ojos» que pudieran controlar una vez Seyn y Gideon estuviesen dentro.

—¿Y vuestros auriculares? —preguntó Iden refiriéndose a los diminutos artefactos insertados en las profundidades de los canales auditivos de los «invitados a la boda».

Gideon se dio un golpecito en la oreja y sonrió.

—Oiremos hasta el más leve suspiro —le aseguró.

Iden respiró hondo.

—Vale —dijo—. Buena suerte. Si todo sale bien, nos volvemos a reunir aquí en dos horas.

Gideon se levantó y le tendió la mano a Seyn.

—¿Vamos, querida? —dijo, mientras ella recogía el regalo de bodas.

—No te pases —le advirtió Seyn mientras la rampa se extendía, pero le tomó de la mano.

El día no podía ser más maravilloso. La residencia oficial del moff era grande y extensa, aunque al mismo tiempo lograba ser extrañamente pintoresca. Iden les había dicho que estaba construida replicando la arquitectura de siglos pasados, pero lo único que Gideon necesitaba conocer era su plano con el que Seyn había podido hacerse.

Había flores de todos los colores imaginables y el aire cálido estaba cargado de su fragancia. Aunque la casa se había diseñado para que pareciera antigua, su enorme puerta era claramente moderna. Gideon anotó mentalmente donde estaban los controles e inclinó su cuerpo levemente para que la pequeña cámara incrustada en el símbolo imperial de su pecho pudiese darle esa información a Del.

—Perfecto, teniente —le dijo la voz de Del al oído.

Seyn, quien a pesar de sus protestas parecía haber nacido para las reuniones formales y los vestidos de noche, sujetaba la invitación en una mano enguantada. Se la entregó a un guardia flanqueado por un soldado de asalto.

—Lady Dezara Monay —dijo, presentándose con una sonrisa deslumbrante—. Y este es mi acompañante, Brixx Gavan.

Lady Dezara Monay era una invención absoluta, aunque existía una tal Vezzin Monay que era pariente lejana del novio. Si sospechaban de ellos recurrirían a aquello. Seyn había inventado una historia tanto para Dezara como para Brixx, lo bastante elaborada para charlar si los demás invitados les arrinconaban, pero lo bastante sencilla para recordarla. Gideon contaba con encontrar problemas al principio, pero la elegancia y comodidad de Seyn parecían tan convincentes como sus falsificaciones.

—Oh —dijo el guardia cambiando de expresión—. Veo que es uno de los vips, milady. La boda se celebrará en el gran salón de baile, pero usted y su acompañante pueden subir a contemplar la ceremonia desde el mirador especial.

Un droide llegó zumbando hasta ellos, listo para escanearlos en busca de armas, tanto a ellos como al regalo envuelto. Seyn lo miró desdeñosamente y el guardia lo advirtió inmediatamente.

—Cancele el escaneado. Disculpe, milady, nuestros droides a veces son demasiado eficientes. Espero que no la haya molestado.

—En absoluto —dijo Seyn—. El moff Pereez es afortunado por tener guardias tan diligentes.

Los droides sirvientes se arremolinaban en el jardín donde algunos invitados, amantes al sol, disfrutaban de copas y canapés.

—Uno de esos droides sirvientes es el nuestro —dijo la voz de Del—. Te lo mando para que sepas cuál es.

Uno de los droides de clase GC empezó a rodar hacia ellos con una bandeja llena de copas de vino tinto. Gideon se fijó bien en el droide, percibiendo un pequeño rayón en la bandeja. Cogieron una copa cada uno y acunaron el vino un momento, examinando el entorno, antes de entrar. Seyn se inclinó un poco hacia el droide y le ordenó:

—No te separes del moff Pereez.

El droide emitió un pitido, se dio la vuelta y rodó hacia la entrada principal. Seyn y Gideon le siguieron, saludando cordialmente con la cabeza al soldado de asalto que había junto a la gran puerta doble. Hasta el momento, había dos soldados y un guardia. Entraron en un enorme vestíbulo con techo alto y abovedado y suelo de mármol. En las paredes blancas había hornacinas llenas de obras de arte, aquella era la sala de los invitados conversadores. A izquierda y derecha había otras habitaciones, un invernadero y un estudio abarrotado de más obras de arte y libros antiguos.

—No te dejes engañar por los libros —dijo Iden—, ni las obras de arte. Pereez no es aficionado, solo le gusta cómo quedan.

Les esperaba un joven formalmente vestido, al que se veía tan emocionado como cansado, aunque su sonrisa parecía genuina.

—Bienvenidos —dijo tendiéndoles la mano—. Soy Sind Reloran, uno de los testigos del novio. ¿Y ustedes?

—Lady Dezara Monay y Brixx Gavan —respondió Seyn. Tanto ella como Gideon llevaban guantes porque, al parecer, estaban de moda y además no dejaban huellas—. ¿Puede encargarse de esto, por favor? —Seyn le tendió el regalo—. Es licor de frutasol. Para los novios, por supuesto, aunque sé que el moff Pereez aprecia estas delicias. Quizá quiera probarlo, así que hágaselo saber, ¿quiere?

Las cejas del testigo del novio se habían arqueado ante la mención del licor de frutasol, pero recogió el regalo con sumo cuidado.

—Me encargaré de hacérselo llegar —dijo—. Entretanto, están sirviendo comida y bebida en el jardín, a la derecha. No se pierdan la biblioteca, el moff tiene una colección

de libros antiguos auténticos. No se ve todos los días. Al final del pasillo hay una zona para invitados, allí tienen un baño. ¿Van a contemplar la ceremonia desde el mirador del piso superior? —Seyn asintió y él prosiguió—. Encontrarán unas escaleras que les llevarán hasta allí. ¡Muchas gracias por su asistencia!

Gideon estrechó la mano de Sind y le dio una palmada en el hombro.

—No he visto una colección de libros en mi vida —le dijo a Seyn—. Vamos a echarle un vistazo.

Tuvieron la biblioteca para ellos solos, a pesar de lo inusual de los libros antiguos, la mayoría de invitados parecía preferir congregarse allí donde hubieran piscolabis e imperiales de alto rango con los que relacionarse. De nuevo, le llegó la voz de Del al oído:

—En los libros del fondo, a la derecha. Segundo estante.

Mientras Seyn hacía guardia, mirando distraídamente hacia todas partes, Gideon siguió las instrucciones de Del.

—Busca uno rojo. Se titula *Antiguos Poetas keltrianos: los maestros de la aliteración*.

Gideon estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se mordió el labio y la reprimió.

—No parece, eh… que sea muy popular.

—Por eso lo elegí —dijo Del. Gideon encontró el libro, era sorprendentemente grueso y pensó que a los antiguos keltrianos debía gustarles mucho su poesía, y lo sacó. Tras él había un diminuto artefacto tecnológico del tamaño de una uña: un descodificador de códigos de seguridad.

—Del, quiero ser tu amigo para siempre. Así, cuando vengas de visita, no tendré que preocuparme porque ocultes cosas en mi casa que jamás sería capaz de encontrar.

La risa de Del fue de genuina sorpresa.

—Trato hecho —dijo.

—Y anzuelo mordido —murmuró Seyn. Gideon se guardó el descodificador en el bolsillo, volvió a dejar el libro en el estante y fue hasta Seyn. Siguió su mirada y vio una hombre viejo y rotundo de expresión afable hablando con el testigo del novio al que le habían entregado el regalo, que en aquel mismo instante estaba llegando a manos del moff Pereez.

—¿De verdad crees que lo probará antes de la ceremonia?

—Si hacemos caso de nuestro informe le costará no abrirla ahora mismo —dijo Seyn en voz baja—. ¿Un alcohol exclusivo? Dos atractivos a los que es incapaz de resistirse. No necesitamos que la abra, claro está, pero sería otro elemento de distracción más.

El licor era auténtico, exclusivo, caro y delicioso. Pero habían disuelto diez miligramos de deraformina en él. Seyn la había llamado «la droga de la vida después de la muerte». En ciertas concentraciones, los efectos imitaban tan fielmente a la muerte que nadie podría notar la diferencia. La empleaban agentes, ocasionalmente, como estrategia de huida. Y funcionaba, siempre que alguien recuperase el «cadáver» intacto y lo pusieran a salvo o lo llevasen a ver a un droide médico. El riesgo era elevado, pero a

veces una falsa muerte era la única manera de evitar una de verdad. En dosis más reducidas la víctima solo perdía el conocimiento y apenas suponía ningún peligro.

—Infernal-Uno —dijo Seyn—. El droide sirviente de Del no se separa de Pereez. Avísanos cuando nuestro anfitrión dé el primer trago.

—Recibido —dijo Iden.

—Veamos qué tal es la vista desde arriba —dijo Seyn. Se abrieron paso entre los invitados hasta una amplia zona con dos filas de sillas a cada lado, una fuente con peces de colores en el centro y un guardia uniformado.

«Dos soldados, dos guardias», pensó Gideon.

La fuente burbujeaba ruidosamente mientras Seyn le mostraba la invitación al guardia y les dejaba pasar. No había mucha gente allí arriba. Empezarían a aparecer a medida que se aproximase la hora de la ceremonia. Los cuatro miembros del equipo habían visto los planos de la casa y Seyn los había memorizado, por supuesto. En aquella planta había cuatro dormitorios, incluida la suite principal, con su salón y despachos adyacentes. El despacho sería el primer sitio que registrarían.

—Lo más inteligente sería no tener los documentos incriminatorios en casa, sino en algún lugar de fácil acceso —les había comentado Seyn durante las sesiones preparatorias de la misión—. Lo segundo más inteligente sería dejarlos donde a nadie se le ocurriese buscarlos. Aunque la gente suele ser descuidada con esas cosas. Se deja llevar por la rutina, la pereza, la familiaridad o una falsa sensación de seguridad. Lo más probable es que haya una caja fuerte en su despacho privado y los tenga allí guardados.

Tendrían tiempo para buscar en otras partes, ya que aún faltaba más de una hora para el inicio de la ceremonia, pero Gideon no quería pensar en la posibilidad de un fracaso. Dos de los dormitorios de la planta estaban abiertos, por si alguien necesitaba usarlos. Probablemente eran habitaciones de invitados, decoradas con gusto, pero demasiado impolutas y carentes de personalidad.

El dormitorio principal y una cuarta habitación flanqueaban el mirador, donde había un puñado de sillas en una grada de tres niveles. A sus pies tenían el gran salón de baile, maravillosamente decorado para la ceremonia.

—Los decoradores han hecho un trabajo genial —dijo Gideon.

—Gracias —contestó Del.

—Infernal-Dos y Cuatro, atentos. Ya ha empezado —les cortó Iden.

Seyn le lanzó una mirada a Gideon que significaba: «te lo dije».

—Recibido. ¿Qué ritmo lleva?

Una pausa.

—Va por el tercer chupito.

—Si sigue bebiendo así, caerá redondo en diez minutos —dijo Seyn claramente alarmada—. ¿Dónde está?

—Ahora mismo, en la biblioteca, con más gente. Dice que guardará un poco para brindar después. Si pierde el control es probable que echen a todo el mundo, excepto a la

familia y un médico, si hay alguno entre los presentes. A los demás los sacarán al jardín o puede incluso que los retengan hasta que esté claramente fuera de peligro.

—Así que tenemos dos opciones —dijo Gideon—. Obtener los datos ahora o conseguirlos después, dejar que nos retengan, quién sabe por cuánto tiempo y, probablemente, ser descubiertos.

—Ciñámonos al plan A —dijo Iden.

—Inicia una cuenta atrás —dijo Seyn, y añadió para Gideon—. Vamos. Solo tenemos una posibilidad.

Gideon miró abajo mientras iba con Seyn hacia la puerta del dormitorio. El guardia seguía al pie de las escaleras, cerca de la fuente de los peces. Tras unos largos segundos, el descodificador introdujo el código correcto y la puerta se abrió lateralmente.

Cruzaron a la carrera el enorme dormitorio, un vestuario y un lujoso baño para llegar al despacho del fondo. Varias obras de arte cubrían las paredes, pintadas de rojo. Gideon no prestó atención a nada mientras las descolgaban, una a una. Y allí estaba: una caja fuerte. Era más pequeña de lo que esperaba, pero las tarjetas de datos y las holograbadoras tampoco ocupaban tanto.

—Hemos encontrado la caja fuerte —dijo Seyn.

—Bien —respondió Iden—. Llevamos tres minutos. Parece que todo marcha bien.

Seyn colocó el descodificador sobre la caja fuerte. Pasaron unos segundos y Gideon y ella se miraron. Entonces oyeron un débil chasquido y la puerta se abrió.

Dentro había joyas por valor de decenas de millares de créditos y una holograbadora.

—La tengo —dijo Seyn.

—Espera —le advirtió Gideon—. Podría ser cualquier cosa. Deberíamos echarle un vistazo.

—Tiene razón —dijo Iden—. Ya lleváis casi cinco minutos, pero miradlo. Si es material para un chantaje, quizá no sea agradable.

Gideon lo colocó sobre la mesa y apretó el botón de reproducción. Para su sorpresa, se encontró con lo más inocente del mundo: un joven y delgado moff Pereez sosteniendo en brazos a su hija de bebé y cantándole una nana.

Cerró el puño y estuvo a punto de estamparlo sobre la mesa por la frustración, pero se acordó del guardia de las escaleras.

—¿Quién demonios guarda algo así en una caja fuerte? ¿Y dónde *demonios* está el material para el chantaje?

Seyn siguió negando con la cabeza.

—No, debería estar ahí. Seguro que quiere tenerlo a mano. No lo guardaría en ningún otro sitio.

—Cinco minutos. Ya parece bastante soñoliento —les informó Iden. Su voz era monótona, como si le costase esfuerzo modularla.

Gideon miró alrededor frenéticamente.

—¿Por dónde empezamos?

—Su hija —dijo Del—. Guarda una holo con ella en brazos cuando era bebé. Así de importante es para él. Cualquier otra cosa importante la guardaría en un sitio imposible de olvidar.

Los ojos de Gideon se posaron en el cuadro que cubría la caja fuerte. Lo había dejado en el suelo, apoyado en la pared. En él le miraba la imagen de una niña angelical. Seyn fue junto a él, se arrodilló y palpó la parte trasera.

Sus ojos se iluminaron al sacar una tarjeta de datos.

—*Ahora* sí que lo tenemos —dijo.

—Genial… Pues salid de ahí. Nuestro moff no parece en muy buen estado.

No necesitó que le repitieran la orden. Seyn se guardó el chip en el corpiño del vestido de noche mientras Gideon volvía a colgar el cuadro sobre la caja fuerte. Cuando empezaron a bajar las escaleras, la voz de Iden le dijo al oído a Gideon:

—Se ha desmayado. ¡Salid de ahí inmediatamente!

Mientras le hablaban, Gideon pudo oír murmullos angustiados y las voces de los guardias diciéndole a todo el mundo que mantuvieran la calma. Deseó que nadie hubiera alertado aún al que estaba al pie de la escalera, pero vio que este se llevaba una mano al oído y asentía.

Seyn iba delante de él cuando el guardia se movió para bloquearles el paso. Ella se detuvo justo un escalón antes.

—Disculpen —dijo el guardia—, pero parece que ha habido un pequeño incidente. Debemos pedirles que…

Seyn cerró los puños, inclinó ligeramente el cuerpo hacia un lado y le atizó al guardia en la mandíbula el gancho más bonito que Gideon había visto jamás. El golpe le proyectó la cabeza hacia atrás y el tipo empezó a desmoronarse, pero Gideon corrió y llegó justo a tiempo de sujetarlo para que no cayese dando tumbos por la escalera. Seyn jadeaba y le dedicó una mueca.

—Gracias por agarrarlo —dijo.

—Gracias por noquearlo —contestó él.

Gideon y Seyn se abrieron paso entre la gente cuando todos empezaban a ser presa del pánico, llegaron al jardín y se dirigían hacia la lanzadera cuando alguien les dio el alto.

Se miraron. Seyn se quitó los zapatos de tacón alto y esprintó hacia la lanzadera, saltando a la rampa mientras se replegaba. En cuanto se instalaron en sus asientos, la nave despegó.

Al alcanzar el hiperespacio, Iden lanzó un resoplido que tenía la sensación de llevar conteniendo dos semanas.

—Enhorabuena, teniente —dijo Gideon—. Creo que podemos afirmar que el Escuadrón Infernal acaba de completar con éxito su primera misión.

—Los dos habéis hecho un muy buen trabajo ahí abajo —dijo Iden—. Y usted ha sido muy rápido de reflejos, comandante Meeko, sobre dónde podía guardar la tarjeta Pereez. ¿Dónde *está* la tarjeta, por cierto?

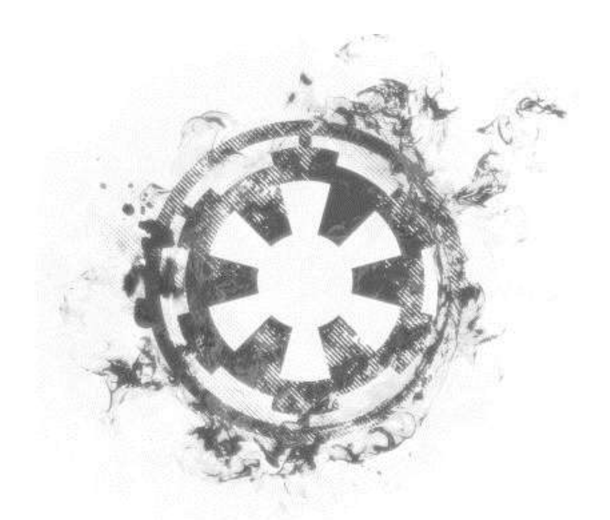
Seyn se la sacó del corpiño y se la dio a Iden.

—Me siento un poco mal por el moff —dijo Seyn—. Darles ese susto, a él y a su familia, en el día que se casa su hija. Parece que adora a esa chica.

Iden sintió que se le hacía un nudo en el estómago al oír aquellas palabras. No era capaz de recordar a su padre sosteniéndola en brazos cuando era un bebé. No lograba recordar ningún tipo de afecto físico por parte de su parte. El único «retrato» que existía de ella lo había pintado su madre en el cartel de «LOS JÓVENES IMPERIALES PUEDEN TOCAR LAS ESTRELLAS».

—Solo hemos hecho lo que debíamos para cumplir nuestra misión, teniente —dijo—. Como vamos a hacer siempre.

CAPÍTULO 6



Tras el éxito de su primera misión, Iden se envalentonó lo bastante para solicitar todo lo que creía que su equipo necesitaba realmente: acceso libre a cierta información clasificada, armamento y material de la mejor calidad y varios artefactos concretos.

—Unas solicitudes razonables, aunque caras —murmuró Versio mientras estudiaba detenidamente la lista—. ¿Será todo? —Iden, sin saber bien si lo decía en serio o con sarcasmo, respondió negativamente—. Bueno, *algo* más —le dijo él—. Primero, todos vais a recibir un ascenso, así que enhorabuena, capitana Versio. Segundo, tengo una nave para vosotros. He dado instrucciones al resto del escuadrón para que se reúna aquí con nosotros. Puedes llevarte una mochila con objetos personales, si lo deseas, ya que creo que será tu nuevo hogar durante una buena temporada.

En la vida de Iden nunca había habido espacio para sentimentalismos, que ella recordase, así que tuvo la «mochila» preparada en cinco minutos.

La *Corvus* era una corbeta de clase *Raider* estilizada, gris y lo bastante grande, con 150 metros de eslora, para acomodar a una tripulación considerable, elegida personalmente por el Almirante Versio. Por el momento solo había dos tripulantes: una piloto, Adiana Catón, y un copiloto, Weston Morro. Los dos parecían buenos profesionales y afables, Iden no preveía que dieran ningún problema.

Para Iden, la *Corvus* era el tipo de nave capaz de gustar a todos los miembros del equipo. Tenía hiperimpulsor y tres motores con los que Meeko podría entretenerse, e iba armada con cañones de iones, cañones láser pesados dobles, misiles de impacto y turboláseres. Versio también le aseguró al escuadrón que se había instalado la tecnología informática más avanzada.

—Os la llevaréis en vuestra próxima misión —dijo el almirante caminando junto a ella mientras Iden se familiarizaba con la nave. Cuando llegaron a la cabina, encontraron a Gideon ya cómodamente instalado, revisando los controles con cara de satisfacción—. Y a cualquier otra misión en que os resulte útil. Por supuesto, a medida que pase el tiempo, se irá completando la tripulación.

—Creía que el Escuadrón Infernal iba a ser una pequeña unidad —comentó Iden. La piloto que llevaba dentro estaba emocionada ante las oportunidades que ofrecía la

Corvus, pero no le gustaba la idea de tener varias personas más implicadas en una unidad en la que supuestamente iban a estar los cuatro «mejores de entre los mejores».

Su padre, como siempre, le leyó el pensamiento.

—Puede que a Meeko le guste reparar cosas, pero no es un técnico. Querrás tenerlo junto a ti cuando llegue el momento de combatir. Todos sois excelentes pilotos, pero no vais a poder volar siempre. Una tripulación bien entrenada y que se limite a hacer lo que le ordenan os será de ayuda, no un obstáculo. Tranquila, nadie va a robarte el protagonismo —aquella última palabra la dijo prácticamente con desdén, aunque no del todo.

Iden se mordió el labio. No pensaba morder el anzuelo. Gideon también fingió no haber oído nada. Afortunadamente, Meeko les ofreció una distracción al entrar con una amplia sonrisa.

—Hola, Almirante Versio, *capitana* Versio —su sonrisa creció aún más al enfatizar su nuevo rango—. Miren qué he encontrado —dijo.

Tras él flotaba un pequeño droide, emitiendo un leve zumbido, de un tamaño y forma similares a los de un tazón boca abajo. Era negro y brillante, con un único fotorreceptor rojo en el centro de la parte delantera y otros cuatro más pequeños a cada lado y bajo su cúpula, ligeramente curvada. Sus cuatro patas articuladas culminadas en pinzas colgaban en el aire.

—Eso es un buscador ID9, ¿verdad? —preguntó Iden.

—Un ID 10, en realidad —dijo Meeko—. Recién salido de fábrica. Y lo voy a preparar para nuestra próxima misión.

—Parece contento, agente Meeko —dijo Iden, probando el nuevo rango que todos se habían ganado—. ¿Y tú, agente Hask?

—Mucho —contestó Gideon—. Nuestro piloto no tendrá mucho trabajo si me salgo con la mía. Además, capitana Versio… si te pasa algo, yo quedaría al mando, ¿verdad?

—Quédate con «agente». No hace falta que empieces a practicar el «capitán» frente el espejo, todavía —le espetó Iden irónicamente. Era una vieja broma privada y repetirla le resultaba reconfortante.

—Almirante Versio —se oyó la voz de Seyn—. Acabo de terminar un análisis somero de los bancos de datos. Estoy impresionada, si me lo permite. Somos beneficiarios de toda su experiencia, señor. Le estoy muy agradecida.

—Todos ustedes pueden mostrarme su gratitud llevando a cabo sus misiones. Me pondré de nuevo en contacto para anunciarles su siguiente encargo. Entretanto, deberían dedicarse a conocer esta nave al milímetro —asintió sin añadir una palabra más y bajó la rampa sin que el equipo le quitara los ojos de encima.

—Bueno —dijo Meeko con su habitual don para rebajar la tensión—, parece que los demás también hemos tenido nuestros regalos de aniversario —dio una palmada al droide flotante—. ¿Qué se le ofrece, capitana?

Iden desvió la vista de su padre hacia la cara de Del.

—Ahora mismo solo quiero entrenar.

Y eso hizo. Mientras Meeko andaba ocupado con el droide, Hask pilotaba la *Corvus* siempre que encontraba oportunidad y Maraña estaba recluida repasando la información de Inteligencia más actualizada, Iden se dedicaba a entrenar con gran determinación.

Se había recuperado de las heridas sufridas en Yavin 4, pero estaba agarrotada por la inactividad forzosa. Había perdido finura. Quería recuperar, no, *superar*, su nivel habitual de movimiento, velocidad y fuerza.

Corría y trabajaba con droides instructores en simulaciones de batallas holográficas, yendo al límite, alimentándose de cosas en que el sabor importaba menos que su capacidad de adaptarse a la perfección a las necesidades de su cuerpo. Pilotó la *Corvus* tanto con Gideon, Catón y Morro como copilotos, como sola, poniéndola a prueba, hasta que conoció sus movimientos y humores tan bien como los de su propio caza TIE. Practicó con todas las armas de las que disponía el equipo y combatió cuerpo a cuerpo con todo el que estuviera dispuesto a hacerle de *sparring*. De noche, volvía a su camarote de la *Corvus* exhausta y magullada, dormía como un lirón y volvía a despertarse antes del amanecer para empezar todo de nuevo.

Y cuando el Almirante Versio se puso en contacto con ellos para darles su siguiente misión estaban preparados.

Las misiones no solían ser muy largas. Muchas de ellas, igual que la primera, se podían llevar a cabo en unas cuantas horas bien planificadas. La mayoría, también como la primera, les resultaban más cercanas de lo que Iden esperaba. También Del parecía un poco desanimado por la escasa personalidad demostrada por algunos imperiales bastante destacados.

—No esperaba que hubiera tantos dispuestos a morder la mano que les da de comer —se lamentó una vez, mientras comían algo que él mismo había preparado no sabían muy bien con qué.

—No me sorprende —contestó Seyn—. Cuando trabajas mucho tiempo en Inteligencia terminas viendo de todo.

—No todo el mundo sabe administrar el poder con sensatez —dijo Iden.

—Estoy deseando combatir contra los rebeldes —intervino Gideon.

—Todos lo estamos —dijo Iden—. Pero tras su éxito con la Estrella de la Muerte, la Alianza Rebelde va a ser más cuidadosa con sus secretos… y a ponérselo más difícil a aquellos que quieran compartirlos con el Imperio. Además, estamos haciendo algo muy beneficioso eliminando manzanas podridas. Sin la traición de un imperial, la Estrella de la Muerte seguiría intacta y ya habríamos ganado esta guerra. Estoy segura de que el almirante pronto nos mandará actuar contra esa escoria rebelde.

Iden estaba en lo cierto. La misión llegó… aunque no se parecía en nada a lo que esperaban.

«¿Los partisanos?»

Iden había acompañado a su equipo hasta la oficina de su padre, emocionada por saber que, de una vez por todas, iban a dar un golpe contra los rebeldes, pero ¿los partisanos? Miró a sus compañeros de escuadrón, todos estaban aparentemente tan perplejos como ella. «No todos», se corrigió casi de inmediato. Seyn no parecía nada sorprendida.

—Señor —dijo Gideon, en voz baja—, tenía entendido que todos los partisanos cayeron en el accidente minero de Jedha.

Extrañamente, el padre de Iden pareció complacido por aquel comentario. Se volvió hacia su hija:

—Agente Versio, su equipo tiene nivel cuatro de seguridad. Puede hablar libremente.

—Sí, señor —contestó Iden. Sabía lo que quería que contara—. El incidente de Jedha *no* fue un accidente minero. Fue la primera prueba de la Estrella de la Muerte. El lugar se seleccionó por varios motivos, uno de ellos fue precisamente que la destrucción de Ciudad de Jedha eliminaría a Gerrera y sus partisanos.

Versio asintió mecánicamente y miró a Seyn con una ceja arqueada. Esta carraspeó.

—Eso es parcialmente cierto —dijo Seyn—. Aunque hemos confirmado que el propio Saw Gerrera y muchos de sus compañeros sí fallecieron en Jedha, tenemos pruebas de que varios partisanos estaban fuera del planeta en aquellos momentos.

—¿Señor? —era Del, que no solía hablar en aquellas reuniones—. Los partisanos nunca representaron una gran amenaza. Siempre fueron el grupo de Saw y la Alianza Rebelde consideraba que sus métodos eran demasiado extremos. Aunque queden algunos por ahí, terminarán extinguiéndose.

—Como dice, agente, siempre fueron el grupo de Saw. Tras su muerte, creíamos poder olvidarnos de ellos, si acaso alguna escaramuza sangrienta aquí y allá mientras escapaban, sin rumbo y furiosos. Pero no ha sido así.

Les miró con expresión taciturna.

—Un nuevo grupo ha ocupado su lugar, se hacen llamar los Soñadores.

Gideon puso mala cara.

—Bonito nombre para un grupo terrorista —dijo.

—Sueños. Esperanza. Son las cosas a las que se aferran siempre los vencidos. Esos Soñadores se identifican claramente como los *partisanos de Saw Gerrera* y parecen salidos de la nada. Y no limitan su fanatismo y crueldad a atentados indiscriminados o ataques relámpago puntuales. Saben cosas, secretos: códigos, nombres y fechas de sucesos que su puñado de seguidores suicidas no deberían saber. Nos están golpeando con precisión quirúrgica.

Iden creía odiar a los rebeldes, pero mientras escuchaba sintió un nudo en el estómago por el escenario que les estaba dibujando su padre. Unos terroristas violentos, casi sádicos, ajenos a las trabas de la supuesta moralidad de la Alianza Rebelde, parecían poseer información imperial altamente sensible.

Aquellos Soñadores no podían proclamar ninguna supuesta superioridad moral: solo querían sangre, sangre imperial, cubos enteros de ella. A los «partisanos de Saw Gerrera» les importaba muy poco que fuera de moffs, obreros o niños, mientras fuera imperial.

—Así que… ahora Saw Gerrera es un mártir —dijo Meeko—. Cuántos menos quedan, más importante parece todo lo que hacen. Redoblarán su violencia y si cierto material sensible ha caído en sus manos, como cree el almirante, lo utilizarán tanto como puedan, hasta el final.

—Meeko tiene toda la razón sobre esos terroristas —habló Versio—. Necesitamos recuperar cualquier información que haya podido caer en sus sucias y ensangrentadas manos. Cuando la tengamos, volverán a ser un puñado de desafectos airados e impotentes camino a la extinción. Pero para hacerlo necesitamos más información sobre ellos.

»Al parecer, la reciente escalada de violencia le ha revuelto las tripas como mínimo a uno de sus miembros. Tenemos una pista sobre un desertor… no de los Soñadores, por desgracia, sino de un grupo más reducido y menos organizado. En estos momentos cualquier información que proporcione un partisano es útil.

Apretó otro botón y apareció la imagen holográfica de un sullustano en el centro de la mesa.

—Este es Bokk Naarg. Luchó junto a Gerrera desde antes de que se formase el Imperio. Asegura tener dudas sobre los partisanos desde hace tiempo y finalmente ha comprendido la inutilidad de su causa. Quiere unir su suerte al bando vencedor. Asegura saber de dónde procede la información secreta que están empleando los Soñadores.

—¿Y le cree? —preguntó Gideon con un matiz de duda.

—Creo en nuestro agente, que se ha reunido con él varias veces, pero no les pienso contar nada más. Su tarea ha concluido, la nuestra, la suya, es sacar a Bokk de allí y traerlo aquí. Necesitamos descubrir todo lo que sabe, absolutamente todo. ¿Alguna pregunta más sobre la misión?

No hubo preguntas. Iden sintió un escalofrío de emoción. Aquello era grande, su misión más relevante hasta el momento. Podrían hacer algo que realmente marcase la diferencia.

—Bien. Capitana Versio, ¿cuál es su plan?

Todas las reuniones previas a las misiones terminaban de aquella manera. Una vez el almirante había definido el objetivo, se volvía hacia Iden y este la retaba a improvisar un plan.

Cada vez que lo hacía, Iden sentía aquella desazón que le resultaba tan familiar, la tensión y la preocupación de que aquella vez, aquella misión, saliera mal. De que fuera aquella en la que fracasaría y, cada vez, siempre encerraba a cal y canto aquel pensamiento en las mazmorras más profundas de su mente.

—Antes necesito averiguar qué sabe el contacto de Bokk —dijo.

La evacuación se llevaría a cabo en la Estación Tellik, un núcleo comercial. Situada en una de las principales vías de hiperespacio, en teoría estaba bajo control del Imperio, pero allí hacía escala todo tipo de chusma para hacer reparaciones, descansar o repostar. Había cierta presencia de soldados de asalto y las naves imperiales iban y venían con frecuencia, pero nadie parecía prestar demasiada atención a nada.

La *Corvus* atracó en el Muelle 47 sin incidentes, supuestamente para repostar. Cuando Catón y Morro apagaron los motores todos quedaron un momento en silencio.

—Bueno —dijo Iden—. Allá vamos. Nuestro primer golpe a los rebeldes. Teniente Hask —se permitió sonreír a su viejo amigo—, tiene el honor de empezar.

—Será un placer —dijo, devolviéndole la sonrisa. En las últimas semanas, Gideon había dejado de cortarse el pelo y de afeitarse. Su habitual aspecto impecable era ahora lo bastante desaliñado para parecer un piloto civil de esos que transportaban cargamentos un tanto dudosos de vez en cuando.

Gideon se volvió hacia su «copiloto», como Meeko llamaba a su obra maestra, el droide buscador remodelado.

—Sígueme —le ordenó. El droide emitió un pitido, recogió las patas bajo su cuerpo y le acompañó al bajar la rampa.

Todos los que iban a bordo de la *Corvus* seguían en silencio, mirando las imágenes que mandaba el droide mientras Gideon se abría paso por la abarrotada estación hasta un lugar llamado Singularidad; un cuchitril/club en el que corrían las copas alegremente, se hacían tratos y se podía disfrutar de gran variedad de placeres. La decoración parecía inspirada en el nombre del club: las paredes y los muebles eran oscuros y la fachada era una amplia entrada que se iba estrechando y oscureciendo a medida que te adentrabas en el local. Algunos de los apiñados en el Singularidad parecían llevar tiempo allí y no tener demasiadas ganas de marcharse.

Quizá fuera su arquitectura o mera coincidencia, pero el Singularidad era también uno de esos raros lugares en que el Imperio hacía la vista gorda si algunos tripulantes de sus múltiples naves decidían «relajarse» de maneras no del todo aprobadas.

—Claro que conocemos el Singularidad —les había dicho Seyn cuando se convocó la reunión—. Sabemos de varios oficiales imperiales que lo frecuentan. Hemos recopilado información suficiente para chantajearles, por si nos vemos obligados a meterlos en vereda.

Iden se estremeció ligeramente cuando Hask e ID 10 entraron en el club. Sonaba una música alta y arrítmica y los cantantes, un par de pa'lowicks de cuerpos rechonchos y patas de palo, tenían unas voces chillonas y penetrantes salidas de las bocas diminutas que tenían en la punta de sus hocicos pedunculares.

—No me extraña que a la gente le guste este lugar para hacer negocios turbios —comentó Iden—. No se oye nada.

—Droide —dijo Del—, silencia la música —el droide emitió un pitido y filtró, por fortuna, aquella particular cacofonía del resto de flujo audiovisual.

Ahora que Gideon ya estaba en posición, le tocaba a Iden. Se levantó y recogió su casco blanco mientras Del la remplazaba en su sitio frente a la consola.

Nunca había servido como soldado de asalto del Imperio, aunque como piloto de TIE estaba habituada a los cascos y en los últimos días había pasado muchas horas en aquel uniforme de plastoide… entrenando para moverse cómodamente dentro de él, como si fuese soldado desde hacía años. Todo formaba parte del procedimiento habitual para no arruinar su tapadera, todo excepto la visualización del interior de su «cubo». La habían reconfigurado para que mostrase las mismas imágenes que el droide le estaba transmitiendo a la *Corvus*.

—Informe, Infernal Dos —dijo Iden en voz baja.

—Este parece un buen sitio —respondió Gideon. Le habían injertado quirúrgicamente el mismo dispositivo auditivo minúsculo que habían usado en su primera misión. Cualquier frase que incluyera la palabra «bueno» significaba que todo iba según el plan. Una frase con la palabra «espeso» significaba problemas y «apesta» era igual a peligro.

—Recibido —contestó Iden—. Tomo posiciones.

Miró a los dos que iban a quedarse en la nave.

—Estad preparados para todo —les dijo.

—Usted también, capitana —dijo Meeko.

—Buena suerte —añadió Seyn.

Iden se puso el casco, recogió su bláster y bajó la rampa con los habituales movimientos indiferentes pero alerta de un soldado de asalto de patrulla. Aunque la estación espacial no estaba precisamente abarrotada de soldados de asalto, eran lo bastante frecuentes para que nadie se fijase demasiado en ella.

Empezó a hacer una ronda por la zona, en un recorrido lo bastante amplio para no llamar la atención, pero lo bastante cercano para correr hasta el Singularidad si Gideon necesitaba refuerzos o para volver al muelle si debían huir apresuradamente.

De momento, la misión había durado ocho minutos y todo iba como la seda.

Hasta el momento.

Gideon estaba de muy buen humor. Hasta entonces, había servido al Imperio volando naves rebeldes mientras pilotaba su caza TIE, pero aquello era distinto, todo lo relacionado con el Escuadrón Infernal era distinto. Las misiones podían ponerse peligrosas y violentas sin previo aviso, como los combates a los que estaba habituado, pero, a diferencia de en las batallas, también existía la posibilidad de que no pasase nada. Algo que te mantenía alerta y que descubrió que le encantaba.

No estaba tan contento por estar otra vez a las órdenes de Iden, alguien cinco años más joven que él. Al menos, esta vez era él quien debía contactar con el desertor rebelde, mientras Iden «patrullaba» en su armadura blanca. En realidad, la buena resolución de

aquella misión dependía de él. Debía asegurarse de que Bokk confiase en él y que su encuentro le pareciese natural y sincero a cualquier observador externo.

Inicialmente, le había parecido que no tenía mucho sentido que fuera el Escuadrón Infernal quien debiera ocuparse de aquella misión. Y había preguntado abiertamente por qué actuaban ellos, en vez del agente imperial que ya tenía contacto con Bokk. Si el informante partisano realmente deseaba ardientemente desertar, sin duda se sentiría más seguro escapando bajo la protección de alguien a quien conocía y en quien ya confiaba.

—Inteligencia Naval dice que el agente tiene muchos más contactos —había contestado Seyn—. Están en juego más de una docena de casos, por eso no podemos correr el riesgo de desenmascararlo. Si deriva al confidente hacia un «amigo de confianza» y las cosas se tuercen, siempre puede negarlo todo. No creo que podáis entender lo enrevesado que puede llegar a ser el espionaje o cuánta gente hay implicada de una forma u otra.

Aquello había molestado a Gideon. Respetaba las dotes únicas de Seyn, pero era evidente que podía ser muy arrogante.

A través del agente imperial original le habían dicho a Bokk que buscase a un humano enfundado en una chaqueta de piloto marrón con tres parches. Gideon, por supuesto, había visto varias imágenes de Bokk, un sullustano mayor con una cicatriz junto al ojo izquierdo.

El segundo al mando del Escuadrón Infernal se instaló cómodamente en una mesa del fondo. Cuando el droide sirviente se le acercó pidió un Brisa de Bespin y miró distraídamente el local. Del había localizado los dispositivos de grabación de seguridad y los había interferido. Si era necesario, podía detener la grabación en cualquier momento.

Había congregados representantes de al menos de dos docenas de especies. El Imperio trabajaba con las especies nativas de los planetas bajo su influencia, por lo que durante su estancia en la Academia y después en un destructor estelar le habían hecho mantener relaciones prolongadas con varias de ellas. En aquel momento, a Gideon aquel surtido de individuos pasándolo bien, o como mínimo fingiéndolo, en el Singularidad le pareció un espectáculo entretenido. Había varias especies casi-humanas representadas, como twi'leks, pantoranos, mirialanos y otras muy distintas.

Cuando llegó la copa, el droide la escaneó discretamente en busca de tóxicos, emitió un pitido para dictaminar que era segura y Gideon dio un sorbo.

—¿Algún rastro de él? —oyó la voz de Iden en su oído.

En aquel preciso instante, la vista de Gideon se posó en una figura que se abría paso entre la multitud.

—El licor es bueno —dijo.

—Recibido —contestó Iden. Pero mientras su comandante hablaba, Gideon vio algo que amenazaba con convertirlo todo en nada «bueno».

Bokk no había acudido solo.

Le acompañaban tres hembras y dos varones; un par de mirialanos, dos pantoranos y un togruta. Sus acompañantes iban vestidos con trajes bonitos y lucían joyas voluminosas

que parecían hechas con piedras o cuentas baratas pero coloridas. Eran jóvenes y atractivos y parecían haber ido hasta allí en busca de diversión. Su llegada fue recibida con entusiasmo, quedaba claro que eran clientes habituales.

Gideon no sabía si decir algo como: «esto parece que se pone un poco espeso», pero no fue necesario. Su equipo lo estaba viendo todo.

Apoyado en el hombro de Gideon, el droide lo grabó todo.

En la *Corvus*, Del maldijo entre dientes.

—Bokk ha traído amigos y el droide informa que van armados —dijo—. Esas joyas son falsas… están hechas con explosivos que detonan si los golpean.

—Maldición —mascullò Iden. Se suponía que el desertor sullustano se presentaría solo y el Escuadrón Infernal preveía estar camino a Coruscant al poco—. Seyn, ¿hay algo que sugiera que Bokk podría intentar tendernos una trampa?

Iden se preguntó si aquella iba a ser una misión suicida. Antiguamente, los partisanos habían puesto tanto empeño en matar imperiales que veían cualquier baja civil colateral meramente como desafortunados efectos secundarios. Pero siempre habían querido salvar su propio pellejo. Aquello había cambiado tras la caída de su líder. Según las informaciones que su padre había compartido con el Escuadrón Infernal, varios partisanos habían demostrado estar más que dispuestos a seguir a Saw si se llevaban a algunos imperiales con ellos.

—Lo de las joyas es un truco nuevo —dijo Seyn. Su tono era tenso—. Nunca lo habíamos oído. Sabemos que los ataques suicidas son cada vez más frecuentes aunque no sé si ese es el plan aquí. Los cierres de las joyas se pueden «romper» con facilidad y caerse. O se las pueden dejar en un baño. Del, que el droide haga un primer plano de esa mirialana.

El droide cumplió la orden obedientemente. El sudor empezaba a acumularse en la frente de la mirialana y sus orificios nasales se abrían por su respiración acelerada.

—Esto no tiene buena pinta —murmuró Meeko.

—Silencio, Infernal-Tres —le espetó Iden.

Una ruidosa mesa de humanos, vestidos con atuendos demasiados andrajosos para sus caras bien afeitadas y corte de pelo militar, llamaron a gritos a uno de los jóvenes acompañantes de Bokk y le saludaron con la mano.

—¿Algunos de esos imperiales es de los que podríais chantajear? —le preguntó Del a Seyn. La mirialana movió los dedos hacia los humanos y le dijo algo a uno de los pantoranos.

—Les está siguiendo el juego —tradujo Seyn, traduciendo tan rápido como habría hecho la computadora de la nave—. Ahora mismo está hablando sobre una fiesta que hay más tarde y de a quién llevarán. No sé si está enterada sobre los planes de desertar de Bokk.

Gideon tampoco lo sabía pero no le gustaba. Cuando el único ojo de Bokk se encontró con los suyos, Gideon levantó la copa y le hizo un gesto con la mano al sullustano para que se acercase como si fueran viejos amigos. Bokk le devolvió el saludo y le dijo algo a la pantorana que tenía al lado. La alienígena, más joven, se rio, metió su brazo bajo el de Bokk juguetonamente y fueron juntos hacia la mesa.

«Maldición.»

—Cuánto tiempo, viejo amigo —dijo Gideon—. ¿Os invito a una copa?

—Lo mismo que tú, viejo amigo —dijo Bokk, con voz rasposa.

Aquella era la contraseña. Pasase lo que pasase, Bokk aún quería desertar. O eso era lo que pretendía que Gideon *creyera.* Gideon le hizo un gesto al droide sirviente y dijo:

—Otros dos Brisas de Bespin —el droide emitió un pitido y se marchó apresuradamente.

—Están todos muy nerviosos —dijo la voz de Del en el oído de Gideon.

Gideon también lo estaba, aunque se sentía más excitado que nervioso.

—Un local un poco *espeso* para ti —le dijo a la joven, esperando que su equipo oyese la palabra clave.

La pantorana se rio.

—No te preocupes por mí, corazón.

¿Era una amenaza? Cuando se preguntaba si pasar al siguiente nivel de palabras clave para el mal presentimiento que le provocaba todo aquello, Bokk se inclinó hacia él y le susurró al oído.

—Sharima también quiere desertar —habló tan bajo que solo Gideon pudo oírle.

Gideon… y el droide.

—En la cabina solo tengo espacio para otro piloto —dijo Gideon mientras el droide sirviente rodaba hacia ellos con las copas.

Ahora le tocó a la pantorana susurrarle mientras se le acercaba y fingía flirtear con él.

—O los dos o ninguno.

—Deberíamos abortar la misión —dijo la voz de Seyn.

—Negativo —fue la respuesta de Iden.

—Infernal-Uno, deberíamos abortar *inmediatamente* —las palabras de Seyn eran urgentes y contrarias a los protocolos.

—¿Y qué gano yo a cambio? —le contestó Gideon a la pantorana, bajando la voz como ella.

Sharima arqueó una ceja y se toqueteó el pelo blanco bajando un ojo hacia su brazalete. Lo que parecía el cierre del brazalete era de hecho una diminuta tarjeta de datos.

—Esto —dijo la pantorana.

—Lo que guardo en mi cabeza y lo que hay dentro de esa tarjeta —masculló Bokk.

A Seyn aquello no le gustaba ni un pelo. Gideon debería haber dejado unos cuantos créditos sobre la mesa y haberse marchado. Todos sus instintos, mejorados por su entrenamiento especializado, clamaban que estaban cayendo en una trampa.

Su mirada se desvió hacia las múltiples conversaciones que se desarrollaban alrededor de Gideon y los dos supuestos desertores. Algunas ya venían traducidas, otras las tradujo ella misma.

«…algún día me compraré una casita en un planeta pequeño.»

«…más vale que no te cruces con ningún cabezadecubo.»

«…nunca jamás apuestes con un gamorreano.»

«…el precio del grano está subiendo muchísimo.»

«Nunca lo había visto por aquí. ¿Los dos?»

Era el varón pantorano. Seyn cerró los ojos y se concentró, escuchando con todo su ser, distinguiendo las dos voces entre la cháchara insustancial de la clientela del dub.

«¿Intentan reclutarlo?»

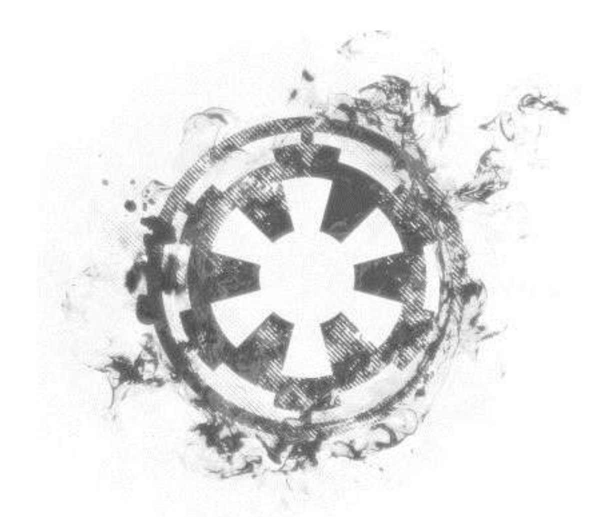
«…hablando con Bokk…»

«A mí me parece un agente imperial.»

Seyn abrió los ojos.

—Infernal-Dos, os han reconocido —dijo. Iden habló antes de que Seyn recuperase el aliento suficiente para comentar nada.

—Infernal-Dos, voy para allá. A acabar con esto. Salid de ahí. ¡Ahora!



CAPÍTULO 7

Gideon oyó a su comandante, pero no coincidía con su análisis de la situación. Quizá *veía* lo que estaba pasando, pero no podía encajar las piezas como él. Y había tenido una idea.

Por el rabillo del ojo vio que los otros tres partisanos se levantaban. Eran buenos, su lenguaje corporal no transmitía nada raro. De no haber sido por la traducción de Seyn…

—Vale —le dijo a Sharima—, pero antes quiero la tarjeta de datos.

—Ni hablar —replicó la pantorana—. La tendrás en cuanto Bokk y yo estemos a bordo de la nave.

Gideon no apartó la vista del cierre del brazalete. Esperaba que el droide, y en consecuencia Del, también lo hubiera visto.

Del parecía un tipo muy inteligente y observador. Esperaba que el antiguo ingeniero hubiese llegado a sus mismas conclusiones.

—Creo que tus amigos tal vez quieran decir algo al respecto —dijo en tono cansino— y no quiero que hagan detonar sus bombas antes de que puedas darme la tarjeta.

Todo sucedió abruptamente.

Tanto Sharima como Bokk miraron a sus compañeros, que se acercaban. Abrieron los ojos como platos y se oyó el inconfundible grito distorsionado de un soldado de asalto bajo su armadura:

—¡Alto!

Rápido como un pensamiento, el droide saltó del hombro de Gideon y extendió sus pinzas. Dos de ellas cortaron el cable al que estaban conectadas las joyas-bomba. Un tercer brazo mecánico agarró la tarjeta de datos y se replegó, escondiéndose en el caparazón metálico del droide. El cuarto brazo estaba extendido, intentando recoger las siete bombas en miniatura antes de que cayeran al suelo, pero Gideon fue más rápido: las recogió con una mano y las cubrió con la otra.

Bokk y Sharima estaban de pie y Bokk miraba a Gideon, horrorizado. Los otros dos partisanos estaban gritando algo y casi habían llegado hasta su mesa.

—¡Vamos! —le gritó al droide. Este se elevó y pasó volando sobre las cabezas de los ahora recelosos clientes camino a la salida.

Allí había un soldado de asalto con el bláster preparado. Gideon estaba prácticamente seguro de que se trataba de Iden.

Prácticamente.

Se subió sobre la silla y luego sobre la mesa, tirando los Brisas de Bespin, y echó a correr hacia la entrada del Singularidad.

En cuanto sus pies contactaron con el suelo metálico y pusieron distancia entre él y el floreciente caos del local, Gideon lanzó las pequeñas esferas de colores vivos hacia atrás, mientras oía ruido de fuego de bláster.

Entonces, de repente, una mano enguantada en plastoide le agarró del brazo, tiró de él hacia delante y le alejó de la explosión que le ensordeció momentáneamente. Aterrizó con fuerza en el suelo y por un espantoso segundo no pudo respirar. Entonces el soldado de asalto le ayudó a ponerse en pie. «No, es Iden, que me ha cubierto de la explosión con la armadura y su propio cuerpo», pensó. Y echaron a correr por los pasillos. Le dolían los pulmones por el aire sobrecalentado, todo el cuerpo le dolía, pero corrió.

Varios seres pasaron junto a él huyendo también de la explosión. Otros corrían hacia ellos, incluido un puñado de auténticos soldados de asalto.

—¡Atentado rebelde en el Singularidad! —gritó Iden. Dos de ellos se detuvieron, obviamente confundidos por verla correr en dirección contraria.

Iden les hizo gestos con la mano para que continuasen y miró a Gideon, a quien tenía agarrado bien fuerte.

—¡Ya está! ¡Vamos, vamos!

Por la visualización de su casco, Iden vio la sinuosa trayectoria a toda velocidad del ID 10 por los pasillos, esquivando a grupos de gente aterrorizada, sin que nadie le prestase demasiada atención, hasta que estuvo a salvo en la nave.

Iden se encontró ante un primer plano casi alarmante de la cara de preocupación de Meeko.

—¿Qué ha pasado? —este rectificó de inmediato—. ¡Da igual, gruñid si estáis bien!

—Sí —logró decir. El alivio se dibujó en la cara de Del en forma de sonrisa.

—¡Gracias al cielo! Estamos controlando la reacción al atentado. Hay mucho pánico, pero nadie os está siguiendo. Estoy manipulando las grabaciones de seguridad y Catón y Morro tienen la *Corvus* preparada para marcharnos en cuanto lleguéis.

—Recibido —jadeó Iden. La cara de Meeko desapareció y el droide giró sus fotorreceptores hacia la consola. Estaba flotando sobre Seyn, quien trabajaba frenéticamente, tal como había prometido, en la consola. La joven levantó la vista hacia el droide e Iden vio la inquietud arrugando su frente. Después, volvió a concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Ya casi lo tenían.

Seyn se puso tensa.

—Infernal-Uno, os viene compañía por detrás.

—¡Maldición! —clamó Iden, furiosa. Gideon y ella doblaron una esquina y encontraron el pasillo maravillosamente vacío.

Al llegar al muelle vieron que la rampa de la nave estaba bajada. Allí les estaba esperando Del Meeko, delgado, desgarbado y mirándolos intensamente, con el bláster a punto.

—¡Alto, soldado! —gritó una voz tras Iden.

No había tiempo para aquello, no había tiempo para explicarle a aquel pobre gruñón que solo estaba haciendo su trabajo, que tenía autorización. Solo tenía tiempo para empujar a Gideon y que siguiese corriendo hacia la corbeta mientras ella se daba la vuelta y ajustaba su bláster al modo aturdidor para retener a sus «compañeros» soldados de asalto.

Les disparó. Se tambalearon hacia atrás, algunos cayeron. Siguió disparando ráfagas de energía azul mientras subía la rampa, igual que Del. La rampa se replegó y la puerta se cerró. Iden y Del se sentaron junto a Gideon y se ataron sus arneses de seguridad.

—¡Vamos, vamos! —gritó Iden a los pilotos y la *Corvus* despegó, se quedó planeando un segundo mientras la seguían bombardeando con láseres y huyó hacia espacio abierto.

Al cabo de diez segundos, les rodearon unas líneas de luz blanca y ya estaban en el hiperespacio.

«He fallado. He fracasado.»

Iden se quitó el casco y se volvió hacia Gideon.

—¿Qué *demonios,* Hask? —preguntó con la ira quebrándole la voz. Detestaba aquello e hizo un esfuerzo por controlarse—. ¡Has desobedecido deliberadamente una orden directa!

Gideon parecía aturdido por su arrebato, pero sus cejas negras se fruncieron también con ira.

—Esta misión se ha convertido en tóxica desde el momento en que Bokk ha aparecido acompañado —la voz habitualmente juvenil de Seyn desprendía su desaprobación—. Deberíamos haberla abortado inmediatamente. ¡Ahora hemos llamado la atención y podemos haber arruinado la tapadera de uno de nuestros agentes clave!

—Vuestro agente estará perfectamente —dijo Gideon—. Nadie lo relacionará con esto, ahora que…

—¿Ahora que están todos muertos? —terminó Iden—. ¿Ibas a decir eso? ¡Maldición, chicos, no era un trabajo tan complicado! Evacuar a una persona sin que nadie se diera cuenta. Ahora está muerto, su amiga también está muerta…

Gideon la cortó.

—Sí, es verdad. Hay cinco partisanos muertos, víctimas de su propia violencia al torcerse terriblemente su intentona terrorista. ¡Es muy probable que los únicos que queden vivos sean esos Soñadores!

Seyn no lo creía.

—¡Eso es irrelevante! La misión consistía en evacuar a Bokk y conseguir la información. Ahora está muerto y nosotros no estamos mucho mejor… De hecho, estamos *peor* que al principio. En cualquier sentido, ha sido un fracaso —le brillaban los ojos—. Las grabaciones de seguridad indican que dos de nuestras potenciales víctimas de chantaje también han resultado heridas en el atentado. Hemos tenido suerte de que no murieran.

«Nuestro contacto está muerto. Gideon lo mató. Seyn tiene razón. En cualquier sentido, es un fracaso», pensó Iden.

—¿Capitana Versio? —era Meeko, en un tono tímido—. Aunque quizá no esté completamente de acuerdo con la forma en que se ha desarrollado todo, bueno… puede que *no* hayamos arruinado el objetivo de la misión.

Iden se quedó callada un instante, sin atreverse a creerlo. Después le dijo:

—¿Vi lo que creo que vi… antes de que Gideon decidiera desatar el caos? —Gideon frunció los labios ante aquel comentario.

—Droide, muéstranos qué tenemos —le ordenó Del al ID 10. Este se había sujetado firmemente al mamparo de la *Corvus* para el salto al hiperespacio. Ahora emitió unos pitidos, se desató y fue flotando hasta Meeko.

Extendió uno de sus brazos. En sus pinzas metálicas había una tarjeta de datos del tamaño de la uña del meñique de Iden.

Esta la tomó con cuidado por los bordes y se la pasó a Seyn. La joven se giró en silencio hacia su consola y la insertó.

Rápidamente parpadearon en la pantalla letras de gran variedad de alfabetos, entre ellos algunos pictográficos, además de números.

—Está todo cifrado, por supuesto —murmuró Seyn, prácticamente para sí—, pero… puede que tengas razón. Quizá no tengamos a Bokk, pero podemos tener parte de lo que sabía.

Gideon e Iden se miraron.

—Disculpa aceptada —dijo Gideon.

—Oh, no me estoy disculpando —le respondió Iden enérgicamente—. Con *ninguno* de vosotros. Hask, has desobedecido una orden directa, poniendo en peligro a tu comandante, a ti mismo y al resto del equipo.

Miró a Seyn.

—Maraña, no sugeriste que abortásemos la misión… lo ordenaste. Dos veces.

»Meeko, tú colaboraste en la desobediencia de Gideon al decidir que tu mascota se hiciera con la tarjeta de datos y huyera —terminó.

Todos estaban en silencio. Iden se pasó una mano por el pelo, húmedo por el sudor y suspiró.

—Pero… resulta que Seyn tenía razón —admitió Iden—. La situación era peligrosa y deberíamos haber huido inmediatamente para planear un segundo encuentro. Gideon, has recuperado una tarjeta de datos que esperamos esté repleta de información valiosa y, gracias a tus decisiones, hemos eliminado a cinco partisanos reconocidos. Y Del… tu

rapidez de pensamiento nos ha permitido hacernos con la tarjeta, antes de que los partisanos decidieran tomar cartas en el asunto.

Se produjo un silencio prolongado e incómodo.

—¿Puedo hablar libremente? —preguntó Gideon tras la tensión del momento.

—Adelante.

—Gracias. Por las… —se detuvo y volvió a empezar—. Por admitirlo.

Iden sonrió levemente, asintió y respiró hondo.

—Ahora solo tenemos que presentarle todo esto al Almirante Versio de tal manera que parezca que seguimos siendo una máquina perfectamente engrasada.

El droide, una máquina *realmente* bien engrasada, emitió un pitido que sonó solidario.

Finalmente, aunque el Almirante Versio no quedó nada contento de cómo habían ido las cosas, sorprendió a Iden con su veredicto final en la reunión en su despacho:

—Cualquiera puede urdir un plan perfecto para una misión —les dijo. Iden sintió un nudo en el estómago—, pero su ejecución es algo completamente distinto. He hablado con el contacto de Bokk y le sorprendió mucho que este hubiera cambiado los términos de su acuerdo. Si no lo esperaba él, que llevaba meses trabajando con el sullustano, ¿cómo podían preverlo ustedes?

Iden se quedó perpleja. No había previsto semejante magnanimidad por parte de su padre. Fuera lo que fuera lo que hubieran descubierto debía haberlo complacido enormemente.

—Puesto que, desde el principio, la intención era eliminar a Bokk una vez hubiese revelado la información que poseía, creo que no hemos perdido mucho. Lo que contenía la tarjeta es extremadamente útil. Y este… —buscó la palabra— giro de los acontecimientos durante la misión puede habernos venido bien.

Iden esperó. Quizá no fuese un absoluto desastre, pero era bastante malo de por sí. No había sido perfecto. Esperaba que su padre comentase personalmente sus reacciones con cada uno de ellos y que le cediera el puesto de líder a otro.

No lo hizo.

Tras unos instantes, ella dijo:

—¿Podemos saber qué se ha descubierto en la tarjeta de datos, señor?

—A su debido momento, dado que se han obtenido gracias a su misión, capitana —respondió Versio. Se sentó a la cabeza de la mesa. Iden pestañeó. Era la primera vez en su vida que veía a su padre sentarse en una reunión de trabajo. Este juntó las manos.

—He tomado la decisión de ampliar las responsabilidades del Escuadrón Infernal para explotar más a fondo la información obtenida sobre los partisanos —dijo—. Como recordarán, describí a este escuadrón como un equipo de limpieza encargado de rastrear y recuperar información sensible, soplones, desertores y demás. Normalmente con ataques

o incursiones precisas y rápidas. Por ejemplo, su reciente misión en la estación Tellik Cuatro, tanto en su planificación como desarrollo práctico, fue una operación de evacuación militar. A pesar de las complicaciones, cumplieron su cometido.

»Seguirán siendo un equipo de limpieza, pero su próxima misión les recordará a la primera. Si todo sale bien, podría significar el fin de los Soñadores de un solo golpe.

Los cuatro se miraron, pero no dijeron nada.

—Como ya les comenté, la Alianza Rebelde tiene un frente bastante unificado, mientras que los partisanos prefieren operar en células pequeñas, sin apenas conexión entre ellas. Las revelaciones más recientes dicen que tras la explosión del Singularidad, los Soñadores son la única célula partisana operativa. Ya les he dicho que muy probablemente los Soñadores se hicieron con información potencialmente devastadora. La que se ha recuperado en la tarjeta de datos, entre otras cosas, parece confirmarlo.

No hubo murmullos. No exactamente. Pero la sala se llenó de respiraciones profundas y crujidos de sillas por la inquietud de sus ocupantes.

—Podría parecer que lo más lógico sería irrumpir allí y destruirlos. Eso aniquilaría al enemigo, pero arruinaríamos la posibilidad de descubrir *cómo* ha acabado esa información en manos de los partisanos, quién la conoce y quién controla su flujo. Eso significa que no solo necesitamos que el Escuadrón Infernal recupere esa información, sino también que se infiltre en los Soñadores.

Iden percibió movimiento por el rabillo del ojo. Era Seyn, que no parecía nada cómoda con aquello. A decir verdad, tampoco ella lo estaba. Pero había aprendido a no cuestionar nada, a cumplir órdenes, triunfar y destacar.

Aquello era lo que hacían los Versio.

—¿Alguna pregunta antes de centrarnos en sus tareas individuales?

—Yo tengo una, señor —dijo Seyn—. Tenemos agentes entrenados específicamente para ese tipo de cosas y ya hemos intentado infiltrarnos en los partisanos antes, ¿por qué envían a investigar al Escuadrón Infernal en lugar de algún agente del DSI?

Una sonrisa se dibujó en labios del almirante.

—¿No se siente preparada, teniente? Si es así, puedo sustituirla en el escuadrón.

Seyn se puso rígida.

—Por supuesto que estoy preparada, señor. Pero me pregunto por qué cree que este equipo es la mejor elección.

—Usted misma ha respondido a su pregunta, teniente. El DSI ya lo ha intentado con agentes antes, pero ninguno de ellos lo logró. No podemos permitirnos otro fracaso. Siento un gran respeto por los audaces agentes del DSI, pero los partisanos, en particular los Soñadores, son un grupo militar, no una empresa ni una organización gubernamental. Cualquier agente al que mandáramos debería estar entrenado también para manejar gran variedad de armas y transportes. Todos van a vivir mucha acción y quizá les pidan que hagan cosas que les resulten desagradables. Incluida, posiblemente, su participación activa en ataques contra su propia gente, para salvaguardar su tapadera.

Iden se estremeció. No había pensado en aquello. No es que el Imperio fuera muy compasivo, exigía sacrificio y cumplir con el deber, a diferencia del bando rebelde, pero aquello la horrorizó.

Entonces pensó en los partisanos, los que habían aparecido en el bar con bombas disimuladas como joyas e hizo de tripas corazón. *Ella* sabía lo que era el sacrificio. Si tenía que matar a algunos imperiales para salvar a todos los demás, para salvar aquello que defendía el Imperio, no dudaría en hacerlo.

—Teniendo en cuenta todo esto, creo que esta misión es una oportunidad espléndida para que el Escuadrón Infernal demuestre de qué es capaz.

Y entonces Iden lo comprendió. Ya había visto antes aquel tipo de comportamiento en su padre. Lo que había en aquella tarjeta de datos era algo que Garrick Versio creía poder aprovechar en beneficio propio. El Escuadrón Infernal era una creación suya, el éxito del equipo, el éxito de Iden, sería también el suyo propio.

Se sintió confundida. Por una parte, su padre estaba usando al equipo para progresar a ojos del Emperador. Por otra, la tenía en suficiente consideración para involucrarla en su continuo ascenso al poder.

Los ojos del almirante, casi reptilianos en su frialdad, vagaron sobre los cuatro.

—Si alguien no se ve capaz de afrontar la misión, le ruego que lo diga ahora.

Se produjo un silencio.

—Como esperaba. Y ahora, los detalles: la tarjeta de datos ha revelado lo siguiente —Versio empezó a enumerar puntos ayudándose con los dedos—. Primero, confirmó nuestras sospechas de que los Soñadores se han hecho con información sensible. El grupo lo lidera un hombre conocido solo como Staven. Lo habíamos detenido y estuvo pudriéndose en la celda de una prisión hasta la muerte de Saw. De alguna manera, logró evadirse y parece que ha estado bastante atareado reclutando a los encallecidos seguidores de Saw y su misión.

—¿Hay algún otro nombre aparte del de Staven?

—Por desgracia, no. Esa podría haber sido la aportación de Bokk de haber sobrevivido.

Iden tensó la mandíbula. Su padre prosiguió:

—Sin embargo, tenemos los nombres de algunos destacados simpatizantes de los Soñadores y conocemos el siguiente objetivo de la banda.

Iden se esforzó por mantener una expresión serena, pero el corazón le palpitaba con fuerza. Sabía que a los demás les estaba pasando lo mismo.

—Hemos trasladado todos los datos a Inteligencia y parecen todo lo auténticos que podemos verificar —continuó Versio—. Lo que no sabemos, no obstante, es dónde tienen su base los Soñadores. Y eso significa que necesitamos convencerles de que nos lleven hasta ella —Versio se permitió esbozar una leve sonrisa ante la confusión de sus interlocutores—. Así es cómo lo haremos.

»Los Soñadores planean un ataque dentro de unas dos semanas estándar. Los dejaremos actuar sin ponerles ningún impedimento.

Versio no había exagerado en sus advertencias. Lo primero que harían en aquella misión de infiltración sería dejar morir a gente. Versio desvió su atención hacia un holoproyector que había sobre la mesa. Una estación espacial que parecía remendada más que fruto de ningún diseño previo giraba sobre su eje en el centro.

—Esto es el Núcleo de Otor —dijo Versio—. Está situado en el sector Ojostor del Borde Exterior. Es una escala muy popular entre los viajeros.

—¿Una especie de Tellik Cuatro? —preguntó Meeko.

—Tellik Cuatro es básicamente una estación de repostaje y reparaciones que opera formalmente bajo los auspicios del Imperio. Este lugar es mucho más desagradable. La mayoría de comerciantes se dedican al mercado negro… o al de esclavos. Hay un puñado que también espía para nosotros. Saben cuándo avisarnos si algún sospechoso frecuenta su tienda o si ciertos artículos se cruzan en su camino. Es una relación algo laxa, pero útil. Resulta que los Soñadores han descubierto nuestros tratos con esos comerciantes y han decidido ponerles fin.

—Este tipo de trabajo no se ajusta realmente a la fuga de información que le preocupa, señor —dijo Gideon—. Parece algo más personal que político.

—Lo parece y puede que lo sea —coincidió Versio—. Pero los partisanos no han destacado por tomarse bien los insultos u ofensas. Esto se ajusta a su manera de operar. Lamento la necesidad de sacrificar a esos comerciantes ya que nos han sido muy útiles durante años, pero estoy seguro que otros ocuparán su vado.

Iden estaba asintiendo algo más relajada. No tenían ningún problema con que aquellos comerciantes del mercado negro fuesen víctimas de la «justicia» de los Soñadores. Sin duda, lo prefería a sacrificar vidas imperiales.

Versio continuó:

—Hay un comerciante al que mencionan específicamente. Un dug, más desagradable de lo habitual entre los de su especie, conocido por comerciar con antigüedades, básicamente falsas, e información, básicamente veraz. Abordaremos a ese tal Rudaga, le diremos que la teniente Maraña es una de nuestros agentes y se hará pasar por su esclava. La gente se habituará a verla en la tienda, así que el día del ataque no llamará la atención. El le enseñará lo suficiente sobre el negocio para que los partisanos no sospechen de ella.

Versio se dirigió ahora al miembro más joven del equipo:

—Usted tiene memoria eidética. He hablado con sus superiores y, según me cuentan, en cuanto ve algo puede replicarlo. Parece ser que ya lo ha hecho en varias ocasiones.

—Sí, señor.

—Entonces dirá que ha sido instruida en la falsificación por su dueño. Esa es una habilidad muy apreciada por los Soñadores. Eso, y su penosa historia de malos tratos por parte de su dueño, hacen más que probable que se la lleven con ellos al acabar su misión.

El almirante le pasó un datapad.

—Aquí está su biografía. Memorícela y, como seguro que ya ha previsto, tendremos que hacerle unos arreglos antes de que se marche. Según nuestro procedimiento estándar, todos los cambios que se realicen serán revertidos al terminar la misión.

Iden estaba confusa, pero Seyn parecía saber muy bien qué quería decir Versio, por perdida que estuvieran ella y, al parecer, el resto del equipo.

—Perdone, señor —se aventuró Gideon—, ¿qué quiere decir con *arreglos*?

Fue Seyn, no el almirante, quien respondió:

—Quiere decir que se alterará mi cuerpo para que encaje con mi tapadera. Es habitual en operaciones encubiertas como esta.

Ella parecía tranquila, casi desapegada de sus palabras. Con creciente inquietud, Iden terminó diciendo:

—¿Alterado cómo?

—Puesto que asegura ser una esclava huida, la teniente Maraña deberá mostrar signos evidentes de abusos —dijo Versio, en el mismo tono plano y profesional que podría usar para comentar sus preferencias con el caf—. La cuestión es: ¿queremos que las heridas parezcan provocadas después de malos tratos continuados o recientes? Cicatrices, marcas, callos en las manos… esas cosas.

«Esas cosas.»

—Ya veo —dijo Iden—. Entiendo.

La mera idea de que un miembro de su equipo tuviera que ser mutilado para cumplir una misión la hacía sentir incómoda, pero lo entendía. Todo dependía de que fuesen capaces de convencer a los partisanos de su sinceridad, y nadie lo sabía mejor que Seyn. En cualquier caso, la más joven del equipo habría aportado de voluntad propia sugerencias sobre la forma de hacer más creíble su escarificación.

—Quiero que consulte con un especialista en cuanto terminemos con la reunión. Puede repasar las distintas opciones con él. Se trata de Shum Laudor, puede que lo conozca.

—No personalmente, pero conozco su trabajo. Resulta muy convincente.

—Bien —Versio se volvió hacia los dos hombres—. Otra cosa útil que hemos descubierto en la tarjeta es que los Soñadores tienen una proveedora bastante regular de comida y, en ocasiones, de armas. Hemos urdido un plan para meterlos a bordo de su nave y hacer que les lleve directos hasta ellos. Tendrán que hacerse pasar por hermanos.

Iden debía admitir que tenía sentido. Los dos tenían el pelo negro, ojos castaños y rasgos similares, aunque Gideon tenía la piel más clara. Pero sus modales eran muy distintos. Ella era hija única y tenía una noción muy vaga de la manera de interactuar de los hermanos. Los dos hombres en cuestión se miraron y reprimieron sonrisas divertidas.

—Su verdadero reto consistirá en dar credibilidad a su papel de hermanos. La semana que viene no solo vivirán juntos en la misma unidad y compartirán la misma habitación, también comerán, entrenarán y ensayarán sus respectivas historias juntos. Cuando hayan terminado, deberían sentirse como si realmente fueran hermanos.

—Yo tengo dos —dijo Del serenamente—. Se nos dará bien.

—No espero menos, agente. Si hacen bien su trabajo y la convencen, les llevará con ella. Pero, si no lo hacen, no se equivoquen, los ejecutará en el acto.

—Un encanto —dijo Hask.

Este había tomado la idea de los hermanos como cierta ligereza por parte de Versio e Iden supo al instante que se equivocaba. Versio entrecerró los ojos.

—Es una pirata y tiene una reputación bastante terrorífica. Su grupo se llama Orden del Hueso Sangrante. He incluido la información en sus datapads. Les sugiero que la lean detenidamente.

Les pasó sus datapads. Gideon recogió el suyo sin más comentarios.

—Hask, usted se presentará como el piloto. Meeko, usted será el técnico. Lo más sencillo es siempre lo mejor y, recuerden, toda mentira es más eficaz si contiene una pizca de verdad. Su droide les acompañará, así que piense en cómo podría serle útil a un grupo rebelde y adáptelo para ello.

Los dos contestaron al unísono:

—Sí, señor.

Iden se enderezó en su silla y miró a su padre con una expresión serena e impertérrita. Seyn iba a ser una esclava y debía mutilar su cuerpo para el papel. Los hombres se iban a enrolar en una tripulación pirata.

¿Qué horror le reservaba su padre a ella?

—Bueno —dijo el Almirante Versio—, en cuanto a su comandante… he guardado lo mejor para el final —Iden se puso tensa. Versio se volvió hacia los demás—. Iden nos abandonará en breve. Van a destinarla a un nuevo destructor estelar.

Iden sintió que se quedaba pálida.

—¿Señor?

—Tranquila. Por distintos caminos, pero todos terminarán reencontrándose. Pueden retirarse.

Iden esperó mientras los demás se marchaban. Del le dedicó una mirada de inquietud. Entonces la puerta se cerró y se quedó a solas con su padre.

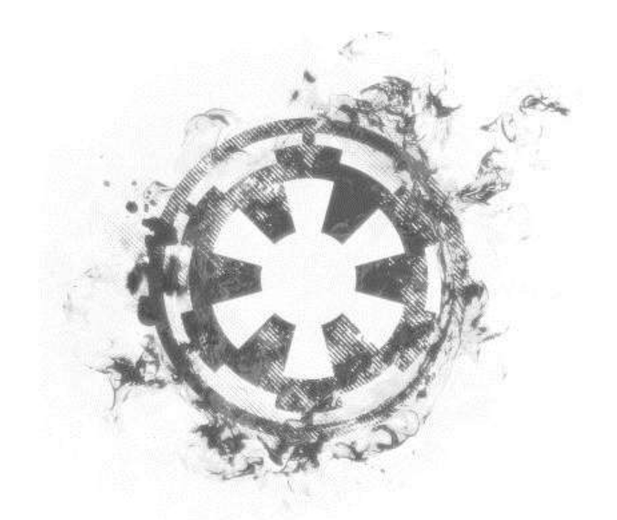
—¿Qué tiene pensado para mí, señor?

—Como he dicho, te destinarán a un destructor estelar.

—No lo entiendo.

—En esa tarjeta había una información más. Los Soñadores luchan en honor de su fundador, Saw. Quieren hacer realidad su sueño. Pero Saw está muerto y ya no pueden usarlo como imagen pública de los «auténticos partisanos». Necesitan una nueva y les vamos a dar la tuya.

CAPÍTULO 8



—Qué cosas hacemos por el Imperio —dijo Gideon, suspirando dramáticamente.

—Y que lo digas —contestó Del—. Es decir, combatir y morir es una cosa, pero ¿ir de polizones en esta trampa letal con forma de nave? ¿Crees que nos pagarán un suplemento por peligrosidad?

—Si salimos de esta vivos, creo que nos sobrarán argumentos para reclamarlo —sonrió a Del y este le devolvió la sonrisa.

A pesar de sus fingidas, solo levemente fingidas, protestas sobre el reducido alojamiento y su dieta constante a base de *deliciosos* cubos de raciones, las cosas les habían ido bien hasta entonces. Fiel a su palabra, el Almirante Versio se había ocupado de que los dos «hermanos» pasasen todo el tiempo juntos. Al principio, Del estaba un poco preocupado. Gideon y él no parecían dos de esas personas que se aproximan de forma natural una hacia la otra. Pero, finalmente, aquella aventura compartida les había unido.

El plan era sencillo, pero podía torcerse de muchas maneras. Su éxito dependía de la codicia, el tiempo y la fortuna. Afortunadamente, por el momento, los «hermanos Farren» aún podían contactar con el almirante si algo se ponía feo, como si por ejemplo, atacaba la nave un grupo de piratas equivocado.

Un buen puñado de créditos entregados por uno de las muchas figuras oscuras del Imperio convencieron a un contrabandista devaroniano de Kurjak de que llevase un gran contenedor protegido por un campo de fuerza. Sin preguntas. Debía entregarlo en Eriadu, su destino final, al cabo de seis días, donde alguien lo estaría esperando.

Y alguien habría… siempre que su nave, conocida como *Amigo Veloz*, llegase al destino final. Sus pesquisas habían determinado que su rumbo les llevaría hasta una zona peligrosa del espacio en la que se sabía que actuaba Lassa Rhayme, la cruel líder de la Orden del Hueso Sangriento.

—Tiene gracia decir: «con suerte, nos capturarán los piratas» —le había comentado Del cuando se preparaban para el viaje.

—Siempre será mejor que tener que volver a pasar por todo esto —le había contestado Gideon y Del admitió que tenía razón.

Los tres (Del Farren, Gid Farren y el droide) pasaron gran parte del viaje dentro del contenedor, saliendo furtivamente cuando la tripulación dormía para hacer algo de ejercicio y visitar el baño. Compartían anécdotas de batallas, aventuras de infancia y recuerdos de chicas a las que siempre habían conocido demasiado fugazmente. El Imperio era un jefe muy exigente y no dejaba mucho tiempo para relaciones personales.

—La gente como nosotros vive de prestado —le había dicho Del una noche. Había cargado juegos y holovídeos en el droide para pasar el rato y en aquel momento estaban jugando a una versión de viaje del dejarik.

—A ti ya te han prestado más que a mí —había contestado Gideon.

—Gracias por recordármelo, hermanito pequeño.

—En serio, tienes la jubilación a la vuelta de la esquina. Necesitas a alguien con quien echar raíces.

Del sacudió la cabeza.

—No, sería injusto. ¿Y tú?

—No, le he echado el ojo a un puesto de mando —movió una pieza. La diminuta criatura holográfica emitió un leve chillido de alegría al destruir la de Del.

—¿Iden lo sabe?

Gideon se rio.

—Sí, claro.

De nuevo, Gideon había evitado responder seriamente. Del se daba cuenta de que su «hermano» no contaba absolutamente nada de su infancia, abriéndose solo cuando hablaban de su época en la Escuela Militar Preparatoria para Futuros Líderes Imperiales de Vardos y su posterior estancia en la Academia. Del sabía que había perdido a su familia de niño por culpa de un atentado. No le sorprendía que Gideon pareciese casi ansioso por oír anécdotas sobre su familia y sus dos hermanos mayores, que también servían al Imperio en destinos remotos. A Del le parecía alguien que deseaba conectar con los demás al mismo tiempo que los apartaba. Su humor era afilado, con una frialdad que Del suponía fruto de la tragedia vivida siendo tan pequeño.

—Mírate —le había dicho Gideon—. ¡Has llegado más alto en el ejército que ningún miembro de tu familia!

Aquello había hecho reír a Del, que señaló el compartimento de tres metros cuadrados, iluminado solo por el fulgor holográfico azul emitido por el ID 10, con el cubo de ración en las manos.

—¡Vivo como el mismísimo Emperador! —exclamó. Los dos se habían reído y se habían callado de repente. Ni siquiera allí podían bromear sobre el Emperador.

Estaban a mitad de su cuarto día y poco a poco se iban quedando sin cosas de qué hablar. Durante un prolongado silencio, ambos sentados a oscuras para conservar la luz, Del dijo:

—Me pregunto si tendremos que repetir todo esto desde el principio.

—Deseo sinceramente que no. Prefiero enfrentarme al droide torturador que pasar otros seis días contigo dentro de un contenedor.

De repente sonó una alarma ensordecedora. Gideon activó su vara de luz y los dos se miraron con emoción. Esperaron un momento para ver si era una falsa alarma, pero cuando aquel ruido espantoso continuó y la nave dio una violenta sacudida, tuvieron la respuesta. Del desactivó el campo de fuerza y saltaron del contenedor recogiendo sus mochilas y blásteres. El ID 10 salió con ellos, proporcionándoles luz suficiente para poderse orientar alrededor de unas altísimas cajas con mercancía ilegal.

Otra ráfaga de fuego de cañón hizo que la vieja nave se estremeciera. Los dos cayeron al suelo. Justo cuando se ponían en pie, se produjo el brillo naranja y amarillo de una llama… y después todo, incluidos Del y Gideon, salió disparado hacia el agujero en rápida expansión que se abría en el casco.

Los brazos metálicos de ID 10 salieron proyectados hacia delante y sus pinzas los agarraron por el cuello de sus chaquetas. Con el otro par de brazos se aferró firmemente al mamparo, mientras los contenedores más pequeños de bienes de dudosa procedencia eran succionados por el espacio. Y cuando Del estaba convencido de que un droide ID 10 muy modificado y dos desafortunados humanos serían los siguientes en salir despedidos, la presión se estabilizó y recuperaron la gravedad normal.

El droide los soltó, Gideon le miró con asombro y un gran respeto.

—Menudo pequeñín más fuerte —dijo.

—Reforcé sus junturas y le añadí un imán —comentó Del.

—Bien pensado —dijo Gideon mientras se apoyaban en el mamparo y miraban hacia el agujero.

El que había sido su hogar durante los últimos cuatro días lo había taponado por completo. Perplejos y alegres, se miraron y se echaron a reír.

La bodega de contrabando estaba cerrada con llave, pero eso nunca les había supuesto ningún problema. En los últimos cuatro días, el droide había abierto la puerta siempre que habían querido. En aquel momento, su objetivo era mantenerse con vida el tiempo suficiente para entregarse a la Orden del Hueso Sangriento y, ahora que ya había empezado el combate, estaban decididos a hacer todo lo posible por ayudar a los piratas a tomar la nave. Los dos miembros del Escuadrón Infernal corrieron por pasillos bañados en luz rojo sangre, deteniéndose para abatir a cualquier miembro de la tripulación que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino. El droide también pasó a la ofensiva, golpeando con sus picas de electroshock.

Llegaron al puente, donde, aunque algunas consolas echaban chispas o humeaban, los contrabandistas hacían todo lo picas por repeler a los piratas.

—¡Parece que han alcanzado la zona de bodegas! —gritó alguien entre el alboroto.

El capitán lanzó una larga retahila en huttés y dijo:

—¡Hagamos que paguen por la carga perdida!

La nave pirata volvió a disparar. Del y Gideon se mantuvieron escondidos, observando y esperando. El droide se aferró a la espalda de Del.

—¡Un impacto directo en los motores!

La pantalla de la consola principal cobró vida repentinamente. La figura que apareció medía solo unos treinta centímetros de altura, pero resultaba imponente incluso con aquel tamaño ridículo. Era una hembra pantorana, con la piel azul y una larga trenza de pelo azul más claro. Llevaba una chaqueta negra, botas y pantalones ceñidos. Empuñaba un bláster en una mano y lo que parecía un alfanje en la otra.

—Soy Lassa Rhayme, capitana del *Oportunidad* y líder de la Orden del Hueso Sangriento —dijo en tono claro y fuerte—. Prepárense para ser abordados… o se convertirán en el blanco de nuestras prácticas de tiro. ¿Qué prefieren?

Los dos humanos se miraron, sonriendo. Gideon subió los pulgares.

Kurjak se encogió ante su derrota suspirando profundamente. Rhayme se colocó una mano sobre el oído, con una expresión exagerada de confusión en su hermosa cara carente de tatuajes.

—¿Qué me dicen? ¿Prácticas de tiro? Me parece bien.

—¡No! —replicó Kurjak—. ¡Nos rendimos! Maldita sea, demonio de piel azul.

—¿Yo soy un demonio? ¡Mira quién habla! Muy bien, me lo pensaré —la capitana pirata sonrió y su imagen desapareció.

Después todo terminó.

Para cuando la *Oportunidad* había fijado sus arpones de sujeción y se había acercado lo suficiente a la nave para abordarla, Gideon y Del ya habían eliminado o maniatado a toda la tripulación de la *Amigo Veloz* y estaban esperando la llegada de los piratas. A Lassa Rhayme le gustaba hacerse llamar «reina pirata» y, aunque no había duda que era autobombo, los informes aseguraban que siempre era la primera en subir a bordo de las naves capturadas para aterrorizar a su tripulación personalmente.

Oyeron el chasquido del tubo de abordaje al contactar. Del miró a Gideon.

—¿Crees que nos dará la oportunidad de hablar?

—No lo sé —contestó Gideon—. Lo que sé es que si la recibimos con los blásteres en mano, nos cortará en dos sin pensárselo. Espero que nos escuche.

—Prefiero combatir que esperar.

—Y yo —dijo Gideon—. ¿Preparado?

—Preparado —Del colocó las manos tras la nuca.

Gideon apretó los controles para desbloquear la puerta, reculó un paso rápidamente y puso las manos tras la cabeza, como Del.

La puerta se abrió y la imponente pantorana de piel azul y vestida de negro del holograma, Lassa Rhayme, la reina pirata de la Orden del Hueso Sangriento, entró en el puente seguida por dos de sus hombres.

Era mucho más alta de lo que Del esperaba, casi tanto como ellos, aunque ninguno de los dos imperiales era precisamente bajo. Su trenza resultó ser color azul lavanda y a los dos humanos sus ojos dorados les recordaron a vibrocuchillos.

—Son muy amables —dijo ella—. Normalmente, a estas alturas, la gente suele pedirme un último deseo.

—Tenemos algo que pedirle —dijo Gideon.

Ella puso los ojos en blanco.

—Genial, les mataré deprisa —dijo y levantó su bláster. Uno de los piratas del Hueso Sangriento imitó a su capitana y apuntó a Del.

—¡No, no dispare! ¡Somos partisanos! —gritó apresuradamente Del.

Lassa quedó petrificada.

—Cubre a ese —dijo. El pirata avanzó un paso, sonriendo mientras apuntaba su arma hacia Gideon.

La reina pirata alargó el brazo, agarró a Del por el cuello de la chaqueta, lo estampó contra el mamparo y le plantó el cañón del bláster en la frente.

—Empieza a hablar —le dijo—. Y más te vale que me guste lo que digas.

—Somos partisanos —balbuceó Del.

—Eso ya lo has dicho. Continúa.

—Soy Del Farren y este es mi hermano, Gid. Formamos parte de la célula Nebulosa. Estábamos en Tellik Cuatro cuando se produjo el atentado en el Singularidad.

Los ojos dorados de ella no pestañearon.

—Algo he oído sobre el atentado.

Del se preguntaba hasta qué punto estaría enterada de los detalles. Con sus prisas por marcharse, había tenido muy poco tiempo para manipular las grabaciones de seguridad. Daba gracias infinitas por haberlo hecho.

—Nuestra célula está en apuros. Algunos de los nuestros se ofrecieron voluntarios para realizar un ataque suicida. Los demás queremos unirnos a los Soñadores.

—¿Por qué Tellik Cuatro?

—Sabíamos que habría naves. Conocemos los hábitos de algunos célebres oficiales del Imperio que solían frecuentar el local. Pensamos que podríamos matar a alguno como maniobra de distracción. Algunos moriríamos, otros podríamos escapar e intentar llegar hasta los Soñadores. Bokk nos dijo que podíamos fiarnos de usted.

El Almirante Versio les había comentado que en todas las grabaciones del suceso sin duda aparecerían Gideon y el droide. Se le vería charlando con reconocidos partisanos. También se le vería lanzando bombas hacia atrás mientras salía corriendo del bar, pero gracias a la manipulación de Del, surgían ráfagas fortuitas de electricidad estática que ocultaban todo aquello que podría haberlos delatado. Y el hecho de que no quedase ningún otro miembro de la célula para desmentirlos solo afianzaba aún más su historia.

La cuestión era: ¿la afianzaría lo suficiente?

Lassa Rhayme frunció el ceño, mirándolos alternativamente hasta que, finalmente, le dijo a uno de sus hombres:

—Llévatelos. Lo comprobaré. Entretanto, nos llevamos el cargamento.

Del y Gideon fueron conducidos, de no muy buenos modos, a bordo de la *Oportunidad*, donde los metieron en una pequeña celda de contención. Les dieron agua y nada más, y

les confiscaron las mochilas y el droide. Del no estaba preocupado. Había hecho algunos ajustes que sepultarían cualquier cosa relacionada con el Escuadrón Infernal, a no ser que se introdujera cierto código. Siempre que los piratas no fueran informáticos excepcionalmente buenos, aquella información estaba a salvo. Seguros de que les estaban vigilando y escuchando, hablaron muy poco y, cuando lo hicieron, se aseguraron de no decir nada que pusiera en peligro su coartada.

Por fin había empezado de verdad su etapa como agentes encubiertos. Del solo esperaba que no durase solo unas horas.

Finalmente, la puerta se abrió. El hombre que había apuntado con su bláster a Gideon entró con el arma enfundada a la cintura.

—Lassa quiere verles —dijo—. Síganme.

Lassa los esperaba en un camarote grande y confortablemente amueblado. Había una cama, un baúl, una mesa con sillas, y una vitrina con copas y una botella de un líquido ambarino.

Ella los miró de arriba abajo cuando entraron y después le hizo un gesto con la cabeza a su tripulante para que se marchase. Los dos se quedaron quietos, esperando.

—Sentaos —dijo Lassa.

Se sentaron. Ella sirvió tres copas y colocó dos delante de sus cautivos. ¿O ahora eran sus invitados? Levantó su propia copa y dijo:

—Por los amigos perdidos.

Bebieron. Era whisky y Del notó su calor y dulzura bajando por su garganta.

—Solo vi a Bokk una vez —dijo la pantorana, reclinándose en su silla y poniendo las botas sobre la mesa, mientras hacía rodar la copa vacía entre sus dedos—. Apuesto que le hizo feliz morir haciendo algo en lo que creía. Con un poco de suerte, todos caeremos así, haciendo algo que realmente sirva.

Del desvió la vista hacia Gideon, cuya cara era cautelosamente neutra. A Lassa no le pasó desapercibida aquella mirada y lanzó una carcajada gutural.

—Os parecen palabras extrañas en boca de la líder de la Orden del Hueso Sangriento, ¿verdad? ¿Os sorprendería saber que he dejado marchar a ese granuja cornudo y a los tripulantes que no os cargasteis? Después de que me hayan contado su versión, por supuesto.

Otro intercambio de miradas y Gideon asintió lentamente.

—Pensábamos que iba a matarlos a todos. Eso es lo que cuentan sobre usted.

Lassa echó mano a la botella y volvió a llenarse la copa haciéndoles un gesto para que le acercasen las suyas y hacer lo mismo.

—¿No sabéis, queridos muchachos, que se cuentan muchas historias que son pura fantasía? Oh, he terminado con unas cuantas vidas… pero siempre para salvar la mía o las de mis tripulantes. Pero me gusta dejar que la gente *crea* que la voy a despellejar viva. Me facilita mucho la captura de naves y origina muchos menos daños a los cargamentos.

Del estaba atónito. Gideon se echó a reír.

—Bueno —dijo al cabo de un momento—, a nosotros nos la pegó. Y al bueno del capitán Kurjak también.

Del esbozó una sonrisa al recordar a Kurjak bramando insultos mientras los piratas de Rhayme le ataban a su silla de mando. Se preguntaba si el devaroniano se habría imaginado que podría salir vivo de aquella.

Gideon dio otro sorbo al whisky.

—Esto es excelente, por cierto.

Lassa arqueó una ceja azul lavanda claro.

—Los partisanos no suelen reconocer los buenos licores —no hubo ni rastro de sospecha en el comentario, aunque Del receló.

Gideon asintió.

—Mi hermano y yo no sabemos nada de reservas, ni crianzas ni cosas de esas, pero nos damos cuenta cuando algo no es agua sucia.

—Oh, no es agua sucia. Es whisky tevraki añejo. Muy bueno. Lo tomo en raras ocasiones, como cuando me despido de un viejo amigo —su buen humor se esfumó, remplazado por la pena.

—Conocí a Saw en los viejos tiempos. No conocí a su hermana, Steela, aunque me habría gustado, habría sido una miembro genial de nuestra orden. Aún podría estar viva, si hubiera… bueno —hizo girar el líquido ambarino en su copa—. Digamos solo que a los partisanos os gusta exprimir a los vuestros.

Era un buen pie y Gideon lo aprovechó.

—Al Imperio le gusta aún más que a nosotros —dijo con aire taciturno—. Por eso combatimos. Y seguiremos combatiendo hasta el último aliento.

—Cada uno lucha a su manera —dijo ella.

Quizá fuera el whisky, Gideon tenía razón, era excelente y fuerte, pero Del se sintió más animado y añadió:

—Si no le gusta matar, ¿por qué nos ayuda? ¿Por qué no ayuda a la Alianza Rebelde o se mantiene completamente al margen?

Ella asintió.

—Buena pregunta. Porque soy una sentimental —sus ojos dorados brillaron con un punto de diversión y su sonrisa fue cordial. Del no estaba preparado para lo atractiva que era, ni para sentir aquella admiración por ella. Le recordaba a Iden, fuerte, enérgica, guapa, inteligente…

Frunció levemente las cejas. ¿Iden? ¿Por qué pensaba en ella? «Oh, sí», pensó, «el whisky, no hay duda.»

—Llevo tiempo rondando por ahí y he visto mucho. Sé cuando las cosas están a punto de estallar o cuando algo va a desaparecer para siempre de la galaxia. Los partisanos se están extinguiendo. Ya lo estabais cuando sucedió lo de Jedha. La Alianza Rebelde, en cambio, está progresando y no me necesitan —les dedicó una sonrisa casi maternal—, pero vosotros, sí.

Aquella respuesta pareció sorprender a Gideon y entonces a Del se le ocurrió, mientras vaciaba la copa y la acercaba para que le sirviera más, que lo más seguro era quedarse callado. Al cabo de un instante, Lassa continuó:

—Bueno, una respuesta muy larga para tu pregunta, Gid, que además contesta otra: sí, me encargaré de que lleguéis sanos y salvos a Jeosyn.

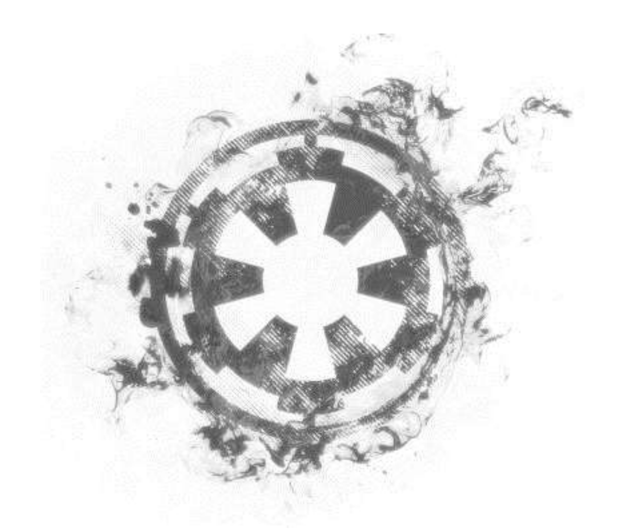
Jeosyn. Del pensó que por fin alguien mencionaba la base de operaciones de los Soñadores.

—Voy para allí con algunas provisiones para los Soñadores, así que no tardaremos mucho —Lassa sonrió levemente—. Aunque apuesto que ya lo sabíais.

Del sonrió tímidamente y Gideon dijo:

—Bokk lo sabía.

—Muy bien. Pero como no tenéis manera de pagarme el transporte, tendré que cobrároslo en trabajo. Tengo un par de camastros para vosotros y algo de ropa limpia para que os cambiéis. Pero antes —arrugó delicadamente la nariz— los dos necesitáis un baño.



CAPÍTULO 9

—¡Eh, Iden, espera!

La capitana Iden Versio había cautivado a Tarvyn Lareka desde el mismo momento en que había aparecido en el *Determinación* vestida con el traje negro de piloto de TIE, envuelta en su legado imperial y coronada con la rara aura de superviviente de la Estrella de la Muerte. Cuando estaba en una sala, ella sola la llenaba, aunque estuviese firmes, como todos los demás. La suya no era una belleza común, surgía de su espalda recta y feroces ojos negros. Y, Tarvyn debía admitirlo, aquella piel suave de tono cálido y la lustrosa melena negra ayudaban a hacerla inolvidable.

Por supuesto, habían abundado teorías conspiranoicas sobre los motivos que habían provocado que Iden Versio hubiera sobrevivido cuando tantos otros no lo habían logrado. «Agente doble», había murmurado alguien. «Usuaria de la Fuerza», decían otros. Se dijo que su padre se había ocupado de aplicar mejoras a su TIE, pero cualquiera que la viera pilotar podía ver que lo que le había salvado la vida había sido su condenada pericia, nada más. De hecho, era lo mismo que había hecho que Tarvyn pasase del simple respeto a… bueno, una especie de flechazo, suponía. Jamás había visto semejante habilidad. Verla volar era más parecido a un espectáculo aéreo que una maniobra militar normal.

Por eso le estaba costando asimilar lo que acababa de pasar.

Por suerte, había sido una escaramuza, no una batalla; una de tantas que la *Determinación* había encontrado en sus patrullas por el Borde Medio. Pero ese día Iden había estado como ausente. El Imperio había derrotado al puñadito de rebeldes locos, pero Iden había fallado disparos fáciles y se había mostrado algo lenta de reflejos. Había oído al líder de su equipo reprendiéndola y por el rabillo del ojo la había visto sonrojarse, aunque su preciosa cara siguiera tan implacable como siempre.

En aquel momento, cuando volvían de la reunión posterior, Tarvyn quería alcanzarla y descubrir qué le pasaba.

Quizá algo iba mal. Quizá podía ayudarla.

Ella no redujo el paso y Tarvyn tuvo que trotar para alcanzarla, aprovechando el tiempo para intentar alisarse aquel tozudo remolino que se negaba a obedecerle. Llegó

junto a ella. Iden le echó un vistazo rápido, bajó la cabeza, casi como un reek a punto de embestir, y siguió andando.

—Iden —empezó a decir él, pero ella le cortó.

—Estoy bien.

Era evidente que no lo estaba y se lo tenía que decir. Quería agarrarla por un brazo, pero sabía que aquel gesto no sería bienvenido, así que se limitó a decir:

—No lo parece. Has fallado al menos dos disparos claros. No es propio de ti.

—He abatido dos.

—Sí. Yo *tres.* Y los dos sabemos que no es normal que te supere.

Tarvyn sonrió y vio que Iden también esbozaba una sonrisa.

—Bueno —admitió ella—, en eso tienes razón. Es solo que… —miró a los demás tripulantes, que pasaban rápidamente junto a ellos, y bajó la voz—. Es solo que… todo cambió tras la Estrella de la Muerte, ¿sabes?

Tarvyn asintió más serio. Lo entendía.

—Me hizo pensar en todos los que perdimos y me puse muy furiosa. Y entonces… entonces empecé a pensar en Alderaan. Es decir… —se apartó un mechón de pelo sudado de la frente—. Los rebeldes atacaron una estación de combate. Sin civiles, solo gente que se había enrolado para estar allí. Nosotros atacamos *todo un mundo* que ni siquiera disponía de defensas planetarias.

Tarvyn notó que palidecía mientras Iden hablaba y esta vez sí que la agarró por un brazo, con suavidad, como advertencia.

—Este es mal sitio para hablar —dijo. Era verdad que algunas cabezas ya habían empezado a volverse hacia ellos. No podían oír la conversación, pero podían ver la tensión en cara de Iden, un indicio claro, si la conocían, de que algo iba mal, muy mal—. Habremos terminado el servicio dentro de dos horas. Ven a verme al bar y seguiremos hablando, ¿vale?

Ella asintió y recobró la compostura rápidamente. Esa era otra cosa que admiraba de ella. Toda su vida le habían dicho que era un alma cándida. Tarvyn culpaba a su tez clara que le delataba constantemente.

—Dentro de dos horas —dijo ella—. Allí nos vemos. ¿Tarvyn?

—¿Sí?

Iden sonrió y a Tarvyn se le aceleró el corazón.

—Gracias.

Se quedó mirándola mientras se marchaba con sus largas zancadas y la cabeza alta como si todo fuera bien. Pero no era así, ella se había sincerado con él.

Tarvyn entendía que a algunos les estaba costando asumir la pérdida de la Estrella de la Muerte más que a otros. Iden estaba claramente conmocionada. Quería ayudarla… y creía saber cómo.

Estaba sentado en una mesa de un pequeño reservado del fondo cuando ella llegó. Los dos se habían cambiado, poniéndose un uniforme limpio, e Iden, estando ya fuera de

servicio, se había soltado el moño pulcro que solía llevar dejando caer la melena sobre los hombros.

Ya había pedido y se estaba tomando una cerveza. Iden le hizo señales al droide sirviente y pidió un whisky solo. Se quedaron callados hasta que el droide volvió y lo mandaron marchar.

Tarvyn esperó que ella empezase a hablar.

—Probablemente no debería haberte dicho nada —dijo.

—No, no —la tranquilizó rápidamente—. Me alegro de que lo hayas hecho, de verdad. Yo… lo que pasó en la Estrella de la Muerte… no eres la única que se sintió impactada. No puedo ni imaginar lo raro que debe ser haber sobrevivido a eso.

Ella hizo una mueca y dio otro sorbo al brebaje ambarino.

—No —dijo—. No creo que nadie pueda. No puedo dejar de pensarlo, ni de ver Alderaan —levantó sus ojos negros hacia los de Tarvyn—. Tarvyn, no deberíamos haberlo hecho.

Este quedó petrificado en su asiento, con el corazón acelerado.

—Continúa —dijo él.

—Es decir, ¿la base rebelde? Genial. Destruías a la Rebelión y a los criminales, ellos se lo habían buscado. ¿Pero un planeta entero? —subió la voz y Tarvyn puso una mano sobre la suya para recordarle que hablase en voz baja. Ella no la apartó—. Allí murieron muchos rebeldes hostiles y peligrosos, no hay duda de eso. Pero también mucha otra gente. Gente que no apoyaba la rebelión, que quizá ni siquiera sabía qué estaba pasando. Niños, recursos animales, plantas que no se encontraban en ningún otro lugar de la galaxia… todo desaparecido para hacer una demostración de poder. Y ahora estamos acechando a los pocos que estaban fuera del planeta solo por haber tenido la mala fortuna de sobrevivir a la desaparición de todo lo que querían.

Tarvyn se sentó, aturdido. Era peor de lo que temía. Iden se estaba identificando con los otros «supervivientes». Se alegraba de haberle insistido en hablarlo. Podía conseguirle ayuda.

Estrechó la fuerte mano que aún tenía bajo la suya. Iden lo interpretó como una señal para que continuase.

—No quiero participar en un asesinato indiscriminado —dijo llanamente—. Cuando vi Alderaan, un lugar que no suponía ninguna amenaza para el Imperio, volando… volando por los aires… —negó con la cabeza—. Después el Imperio fue tras los que ni siquiera estaban en el planeta. Están cazando a esa pobre gente como animales. Eso no está bien, Tarvyn. El Imperio dice que quiere *ayudar* a la gente, pero en vez de eso ha aniquilado un planeta entero y repleto de gente. ¿Cómo puedo haberlo visto con mis propios ojos y volverme a mirar en el espejo?

Tarvyn se la quedó mirando, intentando mitigar el horror que le suscitaban aquellas palabras.

—Iden…

Pero era como si ella llevase tiempo conteniendo aquellas emociones en su interior y ahora se liberasen en forma de riada.

—Hay que acabar con el Imperio. Terminar con él. ¿Y sabes qué? Creo que los partisanos tienen razón. Creo que el Imperio solo entiende la violencia. No se puede negar que sabe usarla contra gente indefensa.

—¿Iden? —dijo Tarvyn con suavidad y el corazón lleno de pena por ella—. Esto es impropio de ti. Solo estás… confundida. Te voy a ayudar, Iden. Otros te ayudarán también. Ya lo verás.

De repente, ella abrió mucho los ojos y desvió la mirada hacia el resto del bar. Observando. Inquieta.

Con la otra mano, la que no tenía sobre la de Iden, Tarvyn detuvo la grabación y se la transmitió a su comandante. Al cabo de unos segundos, el aparato vibró en su mano y leyó un mensaje: «Ahora mismo voy. Ha hecho lo que debía».

—Todo irá bien —dijo—. Te lo prometo. Recuerdo que, justo después de la explosión, el comandante Udrai se llevó a nuestro escuadrón aparte. Nos dijo que si alguno tenía ideas alarmantes, no dudásemos en solicitar ayuda. Es normal sentirse así, sobre todo teniendo en cuenta que sobreviviste a aquello…

Iden apartó su mano y la cerró en un puño.

—Tarvyn… ¿qué has hecho?

Se sintió mal por haberla engañado, pero lo hacía por su propio bien.

—He grabado la conversación y acabo de mandársela al comandante Udrai.

Iden se levantó como un rayo, tirando la silla. Miró alrededor, con los ojos desorbitados como un animal acorralado. El inconfundible ruido de botas de soldados de asalto podía oírse incluso con la música del bar.

Tarvyn se sintió asustado. El comandante Udrai le había dicho que iba para allá para llevarla a ver a alguien. Para que hablasen. Para curarla. ¿Por qué acudían soldados de asalto? También se levantó, dio un paso adelante y alargó una mano.

—Esperad un momento, muchachos, debe haber algún error. El comandante Udrai nos espera. Ya nos marchamos.

—Apártese, teniente Lareka —dijo la voz entrecortada del soldado que iba al frente—. Capitana Iden Versio, queda detenida por sedición. Le ruego que nos acompañe.

Iden tenía los puños cerrados. Por un espantoso y maravilloso instante, Tarvyn pensó honestamente que iba a pelear con ellos. Después, poco a poco y con evidente esfuerzo, Iden relajó las manos. No opuso resistencia a los dos que la flanquearon, la sujetaron de las muñecas y le pusieron unas esposas aturdidoras. Después la agarraron por los brazos con sus manos enguantadas y se la llevaron.

Cuando casi había salido por la puerta, Iden miró por encima del hombro. Su mirada de angustia por aquella traición fue como una descarga de bláster directa al corazón de Tarvyn.

—Teniente —le dijo el soldado de asalto que quedaba, sujetándolo con fuerza por el codo—. Necesito que me acompañe.

Notó que se ponía pálido al mirar las oscuras cuencas del casco del soldado.

«¿Qué has hecho?», le había preguntado Iden.

¿Qué había hecho?

«La hija del célebre Almirante Garrick Versio, del Departamento de Seguridad Imperial, y la famosa artista Zeehay Versio puede ser una traidora a nuestro glorioso imperio», afirmó el holoperiodista Alton Kastle, con la dosis justa de horror en su tersa voz. «La capitana Iden Versio ha sido grabada contando mentiras sobre el Imperio e incitando a la violencia, denunciando a los valientes ocupantes de la estación de combate Estrella de la Muerte que perdieron la vida mientras ella sobrevivía. Este suceso no encaja con el comportamiento de la condecorada capitana hasta el momento, pero sus palabras son irrefutables.»

«Se prevé que tendrá que enfrentarse a un consejo de guerra inmediato. Un héroe del Imperio, el Almirante Nasha Garvan ejercerá de fiscal, mientras el droide analista-legal HM-12 se ocupará de ofrecerle la defensa adecuada como requiere la ley de la Marina Imperial.»

El teniente Jha Eka, asistente del Almirante Garrick Versio, observaba boquiabierto, con una expresión de perplejidad muy poco profesional y de la que ni siquiera era consciente, a medida que la historia se desarrollaba. Después tragó saliva y se alisó la chaqueta de lana de gáber. El almirante debía saberlo y Eka no podía esperar que fuese a reaccionar agradablemente.

De todas formas, sabía cuál era su deber.

Cuando Eka entró apresuradamente y sin llamar, Versio estaba almorzando un filete, verduras coloridas asadas y pan de cuanueces.

—Señor —dijo Eka en un tono tenso—, su hija…

El joven se quedó callado al darse cuenta de que su jefe ya lo estaba viendo.

De espaldas a él, Versio se limitó a levantar una mano. Eka siguió callado y respiró hondo intentando recobrar la compostura ante el que, sin duda, debía de haber sido el mayor desastre para su reputación que jamás hubiera tenido que afrontar.

Los dos contemplaron las imágenes de Iden en la pantalla: con esposas aturdidoras, rodeada de soldados de asalto. Multitudes enfurecidas lanzándose sobre ella cuando la metían a empellones en una lanzadera. Hasta que Kasde les aseguró a los televidentes que la HoloRed «seguiría aquella impactante historia» el almirante no se limpió la boca con una fina servilleta de lino y habló sin darse la vuelta:

—Hay un datapad y un holoproyector personal en una esquina de mi escritorio. Imagino que los periodistas se te echarán encima. El datapad es para ti, el holograma para ellos, por ahora eso será todo lo que les des. No necesito recordarte que no debes contarle nada de esto a nadie a no ser que yo mismo te lo ordene.

Eka pestañeó, perplejo. El almirante era todo un ejemplo de calma y serenidad y él se avergonzó de su propia inquietud.

—Por supuesto, señor.

—Gracias. Eso será todo.

Aunque le había dado permiso para retirarse, Eka se demoró.

—Señor, yo… ¿Necesita algo?

—Si lo necesito, lo pediré —dijo Versio con calma—. ¿Eka?

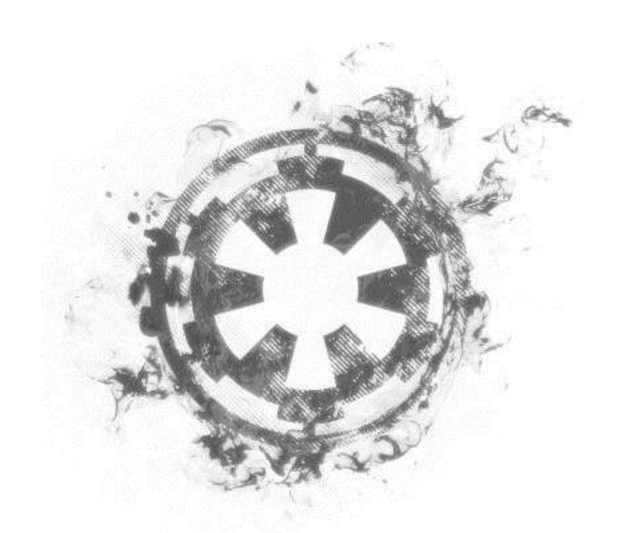
—¿Señor?

—Nunca jamás vuelvas a entrar en esta habitación sin llamar.

—Por supuesto que no, señor. Mis disculpas, señor.

La puerta se cerró tras el escarmentado asistente. Versio siguió mirando el «avance informativo», terminándose el almuerzo mientras reproducían la grabación hecha por Tarvyn sobre imágenes de una avergonzada Iden en esposas aturdidoras. Y sonrió levemente.

CAPÍTULO 10



Mientras Seyn practicaba diligentemente sus habilidades falsificadoras en un polvoriento rincón, debajo de un gran pedazo de mármol blanco muunilinst falso, sospechaba, no por primera vez, que Rudaga estaba demasiado contento por tener una «esclava» a sus órdenes.

El comerciante era un dug astuto particularmente desagradable que desprendía un extraño olor con reminiscencias a queso curado. Su especie tenía un largo hocico, del que colgaban unos finos zarcillos carnosos y cuerpo achaparrado. Más inusual era que caminasen con los brazos y usasen los pies, provistos de dedos largos y ágiles, igual que la mayoría de otros seres usaban las manos. Llevaba trabajando para el Imperio desde que este existía, algo de lo que le gustaba alardear.

—Compré la tienda a buen precio hacia el final de las Guerras Clon —le contó una noche—. El anterior dueño había sido desenmascarado por los Jedi como vendedor de artículos del mercado negro. Afortunadamente, la República se convirtió en el Imperio y todo lo que ganó en mundos pareció perderlo en escrúpulos —entonces, como si recordase con quién estaba hablando, rectificó rápidamente—. Bueno, al menos en cosillas insignificantes como el mercado negro.

—La información es un bien muy útil —le había contestado Seyn—. A veces el Imperio tiene que ensuciarse un poco las manos por el bien común.

Ella había investigado sobre Rudaga, por supuesto. Este había sido útil, no se podía negar, pero últimamente sus soplos no habían dado frutos tangibles y algunas de sus fuentes habían aparecido muertas, así que se estaba convirtiendo rápidamente en un estorbo. Ella sospechaba que nadie le echaría mucho de menos. La tienda estaba abarrotada si no de antigüedades reales, al menos de cosas indiscutiblemente viejas, algunas de las cuales olían tan mal como el comerciante que las vendía.

No existía nada parecido a la seguridad, como en Tellik IV, que oficialmente recaía en el Imperio. Allí, cada comerciante tenía que contratar a sus propios matones y Rudaga no era la excepción. El par de trandoshanos que protegían al dug y su mercancía eran hermanos. Eran feos y rudos, pero aunque podían hacer algún comentario en su idioma,

que Seyn entendía perfectamente, los hacían entre dientes y no la acosaban abiertamente. A ella ya le parecía bien así. Además, no estaría mucho tiempo por allí.

Versio había mandado varios falsos espías hasta Rudaga para darle más verosimilitud a la tapadera de Seyn, pero había tenido la precaución de no elegir a nadie capaz de reconocerla. Los «espías» aceptaban las tarjetas de datos que ella les daba y se las llevaban obedientemente de vuelta a Inteligencia Naval. Si eran lo bastante estúpidos para intentar descifrar el código, obtendrían «información» falsa. Muy pocos la consideraban una persona con sentido del humor, pero todo aquello la divertía enormemente.

Y por fin llegó el día. Seyn había pasado muchísimas horas en simuladores y sobresalía en las prácticas con fuego real, pero su experiencia sobre el terreno era limitada. Estaba deseando pasar de las habitaciones sombrías con docenas de videopantallas a algo en lo que pudiera participar activamente. Las cosas iban a ser bastante distintas… dentro de aproximadamente…

Oyó el sonido de fuego de bláster y unos gritos.

«Ahora», rectificó.

Mientras salía reptando de su cuartucho, el dug alargó un pie y la sacó a rastras.

—¡Seyn! ¿Qué pasa? ¿Forma parte de tu tapadera? —iba cambiando su peso nerviosamente de una mano a la otra.

Ella le hizo un gesto furioso para que se callase.

—¡Sí, sí! —siseó—. No va a pasarle nada —hasta entonces, su mundo había sido pura calma, frialdad, cálculos y concentración. Ahora su corazón latía tan *rápido*—. Está todo bajo control. Vaya a esperar a su despacho, habrán terminado en un momento. Y llévese a sus trandoshanos, mi contacto es muy asustadizo.

El gruñó y corrió a esconderse como el cobarde que era, con su aroma a queso viejo flotando en el ambiente por un instante. Le hizo un gesto con un pie a sus guardaespaldas y estos le siguieron al interior del despacho.

Fuera, arreciaron los gritos. Seyn respiró hondo, recordó a la indefensa y atemorizada esclava que fingía ser y salió dando tumbos, con un pánico tan falso que tropezó con una vieja estatuilla del dios de la fertilidad voolukariano, Kuk'waibi. La Lanza del Deseo de Kuk'waibi, que era de piedra, se le clavó en el brazo. Iba a dejarle marca. Bien. Aprovechó el pinchazo para llenar sus ojos de lágrimas.

Fue hasta la fachada de la tienda y miró alrededor como si estuviera aterrorizada, aunque en realidad solo estaba evaluando la situación.

En aquel momento llegaban por el pasadizo principal. Eran tres: un varón kage, una hembra twi'lek y un varón humano. Seyn estaba bastante segura de que sabían bien lo que se hacían. Era un grupo violento y estaban dispuestos a sacrificar sus vidas, si era necesario, pero no eran ni mucho menos estúpidos. Pasaron corriendo junto a algunas tiendas. Se detuvieron ante otras y dispararon hacia el interior. Otras estallaron después de que lanzasen rodando unos artefactos diminutos y parpadeantes.

Seyn debía sincronizar su maniobra a la perfección. Era arriesgado… ningún partisano se preocupaba lo más mínimo por los daños colaterales causados a la población civil, aunque eran precisos. Debía confiar en que no dispararían a discreción, ni decidirían matar a nadie por mera diversión.

Estaban a tres tiendas de distancia… dos…

Ahora.

Seyn salió corriendo de la tienda de antigüedades, sollozando, gritando y señalando el camino por el que había venido.

—¡Está escondido en su despacho! —llevaba los brazos desnudos para que pudieran verle los moratones y la herida fresca cortesía de Kuk'waibi, y del cuello de su túnica raída asomaba una esbelta garganta rodeada por un collar de estrangulamiento.

—¡Aparta! —gritó el kage, con sus ojos rojos claros brillantes y la piel de color gris piedra. No aminoró el paso, saltó por encima de ella, llegó al pasillo y rodó hasta ponerse de pie en una exhibición pasmosa de acrobacia y buena condición física.

Seyn corrió para apartarse de la línea de fuego en un patrón que le permitiría rodear a los Soñadores que llegaban y colocarse tras ellos. Apenas se había puesto a cubierto cuando empezaron a disparar, cada vez desde más cerca, hasta que llegaron a la puerta del despacho.

Si Rudaga y los trandoshanos gritaron, sus gritos quedaron aplacados por el fuego de bláster. Cuando tuvieron la garantía de que Rudaga jamás volvería a mandarle ningún mensaje al Imperio, los Soñadores siguieron su camino. Cuando se dieron la vuelta y fueron pasillo abajo, hacia sus siguientes objetivos, la twi'lek, una hembra de un vivo color tela e impactantes ojos morados, se detuvo un instante a echarle un vistazo a Seyn. Sus ojos se detuvieron en el collar de estrangulamiento.

Finalmente echó a correr tras sus compañeros rebeldes y Seyn hizo lo mismo. Corrió tras ellos sin suplicarles que la llevasen, aún no. Solo corría con ellos, un poco más atrás, recogiendo cascotes para arrojarlos mientras los demás usaban sus blásteres y bombas. El olor a humo y carne quemada le llenaba la nariz y la hizo toser.

Seyn no supo cómo, pero el humano oyó la tos entre aquella cacofonía y le dedicó una mirada fugaz y furiosa.

—Piérdete, niña —gritó. Aquello le hizo gracia porque era evidente que él no era mucho mayor que Seyn.

—¡Llevadme con vosotros! —dijo Seyn, llorando—. Odiaba a Rudaga, odio a todos los de aquí. ¡Por favor!

No le contestaron, así que no dejó de seguirlos, sin molestar y ayudándoles. Por fin parecieron haber terminado con lo que habían ido a hacer. Dejaron tras ellos un rastro de cascotes, fuego, gente gimiendo de miedo y dolor y alarmas aullando en una advertencia tardía y vana…

Y cadáveres. Muchos cadáveres.

Seyn había memorizado el plano de la estación hasta algunos de los detalles más mínimos y sabía que el muelle de atraque 32 estaba más adelante. Esta vez, en vez de la

estela de cadáveres que iban dejando los Soñadores a su paso, fue el suelo que les esperaba por delante el que estaba cubierto de cadáveres. Alguien les había despejado el camino de retirada. Los tres partisanos y el agente imperial humano no redujeron el paso, se limitaron a saltar sobre los cadáveres y seguir adelante.

Ya debían estar cerca de su nave. La twi'lek se volvió para mirar a Seyn, pero esta vez le gritó:

—¡Ven aquí! ¡Deprisa!

Seyn apretó el paso, esprintando hacia ellos y colocándose tras la twi'lek. El humano lanzó una granada hacia el pasadizo por el que habían venido y esta estalló con mucha más potencia que las que habían usado hasta entonces y la pila de escombros resultante formó un bloqueo efectivo contra cualquier tipo de persecución. Seyn se permitió sonreír de pura alegría. En el papel que estaba interpretando, el de Seyn la esclava, debía sentirse realmente eufórica.

En la entrada al muelle había dos cadáveres tirados en el suelo. El humano introdujo un código y las puertas se abrieron lateralmente. Al otro lado les esperaba una nave, algo desvencijada pero capaz de volar. El portal hacia el espacio abierto ya estaba abierto, pero el leve brillo de luz azul indicaba la presencia de un campo magnético.

La rampa de la nave estaba bajada. Sobre ella, esperando a los Soñadores, como Meeko había esperado a Versio y Hask en Tellik IV no hacía tanto, había un anciano chadra-fan de pelaje gris. Con apenas un metro de altura, unas orejas enormes y un hocico respingón en medio de una cara de murciélago, parpadeó con sus relucientes ojos negros por la sorpresa al ver a Seyn, que era más menuda que ninguno de ellos, excepto él mismo, viniendo tras sus compañeros.

—¡Piikow! —gritó la twi'lek—. ¡Tenemos que quitar un collar!

—Oh, cielos —dijo Piikow con sus orejas contrayéndose por los nervios—. En realidad no… hum, ¡un momento! —desapareció de su vista mientras los partisanos empezaban a subir la rampa.

Una mano sujetó con fuerza el brazo de Seyn, la levantó del suelo y le dio la vuelta. Era el joven humano.

—Tú no —dijo—. Vamos a intentar quitarte el collar, pero nada más. Tendrás que arreglártelas sola.

Seyn se lo quedó mirando, con un horror en los ojos no del todo fingido. Firme defensora de la redundancia, tenía dos planes alternativos, aunque ambos eran inútiles ya, encerrada del lado malo del pasadizo derrumbado. Si los Soñadores se negaban a llevarla con ellos su plan fracasaría. Podría salir de la estación sana y salva, por supuesto, el Imperio se ocuparía de ello, pero habría demasiados elementos de dominio público y los Soñadores ya conocían su cara. Toda la misión estaría comprometida. Tendría que hacerse a un lado y esperar… y no lo soportaba.

—¡No, por favor! —gritó, con todo el alma—. Ahora he quedado atrapada aquí, ¡creerán que os he ayudado!

—No deberías haberte metido —el humano era implacable, pero la twi'lek se acercó con una pequeña herramienta en las manos.

—Se viene con nosotros —dijo.

—Pero…

—Es mi misión y las reglas las pongo yo —la hermosa mujer de tez verde azulada se inclinó hacia ella y la miró a los ojos—. ¿Qué tipo de collar es?

—Explosivo —dijo Seyn—. Estallará si salgo de la estación o si se extrae incorrectamente. ¿Puedes… puedes quitármelo? —la decisión de Seyn de llevar el collar era un riesgo, pero una esclava que careciera de él habría resultado demasiado sospechosa. Estaba segura que los partisanos, obligados a improvisar constantemente, podrían quitárselo. Por si acaso, Seyn llevaba la llave siempre encima. Si las cosas se ponían muy feas, podía asegurar haberla robado, pero desconocer cómo se usaba.

—¡Oh, no, ni hablar! —dijo el hombre—. ¡Dahna, podría matarnos a todos!

—No, no —insistió el chadra-fan en su voz gorjeante y rasposa—. No funciona así. Retrasará la explosión, pero no la detendrá. ¡Tienes que darte prisa!

—Entendido —dijo Dahna. Apretó la herramienta contra el mecanismo de cierre del collar. Este zumbó, se oyó un leve chasquido y el cierre se abrió.

Rápidamente, la twi'lek agarró el collar, fue corriendo hacia la puerta, la abrió y lo lanzó hacia el pasadizo. Cerró la puerta a toda prisa, se volvió y esprintó hacia la nave.

—¡Nadrine, sácanos de aquí!

La rampa ya se estaba replegando cuando Seyn subió por ella tirando la llave del collar. Después se cerró a su espalda y ya estaba dentro de la nave, derrumbándose sobre un asiento y atándose el arnés, mientras un quinto miembro de la tripulación, una hembra humana alta con el pelo castaño rojizo, apretaba unos botones. Junto a ella, en una cabina que evidentemente no estaba diseñada para un chadra-fan, se sentaba Piikow, con sus diminutas patas colgando mientras manipulaba un pequeño dispositivo portátil.

—Campo magnético fuera en tres, dos… —contó.

La nave despegó y planeó.

—¡Uno!

El brillo que contorneaba el campo de estrellas desapareció. Más rápido de lo que Seyn esperaba, la nave se lanzó a la oscuridad salpicada de estrellas del espacio abierto.

Tras ellos se produjo una explosión en el pasadizo y la luz intensa que salía por los portales inundó la cabina. La nave dio unas sacudidas, pero siguió adelante. Al cabo de un instante, los puntos diminutos de las estrellas se convirtieron en rayas blancas, los partisanos y su nueva aliada estaban realizando el salto al hiperespacio.

Todos respiraron hondo.

Entonces Dahna habló:

—Kaev, sigues siendo un novato, por eso no te lo voy a tener en cuenta —el joven partisano humano parecía perplejo y miró a Seyn antes de abrir la boca para responder.

Dahna le cortó.

—Nunca jamás cuestiones al líder de una misión. Haga lo que haga. Si te dice que dispares, disparas. Si te dice que mueras, mueres. Y si te dice que te lleves a la esclava que acaba de luchar codo con codo contigo tan bien como podía, ¿sabes qué haces? Te la llevas. ¿Queda claro?

—La explosión…

—¿Queda claro?

Seyn debía reconocer que creía en el estereotipo de que las hembras twi'lek eran dulces y amables, pero la que en aquellos momentos reprendía al humano no se parecía en nada. Era una diosa de la cólera: justa y feroz, pero perfectamente controlada, y las contracciones de las largas y elegantes lekkus que colgaban a ambos lados de su cabeza eran más amenazadoras que agradables.

—Sí —dijo Kaev—. Queda claro.

—Bien. Bueno, a desvestirse todos —se liberaron de los arneses de seguridad y se levantaron. Todos llevaban anodinos trajes de piloto que empezaron a desabrocharse. Seyn miraba asombrada. Los trajes de piloto no eran lo más cómodo del mundo, pero las tripulaciones solían llevarlos hasta que llegaban a su destino.

Quedó más asombrada aún cuando metieron las manos por el cuello de sus camisas.

—Hum —empezó a decir Seyn, pero se quedó callada al ver que Dahna sacaba algo y se lo mostraba.

Era una pequeña esfera parecida a las joyas explosivas que los partisanos de Bokk lucían en el Singularidad. Sin embargo, esta y las que se estaban sacando los dos varones de debajo de la ropa no estaban pintadas ni camufladas en forma de cuentas de arcilla. Llevaban una pequeña pieza de algo parecido al metal negro adherida a cada una de ellas.

Dahna alargó la otra mano. Sobre ella había un detonador.

Seyn miró los explosivos y después a Dahna.

—Los llevamos siempre que vamos de misión —dijo la twi'lek serenamente—. Por si algo se tuerce… no queremos que el Imperio nos detenga y nos torture. Aveces tenemos que hacer viajes que sabemos que solo serán de ida.

—Entiendo —asintió Seyn. Sabía que a los partisanos no les asustaban los atentados suicidas, lo que no sabía era que todas sus misiones podían terminar así.

El kage recogió las bombas personales y las llevó a la parte trasera de la nave para guardarlas. Dahna pareció sacudirse de encima la solemnidad de aquella maniobra.

—Listo, ya está. No sé los demás, pero a mí siempre me entra hambre después de una de estas incursiones. ¿Alguien quiere algo?

Recibió un coro de negativas, excepto de Kaev, que prefería seguir en su silencio enfurruñado.

Dahna fue hasta un compartimento del mamparo de la nave, sacó dos cubos de raciones, una jarra de leche nutritiva y un meiloorun con púas y ligeramente golpeado.

—No te excedas con eso —dijo el kage al volver a la cabina—. Se nos están terminando… bueno, como todo.

—Tranquilo. La *Oportunidad* no debería tardar en llegar —contestó Dahna.

—Más le vale. Si no lo hace, el Imperio no tendrá que seguir preocupándose por nosotros. Moriremos de hambre.

—No va a pasarnos nada. Ni a tu hijo tampoco —Dahna le tranquilizó, mientras se comías las raciones y se acercaba hacia donde estaba sentada Seyn. Esta levantó la vista hacia la twi'lek y luego la bajó.

Dahna se sentó junto a ella y le dio un cubo, la leche y el meiloorun. Seyn aceptó la leche y el cubo, pero negó con la cabeza cuando le ofreció la fruta.

—Gracias —dijo, mirando al kage—, pero es demasiado.

Dahna esbozó una sonrisa amarga.

—Conozco esas palabras —dijo—. Son palabras de esclavo. ¿Quieres saber por qué las conozco?

Seyn levantó la vista con cautela y asintió.

—Yo también fui esclava. Desde adolescente. El hombre que se quedó conmigo y con medio pueblo dijo que le gustaba cómo *bailaba* —Dahna escupió la palabra y se rio sin ganas—. Nunca me había visto bailar.

Miró a Seyn.

—¿Alguna vez has tenido que «bailar» para tu señor? —Seyn negó con la cabeza y Dahna asintió, aparentemente más aliviada—. Bueno, gracias a la providencia. ¿Qué *hacías* para él?

Seyn sospechaba que la pregunta surgía de un interés genuino… de esclava a esclava. Pero, tal cómo escuchaban los demás, supo que contenía capas más profundas. Por lo que sabía, acababan de arriesgar sus vidas para liberarla y se la habían llevado con ellos. Todos querían saber qué había hecho para ayudar al Imperio y qué podía hacer para ayudarles a *ellos*.

«Esclavistas, rebeldes… son todos iguales», pensó. Y contestó con lo que esperaba fuera la timidez apocada de una antigua esclava:

—Sé que Rudaga estaba metido en asuntos bastante turbios: espiando para el mejor postor, traficando en el mercado negro. Cuando descubrió que sé leer y escribir básico, me puso a trabajar en la tienda. Le ayudaba con las cuentas, a catalogarlo todo… ese tipo de cosas.

Pero la antigua esclava estaba negando con la cabeza.

—Querida… no pasa nada. Sé que hacías algo más. Tenías que hacerlo, si no sencillamente habría contratado a alguien para pagarle una miseria.

Seyn fingió titubear, mirando las caras ahora vueltas hacia ella. Excepto la de Kaev, que seguía dolido por la reprimenda de Dahna. En general parecían más intrigados que recelosos.

—Tengo un pulso firme y muy buena vista —dijo—. Me puso a trabajar en las falsificaciones: cartas, documentos… ya sabes, certificados de autenticidad. Cosas que hacen que objetos robados parezcan perfectamente legales. Esas cosas.

Ahora incluso Kaev la miraba con atención.

—¿Sabes idiomas?

Seyn negó con la cabeza.

—Solo básico y huttés. Mi due… Rudaga quería asegurarse de que no pudiera escucharle a hurtadillas. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. Cuando lleguemos a la base nos enseñarás cómo se te da falsificar —dijo Dahna—. Sé que te avergüenza lo que has tenido que hacer, pero ahora puedes aprovechar ese talento para hacer algo positivo, algo útil. ¿Sabes quiénes somos?

—No. Solo sé que habéis matado a Rudaga y otros de los que colaboraban con el Imperio. Supongo que sois rebeldes.

—Más o menos —dijo Dahna—. Nos hacemos llamar los Soñadores. Somos lo que queda de los partisanos auténticos, gente como Saw Gerrera. Estoy segura de que tu señor sabía quiénes somos.

Seyn asintió solemnemente y Dahna continuó:

—Eso que has visto antes, lo hacemos a menudo. A veces hacemos cosas que parecen crueles, pero son necesarias. Creo que puedo arreglarlo para que te quedes con nosotros, si quieres. Si no, podemos llevarte a algún lugar seguro.

Seyn se mordió el labio y miró alrededor.

—Me habéis salvado —dijo—. Quiero compensaros por ello. Me quedaré con vosotros, si queréis.

Dahna miró a su tripulación un minuto, con las punta de las lekkus estremeciéndose mientras pensaba algo.

—Kaev, Ru… deberíais ir a echar un vistazo a esa nueva herramienta que nos ha dado nuestra nueva recluta. Piikow, dices que podrías hacer lo mismo con detonadores termales, ¿verdad?

El kage y el humano, por supuesto, captaron las intenciones de la twi'lek, pero el chadra-fan no.

—¡Por supuesto! —la cara peluda de Piikow rebosaba entusiasmo—. Deja que te muestre los planos.

Los tres se levantaron y fueron hasta la parte delantera de la cabina, dejando algo de intimidad a su comandante y su «nueva recluta».

Dahna tomó delicadamente la mano de Seyn y le puso la fruta en la palma.

—Yo tardé tiempo en contárselo a alguien —dijo en voz baja—. Me sentía avergonzada. Necesité que el Mentor me hiciese ver que nada de lo que había pasado era culpa mía. Puede que Rudaga no te hiciera bailar —señaló los brazos desnudos de Seyn—, pero veo las marcas. No era un dueño amable. ¿Alguna vez intentaste matarlo?

Aquellas palabras y el tono reconfortante y amable en que las decía formaban una yuxtaposición tan extraña que Seyn levantó la vista del plato.

—No —dijo. Aunque su historia era falsa, aquello le había escocido. Seyn sentía cariño por el «personaje» que había creado. No quería que «Seyn, la esclava» pareciera una cobarde—. Aunque… me habría gustado.

—No.

La twi'lek era una caja de sorpresas.

—¿Por qué no? —preguntó Seyn.

—Porque esos asesinatos son demasiado personales. Y cuando las cosas derivan hacia lo personal se ponen feas y parte de esa fealdad termina salpicándote.

No la miraba mientras hablaba, tenía los ojos como perdidos en la lejanía. Seyn había interrogado a suficientes agentes para conocer aquella expresión. Solía envolver, como un efluvio, a aquellos que sabían de lo que hablaban, por experiencia.

—Pero… ¿lo que hacéis no es personal? —preguntó—. Matar a gente, quitarles la vida… bueno, a mí me parece personal.

No lo era, en absoluto. Pero parecía el tipo de cosa que habría podido preguntar Seyn, la esclava.

—No puedes pensar así —dijo Dahna—. Tienes que recordar por lo que nosotros, y ahora tú, estamos luchando. Combatimos para terminar con lo que le sucede a la gente como tú y yo. Oh, el Imperio no lo apoya oficialmente, pero he bailado más de una y dos veces para tipos con gorras de comandante. El Imperio sabe lo que pasa y le trae sin cuidado.

Su adorable cara se endureció al añadir:

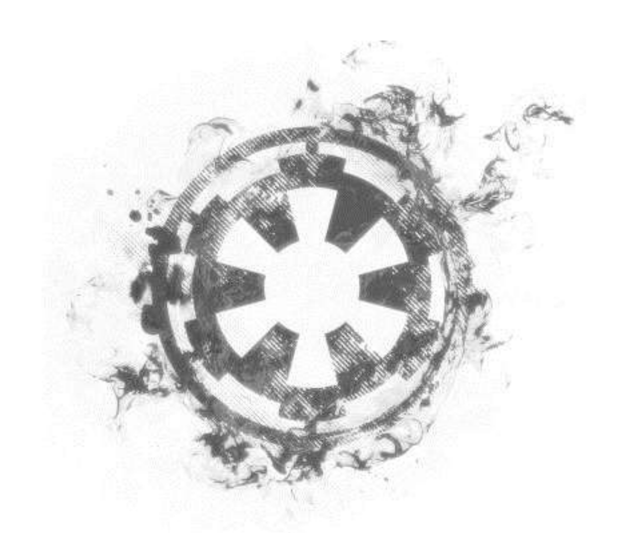
—No les importa nada, excepto ellos mismos y ese hombre horrible y *malvado* que se mantiene recluido del mundo. No les importan los miles de millones de seres cuyos mundos han destruido para despojarlos de sus metales, o cristales kyber, o lo que sea que anden buscando esa condenada semana. No les importa quién vive y quién muere. Todo por la gloria del Imperio, querida. No lo olvides.

—No lo haré —dijo fervientemente Seyn.

Y no lo olvidaría. Aquellas palabras traicioneras ya habían quedado grabadas para siempre en su memoria.

Sonrió a Dahna y dio un mordisco al meiloorun.

CAPÍTULO 11



Hacía años que Iden no visitaba su mundo natal. Siempre había dado por supuesto que regresaría algún día, en el futuro. No era un lugar del que guardase los recuerdos más felices, le habían pasado mejores cosas en la Academia y durante los meses que había estado destinada en el escuadrón de cazas TIE de la Estrella de la Muerte. Vardos era donde había venido al mundo, en un confortable y reluciente apartamento de uno de los edificios más altos de Kestro, su capital. Allí se había despertado en mitad de la noche, oyendo discutir a sus padres. Allí se había despedido con un beso de su madre cuando esta se había marchado a Coruscant para otro encargo; y después a otros mundos, con la misma frecuencia que Iden cambiaba de uniforme. Allí la habían criado, más la directora Gleb de la Escuela Preparatoria para Futuros Líderes Imperiales que sus propios padres, estudiando la anatomía humana y alienígena desde antes de los diez años para conocer sus puntos más vulnerables.

Allí había matado por primera vez, a los quince.

Su breve estancia en la luna de Yavin había sido su primera experiencia en un lugar no cubierto por completo de duracreto y transpariacero.

Miró la ciudad en que había nacido por las ventanillas de la lanzadera mientras esta descendía hacia sus carreteras ordenadas, todas conduciendo al Archivo, el edificio más seguro y valioso del mundo. Tuvo la impresión de que todo era extraño y había cambiado. Siempre que se imaginaba volviendo a casa era de forma triunfal. Llegaba a ver los desfiles por las calles de la ciudad, con padre e hija participando codo con codo en puestos de honor, quizá. Las calles estarían abarrotadas y el planeta le daría la bienvenida a su hijo pródigo, el hombre que los había puesto bajo la benevolente y protectora ala del Imperio, y a su amada hija, la heroína del Imperio.

En la base del Archivo había una multitud, eso sí. Esperaban, como buenos vardosianos, en orden. Iden no había visto un alboroto allí en toda su vida. Pero la multitud no acudía a ningún desfile, había ido con la esperanza de ver fugazmente a la traidora.

La lanzadera se posó en el tejado del edificio. Uno de los dos soldados de asalto enviados para «escoltar» a Iden se levantó y fue hacia ella, que estaba sentada con el arnés de seguridad atado.

—Extienda las manos —dijo bruscamente. Aquel soldado, su compañero y prácticamente todo los que no pertenecían al Escuadrón Infernal creían que era una verdadera traidora y aunque no se mostró rudo, al fin y al cabo era la hija del Almirante Versio, su desprecio resultó evidente tanto en el tono de su voz como en el fruncimiento de cejas que no podía ocultar ni su casco.

Iden levantó la vista hacia aquellos ojos fríos sin decir nada y le tendió las manos. El segundo soldado de asalto miraba, apuntándola con el bláster, mientras el primero le colocaba un par de esposas aturdidoras en las muñecas.

—Ya sabe cómo funciona esto, ¿verdad?

—Sí —dijo ella fríamente—. Por supuesto.

—Hay un poco de gente ahí fuera —le estaba diciendo su compañero—. Se la llevamos a Segur-J y nos lavamos las manos. A partir de entonces es cosa suya. Blásteres en modo aturdidor.

—Recibido —dijo el primer soldado. Justo antes de ponerse el casco, sumergiéndose en el confortable anonimato del uniforme de plastoide—. A otro lo habrían ejecutado, pero a usted… a usted le dan un trabajo —negó con la cabeza, indignado, y se puso el casco.

Mientras le seguía por la rampa hacia el tejado del Núcleo, Iden se alegró de haberles visto ajustar los blásteres al modo aturdidor. Aun así, sintió un hormigueo de expectación entre los omóplatos.

Gleb la estaba esperando, enfundada en el mismo uniforme que Iden recordaba de su infancia: camisa y pantalones azules oscuros con un ancho cinturón granate. El uniforme no era imperial. Era único de Vardos e indicaba que quien lo lucía era alguien a quien el Imperio había otorgado ciertos poderes y rango pero, obviamente, no era miembro oficial del mismo. El uniforme también era de un diseño claramente no aqualish y aquello era deliberado. Sus líneas le daban a Gleb el perfil de una humana fornida y bastante regordeta, si lograbas fijarte en algo más que sus cuatro ojos rojos y dos enormes colmillos.

Gleb estaba firmes, esperando que escoltasen a Iden hasta ella. Tenía una de sus manos de tres dedos claramente posada sobre su arma, aunque estaba flanqueada por varios agentes de Seguridad Jinata. Había más gente congregada en el amplio tejado: oficiales imperiales destacados y representantes de alto rango de las principales especies no humanas. Sobre sus cabezas, con la mejor perspectiva posible, flotaba un droide cámara que transmitía el drama en directo para la HoloRed.

—Iden Versio —dijo Gleb por el traductor dorado que rodeaba su ancha garganta. Habló fuerte, por el bien de la transmisión y los allí reunidos—. Cuánto tiempo. Qué bajo caen los más grandes.

—Hola, mayor Gleb —dijo Iden—. Le ruego que me permita agradecerle la oportunidad de trabajar con usted.

Gleb entrecerró el par superior de ojos brillantes color sangre.

—Solo lo he hecho como favor para su padre. Aunque lo ha deshonrado espantosamente, el gran amor que le tiene le hace creer que podrá redimirse con trabajo duro. Quizá recuerde algo de lo que aprendió aquí, hace mucho, antes de volver a criticar a nuestro glorioso Imperio.

Las clases. La escuela. Los castigos.

Iden notó que se le tensaba la mandíbula y se tuvo que esforzar para relajarla.

—Quizá sí —dijo.

Gleb emitió el equivalente aqualish de un «*ejem*».

—No crea que va a recibir ningún trato especial.

—No, por supuesto que no —Iden casi escupió aquellas palabras. Se suponía que debía acobardarse, pero no lo hacía. Le resultaba extremadamente sencillo, porque Gleb empezaba a irritarla.

Esta se la quedó mirando un buen rato, lo suficiente para asegurarse de que el droide cámara de HoloRed podía hacer un buen primer plano de su cara. Entonces se dirigió a sus oficiales.

—Llévensela —ordenó la aqualish, se dio la vuelta y echó a andar enérgicamente hacia la puerta.

Los dos oficiales, un zabrak y un duros, agarraron a Iden por los brazos y la llevaron a rastras hasta la entrada de la segunda lanzadera. Iden se tambaleó pero mantuvo el equilibrio y miró mal al zabrak. «Todo para dar un buen espectáculo», pensó. Estaba deseando que todo aquello terminase.

No pudo hablar con Gleb en la lanzadera que iba al cuartel general de Segur-J. Cuando la nave aterrizó en el muelle de las embarcaciones oficiales de Seguridad Jinata, también había centenares de seres congregados, contenidos por droides antidisturbios. Y allí estaban los droides cámara de la HoloRed, filmándolo todo mientras ella caminaba, con el duros y el zabrak sujetándola de cada brazo, por una pasarela de duracero hasta los edificios anexos en los que estaban los alojamientos privados de Gleb.

Incluso entonces, los dos oficiales que la habían esposado en el tejado, las escoltaron hasta los relucientes edificios metálicos de techo plano envueltos en largos estandartes rojos adornados con el engranaje blanco del Imperio.

—Órdenes de tu padre —dijo Gleb refrenándose un poco. Era evidente que a la aqualish no le gustaba que le pidieran pasar por algo que podía hacerle parecer poco capacitada—. ¿Entiendes, Iden? Puede que solo estés en arresto domiciliario, pero no tendrás huida.

Iden siguió en silencio.

—Iden me acompañará a mi despacho —comunicó Gleb a los guardias de Segur-J—. Debo explicarle qué esperamos de ella durante su… *estancia.* Vamos, niña.

Siguió a Gleb hasta su despacho y la puerta se cerró con un siseo tras ellas.

—No te preocupes —le dijo Gleb—, aquí estamos completamente en privado.

«Según lo que tú sabes», pensó Iden, pero no lo dijo. Le tendió las manos a Gleb y se las miró de forma muy elocuente. Gleb se las desató y le miró las muñecas.

—No han usado las del tamaño adecuado —masculló. Tenía las muñecas peladas.

—Dime algo que no sepa —le dijo Iden.

—No pienso curártelas —replicó Gleb—. La herida lo hará más verosímil.

«Se divierte con esto», se dio cuenta Iden y se preguntó de qué se sorprendía. De niña había idealizado a Gleb durante una temporada. La aqualish había llegado en el momento justo para rellenar el vacío creado por el divorcio de sus padres. Con su madre viajando por la galaxia y su padre raramente por casa, Gleb era la única figura adulta de autoridad que tenía la joven Iden.

No era que Gleb fuese físicamente abusiva, era demasiado lista para aquello. No, eran pequeños detalles. Le gustaba tener el control sobre todo y todos. Y ahora no solo iba a vigilar a la única hija del Almirante Versio, sino a supervisar el grandioso plan de este para el Escuadrón Infernal.

—¿Has visto algo de la cobertura mediática? —le preguntó Gleb. Iden se acurrucó en una de las sillas. En todo lo demás, Gleb se adhería fielmente a la austeridad del Imperio, pero allí, en su propia casa, parecía disfrutar de sus comodidades. Fue hasta una vitrina, la abrió y sacó una botella de líquido marrón dorado y una copa.

—No, no me lo permitían —contestó Iden.

—Tienes que hacerlo. Es glorioso, todos te odian —Gleb se sirvió el licor en la copa, diseñada especialmente para sus colmillos, y bebió. Emitió un desagradable ruido de succión mientras sus dos pares de ojos escarlatas brillaban.

—Gracias, pero paso. Ya tuve suficiente con el consejo de guerra. Solo espero haber despertado suficiente atención. De todas formas, ¿cómo demonios me van a secuestrar los Soñadores si me tenéis encerrada? —la idea de que aquella farsa se alargase durante semanas la resultaba demasiado desagradable para contemplarla siquiera.

—No creo que entiendas lo impopular que eres. Lo único que tienes que hacer es mantener eso. Hacer que todos los que te rodean crean que *en realidad* no te arrepientes de nada de lo que dijiste sobre el Imperio. Que solo toleras esto porque no tienes elección. Los Soñadores están ansiosos, furiosos y desesperados. Vendrán por ti, no lo dudes.

Iden se reclinó en el sofá y se frotó los ojos. Los implicados en el consejo de guerra y su posterior condena no se habían excedido con ella por su padre, quien, aunque supuestamente estaba «enfurecido», había declarado su convencimiento de que su hija cambiaría. Ella sabía lo que se les solía hacer a los prisioneros y en particular los traidores. Había asistido a interrogatorios. Pero incluso su sentencia aparentemente leve era desalentadora.

—Entretanto —prosiguió Gleb—, compartirás mi casa. Tendrás una pequeña zona para ti, incluido un patio privado. Te esperan un par de mensajes —titubeó y añadió—. De tus padres.

Iden se puso rígida. Esperaba recibir noticias e instrucciones de su padre en cuanto llegase a casa de Gleb. Pero su madre…

No hacía tanto que no se veían; tras el regreso de Iden como una de los escasos supervivientes de la Estrella de la Muerte, Zeehay la llamó nada más enterarse. Habían mantenido una conversación agradable, aunque breve. A medida que su enfermedad avanzaba, Zeehay se cansaba con mayor facilidad. Pero Iden no la esperaba ahora. Aunque Zeehay Versio fuese una leal y respetada artista, Iden podía contar con los dedos de una mano las personas ajenas al Escuadrón Infernal que disponían de la autorización de seguridad necesaria para estar enterados de la verdad y su madre no estaba entre ellas. Iden había apremiado a su padre a que reconsiderase aquella decisión. «Mamá no está bien y debería saberlo», le había dicho, pero su padre se había negado en redondo. «Esto es alto secreto, Iden. No está autorizada a saberlo. Me sorprende que lo sugieras siquiera», aquellas palabras le habían dolido, porque sabía que no debía haberlo pedido. Aunque no se arrepentía de haberlo intentado. La salud de Zeehay Versio no mejoraría con el consejo de guerra a su hija.

Ella señaló el decantador de brandy con la cabeza.

—¿Imagino que en mi habitación no habrá uno como ese? —no solía beber, pero algo de valor líquido podía ayudarle a afrontar lo que le esperaba.

—Por supuesto que no —contestó Gleb, molesta—. Se supone que esto es algo parecido a una condicional con permiso de trabajo, Iden. Te han declarado culpable de sedición. Tienes suerte de poder dormir en una cama, en vez de un catre en una prisión de provincias.

«No puedo correr el riesgo de que alguien note que he bebido», pensó Iden. «Apuesto a que Gleb estaría encantada de delatarme.»

—Lo sospechaba. ¿Hemos terminado ya?

Gleb dio otro sorbo, derramando algo de líquido.

—Creo que sí. Mañana, en pie a las cinco en punto. Puedes hacer ejercicio en el patio y en tu cuarto tienes un uniforme limpio. Prepárate para empezar a trabajar a las siete horas. Y no se tratará de cargar datapads. Puedes retirarte.

Su arrebato de resentimiento al oír a Gleb profiriendo aquella orden la sorprendió. Iden superaba ampliamente en rango a la aqualish y por un instante estuvo tentada de recordárselo. Pero Gleb era uno de los actores principales en aquel plan y, a su manera, estaba realizando un valioso servicio al Imperio.

Iden se marcharía dentro de poco, centrada en el verdadero meollo de la misión. Podía dejar que Gleb disfrutase de su momentánea sensación de superioridad.

Su habitación era sorprendentemente cómoda, aunque no tan lujosa como la de Gleb. Había una cama pulcramente hecha, con una mesita de noche y una lámpara regulable, un escritorio con un datapad y un holoproyector.

Dominada por la cobardía decidió oír primero a su padre. Habían considerado que era demasiado arriesgado que contactase con ella durante toda la fase del arresto y posterior consejo de guerra, pero aquella grabación concreta iba destinada a Gleb.

Su imagen era del tamaño del puño de Iden, pero imponía incluso en miniatura.

—Si estás viendo esto, es que por fin has llegado y estás en tu habitación de casa de Gleb. Esto significa que hemos dado todos los pasos y ahora solo puedes esperar. Confío que estarás a la altura de las circunstancias y perseverarás.

»Por supuesto, hasta el momento se te ha mantenido al margen de los sucesos presentes, incluidos los públicos. Gleb puede contarte muchas cosas y le he mandado unas cuantas botellas de brandy para, hum, facilitar el flujo de información y mostrarle el agradecimiento del Imperio por su colaboración.

Iden resopló. Así que de allí salían las botellas.

—Los otros ya están embarcados en sus respectivos viajes hacia el punto de encuentro —prosiguió el Almirante Versio—. No he mantenido contacto regular con ellos, así que, en general, están solos, como tú. De todas formas, confío que pronto os reuniréis todos en la base de operaciones de los Soñadores y procederéis según lo planeado. Entretanto, sugiero que mantengas tu tapadera en todo momento, sin agravar tu condena, y no te apartes del centro de interés público. Gleb te ayudará con eso.

«Seguro que sí», pensó ella, amargamente.

—Si sucede algo más que debas saber, ella te informará —el holograma desapareció. «Ni un adiós, ni buena suerte.»

A Iden le preocupaba que su padre le dijese algo que nadie debiera oír, por eso había decidido ver el mensaje en su cuarto, lejos de miradas indiscretas. Pero al mirar la pequeña habitación se dio cuenta de que no había estado sola al aire libre desde que todo aquello había empezado, como mínimo sin ir acompañada de tres o cuatro soldados de asalto. Gleb le había mencionado un patio y sintió la necesidad repentina de huir incluso de aquel agradable confinamiento.

Se llevó el holoproyector. Aunque alguien pudiera oírle, aquel segundo mensaje no podía perjudicar a la misión en ningún sentido.

El cielo cubierto del amanecer se había despejado y en el patio se estaba asombrosamente bien. Era cierto que no había mucho verde, pero tampoco lo había en ninguna otra parte del planeta, a pesar de que no fuese una ecumenópolis como Coruscant. Por el momento, al menos.

Pero había una shin'yah. Como mandaba la tradición, aquel árbol se había plantado de tal manera que las ramas colgasen sobre el pequeño estanque de piedra que tenía al lado. El agua no estaba estancada, sino que fluía lentamente por encima de un borde liso que daba a otro estanque. Allí se desaguaba, de tal manera que, sin que nadie lo viera, era purificada y reciclada rápida y eficientemente para convertirla en un agua potable y cristalina. El cielo azul y las coloridas hojas se reflejaban en el estanque y, mientras lo contemplaba, una brisa agitó el árbol. Una sola hoja escarlata se soltó de su rama y cayó lentamente sobre el agua.

Un débil remolino carmesí giró lánguidamente alrededor mientras el agua iba destiñendo el pigmento de la hoja. Otro remolino se le unió. Y un tercero. Y después, un cuarto. La impresión que creaba era como si la hoja moribunda se estuviese desangrando.

Según el folclore popular, antiguamente el árbol había sido una joven que se había cortado las venas después de que le prohibieran casarse con el pretendiente al que amaba.

El agua llevaba la hoja caída y su ondulante rastro escarlata lentamente hacia el borde, como una comitiva fúnebre. Iden la vio quedar suspendida, hasta que cayó con elegancia y desapareció de su vista.

Irónicamente, los árboles habían sobrevivido gracias a su padre, que los consideraba un símbolo de la devoción de su planeta por el Imperio. Cultivarlos se había convertido en un pasatiempo popular para los que querían estar a buenas con el Imperio, es decir, para todos los habitantes no humanos del planeta con espacio suficiente para plantarlos.

Todo aquello había sucedido antes de que Iden naciera, pero había visto holos del recordado discurso de su padre, el mismo que le había valido que le erigiesen una estatua de piedra roja, lo bastante a menudo para recordarlo prácticamente literalmente. Como las frases más célebres: «Antiguamente la doncella de la shin'yah hizo brotar su sangre, gota a gota, por un gran amor. Así, también nosotros, los habitantes de Vardos, el pueblo de las shin'yahs, dejamos que nuestra sangre brote en heroico combate por amor a nuestro Imperio.»

A Iden le parecía gracioso que aquellos árboles, el símbolo del patriotismo de Vardos, fueran meramente ornamentales. No daban fruto y su madera no servía ni para tallarla, ni como lefia. No servían literalmente para nada más que para los anuncios y lucir, pero parecía que aquel pequeño detalle le había pasado por alto a su padre. Para Versio se habían convertido en un símbolo y aquello bastó para amnistiarlos cuando el resto de la vegetación del planeta sucumbió al avance del duracreto.

En todo caso, ella se alegraba de que los hubiesen indultado. Tenía el vago recuerdo de una casa repleta de pinturas de árboles blancos con sus colgantes hojas rojas y una madre y un padre sonrientes que se hablaban con cariño.

Hizo una mueca. No podía seguir postergándolo. Se sentó en la piedra gris del estanque, posó con cuidado el holoproyector en el suelo y lo activó.

Y lanzó un gritito ahogado.

Su madre, su preciosa, radiante y siempre sonriente madre, que nunca se mostraba desaliñada a pesar de su lenta y progresiva decadencia, tenía un aspecto terrible. Sus grandes y expresivos ojos estaban inyectados en sangre y estaba despeinada. Cuando habló tuvo la impresión de que la miraba fijamente.

—No sé qué decir —dijo Zeehay. Su voz se quebró en la última palabra—. He tenido que enterarme por la HoloRed. Al principio no podía creerlo. Le dije a Garrick que ese chico rubio te había tendido una trampa. Que mi querida Iden, que amaba al Imperio tanto como yo, nunca jamás se revolvería contra él de aquella manera.

»Pero no fue ninguna trampa. Me han dicho que te van a someter a un consejo de guerra. Quiero que sepas que pienso hacer todo lo que esté en mi mano por ayudarte. No puedo soportar la idea de perderte. Independientemente de lo que hicieras, de cómo te sientas… se puede reparar, siempre que no me quiten a mi niña.

Más lágrimas llenaron los ojos de Zeehay y cayeron por sus mejillas. Se las limpió y se quedó sentada un instante en silencio, apretando fuerte los labios.

—No sé qué te ha pasado. No sé quién ha hablado contigo, ni por qué has dicho cosas tan terribles. Que no son ciertas. El Imperio es una fuerza que trabaja en pos de la justicia en la galaxia. Es lo único que nos separa del caos absurdo y feroz de la rebelión. ¿Qué crees que llevo haciendo todos estos años? Tengo un talento y lo he aprovechado para animar a otros a enrolarse, a apoyar al Imperio, ¡para que este pueda ayudar por fin a aquellos que realmente *necesitan* nuestra ayuda!

En realidad, había hecho mucho más que usar su talento para inspirar a otros. Zeehay había viajado a planetas de todas la galaxia, intentando comunicarse con las poblaciones autóctonas mediante su arte. En una de aquellas misiones había contraído la enfermedad que le estaba arrebatando lentamente su vitalidad, buen humor y la vida misma. Llevaba luchando contra ella cuatro años, pero las dos sabían que llegaría un momento en que ya no podría seguir luchando.

Los droides médicos la habían animado a seguir pintando, a hacer lo que le gustaba mientras pudiera. Y le habían advertido que cualquier estrés excesivo sería perjudicial.

Iden llevó una de sus manos hasta la muñeca de la otra. La apretó con fuerza. Brotó un dolor intenso, claro y agudo. Necesitaba sentirlo en un nivel que pudiera controlar. Tenía la certeza de que no había micros imperiales en casa de Gleb, tanta como de que la propia Gleb había instalado dispositivos para espiar a su nueva huésped. Y no pensaba darle a su antigua tutora la oportunidad de deleitarse con su sufrimiento.

—Hija mía, quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre te querré. Eres mi hija, Iden. Siempre serás mi hija. Y yo siempre seré tu madre. Hagas lo que hagas, digas lo que digas no podré dejar de quererte jamás.

Zeehay hizo una respiración honda y entrecortada.

—Pero he perdido el respeto que te tenía.

Un leve gemido de dolor luchaba por escapar de Iden. Se mordió el labio, fuerte, y se apretó la muñeca.

—Estoy impactada, desilusionada y… Iden, no has traicionado solo al Imperio y al Emperador. Has traicionado a tu padre, me has traicionado a *mí*. Y no estoy segura de poder perdonártelo.

«Mamá, no…»

Recordó algo del pasado. Iden se quedaba con su padre, que entonces le parecía tan alto, viendo la lanzadera despegar llevándose a su madre muy, muy lejos. No la iba a volver a ver durante años. Y ya nunca más en Vardos.

«No pasa nada», le había dicho su padre entonces. «Es mejor para todos que se haya marchado. Solo es una Versio por el apellido. Nosotros, tú y yo, somos verdaderos Versio. Y los Versio no lloran, ¿verdad?»

«No, señor», había contestado ella con cinco años, en una voz espesa por los gemidos de dolor contenido. «Los Versio no lloran.»

Apretó los dientes y se clavó el pulgar en la carne viva.

Entre las lágrimas pudo ver que la imagen holográfica sonreía levemente.

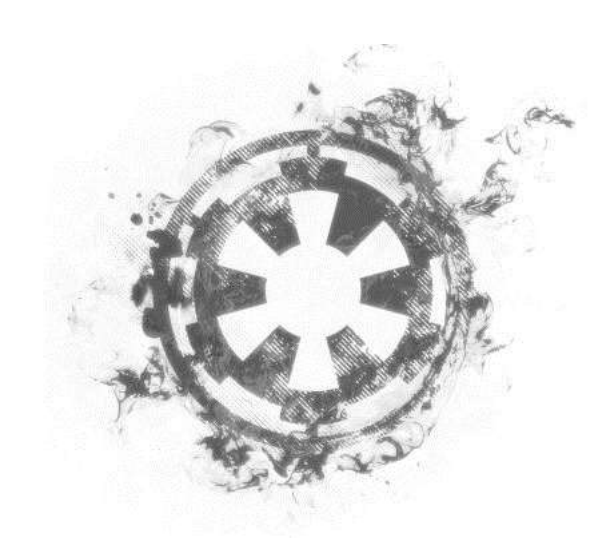
—Pero intentaré perdonarte. Cuando hayas comprendido lo que has hecho y lo equivocada que estabas. Pero tienes que comprenderlo. Cuanto antes.

Zeehay parecía querer decirle algo más, pero cambió de idea. Sacudió la cabeza y volvió a limpiarse la cara. Después alargó la mano hacia la holograbadora… y desapareció.

«Tienes que comprenderlo. Cuanto antes.»

Su dolor se disipó, sustituido por una determinación absoluta. Sí, iba a comprenderlo, mucho antes de lo que nadie pensaba. Porque, cuando hubiesen encontrado el origen de las filtraciones, cuando hubiesen pulverizado a los Soñadores y regresasen como el victorioso Escuadrón Infernal, Iden podría volver a ser capitana. Podría contarle a su madre que todo lo que había dicho era mentira y que solo su amor por el Imperio, no el odio, le había dado el valor necesario para soportar aquellos días espantosos.

Bajó la vista y vio que la presión sobre la muñeca le había reabierto la herida y que una gota roja caía en el agua y se diluía.



CAPÍTULO 12

Iden se sentía como un animal de compañía encerrado.

Disfrutaba de cierta libertad, pero solo bajo supervisión imperial. Si Gleb no estaba en casa, tres guardias quedaban de servicio. Gleb le había advertido que asumiera que la estaban oyendo permanentemente. Iden le había contestado que ya se lo imaginaba, aunque se tragó la irritación que le produjo que la supusiera tan estúpida. Las comidas las hacía en presencia de Gleb y fuera donde fuera siempre llevaba una sombra armada unos pasos tras ella.

Lo que más le fastidiaba era no poder volar sola. Echaba tanto de menos la cabina de su TIE que le dolía recordarlo. Añoraba su reconfortante negrura y espacio circular, el brillo de las luces rojas, los eficientes controles que respondían al instante.

Ya habían pasado diez días desde que llegó, más de un mes de su «acto de traición» y, a pesar que el Almirante Versio asegurase que los Soñadores estaban buscando activamente un líder, no había el menor indicio de que los terroristas estuviesen enterados de su presencia allí. Ni mensajes crípticos, ni asaltos a la casa de Gleb, no había ocurrido nada fuera de lo común. Los únicos que se habían percatado de su presencia fueron algunos de los estudiantes de Gleb, que le habían gritado «¡traidora!» tres días antes, cuando la escoltaban a su lanzadera.

Quizá los Soñadores pensaban que se había hecho justicia. Quizá no creían a Iden. Si como mínimo su madre no hubiera dudado de ella… pero no podía darle más vueltas a aquello. Completaría su misión, descubriría el origen de las filtraciones, recuperaría la información sensible y volvería a casa como una heroína, con desfile de bienvenida. O la destinarían a otro sitio discretamente. En cualquier caso, algún día, con suerte pronto, su madre descubriría que su hija no era, nunca había sido, jamás *podría* ser, una traidora.

Pero no podía desembarazarse del recuerdo de la holograbación. Zeehay tenía un aspecto muy frágil. El humor y los pensamientos de Iden eran sombríos cuando entró en el caza estelar y se instaló en el asiento de piloto. Al cabo de un momento oyó los pasos de su copiloto, Azen Novaren, en la rampa.

El primer copiloto que le habían asignado, o «perro guardián» tal como ella lo veía, había sido una mujer llamada Semma Waskor. La capitana Waskor era muy crítica, pero

no era gruñona, lo que le ahorraba tener que soportar ningún sermón. Se saludaban con la cabeza, ella se sentaba en el asiento de piloto y aquello era en gran medida lo imprescindible para que Iden completase su ronda por varias ciudades vardosianas. A ella le parecía perfecto así y le apenó saber que Waskor había sufrido graves heridas en un accidente de tranvía, como muchos otros seres. Al principio, había deseado que el accidente de tranvía fuese el preludio de la irrupción de los Soñadores, pero no había tenido tanta suerte.

Esta vez le habían colocado al teniente Azen Novaren, un hombre mayor y canoso con la cara arrugada por culpa de una exposición excesiva al sol. Era completamente anodino y los últimos dos días le habían resultado más aburridos que irritantes.

—Buenos días, Iden —le dijo cuando subió a bordo.

Ella suspiró. «Iden.»

—Buenos días, teniente Novaren.

Ella oyó la puerta cerrándose a su espalda mientras Novaren le contestaba:

—Espero que sean buenos. Vamos a hacer un viajecito juntos.

Entonces Iden sintió la presión del cañón de un bláster entre los omóplatos. Su pulso se aceleró y estuvo a punto de gritar de alegría.

«¡Por fin!»

Se quedó muy quieta.

—¿Qué pasa, teniente? —preguntó en voz baja.

—Ya te lo he dicho. Vamos a hacer un viajecito. Ahora, me gustaría que te levantes de ese asiento con mucha naturalidad y calma, te sientes en el de copiloto y te ates el arnés de seguridad. Y no intentes pedir auxilio. No dudaré en matarte.

Por el parabrisas pudo ver más pilotos en el muelle, atareados con sus cosas. Todos con cara de aburrimiento, con las miradas perdidas, cumpliendo su deber, regresando a casa por las noches para reencontrarse con sus esposas o familias, o a una noche solitaria viendo holovídeos y bebiendo el mejor alcohol que sus créditos pudieran comprar. Al principio, todos se habían abalanzado sobre Iden como halcones shirr, sedientos de novedades, pero a partir del cuarto día todo aquello había ido amainando. En aquel momento, nadie se percató de que Iden Versio estaba sentada, a la vista de todos, con un bláster apuntándole a la espalda y que le parecía perfecto.

Obedeció, pasó al asiento de copiloto con cautela, colocó las manos allí donde Novaren pudiera verlas y se ató el arnés.

—Las manos a la espalda —le ordenó este. Cuando obedeció, le colocó un par de esposas aturdidoras en las muñecas—. Bien. Pórtate bien y no hagas ruido, así no tendré que hacerte daño.

—¿Hacerme daño? Creía que ibas a matarme.

—Oh, no creas que titubearé, si es necesario. Pero nos resultas mucho más valiosa viva.

—¿Y quién sois *vosotros*?

—Todo a su debido tiempo. Antes tenemos que salir de este espantoso planeta y del sistema Jinata —Novaren bajó varios interruptores, apretó botones y realizó las comprobaciones de vuelo. Entonces dijo—: Patrulla de Segur-J, al habla el teniente Azen Novaren, pilotando el *Estrella Brillante*, 4014B, solicito permiso para despegar.

—Según la programación, el *Estrella Brillante* debería pilotarlo Iden Versio, Novaren —le respondió una voz.

—Recibido, pero ha habido un cambio de planes —su tono fue sereno y tedioso; el tono de un piloto haciendo una tarea que no le resultaba particularmente agradable y que llevaba haciendo desde hacía demasiado tiempo. A Iden le pareció admirable—. Hoy ella hará de copiloto.

—Necesito confirmación verbal del código de vuelo por parte de Versio.

Azen la miró, expectante. Le señaló el bláster que llevaba en la cintura, sin que le vieran los guardias de seguridad del exterior. Iden titubeó y dijo, sin apartar los ojos de los de Novaren:

—Aquí Versio, le confirmo que mi código de vuelo es el 18104.

—Recibido. Tienen permiso para despegar.

Novaren desconectó la radio.

—Has aceptado colaborar muy rápido.

—No me has dado muchas opciones. Tu bláster no está en modo aturdidor —dijo Iden señalando el arma con la cabeza.

Él no contestó, concentrándose en el despegue, y la nave planeó por un instante, antes de dirigirse hacia las puertas, que ya se estaban abriendo.

—Buena vista. No, no lo está —dijo bajando la mano hacia el arma—. Ahora sí.

Y disparó.

Cuando Iden recuperó la consciencia, algo mareada y dolorida, ya estaban rodeados de estrellas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Poca cosa —contestó su secuestrador—. Solo un salto al hiperespacio.

—En esta nave hay un rastreador.

—Ya no.

Iden le miró, con un punto de admiración.

—Eres bueno —dijo—. Déjame adivinarlo… estabais tras el incidente del tranvía. Necesitabais quitar de en medio a mis escoltas.

—Reconozco todos los cargos —contestó Novaren.

—Mucha gente murió en ese tranvía.

—Mucha gente murió en Alderaan —Azen la miró con admiración—. ¿O lo has olvidado?

Iden se encogió con fingido pesar y desvió la vista.

—No, por supuesto que no. No olvidarlo me ha costado un consejo de guerra. Estoy… un poco sorprendida de que haya sido tan fácil. Creía que se organizaría una buena tras el robo de una embarcación de Segur-J.

—Hay muchas más allí donde vamos.

—¿Y dónde es eso, exactamente? Aún no me has dicho quién sois *vosotros*. ¿Estoy secuestrada? ¿Vais a pedir rescate por mí? Debo advertiros, mi padre está bastante molesto conmigo últimamente. No creo que saquéis mucho.

Él se rio.

—No, ese no es el plan, ni mucho menos. Eres una rehén bastante tranquila, ¿sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Los pilotos TIE que sobrevivimos a la destrucción de la Estrella de la Muerte apenas nos alteramos por nada.

—Buen argumento —se quedó callado un momento y añadió—. Ya estamos lo bastante lejos para no tener que preocuparme porque nos persigan. Así que voy a darte algunas respuestas. *Nosotros* somos un grupo de individuos que odia al Imperio y todo lo que este representa. Que está dispuestos a hacer todo lo necesario para derrocarlo —la miró—. Nos ha parecido que quizá querrías ayudarnos.

—¿Estáis con la Alianza Rebelde?

Azen hizo una mueca, como si acabase de morder algo extremadamente amargo.

—Demonios, no. Hasta que le echaron un poco de agallas y robaron esos planos en Scarif, creía que la Alianza prefería reunirse con el Emperador a tomar el té y pedirle educadamente que se plantease la rendición, siempre que no fuera demasiada molestia.

A pesar de la situación, Iden sonrió. Era la misma impresión que tenía ella sobre la Alianza.

—Entonces… ¿quién sois? ¿O no quieres que lo sepa?

Oh, sí quería que lo supiera. Era arrogante y quería alardear. Si todos eran como él, su misión habría terminado casi antes de empezar.

—Nosotros —dijo, añadiendo gravedad a sus palabras— somos los partisanos de Saw Gerrera.

Iden fingió sorprenderse.

—¿Qué? Saw murió en Jedha. Creía que ellos… vosotros habíais muerto todos con él. Eso nos dijeron.

—Eso creyó el Imperio. Pero se equivocaron. No se puede matar una idea, Iden. Poco importa cuántos de nosotros muramos hasta que derroquemos al Emperador y su régimen corrupto y brutal, aunque muramos *todos*, la idea nos sobrevivirá.

Un pensamiento terrible la abrumó.

—Entonces… ¿me vais a matar para mandarle un mensaje al Imperio? —¿cómo era posible que nadie hubiera pensado en aquello? Su padre estaba tan seguro de que aquello iba a funcionar…

—No, estás a salvo con nosotros, siempre que colabores. Nos hemos tomado muchas molestias para sacarte de Vardos. Queremos darte trabajo, no matarte. Y esperamos que nos convenzas a todos de que vas a sernos muy útil.

—Yo también —dijo Iden—. ¿Dónde vamos?

—A la base de los Soñadores —contestó—. Al Lado Sombra.

Iden fue haciéndole preguntas a su secuestrador-rescatador durante el trayecto, intentando conseguir más información útil para su misión y el Imperio. Como esperaba, aquel no le reveló gran cosa.

«El Lado Sombra» resultó ser precisamente eso: una parte de un planeta llamado Jeosyn. Azen le explicó brevemente que era un mundo con una rotación extremadamente lenta que creaba días largos y calurosos y noches largas y frías. Los ciclos del amanecer y el atardecer, que el planeta estaba experimentando en aquellos momentos, duraban unos tres meses.

—Vivimos en la franja crepuscular del planeta, que es templada —dijo Azen.

—Nunca había oído hablar de ese mundo.

—La galaxia es muy grande y el Imperio ignora todo lo que no le es útil.

—¿No recibe visitantes?

—Digamos simplemente que no estamos demasiado preocupados porque el Imperio nos descubra —contestó Azen mientras hacía descender la nave para aterrizar. Aquella zona de Jeosyn estaba prácticamente congelada en el tiempo, justo después del atardecer, cuando la luz prácticamente se había disipado del todo y el crepúsculo se había apoderado del paisaje. Todo era de color lavanda, morado y azul. Aquel mundo no tenía una luna que proyectase sobre la superficie una luz potencialmente reveladora e Iden se dio cuenta, mientras la nave volaba a poca altura bajo el útil y denso dosel arbolado, que muchas de las rocas tenían vetas de tonos claros de verde, blanco, azul y morado.

—¿Liqúenes? —preguntó.

—Sí —contestó Azen—. Entre la luz persistente, los liqúenes y las lentes nocturnas, no es necesario encender las luces de la nave.

—Es perfecto para vosotros, ¿verdad? —dijo. Y añadió—. Supongo que debería decir *nosotros*, ¿no?

—Todavía no —contestó él y la miró—. Vas a tener una ardua tarea, Iden Versio.

A ella le molestó aquella familiaridad. Casi nadie se dirigía a ella como Iden. Solo su madre y Gideon, e incluso este usaba su rango y apellido cuando no eran ocasiones claramente informales. Se iba a tener que habituar a no perder los estribos cuando lo usasen extraños, sus enemigos.

—Pero… —dijo ella, incapaz de reprimir por completo su enfado— habéis sido vosotros los que me habéis secuestrado.

—A mí no me mires —replicó Azen—. Todo esto fue idea del Mentor. Solo te aviso, tenlo en cuenta.

—¿El Mentor? —preguntó Iden, alerta. ¿Se refería a Staven?—. ¿Todos tenéis nombre en clave?

—Algunos. A otros no les importa. Ya lo irás descubriendo.

Siguieron volando tan cerca del suelo como un deslizador terrestre hasta que «atracaron» en una gran cueva. Azen posó la nave en el suelo, colocó su cuerpo de tal manera que Iden no pudiera ver qué hacía y tecleó algo en la consola.

—No vas a poder operar eso sin el código —dijo él—. Por si acaso.

—¿Crees que quiero volver a Vardos? —contestó ella.

—No podemos estar seguros —replicó Azen quitándole las esposas aturdidoras. Ella se frotó las muñecas cuando tuvo las manos libres, después aceptó el par de lentes nocturnas que le tendió su raptor.

—Nosotros ya casi no las necesitamos y nuestra luz y fuentes de calor no perturban la visión nocturna. Conocemos la zona, los ojos se nos han adaptado —sonrió—. En realidad, cuando salimos de aquí necesitamos ponernos gafas de sol durante la primera hora.

«Otra cosa que me hará destacar como extraña», pensó Iden, pero las aceptó y se las puso. «Mejor esto que tropezarme todo el rato.»

Se colocó a la altura de Azen cuando salían de la cueva y echaron a andar por una llanura arbolada. A lo lejos, el terreno volvían a ser rocas escarpadas y restos de desprendimientos. Azen empezó a trepar y ella le siguió, intentando colocar las manos y los pies en los mismos puntos que él. Azen la esperó después de llegar arriba, sin hacer el menor ademán por ayudarla.

Ella llegó y se puso de pie.

—¿La primera prueba? —preguntó.

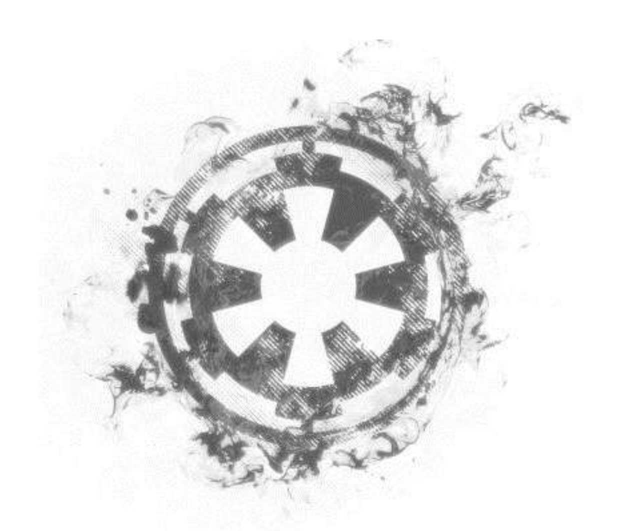
—Diría que la vigésimo séptima, en realidad —le dijo él—. Aún no eres consciente de lo mucho que te hemos vigilado —aquello resultaba inquietante, si era cierto—. Vamos —añadió Azen—, no estamos muy lejos.

Caminaron por aquella cornisa en fila e Iden agradeció llevar las lentes. Una caída desde allí habría resultado terrible. Finalmente la cornisa se abrió hacia una meseta en la que varios salientes y cuevas ofrecían cobijo. Pudo ver luz y figuras moviéndose dentro de la cueva más grande.

Cuando se acercaron, se quitó las lentes. Estaba claro que aquel era el punto de reunión principal. Le llegó el aroma de comida, haciéndole la boca agua y provocando un rugido de su estómago. Iden había sido «secuestrada» por la mañana y suponía que aquel apetitoso aroma emanaba del almuerzo de mediodía, aunque era completamente incapaz de saber qué hora era con aquella luz invariable.

Oyó conversaciones amistosas en básico que se interrumpieron en seco cuando se acercaron. Cuando llegaron a la cueva, todos los partisanos la estaban mirando.

—Escuchad todos —dijo Azen—, os presento a Iden Versio.



CAPÍTULO 13

Iden se enderezó, reprimiendo en el último momento el impulso de cuadrarse. Estaba en pleno corazón del territorio enemigo, como en la luna de Yavin. La tensión de su cuerpo se relajó levemente al ver que el resto de miembros del Escuadrón Infernal habían llegado al planeta, tal como estaba planeado. Llevaba más de un mes sin verlos y aunque esperaba notarlos distintos sin sus uniformes, le asombró hasta qué punto parecían sentirse como en casa.

A Seyn, con sus heridas deliberadas sanando, se la veía encogida y recelosa mientras se metía apresuradas cucharadas de comida en la boca, como si alguien fuese a quitársela. Miró furtivamente a Iden y volvió a concentrarse en su comida.

Del, con la ropa muy raída, parecía llevar allí toda la vida, e incluso el impecable Gideon haraganeaba distraídamente al lado de su «hermano». Ninguno de los dos se había tomado la molestia de afeitarse en las dos o tres semanas que llevaban allí. Los dos la miraban con curiosidad y recelo.

Se alegraba de verlos, pero la hacían sentirse aún más fuera de sitio con aquel frío uniforme granate y azul de Segur-J. Miró alrededor, estudiando al grupo en silencio.

El único que aparecía mencionado en la tarjeta de datos era su líder, Staven. Recordó dos imágenes que aparecían en su informe. Una era de un joven atractivo de espesa melena teñida de azul y con aquello que Iden empezaba a llamar «la mirada»… una expresión de superioridad moral, firme y segura, que solo lucían los jóvenes varones cautivados por los «ideales» de la rebelión. La segunda era de un oficial capturado. Parecía más mayor; el joven rebelde, inocente y esperanzado había dejado paso a un guerrero encallecido, pero a pesar de los moratones de su cara, el hombre de la imagen tenía una mirada desafiante.

El que tenía delante en aquel momento llevaba el mismo pelo azul, aunque resultaba complicado ver el tono exacto bajo la sombría luz verde que emitía la estufa, pero por lo demás era bastante diferente a las dos imágenes que había visto previamente. La cárcel lo había cambiado, añadiendo arrugas de ira y extenuación a aquella cara fresca de antaño. Estaba apartado de los demás, apoyado contra los muros curvados de piedra de la cueva, con los brazos cruzados frente al pecho, mirándola inexpresivamente.

—La has sacado de allí —dijo—. Buen trabajo, Azen.

Más cerca de la estufa-cocina, terminando de comer, había una familia que al principio le pareció humana. Pero sus ojos rosados, asombrosamente visibles en la penumbra, les delataban. Iden nunca había visto aquella especie, pero reconoció que eran kage y a plena luz del día habría podido ver que su piel era gris como la piedra. El planeta natal de la especie era Quarzite, donde vivían bajo tierra, en una semipenumbra constante iluminada solo por el leve brillo de los cristales que le daban nombre. Iden habría apostado que estaba ante antiguos miembros del cuerpo de élite de los Guerreros Kage, gente que probablemente había sido rebelde antes de unirse a los partisanos. Los Guerreros Kage vivían en guerra permanente contra los beluganos, la especie dominante de su mundo. Con aquel historial, no le sorprendía verlos entre los Soñadores partisanos.

El padre tenía poco más de cuarenta años, todo músculo bajo su túnica y capa. La mujer que tenía al lado era más esbelta, aunque fibrosa y ágil, con una cara bonita pero dura. El chico, presumiblemente su hijo, parecía estar en el final de la adolescencia. Sus expresiones y lenguaje corporal eran manifiestamente hostiles y, aunque estaban sentados junto a la estufa, Iden sospechaba que podrían pasar a la acción en un abrir y cerrar de ojos.

Notó que tenían los blásteres a mano. Como prácticamente todos los demás.

Subido a un risco, a cierta distancia de la estufa, con la ropa oscura y el pelaje gris mezclándose con las sombras, había un chadra-fan. La estaba mirando como todos los demás, e Iden pudo ver la luz verde reflejada en sus ojos grandes y brillantes.

Se hizo un silencio incómodo. El chadra-fan finalmente lo rompió, encogiéndose de hombros y lanzado, con sorprendente jovialidad:

—¡Hola! ¡Yo soy Piikow!

Iden le dedicó una leve sonrisa.

—Hola, Piikow —saludó. Nadie más le dijo su nombre.

—Algunos de los nuestros están fuera del planeta ahora mismo, pero no tardarán en volver —dijo Azen—. Me muero de hambre. ¿Y tú?

—También un poco, sí.

Azen tomó un tazón y le sirvió con un cucharón algo parecido a un guiso de la olla que burbujeaba sobre la estufa. Se lo tendió. Iden lo aceptó y se quedó de pie un momento, después se sentó sobre una roca plana cercana a la estufe. Se obligó a no mirar a sus compañeros del Escuadrón Infernal, prefiriendo dedicar el tiempo a examinar brevemente la cueva. Parecía ser una formación natural en gran parte, pero los Soñadores habían hecho algunas modificaciones, como la piedra sobre la que estaba sentada. También se habían colocado otras rocas planas que servían de mesas y sillas. Se habían tallado alacenas de distintos tamaños con láseres en las paredes curvadas, que se usaban para almacenaje. Vio una grande, a lo lejos, envuelta en sombras. Los liqúenes emitían la suficiente luz para que pudiera percibir el contorno de un bláster. Era un depósito de armas. Desvió la vista rápidamente para que no la pillaran.

Staven se movió de donde había estado observándola.

—Bueno, Iden Versio, heroína del Imperio ahora universalmente despreciada, ¿qué te ha contado Azen de nosotros?

Era un hombre atractivo, pero su desdén era evidente. Iden no mordió el anzuelo.

—No mucho —dijo, lo que no era del todo cierto—. Que sois los guerreros de Saw Gerrera, que odiáis al Imperio y todo lo que representa. Que estáis dispuesto a hacer todo lo necesario para derrocarlo y que creéis que puedo ayudaros con eso.

Staven asintió.

—Es la verdad. ¿Y puedes?

—Depende de lo que queráis.

La expresión de Staven se ensombreció de repente.

—Esto no es ningún juego —le espetó. Señaló a Del y Gideon—. ¿Ves a esos dos? Nos encontraron después de que toda su célula sacrificase su vida para que tuvieran la oportunidad de localizarnos.

Los dos presuntos hermanos lograron mostrarse incómodos. Staven se volvió hacia el chadra-fan.

—A Piikow le arrebataron a su familia para obligarle a trabajar en un entorno peligroso. Los asesinaron cuando no hacía ni una hora que había llegado a la fábrica, así es como le gusta hacer las cosas al Imperio. No tardará en reunirse con ellos, porque pasó demasiado tiempo expuesto a sustancias químicas tóxicas. Aunque nos ayudará en todo lo que pueda, mientras pueda.

Iden no lo había notado hasta entonces, pero ahora vio que Piikow tenía zonas de la cabeza peladas y que la piel gris-azul de las manos le clareaba. Su expresión al oír las palabras de Staven dejó claro que no le gustaba llamar la atención.

—Seyn es una esclava huida cuyo dueño ayudaba al Imperio a comerciar en el mercado negro. Ru, Halia y Sadori Vushan son kage, miembros de una especie sometida que lleva generaciones combatiendo a su opresor. Ninguno de nosotros proviene de una vida de privilegios y poder.

—Directamente, al menos —dijo una voz masculina, agradable y calurosa. La forma de lo que Iden supuso que era un varón humano se colocó a la luz del fuego. Era delgado y un poco más alto de lo común, bien afeitado y con un pelo negro, denso y greñudo con mechones canosos. Iden no supo de qué color eran sus ojos, pero eran claros. Tenía la cara ligeramente arrugada, pero las patas de gallo que rodeaban sus ojos parecían más consecuencia de sonreír que de fruncir el ceño. En aquel momento estaba sonriendo.

—Yo nací en un entorno de poder y privilegios hará unos treinta y tantos años, pero hace bastante que renuncié a ambas cosas. Creo que tenemos algunas cosas en común, Iden. Por eso le dije a Staven que estarías dispuesta a ayudarnos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Iden al recién llegado.

—Llámame Mentor —dijo. Lo que era y no era una respuesta.

A pesar del hambre, Iden dejó que el tazón de guiso se enfriase entre sus manos mientras miraba al presunto líder y a aquel que había logrado convencerlo de secuestrarla. Volvió a mirar a Staven.

—Supongo que tú eres el líder. Dime cómo os puedo ayudar.

La sonrisa del Mentor creció. En aquel momento, Iden oyó voces acercándose al campamento, hablando tranquilamente, con el tipo de emoción contenida y aliviada que reconoció como la de los que regresan de una misión exitosa.

—¡Huelo a guiso tikktikk! —dijo una vivaracha voz femenina.

—Voy a devorarlo —gritó el chico kage, Sadori.

—Pues tendré que darte una buena zurra —dijo otra voz femenina, ronca y cordial. Un hombre se rio.

Una twi'lek, seguida de un hombre y una mujer humanos, entró en el círculo iluminado por el fuego. La atmósfera cambió inmediatamente. La twi'lek fue recibida con abrazos y, por un instante, las sonrisas y risas hicieron que el campamento pareciese más un fin de semana «de acampada» con los amigos que la guarida de unos forajidos. Fue un cambio extraño.

Los recién llegados vieron a Iden inmediatamente, por supuesto.

—Vaya —dijo la mujer humana sin apartar la vista de Iden mientras iba hacia Staven—. Buen trabajo, Azen, la has traído. Todos esos meses espiando en Vardos han dado frutos. ¡Nos esperan buenos tiempos, ahora que has vuelto! —le dio una palmada amistosa en la espalda y se giró hacia Staven. El líder partisano abrió los brazos y se fundieron en un abrazo. Él la besó en la frente y ella se acurrucó entre sus brazos, mientras ambos volvían a mirar a los congregados.

Los padres de Iden jamás habían mostrado ningún tipo de afecto físico en presencia de su hija y aquello la hizo sentir incómoda, más incluso que el secuestro a punta de pistola o ser el centro de la recelosa atención.

—¿Va a trabajar con nosotros? —preguntó el humano. Era el más joven, aparte del chico kage, delgado y con aspecto desaliñado y sospechoso. Tenía unos llamativos ojos verdes y bonitos rasgos bajo una barba de tres días.

—Sí —dijo Iden, incapaz de morderse la lengua a tiempo.

—Hemos llegado justo antes que vosotros —dijo Azen. Señaló a Iden con la cuchara—. El ambiente aún está un poco frío.

La lekku de la twi'lek se estremeció al mirar a Iden con curiosidad.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó el Mentor a la twi'lek, intentando claramente desviar la atención de aquella imperial que ahora era su… ¿invitada, nueva miembro, prisionera? Iden seguía sin saber cómo la veían.

—Muy bien —dijo la twi'lek—. Han sido como polvo entre mis manos. Y las de Kaev —añadió, lanzando una mirada y un guiño, exagerado y teatral, hacia el humano. Este fingió desvanecerse, le lanzó un beso y sonrió, mostrando unos dientes asombrosamente blancos. Todos se rieron—. No deja de fascinarme lo que dicen o hacen los poderosos cuando les muestras algo que desean, pero no pueden tenerlo.

El único que no sonreía era Staven.

—Dahna, un día de estos —le advirtió—, se te va a subir a la cabeza.

Iden esperaba más risas y guasa, pero Dahna se puso seria.

—Eso no pasará. Cuando eres esclava de alguien aprendes todos los trucos necesarios para sobrevivir.

Iden, que ya había probado el guiso, dejó de masticar por un instante, sorprendida, mirando automáticamente a Seyn. Se estremeció… maldición, ¿se había delatado? Hasta que recordó que ya le habían presentado a Seyn como esclava. Cualquiera que la hubiera estado observando detenidamente simplemente habría supuesto que había relacionado a ambas mujeres. Tuvo que reprimir un repentino arrebato de ira. No estaba segura de poder llevar la vida de una espía encubierta de forma convincente y eso le preocupaba.

«Soy una Versio y los Versio sobresalen en todo.»

—¿Está limpia? —preguntó la twi'lek, Dahna—. ¿Dispositivos de grabación, transmisores? ¿Nada?

—Oh, vamos —dijo Azen, como hastiado—, ¿crees que la habría traído hasta aquí si no lo estuviera? La nave también está limpia.

Iden quedó petrificada cuando captó lo que aquello significaba. Levantó la cabeza del tazón de guiso y miró a los ojos a Azen.

—¿Azen? —dijo, en un tono gélido—. ¿*Cómo* me registraste?

Él miró hacia otra parte.

—Escáneres —dijo.

—¿*Solo* escáneres? —Iden insistió. Azen frunció el ceño y no respondió, hundiendo la cuchara en su guiso.

—¿Azen, me tocaste?

—Bueno, debía asegurarme, ¿no? —le espetó Azen.

Iden se puso roja de ira y sus manos sujetaron el tazón con fuerza. Ya esperaba que la registrasen, pero descubrir que lo habían hecho sin que lo supiera, cuando estaba *inconsciente*…

Empezó a levantarse.

La atmósfera de la reunión cambió abruptamente. Los tres kage ya estaban de pie empuñando blásteres o vibrocuchillos. A juzgar por el ruido, otros también habían desenfundado sus armas. Staven se le había acercado e Iden se volvió para mirarlo, temblando de rabia.

Y entonces, más rápido de lo que Iden hubiera creído posible, el Mentor se interpuso entre ellos.

—¡Atrás, Staven! ¡Los demás, *sentaos*! —la miró por encima de su hombro y dijo, en voz más baja—. Tú también, Iden.

Poco a poco, sin apartar la vista de Staven, Iden volvió a sentarse en la piedra. Su cuerpo temblaba por la energía contenida. Staven no se movió, pero los demás obedecieron la orden del Mentor, al cabo de unos segundos… algunos con más ganas que otros.

—Staven —dijo el Mentor en voz baja—. Tiene derecho a estar enfadada.

—¡Es una capitana imperial, hija de un almirante imperial! —le espetó Staven, aunque reculó un paso.

—Y no hay nada más cierto en la vida que los padres y los hijos nunca están de acuerdo en nada —dijo el Mentor—. Todos estuvimos de acuerdo en traerla porque creímos que puede ayudar a nuestra causa. ¿Así es cómo queremos animarla a unirse a nosotros? —sus ojos buscaron a Azen—. Azen, le debes una disculpa.

—Sí —añadió la twi'lek secamente—, se la debes.

Iden debía admitir que Azen parecía muy incómodo.

—Vale, lo siento. Pero debes entenderlo. Corríamos un gran riesgo trayéndote aquí. Lo último que quería era poner en peligro al grupo. La gente de Gleb podía haberte colocado algo encima, para rastrearte si intentabas escapar. No estabas en su casa como invitada.

Era razonable. Iden sabía que de haber estado en su posición, ella tampoco habría dudado en registrarlo igual de concienzudamente. En definitiva, la guerra era la guerra. Pero no pensaba decir nada. Se sentía moralmente superior y no quería renunciar a eso hasta que fuese necesario.

—Tampoco estoy aquí como invitada, precisamente —dijo.

—No —admitió la twi'lek—. Y antiguamente fuiste nuestra enemiga. Esperamos que ya no lo seas pero, por ahora, te concederemos el beneficio de la duda.

—Después de haberme *registrado* a conciencia, por supuesto.

La antigua esclava bajó la cabeza afirmativamente.

—Después de haberte registrado a conciencia, sí. Debemos protegernos. Quedamos muy pocos. Espero que lo entiendas.

Iden esperó un momento y suspiró. Había dejado claros sus argumentos. Era momento de mostrarse cordial.

—Lo entiendo. Y espero que vosotros entendáis que le daré un puñetazo a la próxima persona que me toque sin mi consentimiento.

Para su sorpresa, la cara de la twi'lek se iluminó con una sonrisa cómplice.

—Y yo iré detrás a darle otro.

—Muy bien —dijo el Mentor mirando al grupo—. Volvamos a empezar.

Todos se sentaron.

—Somos los Soñadores —dijo Staven.

—¿Soñadores? Azen me dijo que sois los partisanos de Saw Gerrera.

—Solo seguimos su ejemplo. Mantenemos su «sueño vivo». Saw fue la cara visible, la voz, de nuestra causa. Su pérdida fue un golpe durísimo. Y perdimos a mucha otra gente en Jedha.

Le brillaban los ojos mientras hablaba y su mirada era dura. «¿Sabe que la Estrella de la Muerte también fue la causante de Jedha?», se preguntó. «Y si lo sabe, ¿cómo lo ha averiguado?»

—Desde su muerte hemos estado reclutando activamente, así que muchos son recién llegados. Del, Gid, Seyn, Kaev y ahora tú, Iden. Lo positivo es que cuanto más arrogante se muestra el Imperio en sus medidas, más gente se indigna y quieren responder mientras aún es posible. Esto es bueno, es *genial*… pero perdimos a Saw. Perdimos al hombre que

nos unía a todos, que nos inspiraba. El Imperio está redoblando sus esfuerzos contra los grupos rebeldes… y estamos preparados para morir, si es necesario. Por eso necesitamos a esa gente cargada de ira que desea orientarla hacia algo.

Miró a Kaev.

—Nos asestaron un duro golpe en Alderaan —el joven asintió solemnemente—. Pero *nosotros*, la Alianza Rebelde con ayuda de Saw justo antes de ser asesinado, contraatacamos y destruimos algo que el Imperio valora mucho más que la vida: la noción de su infalibilidad. Y aún les escuece. ¿Verdad, Iden?

—Sí —contestó Iden rápidamente—. Nadie va a reconocerlo, pero están conmocionados, incluso en los niveles más altos. Tienes toda la razón. Es el momento. Debemos seguir golpeándoles duro, antes de que puedan recuperarse.

—Y si alguien puede ayudarnos a hacerlo eres tú —le dijo el Mentor, dedicándole una sonrisa cordial.

—En cuanto estemos seguros de poder fiarnos de ti —añadió Staven—. La gente está muy animada. Están dispuestos a luchar porque podemos ganar. Muchos no lo creían hasta ahora, pero debemos tener cuidado con quién incorporamos a nuestras filas.

»Este grupo es nuevo, pero muchos de nosotros hemos trabajado durante años directamente con Saw o con los demás. Los grupos rebeldes no están tan organizados como el Imperio, Iden. La gente va y viene, pero cuando combates junto a alguien surgen vínculos. Kaev ya ha participado en cinco misiones con nosotros y lo ha hecho muy bien —Kaev sonrió, orgulloso por el elogio.

—Debe hacer más caso de las órdenes —dijo Dahna, aunque suavizó sus palabras con un guiño amistoso.

Kaev se rio y asintió, compungido.

—¡Aún estoy aprendiendo!

—Todavía no hemos encontrado la misión adecuada para Seyn, pero ya ha demostrado su valía con su talento para la falsificación. Del ha estado colaborando con Piikow y haciendo prodigios para que algunas de nuestras naves más viejas vuelvan a volar. Y tanto él como su hermano Gid han volado con nosotros, por separado.

Iden sintió aquella antigua y familiar sensación de competencia amistosa al oír mencionar a Gid.

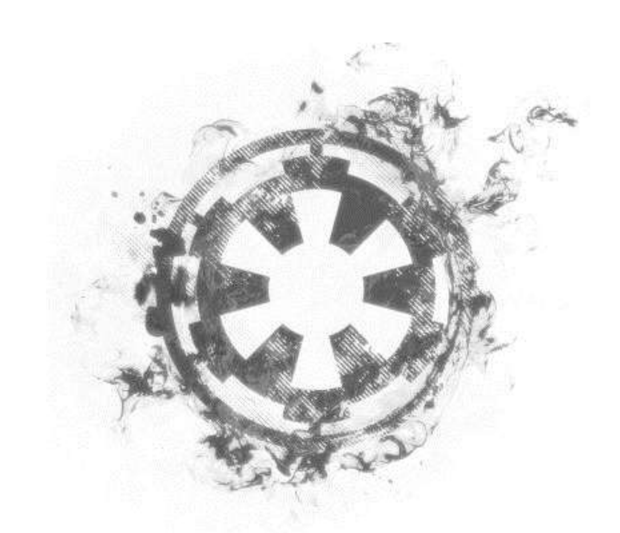
—Si me conocéis, sabéis que soy una piloto excepcional —dijo—. Podría…

—Los pilotos abundan, incluso los buenos —la cortó abruptamente Staven—. Si hemos corrido el riesgo de sacarte de Vardos ha sido por otro motivo completamente distinto. Si no puedes ayudarnos, si no te ganas nuestra confianza, adiós. Y no quiero decir que te daremos una nave con el depósito cargado de combustible, ni te haremos una fiesta de despedida. Estás aquí y ahora no podemos dejarte marchar así, sin más.

Aquellos cambios bruscos de las bromas amistosas a la brutalidad real de la que eran capaces los partisanos le impactó… tal como, sin duda, pretendía Staven. Este sonrió por primera vez desde que Iden había llegado y no le gustó. Fue una sonrisa fría y predatoria.

Iden entendió que no le hacía ninguna gracia tenerla allí y que estaba deseando verla fracasar.

CAPÍTULO 14



En los últimos dos días, desde que Azen la había llevado hasta allí, supuestamente contra su voluntad, Iden había sido interrogada por Staven, el Mentor y Dahna. Previéndolo, su padre y ella habían debatido qué debía revelar: lo suficiente para que la creyeran cuando verificasen la información, pero nada que pudiese perjudicar seriamente al Imperio. Así que podía usar libremente su información. Sin embargo, tras aquella especie de amenaza petulante de Staven de la primera noche, ninguno de los Soñadores le contaba gran cosa.

Sentada en el interior de la cueva, con un amplísimo surtido de piezas de armadura que tenía que remendar, empezaba a añorar su estancia con Gleb. Al menos allí tenía algo de intimidad y podía volar. Aquí, no le permitían abandonar la compañía de al menos uno de los Soñadores veteranos en ningún momento. Cuando iba a hacer sus necesidades, la acompañaba alguien y todos dormían juntos en una de las cuevas. Cuando preparaba su saco de dormir se aseguraban de no colocarla al lado de Kaev ni ninguno de los reclutas más nuevos.

Levantó la vista de su tediosa tarea cuando Azen y Sadori se le acercaron llevando bolsas con algo que abultaba. Evidentemente, eran más piezas de armadura para remendar.

—Ru y Sadori acaban de traer esto —le dijo Azen—. Staven quiere que las limpies —tiraron los fardos a sus pies y una de las bolsas se abrió.

Cayó rodando un casco de plastoide blanco. Estaba salpicado de sangre. Iden pudo percibir el aroma cobrizo de esta, pero se forzó a fingir alegría.

—Un soldado de asalto menos del que preocuparse —dijo.

—Catorce menos —la corrigió Sadori con un punto de orgullo, y se marchó sin añadir nada más. Azen seguía allí plantado y le acercó otro fardo más pequeño.

—Del y Piikow están en la tercera cueva trabajando en una de las naves. Llévales algo de comida.

El dulce aroma de la fruta madura se mezcló con el hedor de la sangre. Iden se lo quedó mirando un momento, después apretó los labios para reprimir una arcada. Por el camino se cruzó con Piikow, que regresaba al campamento. Llevaba bastón, pero su paso era firme.

—¿Va todo bien? —le preguntó Iden.

Piikow agitó su pequeña mano.

—Quiero enseñarle algo a Del —dijo. Su respiración era pesada, pero sus ojos parecían sonreír—. Estoy bien, aunque últimamente tardo un poco más en ir de aquí para allá.

Ella le miró con preocupación.

—No te esfuerces demasiado —le advirtió, aunque por dentro daba saltos de alegría. Por fin tendría la oportunidad de hablar a solas con un miembro de su equipo. Apretó el paso, resistiendo la tentación de echar a correr. No quería llamar la atención.

Del levantó la vista de lo que estaba haciendo cuando entró.

—Tenemos unos minutos —le dijo Iden sin más preámbulos, lanzándole la bolsa con fruta y huevos duros—. Tienes que encontrar una manera de que nos comuniquemos, inmediatamente.

Del recogió la bolsa y la dejó sobre la mesa. El droide ID 10 flotaba en el aire, a un metro de distancia, sujetando herramientas con dos de sus apéndices. Del había hecho todo lo posible por alterar su apariencia imperial con una mano de pintura en blanco y rojo sangre. A ella le recordó inquietantemente al casco del soldado de asalto.

—Lo sé —contestó Del—. Estoy en ello, pero Piikow suele andar cerca.

Iden se apartó ligeramente, fingiendo echarle un vistazo a la nave. Miró por encima del hombro. Ni rastro de Piikow, aunque vio a Halia y Staven conversando.

—Todos estamos escoltados —murmuró Iden—. Pero creo que mis escoltas son los peores —Del volvió a concentrarse en el trabajo—. Necesitamos poner en marcha la misión. Ru y Sadori han vuelto con armaduras de soldado de asalto ensangrentadas. Me temo que la próxima vez dejarán la cabeza dentro, clavada con un palo afilado.

Del puso mala cara al imaginarlo.

—No es nada comparado con lo que perdimos en la Estrella de la Muerte —dijo Del—, pero para tratarse de un grupito recién formado, lo Soñadores se están haciendo notar.

—¿Alguno de vosotros ha tenido que…?

—No, aún no. Solo transportes de suministros en que hemos encontrado medidas de seguridad muy básicas. Nada gordo, ni imperial… todavía.

—Las cosas se pondrán más feas. ¿Habéis oído algo útil? —preguntó Iden—. ¿Tenéis alguna idea de dónde sacan la información confidencial? Nadie suelta prenda cuando ando cerca.

Del se lavó las manos y peló un huevo.

—No me habitúo a estos huevos morados de yemas amarillas —dijo—. No, nada. Aún no he podido hablar con Seyn a solas, pero creo que puede saber algo —señaló la nave—. Obviamente, están explotando mis conocimientos técnicos. Sé que Staven ha estado hablando con Gideon —hizo una mueca—. Con Gid, sobre pilotaje, pero parece que aún no se fían lo suficiente de él para poner a prueba sus dotes como piloto. Cuando me dejen trabajar sin vigilancia, podría instalar micros en las naves.

Iden contuvo su impaciencia.

—Para cuando se fíen de *mí* la guerra ya habrá terminado —dijo.

—Eh —le dijo Del con ternura—, solo llevas un par de días aquí. Nosotros llegamos hace tiempo, ya se irán habituando.

—Eso no ayuda —murmuró, lanzando otro vistazo furtivo hacia el campamento. Halia, que no parecía nada contenta, caminaba hacia ellos—. Maldición, viene Halia.

Estaban hablando de los huevos morados cuando esta llegó hasta ellos.

—A pesar de mis reticencias —soltó, antes de que pudieran saludarla siquiera—, Staven ha decidido daros un comunicador.

Aquello era un paso en la buena dirección.

—Gracias —dijo Iden, aceptándolo. Del recogió el suyo y se lo lanzó al ID 10, pero el droide no hizo ningún movimiento para atraparlo. El comunicador aterrizó en el suelo de piedra de la cueva y rodó un poco.

Del suspiró, se levantó, lo recogió y lo llevó hacia el droide.

—Necesito trabajar en eso —les dijo a Iden y Halia. Dirigiéndose al droide, añadió—. Sujeta esto —este extendió uno de sus finos brazos y recogió el aparato—. El droide cuidará de él mientras trabajo. ¡Intento que este pequeñín pueda ayudarnos en todo lo que sea posible!

Iden se mantuvo impertérrita, aunque estaba interiormente contenta. Del acababa de decirle que estuviese siempre atenta al droide.

Pero pasó otro día sin noticias de Del. Estaba impaciente, pero creía en él, así que se concentraba en aprender todo lo que podía sobre los Soñadores hasta que Del hubiera ideado la forma de comunicarse con ella.

Estaba prácticamente segura de que Staven era quien había obtenido y estaba usando la información clasificada. En definitiva, era el líder del grupo y se dedicaba a buscar antiguos partisanos para enrolarlos en las filas de los Soñadores. Había conocido personalmente a Saw y se notaba que le tenía un gran aprecio. Pero estaba demostrando ser frustrantemente discreto… al menos cuando ella andaba cerca. Iden solo podía esperar que algunos de sus compañeros estuviesen consiguiendo más información que ella.

Azen no le había revelado nada más sobre cómo alguien como él, un partisano que hacía tiempo que conocía a Staven, se había logrado infiltrar en Segur-J. Azen también estaba en los primeros puestos de su lista. Si podía infiltrarse en Segur-J, era probable que contase con valiosos contactos en otras esferas.

La humana a la que Staven había recibido tan calurosamente se llamaba Nadrine. Al parecer, era experta en explosivos y el cerebro tras el diseño de las «bombas-joya». Llevaba el pelo largo y solía recogérselo en una práctica trenza. Incluso bajo la luz

lavanda de aquel permanente atardecer, Iden pudo ver que tenía muchas pecas. Si Staven le contaba intimidades, podía ser una buena persona con la que entablar amistad.

Dahna, la esclava huida, era la segunda al mando. Iden había supuesto inicialmente que ese puesto lo ocupaba el Mentor, pero aunque todos parecían respetarlo, e incluso Staven delegaba de buen grado ocasionalmente en él, nadie le trataba como si diera órdenes. Tanto Dahna como el Mentor parecían tener buena relación con todos los demás miembros del equipo; podían serle útiles.

Descubrió que el chadra-fan, Piikow, era el más cordial de los Soñadores, después del Mentor. Estaba charlando distendidamente con Del, lo que le interesó. Captó retazos de su conversación y se dio cuenta que se habían hecho amigos, o al menos Del lo fingía, gracias al droide y demás tecnología. Staven le había dicho que Piikow había trabajado para el Imperio. Era posible que aún tuviese algunos contactos allí, viendo su carácter le parecía normal que conservase buenos amigos.

Se dio cuenta, con pesar, de lo mucho que tendrían que ayudar a los Soñadores si querían mantener su tapadera. Se consolaba con la certeza de que, al final, el grupo terrorista sería destruido… junto con la información que poseían. Estaban furiosos y la gente furiosa no comparte información con nadie que no tenga también sus mismas ideas, por lo que no había demasiado peligro de que la Alianza Rebelde se enterase de nada que más adelante pudieran atribuirle al Escuadrón Infernal.

La familia Vushan eran los más reservados del grupo y dudaba seriamente que fueran la fuente de las filtraciones. Había notado que el hijo, Sadori, le lanzaba miradas a Seyn, quien las respondía con tímidas sonrisas y desviando la vista. A Iden le pareció bien, otro posible contacto útil.

Como había mencionado Staven, Kaev también era relativamente nuevo en el grupo. En un momento, cuando ella y algunos otros estaban limpiando e inspeccionando el lote de armas que les había entregado la pirata pantorana, junto con Del y Gideon, Kaev la había llevado aparte.

—Sé que la gente sospecha de ti y que lo entiendes, pero… quería darte las gracias personalmente —dijo.

Ella se lo quedó mirando, confusa.

—¿Darme las gracias?

El asintió, mirándola intensamente con sus ojos verdes.

—Sí. Verás, yo tenía familia en Alderaan.

—Oh —dijo ella comprensiva.

Kaev asintió.

—Cuando oí lo que decías en aquella grabación… hasta qué punto te había molestado que muriese tanta gente que no había movido ni un dedo contra el Imperio, me dio esperanzas de que otros puedan entender lo que haces.

—¿Otros imperiales? —le miró dubitativamente.

—Sí, con suerte. O cualquiera que se pueda tomar un momento para mirar más allá de las banderas. Que pueda tomar la decisión de apoyarnos para acabar con el Imperio —se encogió de hombros, repentinamente avergonzado—. Quién sabe, ¿verdad?

Ella le había sonreído con gratitud. Sería bueno tener un «aliado» entre los Soñadores, además del Mentor.

—Sí, ¿quién sabe? El Imperio está podrido, corrompido. *Debe* caer cuanto antes. Da igual quién caiga con él —mientras decía aquellas palabras, esperaba que con absoluta convicción, se preguntó cuánto tardaría en habituarse a decir aquellas mentiras.

A los otros tres, que llevaban allí más que ella y eran percibidos como menos amenazantes que una célebre piloto imperial de TIE, les iba mucho mejor. Como esperaban, Seyn, con su aspecto delicado y engañosamente abierto, se había ganado las simpatías de la mayor parte del grupo. Nadrine y Dahna la apreciaban de manera evidente y el joven Sadori parecía estar sintiendo cosas un poco más intensas que esa. El Mentor también parecía tenerle simpatía. De hecho, los únicos que se mostraban fríos con ella eran Staven y Azen. No le sorprendía. Staven, como líder, debía ser el más receloso del grupo y Azen era… bueno, Azen.

También Del era bastante aceptado. Lo que tampoco le sorprendió. Del transmitía una serenidad y una humildad que hacía sentir cómoda a la gente.

Desgraciadamente, Gideon era el que parecía despertar más recelos. Ella lo apreciaba, pero sabía mejor que nadie lo arrogante y competitivo que podía llegar a ser, y parecía haber hecho algo ya que había irritado a varios Soñadores.

Suspiró y siguió reparando armaduras o remendando trajes de piloto. «Vamos, Del», pensó. «¿Dónde demonios está ese droide?»

—Cielos, qué diligente eres —le dijo la agradable voz del Mentor.

Levantó la vista hacia él y se encogió de hombros como restándole importancia.

—No me apetece que me fusilen —dijo.

—Ni a mí. Pero hay algo que te puede divertir más que remendar uniformes usados.

Iden sonrió ampliamente.

—Cuenta conmigo.

El Mentor la llevó en deslizador, en un trayecto de unos veinte minutos, por un camino estrecho y sinuoso entre nudosos troncos de árboles antiguos y aparcó el vehículo bajo el dosel de los árboles.

—Vamos —dijo—. Está cerca de aquí, pero es mejor no dejar el deslizador al aire libre.

—¿Esperas visita?

—No, aquí no hay nada que visitar. Pero cuando te están buscando y sois pocos, es mejor ir sobre seguro.

—Aunque no os vean, si alguien se acercase por aquí podría detectar vuestras… nuestras naves y el material —dijo Iden—. ¿No os preocupa?

El Mentor se rio entre dientes.

—No, estamos a salvo.

Aunque hubiera pasado toda su vida recibiendo solo la información que necesitaba en cada momento, le irritaba la naturaleza críptica de los Soñadores. Pensaba que se debía al contraste radical entre aquella actitud y la extrema despreocupación y cordialidad que habían exhibido antes.

Igualaron sus pasos, Iden llevaba sus lentes de visión nocturna, pero el Mentor parecía no necesitarlas.

—Como te ha dicho Staven, hasta Jedha —dijo, mientras andaban—, Saw Gerrera fue la cara visible y la voz de los partisanos. No es que le gustasen demasiado los focos, ni tenía la personalidad envolvente de su hermana, Steela —sonrió levemente—. Una mujer impresionante. Se perdió mucho con su muerte —su sonrisa también murió mientras lo decía.

—Parece que la conociste —aventuró Iden.

—Sí. Y a Saw. Igual que mi ahijada —sacudió la cabeza con pesar—. Los vínculos entre mis seres queridos, los partisanos y *yo* mismo son muy profundos a pesar de nuestros rumbos divergentes.

Se volvió hacia ella.

—Me recuerdas mucho a Steela. En el porte y tu resistencia a dejarte intimidar. Staven no quiere admitirlo, pero también lo nota. Serías una buena cara para los Soñadores, pero, a no ser que seas actriz, seguramente deberás practicar.

Iden sintió que la recorría una oleada de alivio. Por fin iba a convertirse en «la voz de los Soñadores», como esperaba su padre. Quizá ahora le explicarían las misiones a las que los demás partían con tanta frecuencia y descubriría de dónde sacaba Staven su información. Aunque debía fingir que seguía en la inopia.

—Espera un momento —dijo—. No sé muy bien qué quieres decir. ¿Una buena cara?

—Eres Iden Versio —dijo el Mentor—. Eres conocida. La Alianza Rebelde ha tenido la fortuna de poder contrarrestar la propaganda imperial con la verdad sobre la naturaleza del Imperio. Gracias incluso a anónimos rebeldes misteriosos. Cuando Mon Mothma y la Princesa Leia anunciaron su pertenencia a la Alianza Rebelde, le dieron una legitimidad que no había tenido hasta entonces. Piensa en el impacto que supondría si te dirigieses a la galaxia… tú, una antigua imperial firmemente leal, ahora miembro de los Soñadores de Saw Gerrera.

Iden negó con la cabeza.

—No he venido para eso. No soy política, ni estrella del holovídeo… soy soldado, una piloto. Y muy buena. ¡Podéis ponerme a prueba!

—Por supuesto. Como he dicho, tu carrera es de dominio público, Iden. Sabemos lo buena que eres y también usaremos esos talentos, pero no hasta que hayamos asustado al

Imperio y hayamos preparado a aquellos que secretamente desean derrocarlo para alzarse y combatir… quizá incluso morir.

—No me parece la mejor idea de Staven —dijo ella.

—En realidad —contestó cordialmente el Mentor— fue mía. Como te he dicho… he visto emplear esta táctica antes con excelentes resultados. Se podría decir que Saw no fue realmente el primer líder rebelde. Esa fue Steela. Ha funcionado antes y, con alguien tan destacado como tú, puede volver a funcionar.

Cuando llegó, había quedado implícito que llevarla hasta allí había sido idea del Mentor. Y ahora se lo estaba confirmando. ¿Por qué Staven le había hecho caso? Estaba convencida de que quien mandaba era el hombre de pelo azul, el que llevaba la voz cantante… el que controlaba la información filtrada. ¿Se equivocaba?

Llegaron al borde de una depresión.

—Espera aquí —dijo el Mentor que bajó apresuradamente la empinada ladera con el trote elegante de un hombre más joven. Llegó abajo y desde donde ella estaba apenas medía un centímetro de altura.

Se volvió y la miró.

—Este lugar es un anfiteatro natural —dijo. Iden lanzó un gritito ahogado y esbozó una sonrisa. Podía oírlo perfectamente y ni siquiera estaba gritando.

—¡Es asombroso! —gritó ella.

—¿Verdad que sí? —dijo él—. Te enseñaré a trabajar el lenguaje corporal y la improvisación. No sirve que leas un guión. Ahora baja y prueba tú.

Bajó hasta la hondonada en que estaba el Mentor y este volvió a subir la ladera. Se sentó y ella empezó.

—Ciudadanos del Imperio —empezó a decir—. Esto… es decir…

Su comunicador vibró. Lo activó.

—No, está bien —le dijo la voz del Mentor. No parecía gustarle gritar—. Ahora mismo, desgraciadamente, son ciudadanos del Imperio. Continúa.

Iden respiró hondo.

—Ciudadanos del Imperio —gritó.

—No, habla normal —le dijo la voz del Mentor.

—Ciudadanos del Imperio —dijo Iden en un tono normal—, no es lo que creéis. Estoy hablando del Imperio. No lo es —aquello sí que era un imprevisto.

Se le daba espantosamente mal hablar en público.

A su padre aquella posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Era el único motivo por el que los Soñadores la habían sacado de Vardos y Staven le había dejado muy claro que su vida dependía de lo útil que fuera. Una ira repentina, no hacia ellos, ni su padre, sino hacia sí misma, se le atragantó y no pudo hablar.

Entonces oyó:

—Espera.

La pequeña figura de la parte superior del anfiteatro volvió a bajar. Cuando llegó hasta ella, le hizo un gesto para que saliese del «escenario».

—Siéntate. No, no hace falta que subas. Solo quiero que veas lo que busco.

Ella obedeció, sonrojándose con una mezcla de vergüenza y enfado, se alejó un poco y se sentó en el suelo. El Mentor ya se había colocado en su sitio, hizo una pose, se enderezó y levantó el mentón bien alto.

—¡Pueblos de la galaxia! —su voz fue potente y vigorosa, llena de pasión—. Desde hace demasiado, trabajamos bajo el brutal yugo del Imperio. Fingiendo ofrecernos su ayuda, nos ha arrastrado, mundo a mundo, sistema a sistema, hacia este espantoso desfile de codicia narcisista prometiéndonos oportunidades, pero dejándonos con las manos vacías. En vez de mejorar nuestro sustento y nuestras vidas nos ha dejado sin una cosa ni la otra llegando incluso a la depravación de aniquilar planetas enteros. Alderaan… ¡No te olvidamos!

Iden se inclinó hacia delante, con su preocupación aliviada por el poder de la actuación que estaba contemplando, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en las manos. No podía dejar de mirar a la figura esbelta y elegante que profería palabras tan apasionadas.

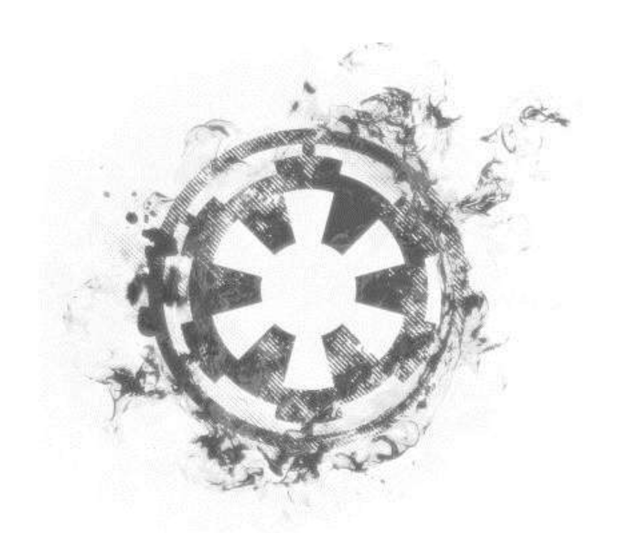
—Tampoco te olvidamos a ti, Ciudad de Jedha. ¡El Imperio nos ha demostrado que ningún lugar de la galaxia, ni un solo mundo poblado por civiles indefensos ni antiguo lugar sagrado, *ningún sitio* está a salvo de la maldad del oscuro corazón del Emperador o la codicia de aquellos que se enriquecen y engordan saqueando planetas! ¡Esto tiene que terminar!

A Iden se le erizó el vello de la nuca. No fue solo por el poder de las palabras, por mera propaganda que fueran, ni por la sonora voz que las envolvía en los tonos melódicos de un corazón que lloraba por los caídos. En aquel momento entendió por qué el Mentor usaba un nombre falso. Y en aquel momento también entendió por qué no era el líder, por qué prefería quedarse al margen mientras los demás daban un paso adelante y se enfrentaban al peligro.

Iden estaba escuchando a alguien que sabía dar un discurso. Alguien que debía de haber sido conocido en el pasado. El Mentor quería que Iden hiciera algo de lo que no era capaz por algún motivo que ella aún no comprendía: pronunciarse en contra del Imperio, inspirar con sus palabras y pasión y mostrarse fuerte y decidida.

Era un hombre que se estaba ocultando. Debía ser alguien importante e Iden, pensaba averiguar quién.

CAPÍTULO 15



Del había mostrado reservas sobre el aspecto «encubierto» de la misión, pero le estaba resultando más sencillo de lo que preveía. Siempre se comunicaba mejor con las manos que con palabras y a partir del momento en que habían contrastado su historia y Staven había aceptado que Piikow le enseñase unas cuantas cosas, todo había ido como la seda.

Nunca había conocido a ningún chadra-fan. Aunque se había criado en Coruscant, hogar de muchísimas especies, en realidad no se había relacionado con muchos no humanos. Su oído necesitó un tiempo para habituarse al tono agudo de Piikow, pero en cuanto lo hizo, empezó a sentirse como en casa; puede incluso que más que con sus compañeros de escuadrón. Porque el idioma que mejor hablaba Piikow no era aquel cacareo extraño sino la mecánica, igual que Del.

Bajo la vigilante atención del chadra-fan, le habían confiado la reparación de ciertas naves. Hasta el momento, eran cosas pequeñas, básicamente mantenimiento. Piikow le prometió que pronto empezarían a reparar lo que llamaba un «caza estelar muy triste».

Todo tenía una carga emocional para el chadra-fan, que poseía una curiosidad insaciable y adoraba toquetearlo todo. Nada, ni un cubierto, ni un tornillo, tuerca, pedazo de metal o piedra colorida, se le pasaba por alto. Era un verdadero misterio cómo lo hacía para encontrar todas las cosas que coleccionaba. Y resultaba poco menos que increíble verle convertir aquellas cosas en recambios de emergencia para ciertas piezas, nuevos inventos o una especie de chisme que zumbaba, parpadeaba, se movía y no servía para nada más que para pasar el rato. En aquellos momentos se volvía hacia Del y sonreía, con sus labios contrayéndose sobre unos dientes afilados y pequeños.

Cuando no lo tenían vigilado, Del concentraba toda su atención en el droide y el comunicador. Había enviado al droide a hacer recados muchas veces: a buscar una botella de agua, una herramienta, una pieza de fruta. Los Soñadores se habían habituado a verlo deambular de aquí para allá, zumbando y pronto dejaron de prestarle atención.

Iden, por supuesto, era la líder y debía ser la primera persona a la que Del le mandase el droide cuando hubiera terminado lo que estaba haciendo. Pero Seyn parecía ser la más aceptada y, por tanto, la que podía gozar de mayor privacidad. Además, le había dado

algunas pistas no verbales de que había descubierto algo relevante. Iden tendría que entenderlo.

Seyn había sido la que les había prevenido contra llevar ningún tipo de dispositivo de comunicaciones, por puntero o bien disimulado que fuera.

—Si ese grupo tiene acceso al tipo de información que creemos, pueden conocer nuestra tecnología más avanzada —había dicho—. Estarán alerta, al menos al principio, hasta que confíen en nosotros.

Ahora se lo reprochaba. Había descubierto algo muy importante e inquietante cuando Iden llegó a Jeosyn y llevaba dos días intentando, sin éxito, encontrar la manera de hablar con la líder del Escuadrón Infernal. Esta, y el resto del equipo, debía saber lo que había descubierto su especialista en inteligencia.

Seyn había sido la primera en llegar. La habían interrogado, por supuesto, como a Del y Gideon después. Con Iden también lo habían hecho, pero los profundos recelos con que habían recibido a la líder del Escuadrón Infernal la preocupaban. Iden estaba soportando un escrutinio mucho mayor del que preveía y se preguntaba si Staven habría tomado ya una decisión respecto a la hija del almirante. Por eso se había sentido aliviada cuando el Mentor le había dicho algo a Iden y los dos se habían marchado. Como mínimo alguien le tendía una mano a su comandante.

Se había dado cuenta de que al Mentor, aunque solía salir a menudo, ya fuese a pie o en una pequeña lanzadera, nunca lo incluían en las misiones fuera del planeta y se preguntaba por qué. Era evidente que confiaban en él y parecía caerle bien a la mayoría, aunque en ocasiones parecía exasperar a Staven. Ella estaba segura de no haberlo visto nunca antes. Con su memoria, ver a alguien una vez era suficiente para recordarlo para siempre. El Mentor la desconcertaba.

Seyn era consciente de que había tenido mucha suerte. Dahna la había puesto bajo su protección desde el principio y ahora la twi'lek era la partisana que más trabajaba con ella. Seyn había superado todas las pruebas con nota, demostrando un nivel de familiaridad creíble con las computadoras y falsificaciones y produciendo documentos falsos de gran calidad, aunque seguían sin querer explicarle para qué iban a usar aquellas falsificaciones. Cuando le preguntaron si sabía pilotar una nave dijo que no, pero les pidió si podían enseñarle a disparar. Explicó que con su pulso firme y buena vista, podía dársele bien y Staven le dijo que se lo pensaría.

En aquel momento contaban con un equipo básico, ya que la mayoría de Soñadores estaban fuera del planeta. Cuando Seyn entró en la cueva principal, Del estaba reparando algo con Piikow y Staven y Gideon estaban calentando raciones y hablando de pilotaje. Más exactamente, discutiendo sobre pilotaje.

—¿Cuándo vais a dejar que os muestre lo que de verdad sé hacer? —le estaba diciendo Gideon.

—Cada cosa a su debido tiempo.

—Eres un paranoico —dijo Gideon. Parecía completamente exasperado y Seyn le conocía lo bastante para saber que no era mero fingimiento. Gideon adoraba volar y empezaba a presionarles para hacer algo más que ir a buscar leche azul, como había dicho Del. Para su sorpresa, la táctica parecía estar funcionando.

—Saw me enseñó a ser paranoico —fue la respuesta de Staven—. Es lo que nos ha permitido sobrevivir.

—Sí, bueno, pues a mí me tiene aquí, pegado al suelo, y estáis desperdiciando un valioso recurso.

Staven sonrió, casi con indulgencia.

—Te diré una cosa, cuando vuelvan los demás, te llevaré conmigo y podrás mostrarme qué sabes hacer.

Gideon se puso una mano sobre el corazón.

—No juegues con mis sentimientos, Staven —dijo y los dos se echaron a reír. Sonrieron y saludaron a Seyn cuando entró y se sirvió algo de fruta, leche y huevos de prewa duros.

—Seyn —dijo Staven poniéndose de pie—, justo quien quería ver. Tengo otro trabajito para ti —le hizo un gesto para que se acercase y ella obedeció—. Es bastante sencillo, comparado con algunos de los que te he pedido. Tarjetas de identidad para estudiantes de una pequeña universidad —se las dio. Vio la imagen de un joven humano de la edad de Sadori. Se preguntó de dónde habían sacado la tarjeta y si habrían eliminado a sus dueños. «Bajas necesarias», se recordó, y examinó la tarjeta detenidamente.

—No parece muy difícil —dijo. En realidad era patéticamente fácil. Quedaba claro que no era una escuela militar, lo que eliminaba toda complicación—. ¿Para Sadori?

Staven le dedicó una sonrisa extraña.

—De hecho, necesitamos dos: una para Sadori y otra para ti, si decidimos que estás preparada, cuando llegue el momento.

Se sintió genuinamente sorprendida y complacida.

—¿Para mí? —dijo, permitiendo que sus emociones se filtrasen a sus palabras—. ¡Gracias!

—No me las des a mí —dijo Staven—. Dáselas a Sadori.

Seyn bajó la cabeza en un gesto de timidez. Sadori nunca le había dicho nada, aparte de saludarla educadamente de vez en cuando. Aquello era un avance excelente en muchos sentidos.

—Se las daré en cuanto regrese. ¿Crees… crees que estaré preparada?

—Más te vale —le dijo Staven—. Vosotros dos sois los únicos que tenéis la edad adecuada. Incluso Kaev es demasiado mayor. Pero tranquila, tenemos tiempo para prepararte.

—¿Puedo llevarme el desayuno? —preguntó—. Estoy deseando ponerme manos a la obra.

Staven titubeó y pareció tomar una decisión sobre ella.

—Claro, ¿por qué no? —dijo—. Pero no manches nada.

Seyn se rio y se marchó con la comida, las tarjetas de identidad y el corazón contento. Cuando entro en la zona de dormitorios le sorprendió encontrar a alguien, mejor dicho *algo*, esperándola.

Era el droide de Del.

Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que estaba sola, dejó la comida sobre la mesa, activó el droide y apretó otro botón de aquella máquina flotante. Apareció un pequeño holograma de Del.

—Dale tu comunicador al droide. Cuando te lo devuelva, aprieta el segundo botón y di mi nombre.

El holograma se disipó. «¿Segundo?», pensó Seyn, confundida. El comunicador usado por los Soñadores solo tenía un botón. Se encogió de hombros y se lo dio al ID 10. Este se puso a trabajar en el aparato inmediatamente, moviendo los brazos tan rápido y con tanta destreza que eran casi como un borrón. En un momento sacó un chip diminuto. Al cabo de unos instantes, el aparato emitió un pitido que indicaba que había terminado y el droide le devolvió el comunicador.

Ahora tenía dos botones.

Seyn apretó el segundo con mucho cuidado.

—¿Del? —dijo.

—¡Funciona! —la voz de Del fue de alivio y entusiasmo—. A partir de ahora debemos ser muy cautelosos. Empieza diciendo siempre el nombre de la persona con la que te comunicas y si es seguro te dirá que está despejado. Si no, finge contactar por algún otro motivo que puedan aceptar los Soñadores.

—Recibido. ¿Cómo lo has hecho?

—Esencialmente, ahora dispones de dos comunicadores. Uno al que tiene acceso todo el mundo y otro que solo podemos usar nosotros cuatro.

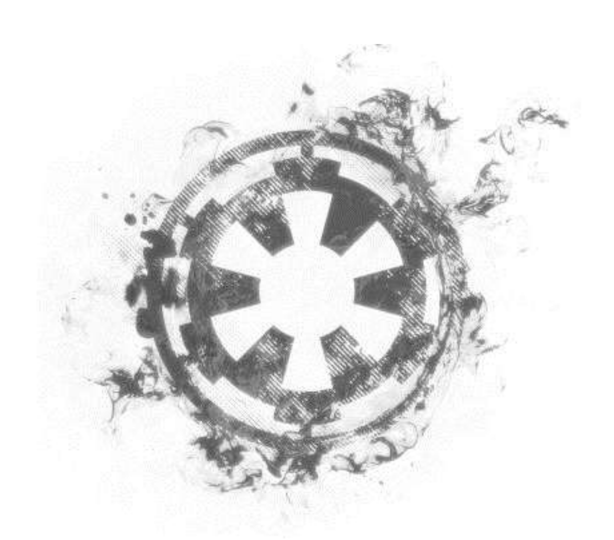
—Eres un genio —dijo Seyn.

—Bueno, los mejores de los mejores, ¿no? Me ocuparé de que el droide nos ponga en contacto a todos lo antes posible.

La alegría de Seyn se disipó.

—Oye, antes de que venga nadie. Tengo que contarte algo.

CAPÍTULO 16



Gideon se había pasado los últimos días haciendo todo lo posible por venderse y venderle sus dotes de pilotaje a Staven. Lo había sondeado tímidamente en busca de información sobre lo mucho, o lo poco, que los Soñadores sabían sobre las otras células. Staven le había contado que nadie había mencionado a los hermanos, pero Sadori había comentado que la gente iba y venía, y parecía que los hermanos Farren estaban libres del peligro de ser desenmascarados, al menos por el momento.

Esperaba que la hostilidad que mostraban hacia Iden fuese amainando. Era comprensible, por supuesto, y no del todo inesperada, pero si seguían marginándola tanto, la tarea del Escuadrón Infernal resultaría mucho más complicada.

Mientras pensaba en Iden, el Mentor entró con ella en la cueva. Iban hablando muy animadamente, cerca el uno de la otra. Iden le miró a los ojos y le saludó con la cabeza. Fueron hacia una de las alacenas de comida y abrieron paquetes de fruta, sin dejar de charlar.

Gideon se volvió hacia Staven y se dio cuenta de que este seguía mirando a Seyn, que se estaba marchando. Detectó un matiz de suavidad en su cara prematuramente encallecida.

—Menuda vida ha tenido esa —aventuró Gideon.

—Ninguno lo hemos tenido fácil —contestó Staven.

—No, pero para ella ha sido más complicado que para la mayoría. Parece recién salida del cascarón.

—Sí. Me alegro. Me… me recuerda a alguien.

Gideon arqueó las cejas.

—¿En serio? ¿Nadrine lo sabe?

—No, no en ese sentido. Aquella chica, me la presentaron como hija adoptiva de Saw, pero… bueno, era muy buena falsificando cosas. Un poco más joven que Seyn, incluso tenía un nombre parecido. Me alegro de que Dahna decidiese traerla con ella.

A Gideon le había parecido que Staven era uno de esos jóvenes muy duros y cabreados que parecían brotar como setas cuando el ambiente de rebelión flotaba en el ambiente. Recordó que muchos de aquellos jóvenes, incluso partisanos, eran

terriblemente idealistas. En realidad era penoso, pero podía serle útil al Escuadrón Infernal.

—¿Qué le paso a la otra chica? —preguntó Gideon.

Y fue la pregunta equivocada. La suavidad volvió a ser dureza.

—Murió —dijo—. Al final, todos mueren. Algunos antes que otros.

Staven se levantó abruptamente y se marchó. El Mentor e Iden se quedaron callados cuando pasó junto a ellos sin preguntarles qué estaban haciendo. Su silencio compartido fue extraño. Finalmente, el Mentor habló.

—Staven es así de duro porque está dolido —dijo—. Ha perdido a muchos seres queridos. La única manera de superarlo es creer que sus muertes han servido para algo. La destrucción de la Estrella de la Muerte fue un momento crucial para la rebelión y su coste no fue precisamente pequeño. Pero creo, sinceramente, que la rebelión triunfará.

—Eso ya lo veremos a su debido tiempo, abuelo.

El Mentor suspiró.

—Supongo que para vosotros dos lo soy. La *verdad* es que a veces, cuando pienso en todo lo que he vivido, me siento viejo. Pero mantengo la fe. De todas formas, aunque la rebelión fracase, la tiranía no podrá resistir eternamente. Es una bestia espantosa y gigantesca a la que se debe alimentar. Al final, el Imperio devorará todo lo que posee y se volverá contra los suyos.

—¿Y *tú* has perdido seres queridos?

Un brillo juvenil asomó en ojos del Mentor al decir sarcásticamente:

—Soy un abuelo, ¿recordáis? —más serio, añadió—. Sí, por supuesto que sí. Mis padres murieron en las Guerras Clon. Y mi ahijada también. Era una partisana —señaló con la cabeza a Staven—. Él la adoraba.

Aquello pilló desprevenido a Gideon. Quería profundizar en el asunto, pero oyó voces fuera y entendió que había regresado una de las naves. El Mentor sonrió.

—Será mejor que salgas ahí fuera y le aprietes las tuercas a Staven, antes de que empiece a darte largas otra vez.

El instante había pasado. Era poco oportuno, pero el viejo tenía razón. Y Gideon estaba ansioso por volver a volar.

—Es verdad —le dijo Gideon, saludó a Iden con la cabeza y fue a recibir a los Soñadores que estaban regresando.

La familia Vushan, Kaev y Nadrine estaban claramente animados. A Nadrine se le iluminó la cara al ver a Staven y apretó el paso. Este hizo lo mismo, la abrazó y le dio un beso intenso.

Gideon creía al Mentor cuando decía que Staven había adorado a su ahijada, pero también quedaba claro que el líder de los Soñadores quería mucho a la pecosa de los ojos risueños. Si le sucedía algo, sin duda le afectaría personalmente y desestabilizaría al grupo.

Gideon dedicó a los Kage y Azen la más cordial de sus sonrisas.

—¿Cómo ha ido?

No esperaba que le diesen muchos detalles, era otro envío de suministros, así que se sorprendió cuando Halia le dijo:

—Te hemos traído un regalo, Staven.

—¿Para mí? No deberíais —dijo su líder—. Es verdad que le había echado el ojo al último modelo de bláster.

—Es mejor que eso —dijo Azen—. Te hemos traído un héroe.

Iden y el Mentor estaban hablando sobre la forma de transmitir el mensaje sin perder la voz cuando Gideon entró.

—Habla desde aquí —le dijo el Mentor, colocando una mano sobre el vientre de ella—. Desde el diafragma.

—Iden —la voz de Gideon sonó lejana. Se volvió para mirarle, pero su expresión era indescifrable.

—Staven quiere verte.

—Ya voy —dijo, pero no era necesario. Los Vushan, Azen y Staven ya estaban entrando en la cueva principal, acompañados.

El soldado de asalto había perdido su casco y el resto de la parte superior de la armadura en algún momento, tenía la cara magullada y ensangrentada, y el mono negro que lucía bajo el uniforme estaba hecho jirones. Azen le sujetaba por un brazo, el otro colgaba inerte en un ángulo que parecía imposible.

Iden se quedó sin respiración, pero se obligó a parecer sosegada.

—Mentor —dijo Staven—, ¿cómo ha ido tu primera sesión con nuestra nueva estrella?

—¿Qué? —preguntó el Mentor, desconcertado. Parecía una pregunta muy rara, con un soldado de asalto sangrando y medio inconsciente a menos de tres metros de distancia.

—Hagámosle la primera prueba a Iden —dijo Staven—. Sadori, trae una holograbadora —mientras el joven kage se apresuraba a obedecer, Azen tiró al soldado de asalto al suelo de piedra de la cueva. Este gritó y quedó allí estirado, jadeando. El brazo aún sano le flaqueó cuando intentó levantarse.

—Este hombre se creía un héroe del Imperio. Intentó impedir que robásemos provisiones en una vieja zona de almacenes a la que ya nadie presta ninguna atención. Así que vamos a incluirlo en tu primer discurso.

Iden se lo quedó mirando, horrorizada. Aquel hombre solo estaba cumpliendo con su deber. No hacía daño a nadie y estaba muy lejos de ocupar ningún puesto de poder.

—Cualquiera puede darle una paliza a un soldado —dijo, buscando algo, lo que fuera, para acabar con aquello—. Esto será desagradable. Actuaremos como meros torturadores.

—Quiero ver de qué eres capaz —la voz de Staven era jovial, su mirada fría.

—Staven, esto es una estupidez —dijo el Mentor—. Iden tiene razón. No vamos a motivar a nadie con esta grabación.

Sadori volvió a la cueva con la holograbadora que le habían pedido. Staven la puso sobre una mesa y la activó.

—Adelante, Iden —dijo—. Veamos cómo se te da ser la «portavoz» de los Soñadores.

No podía. Pero debía intentarlo. Debía hacer algo o terminaría en el suelo, golpeada, ensangrentada y destruida, como el infeliz del soldado de asalto. Así que, con las piernas agarrotadas, Iden Versio, piloto de caza TIE y superviviente de la Estrella de la Muerte, hija del Almirante Garrick Versio, fue hasta el soldado tirado en el suelo y se colocó junto a él con las manos en las caderas.

No sabía qué decir. No se le ocurrían las muestras de odio ni las justificaciones que Staven quería.

Sin querer, el soldado de asalto la salvó. Mientras Iden buscaba frenéticamente qué decir, este tosió violentamente, escupió sangre, dio unas sacudidas y quedó inmóvil.

—Esto ha estado fuera de lugar, Staven —dijo serenamente el Mentor.

—Creo que habría sido un mensaje muy potente —respondió Staven.

—Oh, no te lo discuto. Solo digo que habría sido un mensaje equivocado.

Staven miró mal al Mentor y después desvió la mirada hacia Iden.

—Ya es tarde para saberlo. No estoy muy seguro de que nuestra portavoz hubiera estado a la altura.

—No te preocupes por mí —le espetó Iden.

—Pues lo hago, ya ves… y ese es el problema —sacudió la cabeza, pasando manifiestamente de la irritación al hastío—. Necesito una copa o salir a volar.

—Bueno —dijo Gideon—, ¿qué te parece si te muestro cómo se me da pilotar y después tú me muestras cómo se te da empinar el codo?

Iden seguía callada, pero se sintió profundamente agradecida por la distracción que le ofrecía Gideon. No deseaba estar cerca de Staven en aquellos momentos. De hecho, no deseaba estar cerca de nadie. Necesitaba correr, para aclararse las ideas, para borrar la imagen que acababa de ver. Aunque sabía que aquello probablemente solo era el principio de lo que le pedirían que hiciera en nombre de los Soñadores.

Lo que le pedirían que hiciera por el Imperio, se recordó a sí misma.

—¿Sabes qué? —dijo Staven—. Vamos. Ponte algo adecuado para volar e iremos a la pila de chatarra. Después podrás mostrarme qué sabes hacer.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo verás —dijo Staven—. Y comunícate con Del, quiero llevarme su droide también. Nos vemos en la nave.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Gideon, señalando el cadáver del suelo. Dahna y Seyn habían entrado atraídas por el alboroto, y ahora Seyn hablaba en susurros con Sadori y Halia.

Los dos miembros del Escuadrón Infernal no se miraron.

—Ru, Azen, llevadlo donde siempre.

Iden sintió un nudo en el estómago ante aquellas palabras.

Gideon se había reunido con Staven enfundado en el mismo traje que llevaba cuando llegó y su ya maltrecha chaqueta marrón. Iden le había sugerido que se la pusiera muy a menudo para cimentar su conexión con la ya extinta célula en la mente de los Soñadores. Era el mismo atuendo que había usado en Tellik IV y, tal como Seyn preveía, Staven había visto las imágenes manipuladas de la explosión en el Singularidad.

—Creía que en Nébula equipaban mejor a los pilotos —dijo, refiriéndose a la presunta antigua célula partisana de Gideon.

—Eh, si tienes algo mejor, me lo pondré encantado —le contestó Gideon. Le pareció una buena salida. Empezaba a habituarse a aquella farsa.

—Ahora veremos si merece la pena malgastar un traje de piloto contigo —replicó Staven—. Vamos, aviador.

La pila de chatarra a la que se había referido Staven era un alijo de naves robadas situado en otra de las cuevas, una de las muchas que parecía haber por todas partes. En realidad era como un gigantesco desguace.

Allí había de todo, desde deslizadores terrestres a piezas de droides o cazas estelares. Staven había llevado una linterna y condujo a Gideon nave tras nave, sumergiéndolo en las profundidades de la cueva descendiente. Gideon se desató el droide de la espalda, apretó discretamente un botón escondido y lo dejó explorar a su aire. Grabaría todo lo que viera, lo que podía resultarles enormemente útil en el futuro. En cuanto los Soñadores bajasen la guardia, Del esperaba poder usar al droide para grabar conversaciones también, pero todavía no era bienvenido en todas partes.

Mientras retrocedían, el droide emitió unos cuantos ruidos, como si hubiera encontrado algo. A oídos de Gideon sonaron tristes, pero probablemente era cosa suya y su antropocentrismo. No era más que una máquina. Se volvió, intrigado… y sus ojos se abrieron como platos al ver el maltrecho caza TIE. Se sintió como si acabasen de darle una patada en el pecho y se lo quedó mirando un buen rato, llamando la atención de Staven. Si el droide de verdad se «sentía» compungido, Gideon le acompañaba en el sentimiento.

—Sí —dijo Staven, colocándose junto a él y mirando la nave negra—, conseguimos robar uno y traerlo hasta aquí. Por desgracia, está un poco magullado. ¿Alguna vez habías visto uno de estos de cerca?

Gideon negó con la cabeza.

—No —negó, contento de que su voz no le delatara.

—Debo reconocer que el Imperio fabrica buenas naves. Algún día quiero repararla y usarla contra esos cabrones. Supongo que cada uno tenemos nuestros sueños, ¿no?

Una ira fría y lenta empezó a revolverse dentro de Gideon, acompañada de las ganas de golpear al líder rebelde.

—Sí —dijo—. Quizá deberías poner a Del a trabajar en ello.

—Ahora mismo —dijo Staven—, te voy a poner a *ti* a trabajar en *eso* —Gideon apartó la vista del TIE para ver qué estaba señalando Staven y tuvo que mirarlo dos veces.

Era un Ala-A muy castigado con un aspecto terrible.

—Estás de broma.

—Nunca bromeo.

—Ese pedazo de chatarra haría llorar a Del. Demonios, haría llorar hasta a su droide —colocó las manos sobre sus caderas y suspiró—. Vaya, hay que tener sentido del humor para pedirme que pilote eso, ¿no lo habías perdido por completo?

Extrañamente, Staven sonrió.

—Antes lo tenía. Y si ganamos esta guerra quizá lo recupere. Pero, por ahora… digamos solo que si consigues que esta trampa para ratones vuele en condiciones, habrás superado la prueba.

Gideon estuvo a punto de echarse a reír mientras el droide iba de una punta de la nave a la otra realizando una inspección rutinaria. Ya era bastante arriesgado el mero hecho de montar en aquella cosa, mucho más hacer acrobacias con ella. Pero, de hecho, era su vida lo que estaba en juego. Finalmente regresó el droide.

—¿Puede volar? —le preguntó Gideon.

El droide emitió un pitido. Del era mejor que nadie descifrando sus sonidos, pero, después de los días pasados a solas con ellos en el reducido espacio del *Amigo Veloz*, había llegado a entenderlo bien. El droide le estaba diciendo el equivalente a: «creo que puede ser seguro». Con suerte, por dentro estaría mejor.

No lo estaba.

—Pero ¿para qué la usáis? —le preguntó a Staven. La nave tenía dos asientos, uno para el piloto y otro para un instructor. Staven se instaló en el del instructor.

—Prácticas de tiro —contestó este, atándose el arnés de seguridad.

—No tiene gracia —dijo Gideon, dedicando un momento a familiarizarse con los controles. Nunca había estado en uno de aquellos y no quería cometer errores de novato.

—No bromeo —dijo Staven. Se mantuvo impertérrito durante unos diez segundos, antes de esbozar una leve sonrisa—. Qué cara —rio entre dientes—. En serio, ese Ala-A puede volar. Y si resulta que no —dio unas palmadas sobre el asiento—, los dos son eyectables.

El droide, flotando tras Gideon, emitió unos pitidos repentinos y se sujetó firmemente al hombro de este.

—Mira —le advirtió Gideon a Staven mientras llevaba la nave poco a poco hacia la entrada de la cueva—, si tú quieres que te demuestre de qué soy capaz, pienso hacer que esta nave recupere todo su vigor. Puede que los dientes te castañeteen un poco. ¿Podrás soportarlo?

—¡Vamos! —dijo Staven.

—Directos a tú funeral —dijo Gideon—. Y al mío, porque estoy en el ajo.

Cuando salieron entornó los ojos, el corazón le latía con alegre expectación.

—Allá vamos —dijo. Y la nave salió disparada.

Staven maldijo sonoramente al quedar pegado al respaldo de su asiento. Con apenas un metro de distancia, Gideon maniobró la nave como si fuera un deslizador, sobrevolando la piedra plana y virando bruscamente hacia la derecha para colocarse bajo el dosel arbolado.

—¿Qué demonios haces? —dijo Staven volviéndose hacia él con los ojos muy abiertos.

Gideon le ignoró.

—Lo debido para deshacerte de tus perseguidores —dijo. Podía oír el roce de las ramas de los árboles contra el casco de la nave, pero no le preocupaba, disponía de espacio suficiente para hacer pasar la nave sin que sufriera prácticamente ningún daño. Un poco más adelante el camino se abría. Levantó el morro abruptamente. De nuevo, el líder partisano y él mismo quedaron pegados contra el respaldo de sus asientos. Podía sentir al pequeño droide sujetándose más fuerte y pudo oír que emitía unos pitidos débiles y largos.

Se elevaron, casi verticalmente, y Gideon estabilizó la nave. Era el momento de realizar unas cuantas maniobras espectaculares. Tiró del volante y el Ala-A hizo un tirabuzón muy cerrado y otros dos por puro placer.

Staven se había quedado callado y Gideon sonreía como un idiota. Aquello era un cacharro destartalado y podía matarlo, pero si lo hacía como mínimo moriría haciendo lo que más amaba.

Volvió a descender. Encontró los controles de las armas y disparó los cañones láser contra una formación rocosa aquí y una arboleda allá, después se elevó y superó la colina que encontraron de repente ante ellos. Siguió subiendo y subiendo, atravesando la capa de nubes camino a un cielo salpicado de estrellas sobre el fondo de aquel atardecer petrificado.

Reinaba el silencio. Gideon se volvió para mirar a Staven.

El líder de los Soñadores parecía más animado, más presente, de lo que Gideon lo había visto nunca. Había desaparecido aquel hombre imperturbable y carente de humor que les había contemplado fríamente y que le había dedicado una mirada casi de puro odio a Iden. Una armadura que había caído por completo al darle la bienvenida a su… ¿compañera? ¿novia? Otra pieza había caído cuando Staven le había mostrado un lugar que a Gideon le parecía que veía más como el escondite de un tesoro que una chatarrería. En aquel momento era como si su armadura hubiera caído del todo. Aquel era el Staven que había sido en el pasado.

—No había visto nada igual en mi vida —dijo el Soñador—. Y no se puede decir que haya visto pocas cosas.

Gideon se sintió orgulloso, pero se desanimó casi de inmediato. Iden siempre había pilotado mejor que él. Cuando Staven la viera volar, volvería a quedar relegado al segundo puesto a ojos de los demás.

Aquella idea aplacó su emoción, pero no la eliminó del todo.

Por el momento, Iden seguía siendo persona non grata y Staven estaba claramente impresionado con él y con eso le bastaba.

—¿Volvemos ya? —preguntó.

—Aún no —dijo Staven—. Creo que aún te quedan riscos por bombardear.

CAPÍTULO 17

Iden se obligó a mirar cuando Azen y Ru dieron un paso adelante, recogieron el cadáver del soldado de asalto y lo sacaron de la cueva medio a rastras. Se preguntó si alguien iba a limpiar la sangre y el vómito. Mientras lo pensaba, aparecieron Kaev y Nadrine con cubos de agua y trapos.

Iden no pudo evitarlo y miró hacia otro lado. El Mentor se quedó sentado con ella un rato más, después se disculpó y se dispuso a marcharse.

—Estaré en la cueva dormitorio por si quieres hablar, Iden. O seguir practicando.

—Está claro que voy a necesitarlo —dijo ella. Con lo que había hecho, Staven pretendía impactarla, pillarla desprevenida, y estaba cabreada consigo misma por haber dejado que su plan funcionase.

—Lo harás bien. Tengo fe absoluta en ti —el Mentor le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro, se levantó y se marchó. Dahna, apoyada en la entrada de la cueva, le miró irse y se volvió hacia Iden. Pareció tomar una decisión, avanzó unos pasos y se sentó en la roca plana junto a la hija del almirante.

—Apuesto que echas de menos sentir el tacto de un bláster entre las manos —le dijo.

Iden la miró, sorprendida.

—Me has leído la mente —dijo.

Dahna se rio cordialmente.

—No ha sido necesario. Cuesta un poco habituarse a nuestras maneras de hacer y, si te soy sincera, este truquito de Staven me ha parecido un poco sucio.

—Gracias —dijo Iden, dubitativamente—. Aunque parece que no es la primera vez, si tenéis un «donde siempre» para los cadáveres.

—Ha pasado —dijo la twi'lek—. Aquí hay carroñeras grandes. Las llamamos «trituradoras». Son como grandes roedores, enormes, y lo devoran todo hasta no dejar rastro. Normalmente nos quedamos lo que podemos aprovechar de la armadura del soldado y dejamos el resto para las trituradoras.

Aquello significaba que la próxima armadura que limpiaría y remendaría sería la del soldado. Todo aquello le parecía macabro. No se le ocurría qué decir.

Dahna le sonrió cordialmente.

—Sé que esto es duro para ti. Estas personas solían ser tus aliados, pero ya no lo son y creo que lo entiendes. Te acostumbrarás, pero hasta que el Imperio sea derrocado, es lo que debemos hacer. Venga, vamos a disparar un poco.

Un trayecto corto en deslizador las llevó hasta una zona abierta con riscos esparcidos y unos pocos árboles solitarios. Era evidente que algunos de los riscos habían sido parte de otros más grandes y las marcas negras que mostraban le dijeron que aquel era un lugar habitual para las prácticas de tiro. Tomó el bláster que Dahna le tendió. Era un modelo antiguo pero bien mantenido, capaz de matar con la misma eficiencia que otro más nuevo.

—Me vas a dejar disparar, gracias —dijo Iden. Las dos sabían que podía usar el bláster contra Dahna y le agradecía la confianza que le estaba mostrando—. Ahora solo necesito convencer a Staven de que me deje pilotar.

—Ya pareces Gid —dijo Dahna, quitando distraídamente el seguro de su bláster—. Nunca he visto un joven más enamorado del cielo. Staven está deslumbrado con él.

Iden estaba encantada de que Staven por fin hubiese aceptado poner a prueba las habilidades de Gideon. Aunque era mejor que su amigo, sabía bien que este era excelente. Eran pilotos de cazas TIE, su deber era serlo. Sabía que Gideon debía echar de menos estar a los controles de una nave tanto como ella y se alegraba de que pudiera volver a volar.

—Fíjate en mi patrón de tiro y repítelo —dijo Dahna. Despreocupadamente, con el bláster a mínima potencia para no reducir sus blancos a escombros, la twi’lek apuntó y disparó siete veces siguiendo un patrón aparentemente aleatorio, girando sobre sí misma tras la cuarta descarga para disparar a unas piedras que quedaban a su espalda. Iden la observaba como un halcón shirr. Le gustaba la sensación de concentrarse en los disparos sin tener que pensar en el soldado de asalto golpeado hasta la muerte por proteger un almacén, ni en unas ratas gigantes devorando sus restos. Sin preocuparse porque de su boca escapase por accidente alguna verdad. Le gustaba cuando su mundo solo era un blanco, un arma y ella.

—Te toca —dijo Dahna, devolviéndola al presente, donde cada palabra podía ser una potencial granada.

Iden asintió.

—Me alegro por Gid —afirmó mientras apuntaba el bláster—. Después de este último fiasco empiezo a pensar que la única manera de que Staven confíe en mí será derrocar al Emperador con mis propias manos.

Emuló a Dahna, disparando a los riscos en el mismo orden exacto que ella.

—Buena puntería —dijo Dahna, sin darle demasiada importancia, aunque estaba claramente impresionada—. Me parece que si tuvieras al Emperador a tiro podrías abatirlo. Y no seas demasiado dura con Staven. Entrará en razón. Bueno… ¿ves esa arboleda?

Vio unos troncos quemados y agonizantes.

—Si se le puede llamar así, sí —contestó. Aquella arboleda estaba mucho más lejos y Dahna cambió su bláster de mano por un rifle.

—En total hay siete. Algunos cuesta más verlos que otros. Vuelve a memorizar el orden —Dahna disparó y después le pasó el rifle.

De nuevo, Iden completó el ejercicio a la perfección. A diferencia de Seyn o Del, hasta de Gideon, no necesitaba fingir ser más inexperta de lo que era. Los Soñadores sabían de su reputación y en aquel momento todas sus habilidades y entrenamiento les resultaban beneficiosas o eso creían ellos.

Cuando terminaron, entre Dahna y ella habían reducido uno de los árboles a poco más que meras astillas.

—¿Cuánto llevas en los Soñadores? —le preguntó Iden. Le pareció que tenía tiempo de sobras para hacer preguntas aparentemente inocentes y, con fortuna, conseguir alguna pista sobre cuál de los Soñadores estaba en posesión de la información sensible.

Y, aunque no estaba volando, volvía a sentirse maravillosamente bien pudiendo disparar un arma.

—Todo el grupo es nuevo —dijo Dahna. Se enfundó el bláster y echó a andar haciéndole señas para que la siguiera. Iba hacia otro puñado de riscos—. Somos retazos de otros grupos. Tras la muerte de Saw, quedamos un poco desorientados. Algunos iniciaron misiones en solitario que en realidad eran suicidas. Otros desaparecieron… puede que se entregasen.

«Como Bokk», pensó Iden, pero no dijo nada.

—Staven y el Mentor entraron en contacto, no sé cómo. No quieren contárnoslo. Son una pareja extraña, pero querían a Saw, aman la libertad y odian al Imperio. Staven es el jefe, pero valora mucho la opinión del Mentor. Ahora hacemos cosas que los viejos partisanos no podían hacer y me alegro mucho de formar parte de todo esto —la miró—. Y me alegro de que estés aquí, Iden. Ver que alguien que estaba en pleno corazón del Imperio te comprende… Tu ejemplo va a inspirar a muchas personas. Marcarás la diferencia. Pero, antes vamos a intentar dispararnos entre nosotras.

Iden se puso tensa. Dahna se rio.

—¡Es broma! —le dijo—. Solo quiero poner a prueba tus reflejos. Usaremos estos riscos para cubrirnos y nos dispararemos la una a la otra. La primera que caiga aturdida pierde. Asegúrate de no tener el bláster en modo letal —añadió.

Cuando la twi’lek y ella regresaron, al cabo de una hora, las manchas de sangre del suelo de la cueva habían desaparecido. Staven y Gideon habían vuelto y el líder de los Soñadores parecía mucho más relajado, hasta el punto de saludarla educadamente con la cabeza cuando entró.

—Tus códigos —dijo—. Los intentaremos probar en la próxima expedición.

Iden parpadeó, sorprendida.

—Genial. Espero que no los hayan modificado. Han pasado cuatro días.

Staven frunció el ceño.

—Sí. Ha sido culpa mía —no había duda de que Gideon estaba siendo una buena influencia, aquello era lo más parecido a una disculpa que Iden recordaba haber recibido por parte del hombre del pelo azul.

—Esta tarde, algunos de nosotros vamos a hacer un transporte de suministros. Si quieres puedes venir —le dijo Dahna mientras Iden cogía una botella y la llenaba con agua de una jarra—. Vamos al lado soleado. Puede ser una buena oportunidad para ti.

Iden estaba a punto de aceptar cuando el droide de Del, que flotaba junto a Gideon, volvió sus fotorreceptores rojos hacia ella y «parpadeó», lentamente, tres veces.

Recordó las palabras de Del: «¡Intento que este pequeñín pueda ayudarnos en todo lo que sea posible!».

—Gracias por la invitación, Dahna, pero creo que iré a ver al Mentor. ¿Alguien sabe dónde está? —si estaba allí, hablaría con él un rato y se marcharía a hacer algún «recado» a algún sitio seguro, donde pudiera hablar con Del a través del droide. Si no estaba allí, siempre podía ir a «buscar» al Mentor.

—Ha salido hace un rato —dijo Kaev al entrar, directo a la alacena de la comida—. Lo hace a menudo. Nunca sé dónde va, lo único que dice es que tiene que aclararse las ideas.

Muy oportuno.

—Staven… tienes razón. Necesito practicar más.

Este pareció tan sorprendido por sus palabras como seguro que se había mostrado ella apenas unos instantes antes, pero asintió.

—Bien —fue todo lo que dijo.

El droide salió flotando de la cueva.

—Ahí va, de vuelta con Del —dijo Gideon—. Les envidio, a él y a este pequeño artefacto. Tiene que fabricarme uno.

—Tiene que fabricarnos uno para cada uno —dijo Iden y se marchó.

Seyn estaba en la cueva dormitorio y levantó la vista cuando Iden entró.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Seyn en voz baja.

—¿Y tú? —contestó Iden.

—A Staven le gusta desconcertar a los demás. Deberíamos esperar más cosas así a partir de ahora —mientras Seyn hablaba, entró zumbando el droide—. Oh, bien, por fin. Dale tu comunicador al droide. Del ha instalado otro botón y un segundo canal para nosotros —le contó las medidas de seguridad de aquel método de comunicación mientras el droide se ponía manos a la obra.

Iden apretó el segundo botón y dijo, tal como le había indicado:

—¿Del?

—Despejado —contestó la cálida voz de Del y las dos se miraron aliviadas.

—Eres un genio, Del —dijo Iden.

—No olvides mencionarlo en tu informe cuando hayamos terminado —dijo él—. Los tres hemos podido comunicarnos gracias a este canal. Gid sigue con Staven, pero como nadie nos impide hablar, puedo ponerlo al día más adelante. Capitana, sé que tiene cosas que contarnos, pero creo que Seyn tiene algo más apremiante que decir.

Intrigada, Iden miró a Seyn.

Con una solemnidad que contradecía la juventud de sus rasgos, Seyn dijo:

—He reconocido a Azen Novaren. Es un agente imperial. Su verdadero nombre es Lar Kantayan.

Iden, perpleja, logró decir:

—¿Te ha reconocido él a ti también?

—Nunca habíamos coincidido ni trabajado juntos. Tuve la suerte de que su informe pasase por mi escritorio y de echarle un vistazo rápido. Me gustaría haberlo estudiado mejor, pero puedo contaros lo que recuerdo.

Iden se sintió profundamente agradecida por la memoria eidética de Seyn mientras la antigua agente de Inteligencia Naval se explicaba.

—Era algo parecido a un agente estelar del DSI. Recibió un par de amonestaciones formales y se habló de acabar con él —no concretó qué tipo de final se había debatido—. Recordarás que tu padre dijo que ya habían intentado infiltrar a alguien en los partisanos antes. Ese fue Lars Kantayan… aunque creo que ahora deberíamos llamarlo Azen Novaren. Staven y él ya habían trabajado juntos… pero entonces Novaren actuaba como nuestro agente. El DSI volvió a reclutarlo, por eso no se han visto con Staven en un par de años. Novaren fue destinado a Vardos.

—¿Vardos? —preguntó Iden—. ¿Por qué Vardos?

—No hay duda de que fue una degradación. Al Imperio le gusta tener las cosas controladas y, al parecer, corrían rumores de que Gleb podía no ser tan de fiar como desearíamos y que estaría esquilmando parte de los beneficios, haciendo negocios por su cuenta, ese tipo de cosas. El documento no entraba en detalles y ese tipo de investigaciones son frecuentes. Sin embargo, aunque se trataba de Vardos, el Almirante Versio no fue informado de que se estaba investigando.

Iden se frotó los ojos.

—La mano derecha no sabe lo que está haciendo la izquierda. Muy bien, fue destinado a Vardos y mi padre no lo sabía. Pero ¿por qué me trajo aquí? ¿Lo habrán destinado a otra parte?

—No —dijo Seyn, firmemente—. No podían enviarlo otra vez con los partisanos con su historial.

—En ese caso, actúa por cuenta propia.

—Eso creo. Por lo que he oído, Staven y él se mantuvieron en contacto cuando estaba en Vardos. Sabía que Staven estaba buscando una especie de portavoz y ahí apareciste tú.

—¿Actúa como partisano o como agente imperial? —Del y Seyn se quedaron callados—. En otras palabras, Seyn, ¿qué crees tú?

—No resulta fácil saberlo. No lo retiraron de la misión porque creyeran que se estaba convirtiendo al bando contrario, sino porque no conseguía nada útil. Yo creo que se ha hecho agente doble o intenta recuperar las simpatías del DSI entregándoles un gran tesoro.

—Al último líder auténtico de los partisanos, a mí y al Mentor, sea quien sea —dijo Iden.

—¿El Mentor? —preguntó Del—. ¿Qué pasa con él?

—Eso puede esperar, pero tengo motivos para creer que fue una figura pública de cierta relevancia. Voy a pasar mucho tiempo a solas con él, ya veré qué puedo sacarle. Sé que, igual que Staven, trabajó con Saw y que conoció y respetaba mucho a la hermana de este, Steela.

—Gid me contó que la ahijada del Mentor formó parte de los partisanos… y que Staven estaba enamorado de ella —comentó Del.

—Eso es… una conexión bastante importante —dijo Iden—. Staven y el Mentor parecen tan distintos, en muchos sentidos. Dahna dice que los dos fundaron los Soñadores. No solo tienen vínculos con Saw, sino también entre ellos. Ambos están decididos a honrar su memoria destruyendo al Imperio. Sospechaba que nuestro objetivo eran Staven o él… pero ahora me pregunto si Azen es el origen de esas filtraciones. Es el único que sabemos con certeza que tuvo acceso a información imperial clasificada.

—Coincido contigo sobre Azen y me sorprende oír eso del Mentor. No lo he reconocido —dijo Seyn que parecía picada.

—Seyn, no puedes haber visto fotos de todos los habitantes de la galaxia —le dijo Iden—. No te preocupes, ya nos ocuparemos de eso más adelante. Ahora mismo, lo que quiero saber es si Azen va a darnos problemas. ¿Sospecha de nosotros?

—Creo que ya nos lo habría hecho saber —respondió Seyn.

—No me extraña que me registrase tan concienzudamente —dijo Iden—. Intentaba averiguar si estoy trabajando para el Imperio. Eso sí que habría sido un problema. Me alegro de que mi tapadera superase la inspección de un agente del DSI. Del, ¿puedes colocarle un micro de alguna manera?

Se produjo un silencio, hasta que Del dijo:

—Puedo intentarlo, pero si los partisanos ya son unos paranoicos y lo revisan todo, puedes apostar que un agente doble será mucho peor. Es enormemente arriesgado y si nos descubre…

—No podemos permitírnoslo —le cortó Iden. La idea de estar en manos de Azen o de revelar algo sobre lo que estaban haciendo… no, ni hablar. El Escuadrón Infernal tenía un objetivo que iba más allá de la codicia de un hombre, además no tenían manera de saber a quién se mantenía realmente leal. Si es que era leal a alguien—. Maldición. Esto era lo último que necesitábamos. No tenemos tiempo para jugar dos partidas largas y complejas a la vez.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —preguntó Del.

Seyn titubeó y dijo:

—Mis instintos me dicen que no podemos fiarnos de él. El motivo de sus amonestaciones fue que, y cito, «el agente no ofreció el apoyo necesario a sus compañeros». Creo que si descubre la misión del Escuadrón Infernal, nos utilizará para obtener información clasificada y después nos delatará ante Staven, aunque no sea agente doble. No querrá que le arrebatemos la gloria de traicionar a los Soñadores, si lo hace.

—Si trabajases con él sobre el terreno, ¿te fiarías? Y si fueras su superior, ¿volverías a mandarlo sobre el terreno?

—No, a ninguna de las dos cosas. Ni en sueños.

—¿Del?

—No soy tan perspicaz como Seyn, pero no me gusta. Gideon dice que le encantaría pegarle, pero no creo que eso ayudase, aunque sería digno de ver.

Iden sonrió débilmente. Del poseía el don de saber siempre qué decir y cuándo decirlo.

—Estoy con vosotros. Odio decir esto sobre un imperial, pero no confío en él. Y no podemos poner la misión en peligro —dijo Iden.

—¿Cuáles son tus órdenes, capitana? —preguntó Del. Seyn la miró con expectación.

—Vamos a descubrir si es el origen de las filtraciones y recuperar lo que nos han enviado a buscar. En cualquier caso… acabaremos con él. Esto es lo que haremos.

CAPÍTULO 18

Seyn estaba impaciente cuando regresó a la cueva principal. Era una sensación nueva para ella. Desde su graduación en la Academia, incluso antes, había sido capaz de concentrarse profundamente durante largos periodos de tiempo. Aunque había oído a algunos de sus compañeros quejarse por lo poco que les gustaba «vivir a media luz» permanentemente, a ella aquel aspecto de la misión le traía sin cuidado. Había pasado la mayor parte de su vida en cuartuchos, sola con el reconfortante brillo de las pantallas de ordenador.

Allí su papel era pasivo: era una traductora, una observadora. Pero ahora estaba actuando y haciendo cosas muy distintas de las que esperaba.

Uno de los protagonistas de aquellas cosas la estaba esperando, con sus fuertes rasgos ajados por la preocupación. Sadori había percibido su reacción al asesinato del soldado de asalto y habían hablado un poco sobre el asunto, pero seguía inquieto por sus sentimientos. Resultaba conmovedor y extraño, por lo que Seyn estaba confundida.

Si ella era más menuda y parecía más joven de lo que correspondía a su edad, en el caso de Sadori sucedía todo lo contrario. Bien formado y con buen porte, parecía más mayor que Kaev, que le sacaba cuatro años. Los kage, en general, eran considerados inusualmente atractivos por los humanos y casi-humanos, y Sadori era un gran ejemplo de su especie. ¿Cómo era posible que aquel joven amable, tan feroz cuando combatía y tan dulce cuando no lo hacía, pudiese aceptar con tanta facilidad el nivel de violencia que los Soñadores propugnaban?

—¿Te encuentras bien, Seyn? —preguntó, solícito.

—Sí —dijo ella—. He tenido tiempo para pensar —para recordarse qué hacía allí y encontrar un nuevo objetivo en que concentrarse—. A veces hay que tomar decisiones difíciles. ¿Tú también tuviste que aprenderlo?

—Mi pueblo nace en condiciones de privación —dijo—. Aprendí a pelear casi antes que a hablar —la habilidad en el combate de los guerreros kage, según contaban, solía suscitar comparaciones con los Jedi. Eran físicamente poderosos y fenomenalmente ágiles—. Llevamos combatiendo como uno… bueno, desde siempre.

—¿Tu familia sigue yendo junta de misión? —preguntó Seyn. Mientras escuchaba la respuesta, que podía serle útil, escuchó otras conversaciones en distintas lenguas.

«…cambiado el código de seguridad de…»

—Lo hacíamos, hasta que Saw murió. Ahora, si voy de misión, uno de mis padres viene conmigo y el otro se queda aquí.

Ella le miró de reojo.

—No lo entiendo. ¿Por qué ya no combatís juntos?

Él parecía avergonzado.

—Es una tontería —dijo.

«…un lugar excelente para lanzarlo y marcharnos…», le estaba diciendo en voz baja Ru, el padre de Sadori, a Azen.

—Si te entrenaron tan joven, está claro que sabes cuidar de ti mismo.

—No es eso. Desde Jedha, las cosas… —titubeó—. Estamos muy decididos. Todos los Soñadores, no solo mi familia. Ya lo has visto, todos llevamos bombas en el cuerpo y estamos preparados para detonarlas. Pero soy su único hijo y si algo sale mal quieren que haya alguien conmigo para protegerme y alguien aquí. Así siempre quedará uno con quien podré volver.

Algo dentro de Seyn se ablandó inesperadamente. Le parecía una yuxtaposición tan extraña, aquella charla distendida sobre bombas pegadas al cuerpo y padres que no querían dejar huérfano a su querido y único hijo, aunque con sus actos dejasen huérfanos a otros. Impulsivamente, alargó una mano y le tocó el brazo a Sadori.

—No te avergüences de eso —le dijo—. Te quieren. Saben que lo que hacemos es peligroso y quieren minimizar los riesgos que corres. Estoy segura que no es porque no te respeten como guerrero.

La cara de Sadori, normalmente tan controlada, se iluminó con alegre sorpresa, después colocó una de sus grandes y fuertes manos sobre la menuda de Seyn.

—Creo que por fin entiendo por qué se sienten así. Me alegro de que vengas a una misión conmigo, aunque también desearía que no lo hicieras —le dijo Sadori—. Te lo quería pedir, pero me parecía que no debía generarte esperanzas, por si Staven decía que no. Creía que sería una buena oportunidad para ti.

—¿Estás enterado de los detalles de la misión?

Sadori negó con la cabeza.

—Staven aún no nos los ha contado. Le gusta llevar las cosas en secreto —Seyn ya lo había notado—. Si no quieres puedes negarte.

—Esto es importante —dijo Seyn—. Quiero participar.

Gideon estaba parloteando sobre volar. Staven se reía, mientras rodeaba con un brazo a Nadrine, que se acurrucaba contra él con una sonrisa de satisfacción.

—Es importante —coincidió Sadori—. Desde Jedha, como dijo Staven, todo es más urgente. Me alegro de estar en una unidad con dos personas que conocieron personalmente a Saw. Creo que saben lo que hacen y que nuestros actos sirven de algo. Debemos golpear sin dar ni un paso atrás, sin importarnos la misión ni el objetivo. Mi

familia lucha por algo aún más importante que nuestro planeta. Luchamos por un futuro en el que *no* sea necesario luchar —dijo Sadori, con dulzura. La miraba intensamente y la mano con que sujetaba la suya era cálida.

«…si nos contase algo más…», estaba diciendo Ru.

—Por fin llegáis —la voz de Azen se dirigía a Iden y el Mentor, que debía de acabar de llegar. Sadori suspiró, le apretó la mano a Seyn y la soltó cuando ambos se volvieron hacia los recién llegados—. ¿Dónde os habíais metido? ¿Más ensayos?

—Tantos como haga falta —dijo Iden antes de que el Mentor pudiera contestar.

—Te ayudaré siempre que pueda —le prometió el Mentor a Iden.

—¿Qué me dices de ahora? —sugirió Iden.

—¡Me gusta tu forma de pensar! —exclamó el Mentor—. ¡Vamos!

Seyn les miró marcharse.

—¿También tienes que volver al trabajo? —le preguntó Sadori.

«Sí», pensó Seyn. «Tengo que volver.» Sabía que Del necesitaba información sobre Azen para hacer una buena búsqueda en el banco de datos de la nave.

Pero tenía otra tarea pendiente. Se volvió hacia Sadori y tomó su mano, grande y fuerte, en la suya, entrelazando sus dedos con los de él.

—Prefiero quedarme aquí, hablando contigo —dijo—. El Mentor parece una persona tan agradable. ¿Desde cuándo lo conoces?

Piikow había estado descansando, por lo que Del había tenido el tiempo que necesitaba para actualizar el comunicador de Iden y comentar con ella lo que había descubierto Seyn. Tras la conversación, Del aprovechó que tenía a su droide pero no a su guardaespaldas y fue a la cueva en que guardaban el viejo caza estelar de Segur-J, con el que había llegado Iden.

Su primera idea fue acceder a la computadora, pero Iden le había contestado que, por desgracia, no podía ayudarle en eso. Durante su «arresto domiciliario» en Vardos, no le habían permitido acceder al ordenador de la nave para nada que no fueran rutinas de vuelo. Solo tenía acceso su copiloto, el más reciente de los cuales había sido Azen Novaren, también conocido con otros sobrenombres.

Así que Del debía confiar en el droide.

Mantuvo un ojo puesto en la entrada de la cueva mientras este zumbaba y emitía pitidos al intentar sortear todos los protocolos de seguridad. Seyn se había ofrecido a hacerle una lista con todo lo que sabía sobre Azen, así que pronto tendría una serie de palabras clave que investigar.

Todos estaban esforzándose mucho en aquella tarea repentinamente urgente, pero Del no terminaba de ser consciente de lo solo que se quedaría si las cosas no salían según lo planeado. La composición mineral de la roca del planeta, que ayudaba a ocultar las naves y la tecnología de los Soñadores, también imposibilitaba todo contacto que no fuera de

ámbito local o se hiciera con un equipo de comunicaciones instalado al aire libre. Al Escuadrón Infernal le resultaría completamente imposible contactar con el almirante en el caso de que los descubrieran. Su esperanza era que dentro de poco al menos un miembro del equipo fuese considerado lo bastante fiable para permitirle volar solo.

Solo entonces, fuera quien fuese, podría enviar un mensaje al exterior.

Si la misión salía bien, aquel momento podía llegar más pronto que tarde, pero estaba claro que no sería ahora. Solo podía esperar que tuvieran suerte. Si no, sería cuestión de tiempo que un agente imperial entrenado, doble o no, los descubriera.

Apenas se había puesto manos a la obra cuando Piikow se comunicó con él:

—Vuelve a la cueva —dijo—. Quiero enseñarte algo.

Frustrado, Del preguntó:

—¿Seguro? Puedo seguir trabajando solo si quieres descansar un poco más.

—Seguro —contestó Piikow—. Ya tendré tiempo de sobras para dormir cuando haya muerto, ¡así que ven aquí!

Intrigado, Del obedeció. Piikow tenía una mirada traviesa y complacida en su rostro de murciélago cuando metió apresuradamente a Del en un deslizador que había adaptado, por supuesto, a su escasa estatura.

—Staven me lo dio a cambio de la promesa de que dejaría de intentar, eh, *adaptar* los otros sin permiso —dijo totalmente en serio.

—Tiene una pinta fantástica —afirmó Del educadamente. En realidad, tenía un aspecto un poco disparatado. Piikow había vaciado por completo el interior. Había rediseñado toda la consola con todos los botones y el volante adaptados al tamaño de los deditos del chadra-fan y su menor envergadura. También eran mucho más bonitos que los botones comunes y relucían como piedras preciosas. Su asiento estaba diseñado para su estatura y estaba lujosamente acolchado, también el arnés de seguridad era tan ornamental como eficaz. El efecto general era que el pequeño conductor peludo iba bien sujeto y envuelto en una manta, casi como un bebé. Habría tenido gracia de no ser por lo complacido y contento que se veía a Piikow con los resultados.

Del no sabía qué había hecho su amigo en el motor, pero cuando subió y Piikow despegó, lo hizo de forma pasmosamente suave y rápida.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras el deslizador avanzaba.

—¿Sabías —dijo Piikow respondiendo con otra pregunta— que en Jeosyn antes vivía una especie inteligente?

—No —reconoció Del.

—Como no me permiten ir a ninguna misión, el tiempo que pasó aquí lo dedico a conocer este mundo. Sus largos atardeceres y amaneceres, los días y las noches aún más largas… todo tuvo que evolucionar para adaptarse a ellos. Como la fauna, por ejemplo. Casi todo lo que no tiene raíces, emigra o hiberna. Y como los amaneceres y los atardeceres son tan largos, ¡hay gran variedad de especies que viven solo durante esos intervalos! ¡Es fascinante!

Del no era un científico, pero el entusiasmo de Piikow resultaba contagioso. Era interesante. Se puso cómodo para escucharlo.

—¡Y la flora! —cacareó Piikow—. ¡Es increíble! Extrae la energía del sol o la actividad volcánica. Hay tantas cosas por descubrir, tantas vías para desarrollar el pensamiento creativo. Por ejemplo, ya sabes que uno de los motivos de que estemos tan a salvo aquí es la combinación única de minerales de la superficie del planeta, que impide que nadie pueda localizarnos con escáneres. ¿No te parece útil? Imagina lo que podríamos hacer con eso si dispusiéramos de los recursos para entender bien esa combinación de minerales.

Del se daba cuenta que Piikow había echado a perder su tiempo trabajando en una fábrica. Si alguien en el Imperio le hubiese ofrecido una plaza de investigador… aunque aquella línea de pensamiento era oscura y vana. Lo hecho, hecho estaba.

Recondujo a Piikow hacia el asunto original:

—Háblame de esos seres inteligentes —dijo.

—Oh, vale… bueno, no puedo.

Del pestañeó.

—¿Qué?

—Bueno, no puedo porque no tenemos ni idea de qué les sucedió. He leído algo sobre expediciones arqueológicas que quedaron extremadamente frustradas. La más reciente se realizó hace más de un siglo. Todas terminaron marchándose porque aquí no había nada que explorar. Aquella especie no dejó rastro: ninguna edificación, escasas herramientas, ni escritura ni arte reconocibles como tales, y nada de tecnología. Excepto una cosa.

—¿Qué?

Piikow, que hasta entonces había mantenido la vista diligentemente al frente y las manos sobre el diminuto volante, miró ahora de reojo a Del.

—*Allí* es donde vamos.

Del frunció el ceño.

—Dame una pista.

El chadra-fan, claramente divertido por la reacción de Del, sacudió su cabeza de largas orejas.

—No. ¡Ya lo verás!

Resignado, Del se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Y lo siguiente que supo es que Piikow le estaba dando golpecitos con sus dedos rechonchos y garrudos mientras le decía:

—¡Ya hemos llegado! ¡Despierta!

Al parecer habían llegado a otra cueva. Piikow desmontó del deslizador, sacó su bastón y una linterna y fue hacia la amplia entrada. Del bajó sus largas piernas y lo alcanzó rápidamente.

—Descubrí lo que estoy a punto de mostrarte por accidente hace unos años —dijo Piikow tímidamente—. Cuando llegué me había construido un deslizador pequeño y me dedicaba a explorar por mi cuenta. No era lo más sensato teniendo en cuenta ¡que me

estrellé y atravesé una capa de roca extraordinariamente fina hasta el segundo nivel de cuevas subterráneas! Por suerte, pude salir de allí… y además descubrí algo maravilloso. ¡Vamos!

Se adentró en la cueva, Del le siguió y se detuvo al cabo de poco.

—¿Son imaginaciones mías o aquí hay más luz?

—¡La hay! Es decir, no, no son imaginaciones tuyas. La luz proviene del agujero que hice al estrellarme.

Siguieron avanzando y la luz fue aumentando… una fría iluminación añil. Del pudo ver el agujero en el suelo de piedra y una escalera de mano asomando de él. Junto al agujero había una lámpara, varias herramientas y un trozo de cuerda.

Piikow fue hasta la escalera de mano y arrojó su linterna por el agujero. Empezó a bajar con cuidado, deteniéndose solo para hacerle gestos de que le siguiera.

—¡Vamos, vamos!

Del no necesitaba que le metiesen prisas. Tras detenerse a comprobar si la escalera de mano aguantaría su peso, le siguió encantado. Como si la oscuridad se hubiera hecho visible, el brillo añil le envolvió a medida que descendía. Cuando sus pies por fin tocaron tierra firme, se dio la vuelta.

Y dio un paso atrás, boquiabierto.

Eran enormes, de piedra y estaban quietas. Se extendían hasta donde alcanzaba su vista. Tenían cabezas, brazos y piernas, y una hermosa y estremecedora luz morada brillaba en lo que debían ser las cuencas de sus ojos.

—Estatuas —susurró—. Son preciosas.

—Y un poco inquietantes —dijo Piikow—. Debo confesar que me llevé un susto de muerte cuando las vi por primera vez.

Del no iba a reconocer haber sentido lo mismo. Si las obras que tenía delante se habían tallado a imagen y semejaza de sus misteriosos y largamente extintos creadores, aquellos seres eran casi-humanos, aunque sus caras, excepto por aquellas radiantes y espeluznantes cavidades oculares, eran completamente anodinas. Las cabezas no tenían pelo, ni forma realista… eran esferas perfectas sobre cuerpos asombrosamente detallados. Las figuras tenían pezuñas por pies y manos con dos pulgares opuestos. Iban escasamente vestidos, con pliegues artísticamente tallados y calzones que cubrían unas figuras aparentemente andróginas. ¿Aquel era el aspecto que tenían? Del lo dudaba. ¿O eran seres completamente imaginarios esculpidos por antiguos artesanos?

—¿Por qué hay tantas? —preguntó Del—. ¿Y por qué están todas enterradas aquí abajo?

—Ah, si lo supiéramos —el chadra-fan suspiró—. Puede que algún día lo sepamos. Una cosa sí tengo clara.

Piikow le agarró por la mano y lo llevó hasta el interior de la cueva. Una de las estatuas estaba tirada en el suelo y Piikow la había cubierto con una manta. Era una imagen curiosa, como si al chadra-fan le hubiera preocupado que la estatua pudiese acatarrarse.

—Esta cayó por algún motivo. ¡Mira! —el chadra-fan retiró la manta con una fioritura.

La esfera tallada que servía como cabeza de la estatua estaba resquebrajada y dejaba ver unos cristales morados en el interior. Estaba claro que los antiguos habitantes de Jeosyn usaban los cristales para imitar ojos brillantes. Pero no había solo dos dentro del cráneo hueco. Había tres… dos pequeños y otro mucho más grande.

Del miró el cuerpo y la cabeza. Piikow había llevado herramientas hasta allí, había abierto más la estatua y ahora Del pudo ver que no estaba tallada, como pensaba, a partir de un bloque compacto de piedra.

Era tan hueca como su cabeza. Y en el interior del torso de cerámica, colocados en todos los lugares en que podrías esperar encontrar los órganos de un ser vivo, había cristales de distintas formas y tamaños, también cuidadosamente tallados. Tímidamente, alargó la mano y tocó uno de los cristales.

Estaba pulido hasta una suavidad perfecta y era cálido.

Asombrado, miró a un animadísimo Piikow.

—Lo ves, ¿no? Estas figuras… no eran obras de arte ni de arquitectura —dijo el chadra-fan en un susurro fascinado—. Eran *máquinas*.

Del se sentó de cuclillas, abrumado por el asombro.

—Pero ¿para qué crearlas y dejarlas aquí abajo? ¿De qué servían?

—A lo mejor —dijo Piikow—, si lográsemos hacer funcionar alguna… quizá podría contárnoslo.

Del volvió a mirar aquel… ¿droide? Supuso que técnicamente lo era: un droide hecho de piedra y cristal en vez de metal, plastoide y cables.

—¿Y tienes… tienes tiempo para dedicarte a esto?

—Muy raramente —contestó el pequeño manitas, suspirando—. Sabes muy bien que somos pocos los que sabemos reparar las cosas cuando se averian. Sobre todo porque la mayor parte de lo que tenemos ya está averiado de una manera u otra. Me tienen trabajando sin descanso. Siempre hay algo que me mantiene ocupado.

Desvió la mirada del droide para clavar los ojos en Del.

—Pero, si encontrase a otro técnico talentoso capaz de acelerar esas reparaciones de rutina trabajando conjuntamente conmigo… quizá entre los dos pudiéramos ganar algo de tiempo libre para poder trabajar en estos amigos de piedra de aquí abajo.

Del estaba destrozado. Había ido allí con una misión: recuperar la información perdida que había permitido la resurrección de los Soñadores. Y ahora tenía otra: investigar a Azen. Debía intimar con tantos miembros de la célula como le fuera posible, para oír o ver cualquier cosa que pudiera serles útil.

Pero jamás se habría imaginado que terminaría topándose con algo así. Muchos habitantes de la galaxia habían empleado durante milenios la energía de los cristales como combustible. Y la Estrella de la Muerte, por supuesto, había sido tan extraordinariamente letal porque extraía su energía de los cristales kyber. Pero aquellos cristales parecían estar… solo allí. Sabía que no podría mantenerse al margen de aquello.

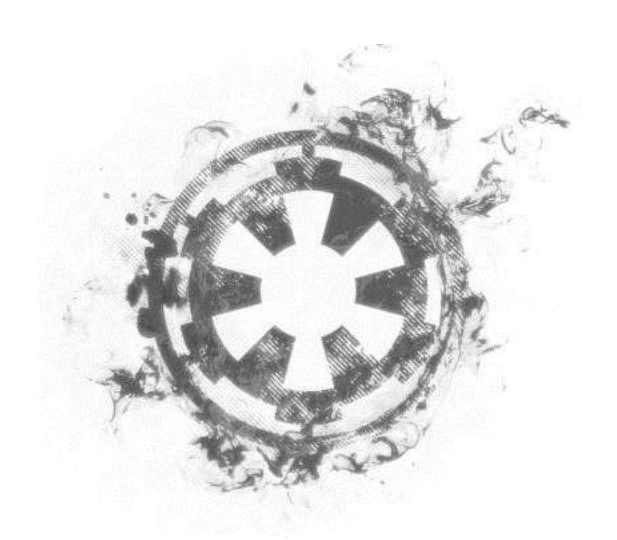
Quizá había alguna manera de hacer ambas cosas. Piikow era un tipo locuaz. Si era capaz de dirigir la atención del chadra-fan adecuadamente, sin quererlo Piikow podía revelarle información que no debía. Y Del tendría tiempo de sobras para trabajar con su escuadrón y bajar allí de vez en cuando.

El Escuadrón Infernal siempre era lo principal, pero aquello podía venir después en el orden de prioridades.

Tomó una decisión.

—Quizá sí —dijo. Y sonrió a Piikow.

CAPÍTULO 19



Dahna, Kaev y Halia regresaron al cabo de unas horas con un transporte de contenedores llenos hasta los bordes de fruta que olía como el mejor día del verano. Aquel mero aroma hizo que Iden, que había llegado poco antes con el Mentor, sonriera y que la boca se le hiciera agua. Todos se arremolinaron alrededor y se sirvieron libremente, pelando las frutas con destreza y devorando sus gajos picantes y dulces.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó Iden, limpiándose los labios cuando el jugo le cayó por ellos.

—Ni idea —dijo Sadori. Sacó una de las frutas amarillas más grandes y se la dio a Seyn, con una reverencia torpe pero encantadora. Ella sonrió, la cogió y se rio mientras la pelaba.

—La llamamos fruta de Dahna porque a ella le gusta mucho y la hace feliz —dijo su madre. Iden se sorprendió de que la hembra kage la hubiera oído siquiera, mucho más que le contestase cordialmente. Al parecer, la fruta de Dahna no solo tenía un gusto maravilloso, sino que también sacaba lo mejor de la gente.

Entonces, sin previo aviso, Dahna agarró de la mano a Piikow y tiró juguetonamente de él.

—Vamos —le dijo y lo condujo hacia la parte delantera de la cueva.

Iden estaba muy confundida.

—¿Qué hacen? —le preguntó al Mentor cuando llegó junto a ella. Como todos, el Mentor también sonreía.

—Bueno, están bailando —dijo.

Y no había duda de que la twi’lek estaba moviendo los pies sobre el suelo, meneando su grácil cuerpo al ritmo de una melodía muda. Su lekku también danzaba, ondulándose y girando sobre sí misma. Seyn miraba con mucho interés, «analizando las palabras de Dahna», pensó Iden. Entonces Seyn se sorprendió cuando le agarraron la mano y Sadori la llevó hasta lo que ahora debían considerar la pista de baile.

Piikow lo estaba pasando en grande, cacareando de risa y moviéndose tanto como le permitía su frágil cuerpo. Iden se sintió desconcertada. La pareja kage se sonreía, algo

que no había visto hasta entonces y también salieron a bailar, cogidos de las manos y balanceándose al unísono.

—Eso ya lo veo —dijo, irritada—. Pero ¿por qué?

—¿Por qué baila la gente? —preguntó el Mentor e Iden se dio cuenta que le estaba tomando el pelo.

Seguía enfadada.

—Es una twi'lek —respondió—. Sé lo suficiente sobre la esclavitud para saber que las esclavas twi'lek son muy famosas entre… entre los que tienen esclavos. Sus dueños las hacen bailar por entretenimiento. ¿Por qué iba a *querer* bailar Dahna?

—¡Pregúntaselo a ella! —dijo el Mentor. Y gritó—. ¡Dahna! Nuestra incorporación más reciente quiere saber por qué sigues teniendo ganas de bailar, si te obligaban a hacerlo cuando eras esclava.

Iden esperaba que todo aquello se detuviese de una manera rara, si no claramente hostil. Pero la mujer de piel azul verdoso tiró la cabeza hacia atrás y se rio.

—Porque *puedo*, hija —dijo—. No porque deba, sino porque quiero. Porque puedo bailar o cantar o no hacerlo si no me apetece. Bailo porque soy feliz, aquí, con mi familia. Bailo porque soy *libre*.

Se propagó un rugido de aprobación.

—Esto es lo que estás ayudando a generar, Iden —prosiguió el Mentor.

—¿Ganas de fiesta? —dijo Iden, solo con un punto de sarcasmo. La alegría sencilla de Dahna en sus movimientos resultaba contagiosa. Piikow, aunque seguía divirtiéndose, se había empezado a cansar y Del había acudido presuroso y se había llevado con cuidado al viejo chadra-fan hasta una de las rocas aplanadas para que se recuperase del esfuerzo.

—No —contestó el Mentor decidiendo tomarse su pregunta en serio—, estás ayudando a traer libertad a la galaxia. De manera que, algún día, la gente podrá expresarse libremente en todas partes y podrá divertirse sin temor. Eso es lo que buscan los rebeldes en el fondo. Es lo que todos queremos.

Del la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa afectuosa. Sorprendida, Iden le devolvió otra, más torpe.

—Te hace sentir incómoda —comentó el Mentor.

«Sí, así es. Porque lo que veo aquí ahora es completamente opuesto a lo que ha pasado también aquí esta mañana. Y me resulta muy duro darme cuenta de que estos corazones tan plenos ahora mismo puedan llegar a ser tan crueles.»

—Es evidente que es muy distinto al Imperio —dijo—. Me… me cuesta un poco habituarme.

La mañana siguiente, si puede usarse esa expresión en un lugar que vivía en un crepúsculo permanente, el Escuadrón Infernal estaba desperdigado, como de costumbre,

cuando acudieron en su busca. Staven les estaba esperando en la cueva común. Gideon ya estaba allí, sentado junto a él y limpiando un bláster. Saludó con la cabeza a su «hermano» e ignoró a los demás.

—Espero que estéis preparados para el trabajo de verdad —dijo Staven—. Porque tengo para todos.

«Por fin», pensó Iden. Del, Seyn y ella misma expresaron rápidamente su buena predisposición. Gideon actuaba como si aquello no fuera nada nuevo y, probablemente, no lo era. Este y Staven parecían más unidos desde el primer vuelo de prueba de Gideon.

El líder Soñador les indicó que se sentasen para explicar el plan.

—El Imperio ha empezado a extraer minerales en Affadar. Y todos sabemos qué significa eso.

Iden sabía algo sobre Affadar. Era un mundo subdesarrollado, con una población relativamente reducida de humanos y una especie anfibia indígena conocida como t'laeem. Los t'laeem eran inteligentes pero primitivos. Las extracciones mineras no podían aportarles ningún beneficio, pero la población humana seguramente disfrutaría de una nueva prosperidad. Y, por supuesto, el Imperio accedería a los recursos necesarios para continuar la guerra. El Imperio solía encontrarse con aquel tipo de disyuntivas complejas.

—Para variar, lo peor en esta situación no es el Imperio —dijo Staven—, sino el gobierno local de la provincia donde se instalarán las minas, que ha decidido colaborar con ellos. En concreto, el éforo Emoch Akagarti. Se ha beneficiado personalmente de esa alianza, a expensas no solo de un mundo precioso y la probable extinción de una especie inteligente, sino también de la salud de su propia gente, o eso decían los rumores.

Staven esbozó aquella sonrisa cruel y provocadora suya.

—Lo visitaremos dentro de tres días. Usaremos la nave de Segur-J que Azen tan amablemente nos trajo cuando secuestró a Iden. Del, necesitamos que Piikow y tú la pongáis a punto, que parezca más imperial. También os daremos acceso a nuestros bancos de datos para que urdáis la forma de sabotear la seguridad de la residencia del éforo —Iden se obligó a no sonreír. Un éforo no era un moff, pero si Del era capaz de infiltrarse en el sistema informático de la residencia de un moff, seguro que podría con aquello.

—No queremos matar a ese tipo si no es necesario. Queremos arruinarlo, destruirlo, mostrarle a su gente qué tipo de alimaña es. Y creo que la manera de hacerlo será esta.

Cuanto más escuchaba Iden, más le gustaba el plan. Podía resolver varios de los problemas del Escuadrón Infernal de golpe.

El inconveniente era que debían acelerar su agenda para eliminar a Azen. Y mucho.

Del estaba encantado con poder trabajar en la nave de Segur-J, tanto para la misión de los Soñadores como la del Escuadrón Infernal y la preparación de Seyn no podía haber sido más perfecta.

—¿Tienes la lista?

—Sí —dijo Seyn y le entregó el datapad—. Está todo ahí. Todo lo que he recordado: nombres en clave, identidades alternativas, el texto íntegro de sus amonestaciones, todo. Debería servirte de algo.

—Estoy seguro de que servirá de *mucho*, gracias. Va a ser complicado, pero creo que funcionará. Usaré todo esto como palabras clave de las búsquedas y también intentaré encontrar sus propios registros.

—¿Dónde está Piikow? —preguntó ella mirando alrededor.

—No se encuentra muy bien. Me preocupa.

Ella se volvió hacia Del, sorprendida.

—¿Te preocupa? Es un Soñador, Del. Es el enemigo.

—Sí —dijo Del—. Y un tipo inteligente, divertido e imaginativo que no merecía lo que les pasó a su familia y a él. Mi cabeza puede abarcar ambas cosas.

—Asegúrate de que sea solo en tu cabeza, no en el corazón —le previno ella—. Buena suerte.

Seyn estaba volviendo hacia la cueva común para comer algo, cuando oyó a Sadori llamándola en voz baja.

—¡Sadori! ¡Hola! —dijo, tartamudeando un poco. La había pillado desprevenida y se regañó a sí misma. De todas formas, Sadori era sigiloso y ágil, se movía con la gracia de un felino. La combinación de su piel naturalmente gris y su ropa oscura le hacían prácticamente invisible en aquella penumbra, aunque sus ojos rosas brillaban intensamente. Era tranquilo, ecuánime y preciso en todo… excepto cuando ella andaba cerca.

La alcanzó. En Inteligencia Naval su estatura había sido completamente irrelevante. Sus compañeros eran colegas con los que hablaba solo de pasada y estaba la mayor parte del tiempo en su cuarto oscuro, mirando pantallas de vídeo. Su trabajo no solo era inocuo emocionalmente, tampoco implicaba ningún tipo de actividad física. Pero allí, en particular al lado de Sadori, era sumamente consciente de su físico: apenas le llegaba hasta la mitad del pecho y tenía que dar casi dos pasos por cada uno que daba él.

Sadori carraspeó.

—Solo me preguntaba si… si te gustaría dar un paseo conmigo. La noche está bastante tranquila y me gustaría enseñarte un sitio al que suelo ir.

Seyn estaba hambrienta, pero todo era tan titubeante con Sadori que temía romperle el corazón si rechazaba su invitación. Y su equipo no podía permitirse cerrar ninguna puerta a aquellas alturas.

Él percibió sus dudas.

—No tardaremos mucho, a no ser que quieras quedarte un rato. Creo que te gustará, pero podemos volver inmediatamente, si quieres.

Aunque fuera un guerrero desde la cuna, Sadori transmitía ternura. No tenía nada que temer. Además, sabía cómo reducir a un atacante el doble de grande que ella. Seyn sonrió.

—Tengo un poco de hambre, pero ¿por qué no nos llevamos algo de comer?

Sadori puso cara de alegría.

—¿Un picnic? Sí, buena idea —sonrió y añadió—. Ah, por cierto, ¿sabes nadar?

Seyn lo miró de reojo. ¿Alguien podía haber enseñado a nadar a una esclava? Probablemente sí.

—Sí —dijo—. ¿Vamos a nadar?

—Estaremos junto al agua. Aunque solo si quieres.

Ella lucía uno de los conjuntos de Dahna, una túnica sin mangas que caía hasta medio muslo en la twi'lek y hasta media pantorrilla en ella y unas mallas a las que tuvo que hacer un doble dobladillo. Podía mojarse si la ocasión lo justificaba.

—Ya veré si me apetece cuando lleguemos.

—¡Pues preparamos el picnic y nos vamos! —Sadori le tendió la mano.

Seyn se la quedó mirando un momento. Del tenía que lidiar con un chadra-fan hablador; Iden se veía obligada a soportar los discursos del líder de los Soñadores; Gideon, ese cabrón con suerte, tenía que volar. «Y yo debo fingir tener algún interés romántico por un adolescente.»

Sonrió a Sadori al tomar la mano que le tendía. Entraron en la cueva, metieron algo de fruta, vegetales frescos y dos huevos de prewa en un trozo de tela y regresaron al crepúsculo permanente. Ella arqueó una ceja al ver una moto deslizadora esperándolos.

—¿Has montado alguna vez en una de estas? —preguntó Sadori.

¿Cuál sería la respuesta adecuada para una esclava?

—No —mintió.

—Se me dan muy bien. Estarás a salvo, prometido. Monta y agárrate fuerte.

Deseando no arrepentirse de aquello, Seyn subió a la moto tras el corpulento y joven kage, le rodeó la cintura con las manos y esperó.

Atento a la supuesta falta de experiencia de Seyn, Sadori arrancó lentamente, sorteando un laberinto de árboles durante unos quince minutos hasta que llegaron a una zona cubierta de hierba. Cuando llegase la fase nocturna de Jeosyn, aquella hierba moriría para regresar con el «amanecer». Pero, en aquel momento, era densa y exuberante, ofreciendo un agradable contraste con la zona rocosa en que tenían el campamento.

Sadori detuvo la moto y le ofreció las manos para ayudarla a bajar. Ella le dejó hacer, mirando alrededor con curiosidad las habituales rocas cubiertas de liquen y la luz de las estrellas. La hierba era una novedad agradable, aunque tampoco era nada especial. Levantó la vista hacia Sadori inquisitivamente.

—No es aquí —dijo él, señalando una especie de borrón oscuro en una colina empinada—. Allí hay una gruta. Es allí.

Seyn dio un paso en aquella dirección, pero Sadori vaciló.

—Seyn —dijo—, ¿confías en mí?

Ella se puso tensa, pero estaba más intrigada que asustada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te quiero sorprender —dijo en un tono afectuoso y entusiasta.

Ella miró hacia la gruta y le respondió:

—Sí. ¿Qué quieres que haga?

—Toma mi mano y cierra los ojos —dijo—. Me aseguraré de que no tropieces. Te lo prometo.

Seyn cerró los ojos. Seguía tensa y sabía que Sadori lo notaba, por eso cuando la tocó su contacto fue suave y respetuoso. Le decía cuando debía detenerse y le advertía cuando había una piedra o terreno irregular en el camino. Cumplió su promesa y ella no dio ni un solo tropezón.

Seyn pudo notarlo en cuanto entró en la cueva. El ambiente era húmedo y fresco. Oyó una especie de chapoteo… el agua prometida para el posible baño. Olía a tierra húmeda y vegetación floreciente, un aroma reconfortante. Sadori le puso las manos sobre los hombros, girándola para que mirase hacia una dirección determinada, y después lo oyó moviéndose alrededor.

Se oyeron unos cuantos chapoteos y Sadori dijo:

—Vale… abre los ojos.

Los abrió… y quedó boquiabierta.

Unos magníficos cristales de color añil se alzaban del suelo de la cueva, proporcionando la luz suficiente para ver, pero poco más. Sadori se había quitado la túnica y estaba metido en el agua hasta la cintura. Estaba muy quieto, casi sin respirar. En las manos sujetaba un gran tazón tallado en otro tipo de cristal, también morado, pero más claro, más magenta.

—Sadori, esto es precioso —dijo Seyn, sinceramente. Notó que estaba sonriendo.

—Lo es —coincidió él—, pero no te he traído por eso.

Levantó una mano del tazón de cristal con una floritura y la sumergió en el agua.

Y allí apareció una luz azul que dejaba una estela tras sus dedos, como una llama líquida y azul.

No era algo único en la galaxia. El fenómeno científico de la bioluminiscencia, la emisión de luz por parte de un organismo vivo, existía en muchos mundos. Pero allí, en aquella fría y húmeda penumbra, parecía etéreo y místico.

Sadori se animó al ver la reacción jovial de Seyn.

—Puedes quedarte ahí, si quieres —le dijo.

—Oh, no —dijo Seyn—. Ahora mismo voy —se quitó las botas, pero antes de meterse en el estanque, se detuvo y le miró—. Pero tengo curiosidad… ¿por qué me has traído aquí?

Sadori se quedó pensativo.

—Dentro de muy poco saldremos para nuestra primera misión juntos. Cualquier cosa puede pasar. Quería compartir este sitio contigo antes que… bueno, por si algo sale mal.

Seyn se dio cuenta que ni siquiera las fuerzas especiales como el Escuadrón Infernal vivían tan al límite como los Soñadores.

Ellos también ponían sus vidas en peligro en cada misión, por supuesto, pero no llevaban bombas pegadas al cuerpo. No era de extrañar que los Soñadores bailasen, riesen, bebiesen y *viviesen* tanto como podían.

Se sumergió en el estanque. Con cada chapoteo de sus pies, se producía una reacción ondulante en respuesta a los movimientos de los minúsculos organismos vivos del agua. El fondo del estanque se iba aplanando rápidamente y llegó hasta Sadori, que sujetaba el tazón.

Este metió el tazón de cristal en el agua. Un repentino fulgor azul lo rodeó y lo siguió mientras flotaba a la deriva, oscilando suavemente. Sadori recogió un palo tan largo como su mano que había dentro del tazón.

—Este tazón proviene de mi planeta natal, Quarzite. Fue una de las pocas cosas que nos llevamos al marcharnos. Se dice que mientras haya un kage vivo, existirán tazones como este. Y que mientras los tazones sigan cantando, los kage seguirán existiendo.

Con mucha suavidad, golpeó el borde del tazón con el palo.

Sonó un tono evocador, parecido al de una campana. Otro fulgor azul afloró en el estanque disipándose al mismo tiempo que el sonido.

—La vibración —dijo Seyn, asombrada—. Sientes las vibraciones.

Los ojos rosados de Sadori brillaban como las diminutas criaturas acuáticas.

—Es mágico, ¿verdad?

No era magia. Aunque al mismo tiempo sí lo era.

—Sí —dijo Seyn. Y se quedó allí, en el agua fresca, tiritando, pero sin querer salir ni pensar en el pasado ni el futuro, completamente en el presente, en aquel lugar, con aquel muchacho hermoso, escuchando los evocadores tonos de aquel tazón de cristal cantarín, mientras Sadori interpretaba la música de las piedras antiguas y las relucientes criaturas azules bailaban a su son.

El Mentor la animaba durante sus insistentes sesiones de práctica en el anfiteatro. Iden estaba mejorando, lo notaba, pero el Mentor intentaba que fuera siempre mejor. «No grites», le decía. «No es necesario.» O:

—No mires a todas partes. Tienes que mirar fijamente a la holograbadora. No me digas que no lo has hecho antes.

Sintió una punzada de dolor al evocar el mensaje de su madre. Aquello le recordó que debía acabar con aquella misión y regresar a casa para decirle a su madre, cada vez más débil, que su hija nunca había flaqueado en su lealtad al Imperio. Tendría que hacer

algunos «discursos» en nombre de los Soñadores, pero deseaba fervientemente que nadie la informase de eso. Ya le había resultado bastante duro ver las imágenes de su hija en el consejo de guerra. Si veía aquello…

—Por supuesto que lo he hecho —dijo. No podía permitirse ninguna distracción de lo que tenía entre manos—. Pero esto es distinto.

—Estás mejorando. Sé que te estoy presionando mucho.

—No te disculpes —dijo Iden—. No quiero mejorar, quiero sobresalir. Staven me trajo para esto y le quiero demostrar mi valía.

—Tú y yo tenemos mucho en común y sencillamente supuse que te lo tomarías con la misma naturalidad que yo. Sé que no estás habituada a esto, pero no podemos ni imaginar lo útil que puede ser para nuestra causa. Además, así salvarás vidas. Siempre es mejor razonar con la gente que matarla.

—Hay gente con la que no se puede razonar —dijo Iden. Fue a sentarse junto a él, en el suelo. El Mentor parecía pensativo, quizá podía aprovecharlo. Recogió un palo cercano y empezó a garabatear líneas en la tierra compacta.

—Y eso me apena —confesó—, aunque no puedo negarlo.

—Eres un partisano extraño —dijo ella.

—Lo sé. Staven y yo… estamos en desacuerdo en muchas cosas, aunque coincidimos en lo principal, que el Imperio debe ser derrotado.

Rasca. Sigue rascando. Sin apartar la vista de las líneas que iban naciendo de la punta del palo, Iden preguntó:

—¿Qué quieres decir con que tenemos mucho en común?

El Mentor se quedó callado un instante y le contestó:

—Provengo de una familia célebre —dijo—. En las Guerras Clon, me sentí… confundido. Buscaba respuestas, con el fervor y la insensatez de un adolescente —sonrió ligeramente. Iden lo miró. Aún podía ver a aquel niño dentro suyo, aunque los años no hubieran sido amables con su ánimo, sí lo habían sido en el físico—. Terminé con los rebeldes equivocados y después con los que me parecían más acertados.

—Saw y Steela —dijo Iden.

—Saw y Steela —le confirmó él—. Pero perdimos a Steela y Saw inició su propio camino con los partisanos. Mi ahijada se le unió. Yo no. Entonces no. Es como si a lo largo de mi vida hubiese estado en todos los bandos posibles. La Confederación, la República, el Imperio, la Alianza y después de vuelta a los partisanos. Volví a trabajar con Saw durante un tiempo… no físicamente, pero manteníamos el contacto. Después vino Jedha y Saw ya no está. Me sentí furioso y afligido y deseé ver el final de esta guerra. Y sigo queriéndolo.

—No apruebas el nivel de violencia de los partisanos —dijo ella, afirmando, no como una pregunta.

—No —respondió—. Nunca lo he hecho, pero apruebo la pasión de Saw y Steela y no quiero arrebatarle el puesto a Staven. Solo me gustaría que me hiciese caso.

En la mente de Iden se estaba formando una idea excitante. Aquella podía ser la manera de llevar a cabo su misión. Ya había observado que algunos de los partisanos hacían lo que hacían porque sentían que no tenían elección. Otros parecían nutrirse de la violencia, de las masacres y lo entendía. Nunca se había sentido más viva que cuando disparaba a un rebelde y lo volaba en pedazos.

Todos los miembros del Escuadrón Infernal eran soldados, habían participado en combates y habían matado.

«Algunos de formas más brutales que otros…»

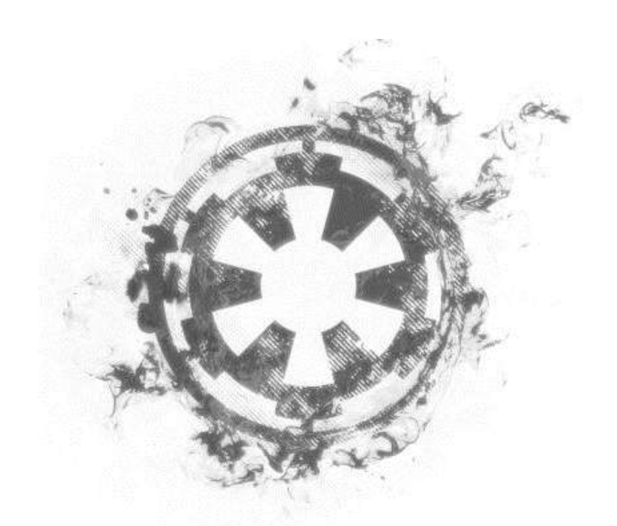
Y allí estaba la respuesta. Cada miembro del equipo ya se estaba concentrando en uno o más partisanos. Staven no lideraba una banda unida. No costaba ver quién era tan inamoviblemente leal y sediento de sangre como él: Azen, los kage adultos, Nadrine. Y después estaban Piikow y Dahna, que cumplían su cometido por su sentido del deber, no por gusto.

Se detuvo y miró lo que había garabateado mecánicamente en el suelo: muñecos de palos empuñando blásteres. Algunos fruncían el ceño, pero otros sonreían.

«Divide y vencerás.»

Una estrategia de guerra antiquísima, posiblemente tanto como la propia guerra.

CAPÍTULO 20



Iden se había preguntado muchas veces por qué se pasaba todo el tiempo remendando y limpiando armaduras. Por lo general, los Soñadores no las usaban, prefiriendo sus anodinos trajes grises de piloto. En ocasiones pensaba que solo despojaban a los cadáveres de su armadura para llevárselas como trofeo, aunque ahora les resultarían enormemente útiles.

Como estaba familiarizada con la armadura de soldado de asalto, al menos por lo que Staven sabía, el líder de los Soñadores quería enfundarla en ella para la misión. Ayudaría a que no la reconocieran, algo improbable pero posible, hasta que ella quisiera. Y la visualización del interior del casco le resultaría valiosísima. Los rebeldes podían llamarlos «cabezacubo», pero la armadura de soldado de asalto era extremadamente práctica.

Sus códigos para la identificación del transporte fueron aceptados tal como imaginaba. Estaba contenta de que Staven por fin se hubiera decidido a probarlos; si seguían siendo «buenos» mucho más tiempo habría resultado sospechoso.

Todo iba bien cuando se marcharon. Su primera parada sería la residencia de Akagarti. La lanzadera de Segur-J aterrizó de noche, volando sin luces y posándose a una distancia prudencial de la casa. Era lo bastante grande para transportar un deslizador para cuatro e Iden, Staven, Kaev y Nadrine fueron hasta la verja del perímetro. Un par de granadas EMP la despacharon. Esperaron a ver si todo aquel chisporroteo provocaba alguna reacción, pero no hubo ninguna.

—A la casa —ordenó Staven.

—No puedo creer que vayamos a entrar por la puerta principal —masculló Kaev.

—Los mundos remotos dependen de tipos muy concretos de tecnología —dijo Iden—. Una vez sabes qué usan, sabes cómo contrarrestarlo.

Nadie les abordó mientras se acercaban a la casa. Iden había añadido un arma más grande a la refriega: una DEMP, la carabina de pulsos electromagnéticos de iones más destructiva. Iden la usaba en su ajuste más potente, lanzaba descargas de radiación electromagnética que rebotaban por toda la residencia, destruyendo los dispositivos de grabación, campos de fuerza y demás medidas de seguridad.

Los otros tres apuntaron a la puerta y dispararon, haciéndole un agujero humeante. Acunando la DEMP en un brazo, Iden buscó un bláster. Staven se lo dio. Avanzó con cautela, bláster en mano, y todos acribillaron el agujero. Cuando por fin lo cruzó, vio los cadáveres de cuatro soldados de asalto tirados en el vestíbulo.

Quizá no estaban muertos. La armadura de soldado de asalto estaba diseñada para reducir el impacto de las descargas de bláster. No podía correr el riesgo de que alguno se recuperase e intentase detener el plan de los Soñadores y solo tenía una manera de asegurarse.

«Lo siento mucho», pensó al colocar el cañón del bláster sobre la vulnerable juntura que había entre el torso y el hombro de cada soldado de asalto. «Vais a morir por el Imperio.»

Se enderezó y comprobó su visor que no mostraba ningún peligro inminente.

—Despejado —gritó. Los otros tres treparon con cuidado por la entrada aún humeante.

Staven dijo, al entrar corriendo en la casa:

—Los niños primero, luego sus padres.

La residencia, no tan grande ni lujosa como la del moff Pereez, estaba oscura y silenciosa. No había seguridad en aquella zona e Iden sospechaba que, de haber soldados o guardias en la casa, el ataque con EMP podría haberlos alertado a todos y quizá habían quedado encerrados, ya que ninguna de las puertas automáticas de la casa funcionaba.

—Atrás —gritó Iden. Disparó a una puerta y la abrió de una patada.

La hija de Akagarti, de siete años, estaba a cierta distancia de la puerta, tal como había ordenado Iden, con los puños cerrados y lágrimas que delataban su bravata cuando la miró.

—¿Soldado? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Iden sintió una punzada de dolor. Aquella niña era una ciudadana imperial, no temía a los soldados de asalto y los veía como fuente de protección.

—Ven conmigo —fue todo lo que Iden le dijo. Bajó la mano y agarró a la niña por un brazo, preparada para tomar medidas drásticas si entraba en pánico o salía corriendo. Esta no hizo ninguna de las dos cosas, la acompañó obedientemente mientras salían desde su cuarto al pasillo.

Un repentino aullido agudo de terror le dijo a Iden que Staven había encontrado al niño de tres años. La niña se puso tensa, pero no intentó soltarse. Hasta que vio el dormitorio de sus padres, con Nadrine haciendo guardia en la puerta y sujetando el gran bláster en brazos, como si lo hubiera hecho toda la vida. La niña no logró encajar todas las piezas e intentó escapar. Pero Iden hundió sus dedos enguantados en la carne blanda del brazo de la niña y la arrastró hasta el dormitorio, a pesar de su resistencia.

El éforo Emoch Akagarti y su esposa, que parecía acabar de superar los cuarenta, llevaban pijamas de una tela de aspecto confortable. Estaban sentados en la cama, rígidos como una piedra, moviendo solo los ojos de un lado para otro, en un terror indefenso.

Pero cuando vieron a sus hijos, la rigidez se rompió. La madre lanzó un sollozo y se echó hacia adelante mientras Emoch empezaba a llorar.

—¡No! ¡Por favor! ¡No sé quién son, pero no hagan daño a mi familia!

Nadrine dio la vuelta al bláster y lo apuntó directamente a la mujer, que quedó petrificada y temblando, mientras Kaev agarraba a Emoch y lo sacaba de la cama.

—La habitación está limpia, por cierto —le dijo Nadrine a Staven—. No hay micros.

—Bien —se inclinó hacia el niño y le dijo con calma—. Ve con tu madre —el niño se apresuró a obedecer, corriendo hacia la cama, donde su madre lo alzó y lo abrazó con fuerza. Staven le dijo a Iden—. Suelta también a la chica.

La niña se soltó, giró su carita hacia el casco de Iden, con una mirada de amarga decepción y corrió a la cama donde su madre también la abrazó.

Staven se volvió hacia Emoch.

—Lo que le pase a tu familia en la próxima media hora depende exclusivamente de ti. Somos los partisanos de Saw Gerrera.

Emoch quedó boquiabierto. No era una expresión muy agradable.

—Yo… eso no es posible, Saw Ge…

Staven le dio una sonora bofetada. Su mujer lanzó un gritito ahogado y el niño gimoteó.

—No eres digno de mencionar su nombre —le dijo Staven torciendo el labio por el asco—. Ha muerto, pero su sueño sigue vivo. Espero que tu familia pueda decir lo mismo de ti. Vamos.

Staven puso de pie al acobardado Emoch, le colocó unas esposas aturdidoras y tiró de él.

—¿Dónde me lleva?

—Vamos a visitar la planta potabilizadora de agua.

El hombre palideció y la marca que le había dejado Staven resaltó aún más. Iden esperaba mentiras, protestas, excusas, pero lo único que Emoch dijo file:

—Haré lo que quieran, pero no les hagan daño, por favor, se lo suplico.

—Buen perro —le dijo aprobatoriamente Staven—. Ahora mi amigo se quedará a esperar con tu familia y si alguno de tus guardias intenta entrar, los matará con mucho gusto. Si intentan escapar, los matará con mucho gusto. ¿Está claro?

Los tres de la cama asintieron en silencio.

—Bien. Vosotros tres vais a ver desde primera fila lo que dentro de pronto mostraremos al resto de la galaxia —colocó un holoproyector del tamaño de la palma de una mano al pie de la cama.

—¿Va a matarnos? —preguntó la niña. Había llorado, pero ya había recuperado la calma.

—Puede —dijo Staven—. Todo depende de Emoch. Os lo advierto… tal vez descubráis algunas cosas sobre vuestro marido y querido papá que no os gustarán. Ya podéis empezar a rezar para que me guste lo que suceda en los próximos quince minutos, aproximadamente.

Señaló la puerta con la cabeza.

—Tú primero, soldado —dijo burlonamente. Iden salió al pasillo. Irían con Staven, Nadrine y el infeliz de Akagarti a buscar la lanzadera de Segur-J. Akagarti los conduciría hasta la potabilizadora y, con un poco de suerte, cooperaría fingiendo que no había nada fuera de lo común.

Staven conducía el deslizador con Iden al lado. En la parte trasera, Nadrine tenía el bláster apretado contra la sien de Emoch. El visor de Iden seguía permitiéndole moverse con soltura por la zona.

No encontraron oposición.

—La seguridad en estos sitios es de broma —masculló Iden.

Llegaron a un área de grandes edificios: la planta de tratamiento de los vertidos de la mina.

—¿Dónde se lleva a cabo el final del proceso? —preguntó Staven—. ¿Dónde se conserva el agua depurada?

—En ese edificio, al fondo a la derecha —dijo Emoch—. Allí están las cisternas.

Bajaron del deslizador y fueron hacia el edificio. Staven y Nadrine llevaban cada uno una vara de luz multifrecuencia. Entraron en el edificio como habían hecho en la casa, aunque Iden cambió su DEMP por un bláster. Una vez dentro, sus varas de luz les mostraron un gigantesco contenedor de plastoide de unos cinco pisos de altura. Por todas partes entraban y salían tuberías. El techo era plano y a un lado había un sencillo ascensor biplaza. Cada una de las cuatro paredes de la enorme sala tenía una puerta lo bastante grande para permitir la entrada y salida de maquinaria.

—¿Dónde dan esas puertas, Emoch? —preguntó Staven.

Este tragó saliva.

—A distintas salas de procesamiento.

—¿Qué tipo de procesamiento?

—Filtrado, coagulación, sedimentación…

Staven le cortó.

—En ese caso, creo que deberíamos echar un vistazo —sonrió a Nadrine—. ¿Puedes tomar el deslizador y encargarte de eso mientras el soldado y yo terminamos de arreglar nuestros asuntos con Emoch? —el éforo se encogió muy levemente al oír el final de la frase.

—Inmediatamente —se giró hacia Akagarti y le mostró otra holograbadora, zarandeándola juguetonamente—. Y la galaxia verá todo lo que hago.

Emoch se tambaleó. Iden se preguntaba si iba a perder el conocimiento. Casi podía oler el amargo hedor del miedo. Volvió a recordar la primera misión del Escuadrón Infernal, cuando habían arruinado la boda de la hija del moff Pereez y habían recuperado un material delicado, y preguntó:

—No sufre del corazón, ¿verdad?

Emoch se volvió hacia ella y, para su sorpresa, le sonrió.

—No —respondió—, aunque seguro que ustedes creen que sí.

—Bueno —dijo Staven con aquella jovialidad espantosa que presagiaba algo siniestro y peligroso—, pues subamos al tejado a echar un vistazo, ¿de acuerdo?

Le quitó las esposas y empujó a Emoch con su bláster.

—Te piso los talones —le dijo Staven al éforo cuando empezaban a subir. Iden fue hasta el otro lado y subió al gran tanque.

Staven y Emoch llegaron al tejado poco después que ella. Sin apartar su arma del éforo, Staven fue hasta el borde de la cuba y le echó un vistazo.

—Es una gran caída —comentó. Akagarti se mordió el labio inferior tras el comentario.

El techo de la cisterna era plano y tenía una trampilla en el centro.

—Está cerrada —dijo Iden—. ¿Tiene la llave, Emoch?

Este negó con la cabeza y quedó claro que el terror de su cara era genuino.

—N… no —tartamudeó—. Yo… para ser sincero, no he estado aquí desde que la planta se inauguró oficialmente. No había vuelto a entrar desde entonces.

—Bueno, en ese caso —dijo Iden, disparó a la cerradura y Emoch gritó—. ¿Asustado? —le preguntó.

—S… sí —confeso, mirando el agujero humeante que había en la trampilla. Iden frunció el ceño y le miró con curiosidad. Parecía más nervioso, aunque tampoco era ninguna sorpresa. Seguro que sospechaba que lo que Staven pretendía, fuera lo que fuera, no tardaría en suceder.

Como si quisiera confirmar sus pensamientos, Staven inclinó su vara de luz hacia Iden y le dijo:

—Empieza a grabar.

Estaba preparada. Habían estudiado la secuencia de los acontecimientos e incluso lo había ensayado con el Mentor. Mientras Staven mantenía su bláster apuntado al éforo, ella dejó la holograbadora en el suelo. La miró y empezó a hablar.

—Ciudadanos del Imperio —dijo—. Porque todos somos, aún, ciudadanos del Imperio. Os han engañado, mentido, traicionado, asesinado. Si desafiabais al Imperio, os mataban; si os sometíais y obedecíais agachando la cabeza, también os mataban. Lo sé, yo también creía en el Imperio. Pero ya no.

Levantó las manos, se quitó el casco, sacudió su larga melena y miró directamente a la audiencia.

—Me llamo Iden Versio y pertenezco a los partisanos de Saw Gerrera. Yo creo en «el sueño».

Costaba creer, viendo a aquella mujer de voz potente y tan segura de sí misma proclamar su odio al Imperio, que hasta hacía apenas unos días Iden se sintiera intimidada por hablar en público. «Así es Iden», pensó Gideon. No había reto que no pudiera superar.

—Debo reconocer —dijo Azen, sentado junto a él frente a la consola de la nave— que es realmente fantástica. La verdad es que no la creía capaz de hacerlo.

«Es evidente que no la conoces», pensó Gideon, pero no lo dijo. Prefirió observar en silencio cómo Iden proseguía, enfundada aún en la armadura de soldado de asalto, excepto por el casco, en un toque teatral sugerido por el Mentor.

—Estoy en el planeta Affadar, junto al éforo Emoch Akagarti. Es el líder del continente septentrional de Pammur, un continente rico en bosques, ríos, montañas… y unos minerales que quiere el Imperio. Emoch le ha garantizado a su pueblo que el agua que consume no se verá afectada por los vertidos de la minería. Y aquí estoy, sobre una cisterna presuntamente llena de agua depurada, para que demuestre que está cumpliendo su promesa.

Metió una mano enguantada por el agujero que había abierto en la trampilla y la abrió, sujetando la holograbadora de tal manera que el espectador viera lo mismo que ella. El agua llegaba hasta unos dos metros de la trampilla. Gideon pudo oírla ondeando serenamente.

—Parece limpia —observó Azen—. Me preguntó si no estaremos persiguiendo caranaks salvajes.

—El agua parece limpia y no huele —decía Iden—. Pero tenemos una manera de comprobar si es potable.

Sacó una botella de su cinturón multiusos, la ató firmemente a una cuerda y la bajó hacia el agua. Cuando la llenó, tiró de ella y se la ofreció a Emoch.

—Le toca, éforo —dijo—. Demuéstrenos que el agua está limpia. Dé un buen trago —Emoch miró pálido la botella que le tendía.

En aquel momento, Gideon oyó a Nadrine hablando por su comunicador.

—No vais a creerlo —dijo—. Seguimos grabando, ¿verdad?

—Sí —respondió Staven. No emitían en directo, Staven quería cubrirse las espaldas por si Iden se quedaba bloqueada en algún momento fatídico—. ¿Qué has encontrado?

—Nada, no hay nada.

—No te sigo —dijo Staven, pero Gideon sí la seguía y esbozó una sonrisa.

—El agua necesita varios procesamientos para volver a ser potable —estaba diciendo Nadrine—. He encontrado cisternas llenas de vertidos recientes en las primeras fases del procesamiento… la eliminación de sólidos, de cualquier cosa que enturbie o coloree el agua, ese tipo de cosas. Pero después hay dos salas con cisternas vacías. Las tuberías pasan de largo.

—¿Estás diciendo que hay partes del procesamiento que sencillamente no se están realizando? —dijo Iden intentando aclararlo para la futura audiencia del holograma.

—Exacto. Media planta es pura fachada.

Iden se volvió hacia Emoch.

—Esos sistemas de filtrado deben ser muy costosos de adquirir y mantener —dijo—. Resulta mucho más sencillo producir un agua que *parezca* filtrada. ¿Quién notaría la diferencia, Emoch? Seguro que tu familia no. Apuesto que beben agua traída del norte o, puede que de algún otro planeta.

Emoch alargó una mano y rodeó la botella blanca con los dedos.

—Beberé encantado —dijo. Y lo hizo, dando varios tragos largos.

—Maldita sea. Deja de grabar, Iden —Staven estaba cabreado.

Pero Iden no pensaba hacerle caso.

—Uno de los principales peligros de los vertidos es su alto contenido en metales pesados y bacterias. No son suficientes para causar daños al beber una sola vez. Pero se recomienda que los niños no consuman ese agua porque son mucho más susceptibles. ¿No es eso cierto, éforo Akagarti?

—No sé de qué habla —contestó este sin mirarla a los ojos.

—Y una mierda —masculló Gideon—. Iden, eres brillante.

—En ese caso, ¿me está diciendo que esta agua es segura para los niños? Espero que así sea. Kaev, estás con la familia de Emoch. ¿Cómo están?

—Bien, por el momento —Kaev intentaba seguirle el juego, pero no tenía la menor idea de adónde quería llegar.

—Bien. Asegúrate de que el niño se beba un buen vaso de agua filtrada, su padre asegura que es completamente inocua.

—Ahora mismo le estoy dando la botella —dijo Kaev captando la treta.

No había botella, por supuesto. No habían podido ir hasta la planta, rellenar una botella e irrumpir después en la casa para secuestrar a la familia del éforo. Pero eso Emoch no lo sabía.

—¡No! —gritó Emoch—. ¡No, Taryai, no bebas! ¡No la toques!

Ya lo tenían. Para salvar a su familia, Emoch era capaz de beber unos tragos de aquella agua claramente tóxica, pero no estaba dispuesto a poner en peligro a sus hijos. Era casi una exhibición de nobleza. Casi.

Azen no podía apartar la vista del cautivador drama que se estaba desarrollando ante sus ojos… justo lo que Iden quería.

Mientras el agente del DSI miraba a aquel hombre suplicando por la vida de sus hijos, Gideon fingió sufrir un tirón. Extendió el brazo derecho hacia arriba y hacia atrás localizando y tocando un botón del droide flotante. Este, lentamente y sin hacer ruido, se movió hasta otra parte de la nave para hacer aquello para lo que lo había programado Del.

Aún tenían tiempo de sobras para huir. Tiempo de sobras para que Gideon disfrutase con el derrumbe de Emoch.

—Se ha quedado con créditos destinados al tratamiento del agua —estaba diciendo Iden—. Culpó de una epidemia de bacterias a una estación particularmente lluviosa. ¡Compró su mansión, con sus camas confortables y muebles de lujo, con la sangre de su pueblo! ¡No quiere que *sus* hijos se envenenen, pero no le importa envenenar a los hijos de los demás!

Iden se volvió hacia Emoch, que ahora estaba arrodillado con una mano sobre el estómago. Lo que había bebido no lo iba a matar, pero era evidente que le estaba poniendo enfermo.

—¿Sabe nadar? —le preguntó ella. Antes de que pudiera contestar, lo había agarrado y tirado al agua. El éforo gritó en protesta y cayó con un sonoro chapoteo. Iden cerró la trampilla. Gideon podía oír la voz del hombre, amortiguada e ininteligible. Si no sabía nadar, moriría. Si sabía, quizá aguantase lo suficiente hasta que alguien acudiese en su auxilio.

Staven empezó a aplaudir, poco a poco.

—Buen trabajo, Iden —dijo—. Tirarlo al agua ha sido un gran golpe.

—Gracias —dijo ella—. Aunque deberíamos marchamos ya.

—Aún no. Voy a grabar las otras salas —dijo la voz de Nadrine.

—Vuelve aquí, Nadrine —le ordenó Staven—. Iden tiene razón, debemos marcharnos. Ya tenemos suficiente para lanzar un mensaje muy potente.

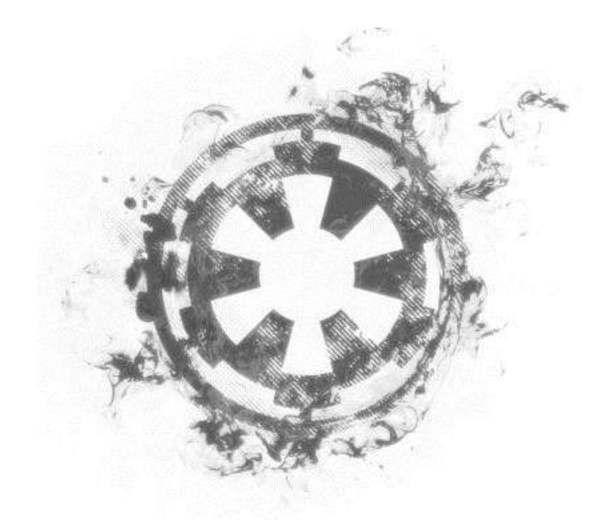
—No tardo nada, esperadme —contestó Nadrine—. Me lo agradeceréis cuando lo veáis. Es… es como el plató de un holo-drama. ¡Es completamente falso!

—¡Vale, vale, pero date prisa!

Gideon se puso ligeramente tenso. Aquello no era bueno. El resto del Escuadrón Infernal y él mismo habían programado la acción al segundo. Se levantó y fue al baño. Necesitaba asegurarse de poder decir sin mentir, cuando fuera conveniente, que Azen había estado unos minutos a solas en la cabina.

Como les había inculcado el padre de Iden, las mejores mentiras eran aquellas que contenían una pizca de verdad.

CAPÍTULO 21



—Oblígala a volver, Staven —le apremió Iden—. Vamos escasos de tiempo.

—¿Alguna vez has intentado que Nadrine haga algo que no quiere hacer? —le dijo Staven. Pretendía ser una broma, pero Iden notó que estaba cada vez más preocupado.

Pasó otro minuto. Dos. Emoch, encerrado dentro de la cisterna de agua tóxica, gritaba sus súplicas. «Bueno, está claro que sabe nadar», pensó Iden.

—Vale, estoy en el deslizador y volviendo —dijo Nadrine. Iden se relajó un poco y volvió a ponerse el casco.

—Bien. Larguémonos de aquí —activó su comunicador—. Azen, Gid, bajad y recogednos donde nos habéis dejado.

—Recibido —dijo la voz de Azen—. ¿Me recibes, Kaev? Atúrdelos y vuelve al punto de encuentro.

—Recibido.

Iden cerró la trampilla de la cisterna antes de marcharse y bajó por la rampa instalada en un lado del enorme contenedor.

—Nadrine —dijo Staven mientras bajaba los últimos peldaños—, ¿dónde demonios…?

El fuego de bláster atravesó la puerta con gran estruendo.

«Maldición», pensó Iden mientras Azen y ella devolvían los disparos. De no ser porque Nadrine quería grabar más imágenes a aquellas alturas ya estarían a salvo en su lanzadera, huyendo de cualquier nave de seguridad que mandasen tras ellos.

El plan había salido a la perfección. Aunque, al pensarlo, oyó la voz de su padre en la cabeza: «No hay receta infalible para el éxito, solo hay una mejor *posibilidad* para alcanzarlo».

—¡Azen, Gid, venid cuanto *antes* —gritó Staven por su comunicador entre el ruido del fuego de bláster—. Nadrine, ve hacia el punto de encuentro. ¡Ten cuidado, vienen soldados!

—¡Voy todo lo rápido que puedo! —gritó ella—. ¡Nadie me sigue, por ahora!

—Staven —dijo Kaev en tono tenso—. He aturdido a la familia, pero alguien ha podido alertar a seguridad.

—Vamos a buscarte —dijo Staven. Iden y él siguieron disparando hasta que se hizo el silencio en el exterior.

Pero Iden seguía oyendo fuego de bláster por el comunicador de Staven.

—No es posible —Kaev estaba gritando para que le oyeran entre el alboroto que empezaba a ahogar sus palabras—. Cinco… soldados…

Otro disparo y silencio.

—Kaev —llamó Staven. Después, más fuerte—. ¡Kaev!

Staven frunció los labios sombríamente. Lo tenían todo controlado, pero Nadrine podía haberlo arruinado por completo.

Gideon hizo rechinar los dientes por la frustración mientras la lanzadera iba hacia las coordenadas de Staven. Maldita Nadrine, de otra forma todo habría salido de maravilla: los Soñadores tendrían lo que habían ido a buscar, no había ninguna necesidad de demorarse con los falsos depósitos. Había dado órdenes al droide para que activase la baliza de rastreo que Del había instalado en la lanzadera, con tiempo de sobra tanto para escapar como para combatir.

Con la demora de Nadrine, la seguridad llegaría en cualquier…

La nave dio una violenta sacudida tras un impacto lateral.

…momento.

—¿Qué demonios? —gritó Azen—. ¿Cómo nos han encontrado?

—No hay tiempo para preguntas —gritó Gideon—. Yo piloto, tú disparas, ¿entendido?

La nave de seguridad de Segur-J era bastante maniobrable, pero parecía como si pilotase por el fango. La elevó tan rápido como pudo. La buena y la mala noticia era que las tres naves que les disparaban eran cazas TIE. Era buena porque Gideon estaba tan familiarizado con ellos que podía preparar una buena defensa y mala porque, bueno, eran cazas *TIE*.

Le pareció raro colocar en su punto de mira a unas naves tan familiares, pero lo hizo. Azen no mostró el menor reparo en disparar a las naves imperiales. Voló uno en pedazos y gritó:

—¡Dame otro!

Teniendo en cuenta que los pilotos de los TIE intentaban matarlos, Gideon obedeció cuando pudo. Viró bruscamente a la izquierda, esquivando casi por completo las descargas verdes de energía láser. La nave volvió a dar una sacudida y la consola empezó a echar humo.

—¡Droide, ocúpate de esto! —ordenó Gideon y el droide se puso manos a la obra inmediatamente. Gideon completó la maniobra, giró sobre sí mismo y vio al TIE que los había alcanzado preparándose para volver a disparar.

—¡Lo tengo! —gritó Gideon y Azen, con un gruñido de ira, disparó. Le resultaba extraño alegrarse al ver estallar un TIE.

—Viene otro por la derecha —le advirtió Azen. Gideon viró secamente hacia aquel lado, llegando desde debajo hasta la nave restante.

Los dos gritaron de alegría cuando Azen la centró en su punto de mira y disparó. Sonriendo, Gideon miró la consola.

—Despejado —dijo—. Vamos a buscar a Staven.

«Espero que no sea demasiado tarde.»

Iden y Staven esperaban en aquella quietud engañosa. En el suelo había dos soldados exploradores, con sus motos deslizadoras a unos metros de distancia.

—Nadrine —dijo Staven por su comunicador—, ¿dónde estás? Hay soldados exploradores ahí fuera, ten cui…

—Creo que me los he encontrado —dijo la voz de Nadrine. Apenas podía oírse entre el rugido del deslizador y el aullido de los blásteres.

Staven miró a Iden. Por primera vez, no hubo rastro de frialdad, hosquedad ni jovialidad en su cara. Sus emociones eran descarnadas y evidentes, estaba aterrorizado por alguien a quien amaba.

—Me he cargado a uno —dijo Nadrine. Después una ráfaga repentina de fuego de bláster. Y después nada.

—Nadrine —llamó Staven. La mano que empuñaba el bláster le temblaba—. ¡Nadrine! ¡Contesta!

—Tenemos compañía —dijo Iden. Su visor la había alertado de que venía una nave… y no era el caza de Segur-J. Staven no contestó. Ella se volvió para mirarlo. Estaba boquiabierto y petrificado, mirando su comunicador, esforzándose por oír algo. Por oír la voz de alguien que no volvería a hablar jamás—. ¡Staven! —repitió más bruscamente esta vez—. ¡Despierta, soldado!

El parpadeó como si saliera de un trance y levantó la vista. El comunicador se le escurrió de entre los dedos.

Y entonces vieron con claridad la familiar forma de una lanzadera T-4a de clase Lambda.

«Esto no tenía que acabar así», pensó Iden. Pero la vida, o la muerte, raramente ocurre como esperas.

Levantó su bláster con aire taciturno… un gesto débil y profundamente inútil contra una nave equipada con cañones láser. Staven hizo lo mismo.

Serena ante la muerte, Iden se encontró pensando si la nave aterrizaría y desplegaría la dotación de veinte soldados de asalto que llevaba o si se limitaría a arrasarlos con una ráfaga de cañonazos.

Nunca lo sabría.

Una estela verde atravesó el cielo nocturno y una de las alas de la T-4a empezó a arder. Más fuego láser y la nave empezó a dar tumbos mientras intentaba esquivar los disparos. Otro impacto en las alas y después otro en los motores. La lanzadera disparó una ráfaga con sus cañones láser, pero ni se acercó a su blanco. La nave de Segur-J se lanzó por debajo de ella, aceleró y escapó, mientras la T-4a, con los motores y las alas dañados, se estrellaba contra tierra a medio kilómetro de distancia.

Iden apenas podía creerlo. Estaba medio riéndose, medio jadeando cuando la lanzadera aterrizó y extendió la rampa. Al cabo de diez segundos Iden y Staven ya estaban a bordo.

Azen se volvió para mirarles.

—¿Dónde están Nadrine y Kaev?

—Muertos —dijo Staven secamente—. Sacadnos de aquí.

—No creo que tardemos en tener compañía —dijo Gideon—. Ataos los arneses de seguridad.

Apenas lo habían hecho cuando, la nave despegó casi verticalmente atravesando las nubes rumbo al espacio abierto. Poco después las estrellas se convirtieron en líneas blancas.

Iden exhaló y cerró los ojos un instante, preparándose para el siguiente paso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Azen—. ¿Qué ha salido mal?

—Ni idea —dijo Staven. Seguía aparentemente desorientado y aturdido. Se apretaba las palmas de las manos contra las sienes, como obligándose físicamente a pensar, a despejar la mente.

—¿Alguien pudo instalamos una baliza de rastreo sin nuestro conocimiento? —quiso saber Iden. El siguiente paso de su trampa.

—Imposible —dijo Azen—. Los dos hemos estado todo el rato en la nave.

—No me he apartado de esta consola más que para ir al baño —dijo Gideon fingiendo inquietud—. Aun así… demonios, vale la pena comprobarlo. Droide, registra la nave en busca de dispositivos de rastreo —el droide emitió un pitido y se marchó flotando.

Hubo un momento de silencio que Gideon dedicó a revisar los daños de la nave y el droide a proceder al registro. Staven se levantó y fue hasta la despensa de la nave. Entre el leve zumbido de los motores, Iden oyó el inconfundible ruido de una botella rozando el borde de una copa y el chapoteo del líquido.

Staven volvió con la botella y la copa vacía y se sirvió otro trago. Los pitidos agudos del droide los sobresaltaron a todos. Este volvió a toda prisa, moviéndose mucho y sujetando algo con sus pinzas.

—Pero ¿qué…? —dijo Gideon mientras el droide dejaba caer el artefacto sobre su mano. Gideon levantó la cabeza y se volvió hacia Azen. El desprecio puro contraía sus apuestos rasgos—. Maldito mentiroso de…

Se abalanzó sobre el perplejo Azen, rodeándole la garganta con una mano y sujetando el objeto encontrado por el droide con la otra.

—¡Gid, no! —gritó Iden. Staven se puso en acción, tirando copa y botella para interponerse entre los dos hombres. Apartó a Gideon y le abrió la mano.

Staven se quedó mirando lo que sujetaba.

—Es… es una baliza de rastreo —masculló.

Iden se levantó y fue a verla.

—No es imperial —dijo.

—No —dijo Staven—. Es de las nuestras.

El droide emitió varios pitidos y gorjeos.

—El droide la ha encontrado *dentro* de la nave —dijo Gideon—. ¡Lo que significa que la colocó *él* —señaló con ira a Azen.

—¿Yo? —aulló Azen—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Se quedó solo cuando fui al baño —dijo Gideon—. Pudo fácilmente…

—Iden —dijo Staven—, dame tu bláster.

Se lo dio y Staven la apuntó. Ella se encogió.

—¿Qué…?

—Ve a buscar tres pares de esposas aturdidoras. Colócale unas a Gideon, otras te las pones tú y las terceras me las das a mí. Ahora mismo, lo único que sé es que Nadrine ha muerto, Kaev también, y que uno de vosotros tres ha sido el responsable.

—He estado contigo todo el… —empezó a decir Iden.

—Quizá no la hayas colocado tú personalmente, pero nunca he terminado de fiarme de ti, Iden. Azen nos *llevará* de vuelta a casa y vosotros dos haréis el trayecto esposados. Después averiguaremos quién ha sido. Y cuando lo hayamos hecho… —sus labios se torcieron en aquella sonrisa cruel suya—. Los Soñadores tendrán algo de diversión.

Iden no perdió la calma. Todo estaba saliendo como esperaban. Con lo único que no contaban era con que Staven fuese tan inestable por culpa de su dolor. Afortunadamente, se contuvo de matar a nadie hasta que Azen aterrizó la maltrecha nave.

Extendió la rampa e Iden, Gideon y Azen, ahora también con esposas aturdidoras, bajaron antes que él. Staven había alertado a su gente para que acudiese a recibir a la lanzadera y en aquel momento todos les estaban mirando con distintas expresiones de perplejidad e ira, mientras les explicaba lo sucedido.

—Piikow, Del —gritó en una voz rota por el dolor—. Revisad la nave en busca de posibles sabotajes. Iden, Azen, Gid… de rodillas. Las manos en la nuca.

Dahna miró a Iden.

—Staven…

—¡Obedeced!

No era momento para protestar y Dahna se dio cuenta. La cordura de Staven parecía pender de un hilo y era evidente que sus dedos estaban deseando acabar con los

«traidores». Probablemente, lo único que le refrenaba era su deseo de saber qué habían hecho para que las cosas se torcieran tan espantosamente.

Iden se arrodilló y puso las manos en la nuca.

—Nadie va a moverse de aquí hasta que hayamos registrado la nave —prosiguió Staven—. Nadie.

Alguien había llevado más varas de luz. Del, más ágil que Piikow, empezó a inspeccionar la nave, mientras el chadra-fan analizaba la computadora de a bordo. Iden se alegró, era mucho mejor que fuese Piikow el que encontrase lo que Del se había esforzado tanto en elaborar y después esconder para cuando llegase el momento justo.

Nadie dijo nada. Dahna le repartió agua a todo el mundo. Staven la rechazó, concentrado en Gideon, Azen y, principalmente, Iden. El tiempo pasó. A Iden se le empezaron a agarrotar los brazos y las piernas, pero viendo la inquietud de los dedos de Staven, no osó moverse.

Finalmente, Piikow apareció en la rampa.

—Staven —dijo—, ven, por favor.

A Iden se le aceleró el pulso. Estaba a punto de pasar algo que podía terminar con ella muerta en los siguientes tres minutos.

—Ru —dijo Staven—, no les quites la vista de encima.

Ru asintió, tomando el bláster de Staven y apuntándolo hacia los cautivos. Las miradas de los kage eran frías a pesar del color cálido de sus ojos.

Staven apareció en la rampa. Rápido como una serpiente, le arrebató el bláster a Ru, se acercó a…

«¡Azen!»

Y le atizó con la culata en la cabeza.

Iden se dejó caer hacia delante, como si el alivio la hubiera dejado sin fuerzas. Dahna alargó una mano para ayudarla a levantarse y ella la aceptó, haciendo muecas de dolor mientras sus miembros entumecidos cobraban vida de nuevo. Vio a Ru ayudando a Gideon a ponerse en pie. Dahna le quitó las esposas aturdidoras, con sus ojos morados muy abiertos por la conmoción.

—Pero ¿qué demonios…? —gruñó Azen, sujetándose con una mano el cráneo ensangrentado.

—¡Díselo! —gritó Staven—. ¡Diles qué has encontrado, Piikow!

Piikow obedeció, más sumiso de lo que Iden le había visto jamás. En un débil tono de voz, que delataba su perplejidad, explicó lo que había oído, sin dar crédito; o lo que creía haber oído, dadas sus limitaciones de material de análisis: conversaciones grabadas de Azen con «alguien» de los Servicios de Inteligencia imperial. Y les dio varias de las identidades que «Azen» había usado en aquellas conversaciones. Conversaciones que Del había montado con retazos de los registros grabados por el propio Azen en los meses que había pasado en Segur-J, con cierto montaje creativo por su parte. Cuando terminó, Piikow volvió a la cabina, con las orejas gachas.

Se generó un silencio de asombro.

—Lo que me dice esto —dijo Staven en un tono extrañamente sereno— es que llevas planeando entregarnos al Imperio *desde que te conozco*.

—¡Eso no es cierto! —Azen miraba alrededor frenéticamente, sangrando, sin encontrar comprensión en los ojos de las personas que hasta entonces confiaban en él—. Jamás os traicionaría!

Su mirada de grandes ojos se posó en Iden y le lanzó un escupitajo con sangre y un diente.

—Tú —gruñó—. ¡Has sido tú!

—¿Yo? —Iden puso su mejor cara de sorpresa—. ¿Por qué iba a hacerte algo así? —se volvió hacia Staven. Este estaba tiritando con los puños cerrados, preparado, deseoso, para volver a golpear al traidor—. Staven, te he dado varios códigos, algunas informaciones y todas ellas, *todas* han servido. Y fui yo la que obtuvo lo que necesitábamos de Akagarti. Algunas de estas misiones han causado muchas bajas imperiales. ¿Por qué iba a participar en ella si trabajase para el Imperio?

Impactado aún por la revelación, Staven se aferró al clavo ardiendo que Azen le ofrecía.

—Quizá… quizá seas una agente doble —le espetó Staven—. ¡Quizá lo planeaste todo y ha sido una trampa!

—¡Ni siquiera tengo el código de acceso a esa computadora! Estaba bajo arresto domiciliario cuando la piloté —contestó Iden—. Todos me habéis estado vigilando como halcones shirr. ¿En qué momento he podido hacerlo? Si fuera tan brillante, ya sería Emperadora, maldición.

En aquel momento volvió a aparecer Piikow en lo alto de la rampa.

—Me ha llevado un poco, pero he podido acceder a los bancos de datos y he descubierto todo un nivel oculto de información imperial.

«Información falsa… excepto en lo que hace referencia a Azen», pensó Iden. Se mordió el interior de la mejilla para que no se le escapase una sonrisa. Del y Seyn se habían superado… y en muy poco tiempo.

—He revisado algunos de los nombres en clave. Staven… hay incluso *fotos*. Es él, no hay duda.

Todo el color desapareció de la cara habitualmente rubicunda de Azen, adquiriendo un enfermizo tono lechoso.

Iden lo estaba pasando en grande. Azen sabía que estaba perdido.

—¿Cómo lo has hecho? —susurró, volviéndose a mirarla a través de la sangre seca que le cubría la cara—. No podías *saberlo*. ¿Qué has hecho? ¿Qué *has hecho*?

Ella se burló, como incrédula.

—¿Yo? Absolutamente nada. Tú, sin embargo —sonrió con crueldad—, acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Azen cayó al suelo y levantó la cabeza. Tuvo el buen juicio de no mirar a Staven, donde no iba a encontrar perdón. Así que miró a un hombre más amable.

Pero incluso el Mentor tenía sus límites. Estaba frunciendo el ceño y sus ojos azules ardían con ira.

—Son tantos en la galaxia los que nacen con su destino ya escrito —dijo—. Trabajan, sufren y mueren; incapaces de alterarlo, incapaces incluso de conservar la esperanza de que algo cambie. He perdido gente a la que quería combatiendo por aquellos que no pueden defenderse por sí solos. Que no tienen elección. Tú fuiste uno de los afortunados que la tuvo, Azen. Y elegiste el Imperio. Elegiste traicionar a aquellos que te creían un amigo. No te *atrevas* a mirarme en busca de compasión. Yo también he estado en ambos bandos de esta guerra, pero tomé una decisión. Y viviré o moriré siendo fiel a ella. Kaev y Nadrine murieron por las suyas y tú… tú morirás por *nada*.

Azen parecía un animal atrapado que sentía la red estrechándose alrededor de su cuerpo. Pero ya era demasiado tarde para escapar o para apelar a la comprensión. Nunca le había resultado agradable a nadie.

—Cuéntanos qué sabes —dijo Staven. Su tono fue plano, inerte, algo que resultaba más siniestro que su ira.

—Y acabarás rápido conmigo, ¿es eso? —Azen negó con la cabeza, recobrando parte de la compostura, una pizca de dignidad—. No. Me niego.

Iden pensó que por fin, en el último momento, se comportaba como un verdadero soldado imperial.

Una especie de descarga recorrió a todos los reunidos. Sabían lo que significaba aquello. Iden también. Había leído informes sobre los métodos de los partisanos para obtener información. El Imperio también torturaba, si era necesario, pero era más elegante. Causaba dolor sin ocasionar daños graves. Como mínimo, físicos.

Los Soñadores no iban a ser tan escrupulosos.

—Vais a tener que trabajaros todo lo que os cuente —dijo Azen.

—No te preocupes —replicó Staven—. Lo haremos.

Y lo hicieron.

Azen tardó siete horas en morir.

CAPÍTULO 22

Aquella noche la atmósfera era sombría en el campamento. No tardarían en empezar a trabajar en la lanzadera, pero aún no era el momento. Todos necesitaban procesar lo sucedido. Staven había ordenado que el cadáver de Azen se llevase «donde siempre. Aunque hasta las trituradoras pueden atragantarse con una carne tan podrida como la suya», había añadido.

Al regresar al campamento, había montado en una moto deslizadora y se había marchado a toda velocidad. Nadie pareció darse cuenta ni importarle cuando los miembros del Escuadrón Infernal, uno por uno, fueron haciendo lo mismo.

Iden les había convocado en un punto específico que había localizado durante sus recados diurnos. Aunque todos estaban ya bastante habituados a vivir en aquella semipenumbra, llevaban lentes nocturnas para mantenerse alerta ante posibles depredadores… tanto de dos patas como de más.

—Me alegro de veros —dijo Iden.

—Y yo me alegro de veros a Gideon y a ti, teniendo en cuenta lo que ha pasado durante la misión —dijo Del—. Staven no parecía muy centrado cuando bajó de la lanzadera. Creí que iba a mataros primero y a averiguar qué había pasado después.

—No eres el único —dijo Gideon, que añadió débilmente—. Aunque, de haber sucedido, en mí habríais tenido un líder excelente.

—Tendrás que esperar —contestó Iden. Los miró y se encogió de hombros—. No hay duda de que ha sido una buena jornada de trabajo, pero aún no hemos hecho ningún avance sobre el origen de las filtraciones que consiguen los partisanos —nada de lo que habían podido obtener a partir de la investigación de Del sobre Azen en los registros de la nave indicaba que ocultase nada importante. Al parecer, tenía la esperanza de que el secuestro de Iden fuese aquel «gran logro» que le devolvería el favor del DSI.

—Supongo que Staven tiene una confidente fuera del planeta al que no ha mencionado nunca o tu amigo el Mentor tiene algo guardado que va suministrando en pequeñas dosis —dijo Seyn.

—No es mi amigo —dijo Iden más rápido de lo que pretendía—. Existen fricciones entre esos dos y deberíamos presionar en esa dirección, con fuerza —añadió—. Gideon,

Staven parece haberte tomado cariño. Ahora, tras la muerte de Nadrine y la traición de Azen, necesitará un amigo. Planta dudas en su cabeza respecto al resto del grupo. Incluso sobre mí, si es necesario, pero sobre todo respecto al Mentor y los que parecen comulgar con él.

—Seré el mejor amigo que ha tenido Staven en su vida —prometió Gideon.

—¿Cómo van las cosas con Piikow? —preguntó Iden a Del.

—Muy bien. Parece llevarse bien con todo el mundo.

Iden negó con la cabeza.

—No sirve. Piikow parece muy firme. Convéncele de que Staven ha dejado de ser un líder fiable.

—Seyn —se volvió hacia el miembro más joven del equipo—, hasta ahora, has hecho muy buen trabajo congraciándote con los Vushan. Sigue así. Yo seguiré intentando sacarle información al Mentor. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna.

—Muy bien. Será mejor que volvamos al campamento. Aunque me parece que ya no hay problema en que nos vean juntos… todos somos bastante aceptados a estas alturas. Pero prefiero que no se produzca demasiado a menudo. Avisadme por comunicador si descubrís algo o creéis que se avecinan problemas.

Gideon le dio un puñetazo en el hombro a Del.

—Vamos, hermano. Volvamos.

—Eh, deja de darme puñetazos —protestó Del de buen humor—. Soy tu hermano mayor, ¿recuerdas?

—Ah, y yo soy el ingenioso y apuesto hermano pequeño que pilota la nave y se queda con todo lo divertido.

Sus voces se fueron disipando. Seyn echó a andar hacia el campamento, pero Iden la retuvo:

—¿Seyn? Necesito hablar contigo.

—Por supuesto —contestó esta inmediatamente.

—Todos estamos haciendo «amigos» aquí, pero tú eres la única metida en… bueno, supongo que es una relación romántica.

—No hay nada de qué preocuparse, capitana. Es tan cierto que quiero a Sadori como que Gideon es el mejor amigo de Staven.

—Si hay *algo* entre vosotros dos, necesito saberlo. Las cosas pueden complicarse un poco.

—¿Puedo expresarme libremente? —después de que Iden asintiera, Seyn dijo—. He trabajado con centenares de agentes, literalmente. Muchos de ellos encubiertos. Soy plenamente consciente del peligro de crear vínculos emocionales. Además, solo es un adolescente.

—Tiene dieciocho y tú veinte —dijo Iden—. Tampoco es tanta diferencia de edad, pero te entiendo. Lamento haber cuestionado tu buen juicio.

—Es comprensible, capitana. ¿Es todo?

—Puedes retirarte.

Dejándose llevar por un impulso, Iden decidió trepar a uno de los árboles. Sentía que le faltaba el aire bajo el pesado dosel de las copas de los árboles. Cuando sacó la cabeza por entre las ramas, se echó hacia atrás las lentes nocturnas, contempló el reluciente campo de estrellas y sintió una punzada de añoranza. Como deseaba estar allí fuera, con la *Corvus*, enfundada de nuevo en su uniforme.

Si le había preguntado aquello a Seyn no era porque dudase de su determinación, sino porque ella misma se sorprendía de hasta qué punto le habían afectado aquellas muertes. Formaban parte del plan, por supuesto, y en el momento que se concibió la idea no le había dado ninguna importancia. Pero Kaev y Nadrine eran gente con la que te encariñabas fácilmente y ver la angustia de Staven, cómo les había afectado a todos los partisanos… no le gustó la deriva que estaban tomando sus pensamientos.

—¿Permiso para subir a bordo, capitana? —gritó Del.

A pesar de su humor taciturno, sonrió al decir:

—Permiso concedido —al cabo de unos minutos, Del estaba en una rama junto a la suya—. Creía que volverías al campamento con Gideon.

—No he podido evitar ver que querías hablar con Seyn —se quitó las lentes, miró las estrellas, como Iden, y se volvió hacia ella—. ¿Estás bien?

—Nos hemos librado de Azen y hemos afianzado nuestra posición en el grupo. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Solo quería asegurarme de que no estabas demasiado alterada por lo que ha pasado hoy —contestó él—. Charlamos, reímos, comemos y combatimos con esta gente. Hasta dormimos junto a ellos. Pero siguen siendo el enemigo. Esto es más duro que el campo de batalla. Es más sencillo matar a alguien si no sabes cuál es su color favorito o nunca te ha contado sus sueños —hizo una pausa y añadió—. Gideon me ha dicho que Staven ha llorado.

—¿En serio? —preguntó Iden, sorprendida.

Del debió notar algo en su tono de su voz porque se giró para mirarla.

—Son rebeldes, Iden —le dijo Del cordialmente—, no personas. No podemos pensar en ellos así. Si lo hacemos, no podremos acabar lo que hemos venido a hacer.

—¿A quién estás intentando convencer, a mí o a ti mismo? —preguntó Iden.

—Supongo que a los dos.

«Si Gideon estuviera aquí diría: “Pensar en ellos como personas os ablanda. Y un Versio no se ablanda”».

«Y tendría razón.»

«¿No?»

Iden estaba más que preparada para otra misión y se alegraba de que Seyn, quien tanto había hecho por los demás entre bastidores y sin rechistar, por fin fuera a tener algo de

acción. Siempre que regresara sana y salva, a Iden le importaba muy poco que la misión fuese un éxito o un absoluto fracaso. El éxito animaría a Staven y le distraería de su mal humor, que a menudo parecía concentrarse en ella. El fracaso lo haría aún más inestable y le daría más argumentos al Mentor.

Era una misión bastante sencilla, aunque dependía básicamente de que Sadori y Seyn estuviesen convincentes en sus papeles de colegiales adolescentes. El acontecimiento era un acto de propaganda. El mundo relativamente apacible de Anukara iba a inaugurar una fábrica de munición y el moff de Anukara, Rys Deksha, recibiría al general Ivel Tosha, el invitado de honor para la ceremonia pública de inauguración. Los estudiantes de una escuela cercana realizarían una visita guiada especial y podrían conocer al moff y al general. Después, habría un banquete para los dignatarios.

La idea era que Seyn y Sadori se mezclasen con los estudiantes y colocasen una bomba en la última escala de su visita… el gran salón. Matarían al moff y al general y, en palabras de Staven:

—Enviaremos un potente mensaje de hasta dónde estamos dispuestos a llegar para acabar con el Imperio.

Dahna frunció levemente el gesto.

—Retrasarás la inauguración y eso les costará muchos créditos, lo que es muy bueno. Pero, aunque Tosha y Deksha son figuras públicas, no están en las altas esferas —dijo.

Ni Iden ni su equipo, por supuesto, habían puesto ninguna objeción al plan. Era lo que les había advertido su padre: a veces tendría que morir gente de los suyos. Pensó en el soldado de asalto, ensangrentado y magullado que había muerto intentando defenderse. El asesinato de un moff y un general de medio pelo sería un leve golpe para el Imperio, pero Dahna tenía razón. Aquello no era una declaración sobre «hasta dónde estaban dispuesto a llegar».

—No, no lo están, pero… tampoco son nuestro verdadero objetivo.

Iden tuvo una terrible sospecha. Staven no podía estar sugiriendo lo que creía. Ni siquiera los Soñadores se atreverían a…

—El objetivo son los niños.

Hablaron varios a la vez, la mayoría aparentemente tan perplejos como ella.

—¡No somos asesinos de niños! —le espetó Dahna.

—No hay nada más inocente que un niño, Staven —adujo Piikow.

Los kage no dijeron nada, pero Sadori parecía impactado, con su cara gris más pálida que de costumbre. El equipo de Iden hacía esfuerzos por mantener la compostura y ella sintió un sudor frío en la frente y bajo los brazos.

—¡Ni hablar!

La voz sonó profunda por la ira y no dio margen a desavenencias. El Mentor, que solía presenciar aquellas reuniones en silencio y apenas ofrecía su opinión, se había puesto de pie. Tenía los puños cerrados y en sus ojos ardía la ira.

Staven no se levantó. Siguió sentado sobre una de las piedras aplanadas, respondiendo a la intensa cólera del Mentor con una mirada fría.

—Este no es tu grupo, Mentor —dijo—. Aquí no tienes ni voz ni voto.

—No voy a permitirlo, Staven —prosiguió el Mentor, como si Staven no hubiera abierto la boca—. Esto es demasiado. Se lo dije a Saw y te lo digo a ti, hay límites que no debemos cruzar. Si los cruzas, pasarás al bando del odio y la crueldad, al bando del Imperio. ¡Si quieres sentarte en su misma mesa, matar niños es la manera más rápida de conseguirlo!

—¡Lo he dado *todo* para combatir contra el Imperio! —Staven se levantó y dio dos pasos hacia el Mentor—. ¡Todo! ¡Lo único que me queda es odio y crueldad, y pienso hacérselas tragar al Imperio hasta que se atragante!

—El Mentor tiene razón —dijo la segunda al mando de Staven—. No podemos matar a niños inocentes.

—Dahna, no son «niños inocentes» —dijo Staven—. Les han robado la inocencia porque son hijos del Imperio. Ya se están pudriendo por dentro. Pueden ser jóvenes, pero sus familias, sus amigos y su cultura son nuestros enemigos. Y cuando crezcan se enfundarán uniformes de soldado de asalto para matarnos a nosotros y a nuestros seres queridos.

Iden tragó saliva al recordar las palabras de su padre: «El hijo de un rebelde puede ser aún un niño, pero debemos mirar hacia el futuro. Crecerá para convertirse en un enemigo. Y nuestros enemigos deben ser destruidos».

—Nuestros enemigos deben ser destruidos —Iden no fue consciente de haberlo dicho hasta que todas las cabezas se volvieron para mirarla. El Mentor parecía conmocionado. Se le tensó la mandíbula, pero no renegó de sus palabras. Debía transmitirle a su equipo que no importaba lo brutal o personalmente devastadora que pudiera ser su tarea, debían llevarla a cabo. No podían poner en peligro la misión.

Iden se juró algo. Aquella sería la última misión en la que participarían. Su equipo iba a enfrentar al Mentor y Staven, para que se atacasen con sus propios códigos morales, con colmillos afilados. El Escuadrón Infernal descubriría quién tenía la información sensible y dónde la escondía y se la llevaría. Y aquello dejaría al puñado de partisanos de Saw Gerrera viendo su «sueño» sepultado bajo la desesperación y las discordias.

La bestia se devoraría a sí misma.

Del se había podido infiltrar en el sistema y obtener los códigos que les permitieron aterrizar cerca de una lanzadera escolar con unos cuatrocientos niños humanos muy excitados, de entre catorce y dieciocho años. Vestidos en uniformes escolares idénticos, Seyn y Sadori fueron caminando hasta el transporte y subieron a bordo. Solo se admitían humanos en aquella escuela, por lo que Sadori iba camuflado; había pasado más de una hora cubriendo su cara y cuello gris pálido con cosméticos, llevaba lentes de contacto que convertían sus ojos naturalmente rosas en marrones y ocultaban su leve brillo. Afortunadamente, la escuela permitía el uso de guantes, siempre que fueran negros.

—Solemos hacerlo —le había contado a Seyn—. Es un arma tan importante como un bláster o un vibrocuchillo. Los kage no son nada frecuentes fuera de Quarzite, si no queremos llamar la atención necesitamos estas cosas.

Seyn, que había supervisado a muchísimos agentes encubiertos, estaba impresionada. Cada kage tenía sus gustos. Aunque los tres tenían la piel gris, sus tonos variaban y elegían el color de los cosméticos a juego con ese tono. Halia, por ejemplo, se aplicaba colores cálidos más oscuros que la hacían parecerse a Iden, mientras que el color más pálido de Sadori se parecía más al de Gideon. No era una escuela militar, así que Sadori pudo conservar sus largos rizos negros y ocultar con ellos sus orejas de kage. Si alguien se detenía un momento a examinarlo, podría notar pequeños defectos, pero Seyn sabía por experiencia que la gente suele ver lo que espera ver.

Por supuesto, los atareados profesores miraron con curiosidad a los dos «estudiantes» y la identificación que Seyn había elaborado muy cuidadosamente y les hicieron gestos de que pasasen rápidamente. Sadori se sintió orgulloso de ella. Seyn no esperaba menos.

—¡Id hasta el fondo y ocupad todos los asientos! —les dijo uno de los profesores. Sadori entró primero. Seyn le siguió. Y entonces—: ¡Un momento! —Seyn se puso tensa. El profesor, un hombre alto y delgado de rasgos marcados y una expresión de afligido aburrimiento, miró el droide que Seyn llevaba a la espalda—. No puedes llevar el droide contigo.

—Revise mi identificación —dijo Seyn, como si estuviera cansada de repetírselo a todo el mundo—. Tengo una dolencia médica que el droide me ayuda a controlar.

El profesor la miró con escepticismo y volvió a leer la tarjeta.

—Muy bien. Puedes llevarlo, pero durante el vuelo tendrá que ir en el compartimento trasero.

Seyn puso los ojos en blanco y dijo:

—Vale, vale —miró por encima del hombro y se dirigió al droide—. Ya le has oído —dijo—. Vamos. Te espero fuera cuando lleguemos.

El droide emitió un pitido, se despegó de ella, recogió sus brazos y voló sobre las cabezas de los excitados estudiantes, hacia la parte trasera de la lanzadera. Sadori ya había encontrado un asiento y le hizo gestos para que fuera hacia allí.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó en voz baja mientras le cogía la mano y la apretaba.

—Un poco —dijo. Y no era del todo mentira. ¿A cuántos agentes había supervisado? ¿A cuántos otros había enviado sobre el terreno a situaciones prácticamente idénticas a la que estaba viviendo en aquellos momentos? Podía echar cuentas, si tuviera tiempo, pero sabía que superaban las centenas.

«¿Y cuántos no volvieron?» Apartó aquel pensamiento de su cabeza. Debía concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Se acomodó en su asiento, sin hacer ningún esfuerzo por retirar la mano de la enguantada de Sadori. Les ayudaba con su tapadera: dos adolescentes más pendientes el uno del otro que de ninguna otra cosa. Nadie se fijó en ellos.

Bajo sus uniformes, como siempre que los partisanos iban de misión, los dos llevaban parches con explosivos maleables. Eran de un material difícil de detectar, el Imperio no tenía tecnología para hacerlo porque aquel tipo de escáneres aún eran nuevos, proclive a averiarse y muy caro. La información confidencial que tenían sobre la planta de Anukara era que ese tipo de escáneres no se había instalado aún. Seyn esperaba que siguiera siendo cierto. De no serlo, el droide siempre podría inutilizarlo.

El vuelo a la fábrica de armas estuvo plagado del ruido de los revoltosos estudiantes, pero no tuvieron el menor contratiempo. Cuando bajaron de la lanzadera, Seyn se quedó esperando hasta que el droide salió y se instaló inmediatamente en su espalda.

—Vamos —dijo Sadori. Se inclinó hacia ella como si fuera a besarla, pero le susurró—. ¡Vas a hacerlo genial!

Ella le sonrió y sacó su comunicador.

—¡Hola, papá! —dijo animadamente—. Ya hemos llegado, estamos esperando para entrar. ¡Estoy muy emocionada!

—Deja de hacerme sentir viejo —dijo Del—. ¿Podrás quedarte con el comunicador? Tu… madre y yo estamos preocupados, ya sabes —podía imaginarse a Iden poniendo los ojos en blanco.

Sadori, mucho más alto que ella, alargó el cuello para mirar lo que tenían por delante y le hizo un gesto con la cabeza.

—Eso parece —le dijo a Del.

—Pasaremos a recogerte cuando hayáis terminado, avísanos.

—¡Gracias! ¡En un rato hablamos!

Garrick Versio tenía razón. El truco para engañar a alguien era mezclar tanta verdad como pudieras con tus mentiras y actuar con toda naturalidad. Seyn estaba completamente de acuerdo. Si te comportabas como si estuvieras en tu terreno, la gente solía ignorarte. De hecho, había quien podían oler el miedo. Y las gotas de sudor o una respiración acelerada podían ser muy delatores entre los humanos y casi-humanos, como en el atentado del Singularidad.

Así que no se soltó de la mano de su «novio», se mostró emocionada y obedeció las instrucciones que les daban, mientras transportaban riadas de estudiantes en lanzadera. Debía confiar en la mayor altura de Sadori para saber qué estaba sucediendo a su alrededor. Este le contaba todo lo que veía y consideraba relevante, formulando las frases de maneras que sonaban completamente inocuas, como: «uauh, debe de haber al menos veinticinco soldados de asalto. ¡Están formados a ambos lados de la puerta!».

Se le daba extremadamente bien. Si sus padres eran igual de buenos, Staven los estaba desperdiciando usándolos solo en combate.

Se congregaron frente a la puerta principal, donde colgaba un lazo rojo exageradamente grande. Un soldado de asalto estaba rígidamente en posición de firmes, con las manos enguantadas sujetando la empuñadura del largo vibrocuchillo que pronto cortaría el lazo.

La ceremonia era abierta al público. La información que Staven decía poseer indicaba que aquella sería la zona con más seguridad. Si algo se torcía, lo más probable era que fuese allí.

Mientras esperaban, Seyn repasó el plan. A las nueve horas locales, aproximadamente, el moff del lugar, Rys Deksha, y el dignatario visitante, el general Ivan Toshan, saldrían para inaugurar formalmente la fábrica. Se esperaba que los discursos y el posado para los droides cámara durasen veinte minutos y después los estudiantes podrían entrar a visitar la instalación. Sus identificaciones volverían a ser revisadas, pero esperaban una seguridad laxa, dado que aquel era un grupo reducido de adolescentes locales previamente autorizados. Empezarían a recorrer la fábrica a las nueve horas veinte minutos y la visita de dos horas culminaría en una recepción a las once horas treinta minutos, en un salón preparado para un banquete.

Allí los estudiantes podrían interactuar con el general, el moff y sus asistentes durante media hora. A mediodía, los estudiantes regresarían a su lanzadera y los dignatarios comerían en el mismo salón a las doce horas treinta minutos.

Pero aquello no iba a pasar. A las once horas cincuenta y cinco minutos todos los ocupantes del salón habrían muerto.

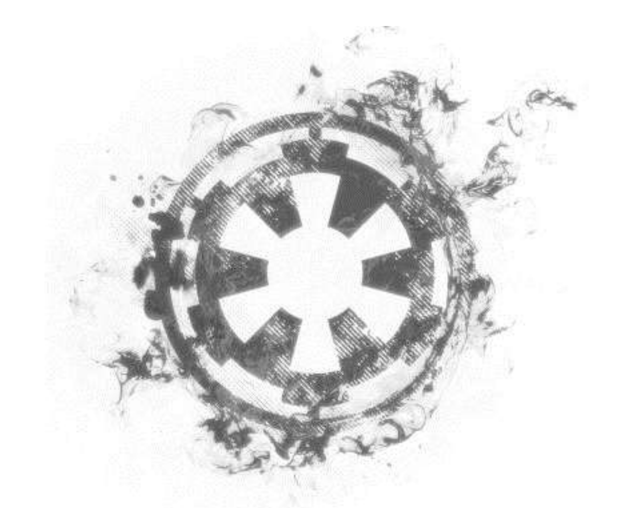
La ceremonia de corte del lazo fue como la seda, con Deksha y Toshan haciendo discursos breves y sin andarse por las ramas. Seyn tenía información sobre Toshan y sabía que, como muchos moffs, le gustaban las cosas buenas de la vida. Se preguntaba si habría alguien en un cargo de autoridad descontento con sus actuaciones recientes y lo habría mandado a aquel mundo de tres al cuarto como represalia. Lo cierto es que no parecía nada contento de estar allí.

Tras los discursos, los dos colocaron una mano en la empuñadura del vibrocuchillo y cortaron el ridículo lazo juntos, que se llevó volando una repentina brisa. Los droides cámara lo filmaron todo. Pretendían que fuera lo que se conocía como una pieza de relleno, pero Seyn sabía que acabaría siendo el material de una noticia de impacto.

Algo la removió por dentro y frunció el ceño, aplacando la sensación. Iden había dejado muy claro que no debían interferir en la ejecución del plan de los Soñadores. Seyn era una agente imperial, miembro de un equipo de élite y en las guerras se producían bajas. Y lo que estaba pasando allí, mientras unos alegres y excitados estudiantes abarrotaban la puerta principal, ansiosos por entrar, era una batalla tan real como cualquiera que librasen unas naves estelares.

Por supuesto, la detuvieron cuando llegaron al escáner principal y tuvo que explicarle a un guardia con aspecto de cansado que el droide disponía de autorización médica. Como prueba, mostró su identificación. La dejaron pasar.

Hasta el momento iba todo sobre ruedas. Era hora de entrar.



CAPÍTULO 23

—Espero de verdad que Seyn esté preparada para esto —dijo Staven. Iden y él pilotaban la nave mientras Del supervisaba a Seyn y Sadori a través de los ojos del droide.

—Yo también —contestó Del—. Pero parece bastante capaz. Y Sadori lo tiene todo bajo control —le divertía ver a Staven preocupado porque una supervisora profesional de Inteligencia Naval pudiera llevar a cabo una misión encubierta. Hasta el momento, Seyn se estaba integrando y averiguando más que cualquier otro miembro del escuadrón. Y pensar que todos la habían considerado una novata.

Tenían planes alternativos, como siempre. Pero aunque Staven mostraba sus reservas, tampoco parecía demasiado inquieto.

—¡Hola, papá!

—Hola, eh… corazón —dijo Del por el comunicador—. ¿Te han dado algún problema con tu droide médico?

—No, todo bien —respondió Seyn—. ¡Esto es genial! ¡Hay tanto que ver!

—Estoy impaciente porque me lo cuentes todo —dijo él—. ¡Mantenme informado! —apagó el comunicador y le dijo a Staven—. Están dentro. El droide ha pasado sin problemas y han montado la bomba.

—Ya sabes —dijo Staven—, el Imperio es gigantesco y complejo. A veces es muy, muy listo. A veces, es estúpido y pasa por alto las cosas más obvias. No es capaz de atrapar a un par de adolescentes que cuelan una bomba en un acto público.

Del también lo había pensado. Cuando su equipo completase la misión, tenían mucho que hablar con el Almirante Versio sobre hasta qué punto debían mejorar las medidas de seguridad.

Aunque, cuando regresasen los Soñadores ya no existirían y la Alianza Rebelde estaba demasiado condicionada por su propio código ético para plantearse una agenda tan violenta. Sus líderes quedarían tan horrorizados por lo que estaba a punto de suceder como el Imperio.

De hecho, como el propio Del, si era sincero.

Staven no había intimado con ningún miembro del Escuadrón Infernal excepto Gideon y, desde que había perdido a Nadrine y Kaev, estaba cada día más taciturno. No

hubo mucha cháchara para pasar el tiempo mientras esperaban que la excursión escolar completase su visita.

Del se reclinó en su silla, juntó las manos en la nuca y cerró los ojos, intentando concentrarse en algo que no fuera la inminente masacre.

En su imaginación vio brillantes cristales morados.

La fábrica era limpia, reluciente y muy imperial. Los estudiantes estaban impresionados, como correspondía. Parecían emocionados por estar allí, charlando, riendo y grabando vídeos en las zonas en que estaban autorizados. Allí no había soldados de asalto, solo guardias y unos pocos ingenieros preparados para responder a sus preguntas.

Por culpa del droide, Seyn volvió a despertar una atención que no deseaba. Un par de estudiantes se exclamaron al verlo, con la envidia transformándose en simpatía cuando Seyn les explicó que lo llevaba por prescripción médica.

—Oh, lamento oír eso —dijo una chica que le recordó inquietantemente a Nadrine—. ¿Puedes comer chocolate? Me lo regalaron por mi cumpleaños.

El chocolate era una rareza en aquella parte de la galaxia y Seyn hizo una mueca.

—Oh, no, no puedo comer.

—Debes de ser nueva en la escuela y eso no mola. Sobre todo cuando estás… bueno, si necesitas un droide médico… Soy Anice —dijo la chica—. Vamos, toma un trozo o se lo comerá todo mi hermano cuando vuelva a casa.

Seyn se quedó callada. Anice jamás volvería a casa.

—Cométela tú y dime lo bueno que está —le respondió, forzando una sonrisa.

—No tendrás que insistir —bromeó Anice, metiéndose un trozo en la boca—. Humm… ¡Buenísimo! ¿Seguro que no quieres? —volvió a ofrecerle.

—Es más divertido mirarte —aseguró Seyn. Haraganeó mientras el grupo pasaba a la siguiente sala. No quería más charla distendida con la rubia y pecosa Anice.

Tras lo que le pareció una eternidad, su guía les dijo:

—Bueno, ¡es todo por hoy, chicos! Hora de ir a la sala de recepciones, ¡donde podréis hablar con el general Toshan y nuestro moff Deksha!

Al fondo de la sala estaba la que sin duda era la mesa principal para los dignatarios visitantes. Estaba preparada con los mejores manteles, platos y utensilios de cocina. Había unos decantadores exquisitos preparados para un banquete que jamás se celebraría y por un instante loco se preguntó si contendrían vino toniray. Sería macabramente irónico hacerlo.

—¿Crees que podrás llegar a salvo? —susurró Sadori.

El droide podría, pensó, pero mientras reflexionaba aparecieron otros dos droides sirvientes por unas puertas laterales, cargados con bebidas y aperitivos no alcohólicos.

—No —dijo—. Pero creo que puedo llegar hasta el final de una de las mesas normales. Debería bastar. Voy a prepararlo todo.

Al principio de su visita guiada, había pedido ir al baño para «tomar la medicación» que le daba el droide. Allí, había sacado todo el material necesario para ensamblar las bombas personales. Se había pegado la suya al pecho y le había dado las piezas de la suya a Sadori que también se la había colocado en el baño.

Ahora le preguntó educadamente a un guardia dónde estaba el aseo de aquella parte del edificio. Al quedarse sola, abrió el caparazón del droide, sacó las piezas de la tercera bomba, engañosamente pequeña y la montó rápidamente.

Se detuvo al ir a ajustar el temporizador.

Repasó todo lo que la detonación de aquella bomba iba a darles.

¿Retrasaría la inauguración de la fábrica? Sí, y le traía sin cuidado.

¿Mataría al moff, al general y, de paso, a un puñado de asistentes? Aquello ya era más complicado, pero el Almirante Versio les había advertido que aquellas muertes eran aceptables si servían para la eliminación de los partisanos y la prevención de futuros ataques.

El moff Deksha y el general Toshan no iban a ser los únicos imperiales que morirían. Seyn pensó en Anice con su torpe y franca generosidad. En aquel hermano y padres desconocidos. En cuatro centenares más de estudiantes ruidosos, risueños y emocionados. Simples niños.

Seyn se quedó en el baño mucho, mucho rato, pensando.

Tomó una decisión y activó el temporizador.

Sadori la miró con cara de alivio cuando salió.

—Estaba preocupado —le dijo, rodeándola con un brazo—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo ella con firmeza. Por primera vez desde el principio de la misión realmente lo estaba—. El temporizador ya está en marcha.

—Eso nos da cinco minutos para salir. Parece que ya están todos aquí. Vamos. Yo los distraeré.

Recogieron copas de una bebida dulce y burbujeante de unos droides sirvientes y dieron unos sorbos, mientras se abrían paso hasta el final de una de las mesas del fondo, a dos metros de la principal, en la que se celebraría el banquete de los dignatarios. Con el cuerpo de Sadori cubriéndola, Seyn dejó caer la bomba con cuidado por la manga y se la pasó al droide.

—Hola, papá —dijo por el comunicador—. No me encuentro muy bien. ¿Puedes venir a recogerme?

—Ahora mismo voy.

Seyn respiró hondo.

—Bajo la mesa, en el centro, ajustada a dentro de quince minutos. Después vuelve a mi espalda —susurró al ID 10.

El droide emitió un pitido, descendió hasta colocarse al nivel de la mesa y procedió a hacer lo que le había ordenado. Después, con la misión cumplida, regresó a la posición de escolta.

—¡Ya!

Sadori y ella atravesaron la multitud tan rápido como pudieron, sin llamar la atención, con cuidado de no mirar a los ojos a nadie. Sadori era como la proa de un antiguo barco, apartando a la manada de adolescentes con Seyn siguiendo sus pasos y agarrándole fuerte la mano con el corazón saliéndosele del pecho.

Llegaron al vestíbulo y salieron, alejándose del edificio tan rápido como podían. La lanzadera llegaría de un momento a otro.

Y entonces Sadori aminoró el paso. Perplejo, volvió la vista hacia la fábrica.

—Ya debería haber estallado —dijo.

Estallar. Matar a todos los presentes en el salón del banquete. Matar a cerca de cuatrocientos súbditos inocentes del Imperio, que lo único que habían hecho era nacer en aquel planeta y ser alumnos de una de sus escuelas.

Seyn le tomó de la mano.

—Seguro que va todo bien —le tranquilizó.

Él se aferró a su mano, pero volvió a mirar atrás. Seyn tiró de él.

—Están aterrizando —advirtió—. Vamos, Sadori. ¡La bomba va a estallar!

Pero Sadori negó con la cabeza.

—Algo va mal. La bomba no funciona.

Funcionaba perfectamente. Con un retraso de quince minutos, en vez de cinco, para que los excitados estudiantes tuviesen tiempo de meterse en su lanzadera y pasar el viaje de vuelta comentando lo que habían visto.

Para que el hermano de Anice pudiese robarle su chocolate.

—Sadori —le dijo, suplicando.

El joven kage se volvió hacia ella y la agarró con ternura por los antebrazos. Tenía los ojos muy abiertos y la pareció extraño, tan extraño, verlos marrones y no con aquel rosa cálido y levemente radiante habitual.

—Seyn —murmuró con voz temblorosa—. Llevo toda la vida combatiendo. Como mi familia… como mi gente. He combatido para algún día poder dejar de hacerlo. He combatido por ese futuro. Creo en él y debo hacer todo lo posible para asegurarme de que llega.

No podía estar diciendo lo que creía. Asustada como no lo había estado jamás, levantó las manos y las puso sobre las mejillas de Sadori, emborronando los tonos melocotón del cosmético y revelando su piel gris pálida. Queriendo ver *su* piel, *sus* ojos.

—Sadori, vale, no pasa nada. Quédate conmigo —su voz se quebró al decir la última palabra.

«Quédate conmigo diez minutos más y esos niños vivirán.»

«Quédate conmigo diez minutos más y tú también vivirás.»

«Quédate conmigo.»

—Me da igual —respondió débilmente y con pesar—. Solo desearía que… desearía que ese futuro hubiese sido junto a ti.

Y entonces apretó sus labios contra los de Seyn, besándola al principio tímidamente y después, cuando ella le devolvió el beso, con urgencia, apasionadamente. Se aferró a él, pensando absurdamente que podría retenerlo, pero entonces sintió que una ráfaga de aire frío llenaba el espacio que de repente separaba sus cuerpos, Sadori ya se había marchado, corriendo más rápido con sus fuertes y largas piernas de lo que ella podría jamás.

En vano, estúpidamente, intentó alcanzarle, gritando su nombre, hasta que tropezó y cayó con fuerza al suelo. Donde la recogió Del surgido aparentemente de la nada.

—¿Qué demonios ha pasado? —gritó Staven, con la cara enrojecida y una mirada de miedo e ira mientras Del corría hacia la nave con Seyn en brazos.

«La bomba estaba averiada», debería haber mentido Seyn. «Sadori volvió a la fábrica para cumplir la misión.»

Pero era incapaz de hablar. Se llevó la mano al pecho, donde llevaba pegada la bomba de último recurso. Donde llevaba a Sadori.

«Sadori… lo siento mucho…»

La nave despegó en el mismo momento en que la fábrica estallaba.

En menos de un minuto, estalló también la bomba que Seyn había retrasado. Con los ojos emborronados por el dolor, la alegría, o ambas cosas, miró por el parabrisas y vio centenares de figuras huyendo para ponerse a cubierto.

Los siguientes días pasaron como un borrón.

Seyn nunca había visto semejantes demostraciones de afecto por parte de los padres de Sadori. Al principio, cuando la nave regresó a Jeosyn y Staven les contó lo ocurrido, se mostraron desconcertados y se limitaron a asentir. Estuvieron correctos, incluso amables, con Seyn, envolviéndola en una manta y sentándola junto a la estufa para sacarla del estado de shock, aunque a ellos les estaba pasando exactamente lo mismo.

La reunión estratégica posterior fue asombrosamente tranquila. Y Seyn entendió enseguida el porqué. No había traición en aquella muerte, como en las de Nadrine y Kaev. No había ira ni violencia que inflamase emociones más oscuras y básicas como en el interrogatorio de Azen… o, mejor dicho, su ejecución.

Sadori, la alegría de Ru y Halia Vushan, al que querían tanto que apenas lo perdían de vista, había muerto valerosamente, participando en una misión vital en la que había fallado su material. A ojos de los Soñadores era un héroe.

Aquello hizo que algo en su interior, algo que Seyn ni siquiera sabía que existía, se encogiese como un pequeño animal en su madriguera.

Se ciñó a su coartada. Sí, había trabajado con cuidado. Sí, había dado instrucciones al droide para que ajustase el temporizador a cinco minutos. No, no había notado que nada fuese mal con el temporizador ni con la bomba. Sí, había intentando convencer a Sadori

para que no sacrificase su vida y sí, se había equivocado porque los Soñadores no hacían aquellas cosas. Sí, se sentía orgullosa de Sadori y nunca jamás lo olvidaría.

Sí, Sadori Vushan era un héroe.

Seyn no estaba segura de qué era peor… que Sadori hubiera muerto o que lo hubiera hecho intentando asegurarse de que cuatrocientos estudiantes murieran con él.

Después Del y Piikow fueron interrogados sobre la preparación de la bomba. Aseguraron haberlo hecho todo bien y haberse revisado mutuamente el trabajo.

Staven se sentía frustrado, pero no culpaba a nadie por lo que, en definitiva, había sido un auténtico desastre.

—Nadie es dueño de la suerte —dijo—. A veces hemos tenido buena. Otras, mala. Esto no ha sido culpa de nadie. Solo… mala suerte. Ahora debemos asegurarnos de que Sadori no haya muerto en vano.

Iden quedó en ir a dar un paseo con Seyn lo antes posible. Las dos salieron del campamento del brazo y con las cabezas juntas. Iden percibió la simpatía de los demás al mirarlas, estaban bastante cerca como para observarlas, pero no para oírlas.

—¿Qué pasó, exactamente? —preguntó Iden, en voz baja—. Del teme que se le pasase algo por alto.

—No —dijo Seyn. Su tono fue plano y tenía la mirada perdida, pero sonó serena y controlada—. Asumo toda la responsabilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Tomé la decisión de retrasar el temporizador sobre la marcha. De todas formas, iba a estallar matando a Toshan y Deksha y provocando graves daños al edificio, pero lo haría cuando los estudiantes ya se hubieran marchado.

Iden se compadeció por ella. Con ternura, le dijo:

—Ya habíamos hablado de eso. Era un sacrificio necesario.

—Yo pensaba lo mismo hasta que estuve allí —dijo Seyn—. Eran inocentes hijos del Imperio. Cerca de cuatrocientos. Los Soñadores iban a dejar claras sus intenciones igualmente. No arruiné el golpe, solo… lo modifiqué.

Iden empezaba a encajar las piezas.

—Sadori no sabía que habías retrasado el temporizador. Y volvió.

—Hizo detonar su bomba —no hubo rastro de emoción en la cara de Seyn.

Iden forcejeaba por encontrar las palabras. No era habitual que se sintiera impotente.

—No fue eso lo que os ordené. Aunque no puedo decir que lamente que esos estudiantes hayan sobrevivido.

Seyn frunció los labios y para su sorpresa, se cubrió la cara con las manos.

Iden sintió una punzada de temor.

Por primera vez, se sintió realmente preocupada de que Seyn no estuviera a la altura de las circunstancias. El resto del equipo tenía experiencia en combate cuerpo a cuerpo.

Seyn se había pasado la vida sentada en oficinas oscuras, viendo pantallas de vídeo, escuchando conversaciones simultáneas en múltiples idiomas y estudiando informes. La mayor parte de su experiencia sobre el terreno había sido en simuladores. Nunca se había visto obligada a tomar decisiones realmente difíciles. Como salvar a cuatrocientos estudiantes o como ver que alguien a quien conoces, alguien que te importa incluso, se aleja corriendo de ti para volarse en pedazos.

Y había sido ella la que le había ordenado a Seyn que fingiera tener algún interés romántico por Sadori.

—Me besó —explicó Seyn, abruptamente. Iden volvió a estremecerse, inmersa en un terremoto de emoción—. Justo antes de volver corriendo hacia la fábrica. Intenté detenerle, pero era… *más rápido*… jamás podré quitarme esa imagen de la cabeza —susurró Seyn en voz baja.

A Iden se le tensó la mandíbula, intentando encontrar palabras de consuelo.

—Todos sabemos qué es eso —dijo, cordialmente.

Seyn levantó la cabeza. Aún había lágrimas en sus ojos, pero estaba furiosa.

—No, no lo sabéis.

—Seyn, yo he…

—Me da igual lo que hayas vivido. Ni lo que haya vivido el resto del equipo. Vosotros no sois como yo.

Iden volvió a empezar.

—Seyn, yo he…

Seyn le hizo un gesto con la mano para que se callase.

—Cállate. *Cállate.* Tú, Del, Gideon… al final olvidaréis lo que habéis visto. No todo, claro. Pero el tiempo lo aplacará y perderá viveza. Olvidaréis algunos detalles. Yo no. Yo *no puedo*.

Un horror repentino llenó a Iden, al entender lo que aquella muchacha intentaba decirle.

Seyn poseía una memoria eidética.

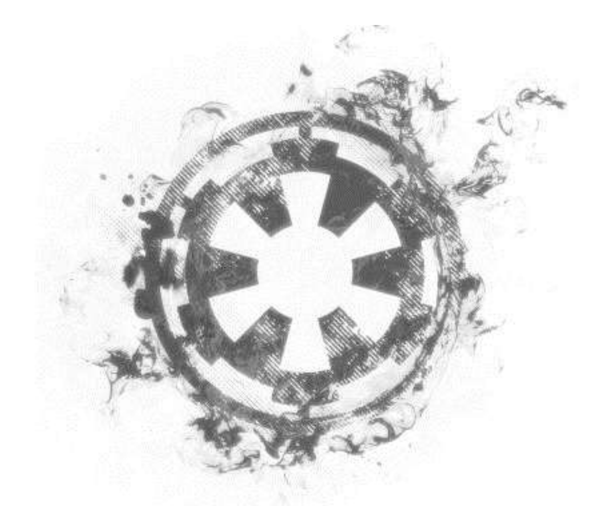
Aunque Iden, Hask o Del recordasen algo espantoso que les hubiera ocurrido en la vida, con el tiempo terminaría diluyéndose, al menos en parte. Con Seyn no sería así. Siempre que pensara en los acontecimientos de aquel día, los vería… no envueltos en el velo de los recuerdos remotos, sino como si estuvieran sucediendo frente a ella, otra vez y todo por la decisión que había tomado.

—Oh, Seyn —le dijo—. Lo siento.

Y así era, pero no podía hacer nada. Seyn tendría que cargar con aquello sola.

Se quedaron quietas un rato, con sus caras adquiriendo distintos tonos de gris por la luz del atardecer y los liqúenes. Iden miró a su subordinada, su amiga y le pareció ver la cara afable y gris de Sadori.

Se quedaron allí un buen rato.



CAPÍTULO 24

Cuando volvieron, encontraron a Halia esperándolas. La guerrera kage apenas saludó con la cabeza a Iden, pero se acercó a Seyn y le puso una mano sobre el hombro con ternura.

—Sé que no debes de tener hambre —le dijo—, pero hemos preparado algo. Es lo más parecido al plato preferido de Sadori que se podía conseguir. ¿Nos acompañas?

—Gracias —respondió Seyn, con voz ronca—. Será un honor.

Iden las vio marcharse.

«Se suponía que esto no iba a ser tan duro», pensó. «Se suponía que debíamos encontrar la información y largarnos. Y no creo que estemos más cerca de lograrlo que cuando llegamos.»

El Mentor se acercó a ella.

—La mayoría de nosotros ya hemos visto morir en combate antes —explicó—. Ya hemos perdido a alguien. Seyn no. Se recuperará. Es fuerte.

«Encontrar la información y largarse.» Se volvió hacia el Mentor, asintiendo.

—Eso espero.

—Los Vushan le han pedido que comparta con ellos el shun-rai… la cena póstuma —dijo—. Para homenajear a sus muertos, los kage comen su plato preferido y dejan un sitio libre para que su espíritu les acompañe.

—Hay gente cuyos platos preferidos sería incapaz de probar jamás —respondió ella, intentando aligerar la conversación.

El Mentor se rio tímidamente.

—Tienes razón —admitió él—. Una vez estuve en una cena en la que si lo que mordías no se retorcía es que no estaba lo suficientemente fresco.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Iden.

El Mentor agitó una mano desdeñosamente.

—Muy lejos de aquí —fue lo único que dijo.

—Todo esta lejos de aquí.

El volvió a reírse entre dientes e hizo ademán de regresar a la cueva.

Ella le agarró por una manga.

—¿Mentor?

—¿Qué pasa, Iden?

—¿Puedo… hablar contigo?

La cara amable del Mentor se arrugó por la preocupación.

—Por supuesto —dijo—. Vamos a dar un paseo.

Echaron a andar. Iden caminaba en silencio, preguntándose cuándo empezar a hablar.

—Me dijiste que tú y yo tenemos mucho en común —le dijo, finalmente.

—Sí, aunque estoy seguro de que también somos muy distintos. La gente quiere creer que los seres a los que admira o le gustan son como ellos y no es así.

—¿Tú me admiras? —aquello la sorprendió y se detuvo un momento para mirarle fijamente.

—Pues sí —respondió—. Mírate. ¿Cuántos años tienes, veintiuno? ¿Veintidós? Y mira todo lo que has logrado. Primera de tu promoción, piloto de TIE, superviviente de la Estrella de la Muerte. Y después de eso, tienes el valor de cuestionarte tus convicciones, analizar si realmente se sostienen. Hay gente incapaz de llegar tan lejos en la autocrítica. Lamento no haberme dado cuenta de que Azen o como se llamase, era un agente imperial, pero me alegro de que te trajera hasta nosotros, como mínimo.

Iden se sintió bombardeada por emociones encontradas. Por una parte, el Mentor, un completo desconocido para ella hasta hacía muy poco veía sus logros, aunque uno de ellos fuera falso, y los elogiaba abiertamente. ¿Cómo podía tener mejor opinión de ella aquel extraño que su propio padre?

—Me hablaste de una ahijada —se encontró diciendo—. ¿Tenías familia?

La pena se apoderó de sus rasgos aguileños.

—No he tenido mucha suerte en el amor —respondió—. Mejor dicho, tuve la suerte de conocer a muchas mujeres notables, pero nada duradero. Y sí, tuve una familia en el pasado, una familia imperial. Una mujer a la que amaba y la hija de esta que, bueno… cada vez que sonreía, para mí era como si saliera el sol. Bueno, ahora ya sabes que algo sé sobre lo que significa abandonar a tus seres queridos, darles la espalda. Pero ahora —señaló el campamento— los Soñadores son mi familia. Somos todo lo que tenemos. Así que debo cuidar de ellos lo mejor que pueda.

—Y compartir lo que has aprendido —añadió Iden.

—Como tú. Como los kage, como Staven. Somos una familia y, a pesar de nuestras diferencias, seguimos juntos y remamos todos en la misma dirección.

—Hay momentos —afirmó Staven, dando un trago largo a la botella— en que metería al Mentor en una nave y lo mandaría a cazar caranaks salvajes —le pasó la botella a Gideon.

Este bebió. Aquella tarde había visto marcharse a Iden primero con Seyn y después con el Mentor. Seyn había vuelto y ahora estaba flanqueada por un guerrero kage a cada

lado, como si la hubieran adoptado. Parecía llevarlo bien. Del y el chadra-fan andaban por ahí, haciendo sus cosas.

Iden le miró antes de irse con el Mentor y él lo interpretó como una señal para que siguiera trabajándose a Staven. Lo que le iba como anillo al dedo. La intensidad de Staven le resultaba estimulante y le divertía pasar el rato con él tanto como dirigir la conversación, como en aquel momento.

—¿Por qué no lo haces? —le preguntó, devolviéndole la botella al líder partisano.

—No puedo, por desgracia —gruñó Staven.

—¿No eres el líder?

—Demonios, sí, soy el líder. Por eso me he encargado de que no participe en ninguna misión. Podría meternos en problemas.

Aquella era la tercera botella que compartían esa noche y aunque Gideon soportaba bien el licor, empezaba a afectarle. Afortunadamente, a Staven le estaba perjudicando más. Sus palabras, un tanto balbucientes, fluían con más libertad de la habitual.

—¿Cómo puede meternos en problemas?

—Alguien puede reconocerle y entonces todo se irá al infierno —se quejó Staven levemente irritado, como si Gideon tuviera que saberlo ya.

Iden tenía razón. Debía admitir que solía tenerla. El Mentor era, o había sido, alguien importante. «Todo se irá al infierno.» ¿Qué quería decir Staven con aquello?

—Bueno, no parece hacer gran cosa para ganarse el sustento —afirmó Gideon, encogiéndose de hombros—. Los demás hacemos todo el trabajo y afrontamos todo el peligro. Tres personas muertas, cuatro contando a Azen mientras él está aquí sentado sermoneando a todo el mundo.

—Es un acuerdo de compromiso —aclaró Staven, con un suspiro y dio otro trago largo, antes de devolverle la botella a Gideon—. Pero si pudiera deshacerme de él y la imperial, no lo dudaría ni un segundo.

Gideon estuvo a punto de atragantarse y escupió al reírse.

—¿La imperial? —oh, aquella sí que era buena. Estaba impaciente por contárselo a Iden.

Staven sonrió.

—Iden —dijo—. No sé, Gid. Es decir… resulta que Azen era agente imperial. Ahora lo sabemos. Ella no tuvo nada que ver con el fiasco de la bomba. Pero me pregunto si Azen actuaba solo y no puedo librarme de la sensación que Iden no es de fiar.

Aquello era algo de lo que el Escuadrón Infernal en pleno era dolorosamente consciente. Gideon respiró hondo, intentando hacer otra sutil defensa de su comandante. Pero se detuvo. Iden quería poner una facción en contra de la otra. Gideon no debía defenderla… ni a Dahna, ni a Piikow, ni a Del.

Debía atacarlos.

Y eso hizo.

—Sí —convino—. Sé a qué te refieres. A mí me parece que podría delatarnos en cualquier momento.

—¿En serio? —preguntó Staven.

—Sí —dijo Gideon—. ¿Dónde están Del y Piikow? ¿No se supone que deberían estar reparando la lanzadera?

Staven frunció el ceño.

—Sí —dijo—. Tengo que hablar con ellos cuando vuelvan —dio otro sorbo, pensativo.

«Nosotros» contra «ellos.»

«Siempre funciona», pensó Gideon.

—¿Cuánto llevas trabajando en estas cosas? —preguntó Del. Estaba con Piikow en las cuevas, con las estatuas. Bajo la atenta vigilancia del chadra-fan, habían abierto otra estatua, desmontándola pieza a pieza, midiéndolo y grabándolo todo con escrupuloso detalle. Dadas las estilizadas formas humanas tanto del caparazón exterior como de los componentes internos, Del se sentía como si estuviese realizando una autopsia, más que desmontando una máquina. Mientras hablaba, levantó un cristal redondo. En la mano notó que era cálido y latía, como si realmente fuera el corazón que probablemente pretendían imitar.

—Unos seis meses —contestó Piikow—. No tengo mucha movilidad, ni puedo cargar cosas pesadas, por eso me emociona que estés interesado y me eches un mano. Hasta ahora, todas las investigaciones que he hecho se han basado exclusivamente en la escultura caída.

—Un experimento claramente limitado —constató Del. Ya habían detectado una diferencia entre las dos. Los cristales del interior de la estatua caída estaban más apagados que los que habían visto en la más nueva y los de esta última estaban mucho más calientes.

Del negó con la cabeza.

—Debo reconocer que estas cosas empiezan a inquietarme.

—En el buen sentido, ¿verdad? —las orejas recortadas de Piikow estaban inclinadas hacia delante, expectantes.

—Sí —dijo Del. Y era cierto—. Si aceptamos que eran máquinas y que estos cristales eran sus celdas de combustible… ¿Por qué contienen tantos? ¿Y por qué tallarlos con distintas formas? ¿Cada uno tenía una función específica?

Del estaba sentado en el suelo de piedra con Piikow al lado. El chadra-fan acababa de usar un martillo y un cincel para abrir el cristal que correspondía al hígado; su teoría de que estaban tallados para representar los órganos era correcta. No había nada dentro. Era cristal sólido al que no le gustaba que lo rompiesen. El latido y el brillo se apagaron.

Piikow lanzó un gruñido de desesperación.

—Bueno, esto lo ha destruido.

Del se rio, señalando con una herramienta hacia las hileras de estatuas, que parecían extenderse hasta el infinito.

—Tenemos unas cuantas piezas de recambio.

—¡Vaya que sí! —coincidió jovialmente su compañero—. Si tuviéramos tiempo.

Del levantó la vista, frunciendo el gesto.

—¿Qué quieres decir? —¿Acaso los partisanos planeaban cambiar de campamento? Notó que no lo deseaba.

Había comprobado que el humor del chadra-fan era voluble, y en aquel momento tenía las orejas gachas.

—Vivimos permanentemente al límite. En cualquier momento, cualquiera de nosotros podría morir durante una misión. El Imperio podría localizarnos. O… —levantó sus grandes ojos hacia Del—. No sé cuánto nos queda. Es muy melodramático, lo sé, pero así es. Aunque supongo que es igual para todos, ¿no?

Del volvió a concentrarse en el cristal que tenía en la mano.

—Sí, supongo que sí. Para nosotros más que para la mayoría. Debemos aprovechar bien el tiempo que tenemos.

—Creo que ahora mismo lo estamos aprovechando muy bien —respondió Piikow, recuperando su habitual optimismo.

—Y yo —contestó Del, obligándose a sonreír. Miró el «cráneo» que había abierto y el cristal en forma de cerebro que albergaba en su interior.

Cerebro. Si podía convencer a Iden o al Almirante Versio, que el extraño y danzante cerebro de Piikow era interesante, que podía resultar valioso al Imperio… quizá no lo matasen. En aquel momento Piikow no se estaba tratando de su enfermedad. El Imperio disponía de recursos infinitos… si decidía aprovecharlos.

—Vamos a desentrañar este misterio —exclamó Del con firmeza—. Empezaremos averiguando cómo demonios le decimos a estas estatuas lo que queremos que hagan.

Piikow se revolvió jovialmente y aplaudió sonriendo de oreja a oreja.

«Tenemos un trabajo que hacer», se recordó Seyn una semana después del desastre de la fábrica. Iden pasaba la mayor parte del tiempo en compañía del Mentor y los que parecían más cercanos a este… Dahna, Del y Piikow. Gideon, por su parte, parecía camino de usurparle el puesto de segundo de mando a Dahna. Staven y él solían quedarse bebiendo y hablando todas las noches. Y Del no dejaba de salir por ahí con el chadra-fan. Se llevaban algo entre manos, pero en sus conversaciones a cuatro bandas, cada vez menos frecuentes, Del les explicó que solo intentaba sacarle tanta información como pudiera sobre los límites del conocimiento y tecnología de los partisanos.

Desde la muerte de Sadori, su familia se había acercado a la línea dura de Staven, a su manera sangrienta de ver las cosas. Tenía lógica, estaban dolidos, querían venganza y se habían criado en la violencia.

Seyn se encontró sentada junto a ellos, comiendo con ellos y, una noche, Halia se sinceró y le habló de la infancia de Sadori. La familia estaba tan apesadumbrada que Seyn se sorprendió sinceramente al oír anécdotas divertidas. Se descubrió sonriendo y deseando que Sadori estuviera allí para que sus seres queridos pudiesen burlarse afectuosamente de él.

Seyn se recordó a sí misma que *no* era la novia de Sadori, era miembro de un escuadrón de élite y tenía un deber que cumplir. Necesitaba huir de aquella confusa melancolía, Sadori había muerto y ya no tenía que seguir flirteando ni fingiendo.

Lo que debía hacer era volver a ser la persona que era antes de aquella misión.

Lo que debía hacer era escuchar.

Y eso hizo. Finalmente, Staven tuvo más trabajo para ella. Le reconfortaba recuperar los viejos hábitos: concentrarse en las falsificaciones y escuchar furtivamente las conversaciones ajenas.

«…he oído que Staven está peleado con el Mentor…», Halia hablando con Ru en su idioma, con preocupación. Seyn se alegró. Hask estaba avivando el fuego.

«…nos estamos quedando sin fruta de Dahna, ¡será mejor que vaya a buscar!», Piikow, burlándose de Dahna para intentar calmar el ambiente. La twi'lek se rio entre dientes y en el mismo idioma le contestó que era él quien se la estaba acabando.

«…no confía en ella.» Este era Ru, contestando a su mujer. «Ni yo tampoco.»

Seyn no apartó la vista de la fruta de Dahna que se estaba comiendo. Aquello podía ser importante. ¿De quién no se fiaba Ru?

«Es la hija de un imperial, pero desertó», estaba diciendo Dahna. Su dominio del idioma kage era burdo, pero suficiente para entenderles.

«Staven sigue creyendo que es una imperial», contestó Ru. «Dice que quiere verla muerta.»

Aquello no era bueno, aunque no fuera del todo inesperado. Su plan «divide-y-vencerás» corría el riesgo de derivar en verdadero peligro, aunque todos lo tenían asumido.

Piikow dijo delicadamente:

—Hemos perdido a tantos. Tantos. Y aquí estoy yo, tan viejo y enfermo, vivo, mientras Nadrine, Kaev y Sadori han muerto.

—Aprecio a los Vushan, pero fue un error criar a Sadori como lo hicieron —afirmó Dahna, en voz baja—. Crecer rodeado de esto. Quizá jamás se le ocurrió que pudiera haber otra forma de cumplir con su misión.

—¡Ru y Halia le querían! Hicieron lo que creían adecuado, igual que Sadori —replicó Seyn, molesta porque Dahna tuviese tan mal concepto de los kage pero sin alzar la voz, para que los Vushan no la oyeran.

Se la quedaron mirando fijamente y se dio cuenta, demasiado tarde, que Dahna no estaba hablando en básico. Piikow le había hablado en su idioma y la twi'lek le había contestado de la misma manera.

Igual que Seyn.

Dahna, muy débilmente, le dijo:

—Seyn… ¿hablas el idioma de Piikow? Dijiste que hablabas básico y huttés.

—Algo he aprendido —respondió Seyn.

—El chadra-fan no se «aprende» así como así —dijo Ru, en idioma kage.

—Me… me mentiste —titubeó Dahna, en twi'leki.

Los kage se quedaron muy, muy quietos. Sus caras eran duras e indescifrables, como puertas cerradas. Los ojos negros de Piikow se abrieron como platos y la miró, conmocionado. Seyn se mantuvo impávida, sin borrar su leve sonrisa, como avergonzada por haberles molestado y un tanto confundida por lo que estaba pasando.

—Staven insiste en que Azen no trabajaba solo —gruñó Dahna. Después, en un tono irritado y dolido, añadió—. Pero *jamás* sospechamos que fueras tú.

«Solo es una suposición», pensó Seyn. «Tendrá que convencer a los demás.» Aunque se aferraba a aquella idea, en lo más hondo de su corazón sabía que era en vano. Una semana antes, habría bastado. Aunque Dahna hubiese notado su reacción, no habría pensado nada al respecto. Nadie lo habría hecho, Seyn «la esclava» era la niña bonita del campamento. Pero después que la misión de la fábrica se torciese tan espantosamente, todos estaban furiosos y buscaban un chivo expiatorio al que cargarle las culpas.

Seyn había sido la última en ver con vida a Sadori. Los kage prácticamente la habían aceptado como a su futura nuera y le caía bien incluso a Staven. Era Iden de quien desconfiaban, nunca de ella y recordó a la twi'lek arriesgando su vida y la de todo su equipo, para salvar a una esclava fugitiva.

Igual que Sadori, Dahna la apreciaba y ahora le había roto el corazón.

—Es solo… que se me dan bien los idiomas —afirmó—. Ya sabes cómo va eso. Cuando eres esclava tienes que aprender a adaptarte a todo rápido.

Dahna alargó una mano bruscamente, la agarró por la muñeca tan fuerte como unas esposas aturdidoras y la levantó.

—¡Staven! —gritó Dahna y su voz resonó por todo el campamento—. ¡Staven!

Fue hacia la zona común, arrastrando a la tambaleante Seyn. Esta conocía al menos tres maneras de liberarse de la sujeción de Dahna. Podía huir hacia la oscuridad de la noche. Había estudiado el terreno y conocía varios lugares en los que podría esconderse. Había aprendido también qué podía comer y qué no para sobrevivir.

Pero sabía que no iba a huir. Acababa de fastidiarla, terriblemente y debía repararlo. Debía plantarse ante los Soñadores y convencerles de que Dahna estaba equivocada.

Empezó a llorar, asustada.

—Dahna, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho? ¡Me haces daño!

Piikow se apresuró a seguir el paso largo y ágil de la twi'lek.

—Dahna, ¿estás segura? ¡Debes estar segura antes de acusarla de eso!

—Piikow, sabes lo que tardé en aprender a hablar tu idioma. Deja que te pregunte algo… ¿por qué mintió sobre esto? La gente solo miente cuando tiene algo que ocultar. Pienso descubrir qué oculta Seyn.

Cuando Dahna terminó de cubrir la distancia que separaba la cueva dormitorio de la principal, todos estaban ya allí reunidos.

—Dahna, ¿qué ha pasado? —le preguntó Staven. Tenía a Gideon al lado.

Dahna, mostró los dientes en un gruñido hostil y tiró a Seyn con fuerza junto a la estufa, donde estaban sentados, charlando, Iden, Del y el Mentor.

—Creías que Iden era la traidora. Pero yo creo que es ella.

—Un momento, ¿qué? —dijo el Mentor, mirando a Seyn, con sus ojos azules muy abiertos de perplejidad.

—Piikow y yo estábamos hablando en su idioma y ella no solo nos entendió, sino que nos contestó. Siempre ha asegurado saber solo *dos idiomas*. ¿Quién miente sobre los idiomas que domina cuando se une a unos guerrilleros?

—Quien pretende espiarlos —dijo Staven.

Seyn vio distintas emociones pasando fugazmente por las caras de los partisanos… la confusión convirtiéndose primero en incredulidad y después en sospecha. Pero ninguna certeza. Aún no.

—¡Oh, Seyn! —la voz gorjeante y levemente chillona de Piikow estaba cargada de dolor—. La segunda explosión.

—¿Qué? —preguntó Halia bruscamente.

—Todos asegurasteis haber oído una segunda explosión, poco después de que estallase la bomba de Sadori —mirando a Staven, Del e Iden, añadió—. Era una fábrica de armas, por eso todos supusisteis que fue la munición explotando, pero no lo fue —volvió sus enormes ojos negros hacia Seyn—. Fuiste tú, ¿verdad? Fuiste tú la que ajustó el temporizador. Afirmaste haber dado instrucciones al droide para que lo ajustase en cinco minutos… pero creo que no lo hiciste. Creo que la segunda explosión fue nuestra bomba… preparada para detonar con retraso —tragó saliva—. Sadori… murió inútilmente.

Aquella gente no creía en segundas oportunidades. Acababan de ser traicionados por un agente imperial, alguien en quien creían poder confiar.

Y ahora… les volvía a suceder. Seyn no podía esperar ningún tipo de compasión.

No corrió el riesgo de mirar a los ojos a ningún miembro de su equipo. ¿Qué podían hacer? Si intentaban defenderla, solo levantarían sospechas. Pero, por el rabillo de sus humedecidos ojos, vio el horror en sus caras.

Sus amigos estaban inmóviles, sin decir nada. No podían y Seyn no les culpaba por ello. No debían suscitar ninguna sospecha.

—Dejádmela a mí —pidió una voz gélida. Era Halia. Ya había desenfundado su vibrocuchillo, que chisporroteaba en tonos morados oscuros en la penumbra. Tenía a su marido al lado, con los brazos cruzados frente a su amplio pecho. Los ojos le ardían de ira, pero no tuvo problema en ceder la ejecución a su esposa.

—Esperad, debemos llegar hasta el fondo de este asunto —dijo el Mentor—. Podría tratarse de un malentendido.

—No te metas, Mentor —la voz de Ru cargaba con un matiz de fría advertencia—. Tú no has perdido un hijo.

—No. No *perdí* un hijo carnal, pero una mujer a la que quería fue asesinada ante mis ojos por oponerse a la injusticia. Mi ahijada murió sirviendo a la causa partisana y he traicionado a mi familia, muy probablemente para siempre, con los actos que he cometido *también* al servicio de la causa partisana. Sé que estáis apenados, Ru. Pero no pienses que no sé lo que es sufrir.

Se volvió hacia Staven y dijo, sombríamente:

—No creo que lo hayas olvidado, Staven. ¿Verdad?

—Ya sabes que no —le contestó Staven y señaló con un dedo a Seyn—. Pero si es una agente imperial, debe morir.

—*Si* es una agente imperial. *Si* —respondió el Mentor—. El mundo es un pañuelo pero tiene su lógica. He llegado a aceptar que, en ocasiones, debemos matar gente solo porque se interpone en nuestro camino. Si resulta que de verdad es una traidora, yo mismo la mataré. ¡Pero *no* debemos enfrentarnos unos contra otros!

Miró a Staven y a los demás, uno por uno, con los brazos abiertos, como si quisiera abarcarlos a todos.

—Nosotros, los Soñadores… somos los únicos que quedamos, por lo que sabemos. ¡Y en el último mes hemos perdido a tres de los nuestros! ¡No podemos permitirnos rebanarle el cuello así, sin más!

—¿Y qué quieres hacer con ella? —preguntó Dahna. Seyn se dio cuenta de que, a pesar de todo, Dahna deseaba desesperadamente que alguien demostrase que se equivocaba. Seyn era incapaz de mirar a la twi'lek.

—Para empezar, podríamos revisar los bancos de datos del droide —sugirió el Mentor.

No. Seyn no podía permitirlo. No había manera de saber qué podrían encontrar.

—No será necesario —dijo—. Piikow tiene razón. Retrasé el temporizador porque no quería participar en el asesinato de cerca de cuatrocientos estudiantes.

—¿Eres una agente imperial? —dijo Staven en tono gélido.

—No —contestó.

—Ya os lo he dicho —intervino Halia—, dejádmela. Le sacaré la verdad, ¡aunque tenga que arrancarle a tiras esa bonita piel!

—¡Alto! —el tono de Staven no dio pie a más debate. Ru agarró a su mujer por el brazo, negando con la cabeza. Staven fue hasta Halia y le arrebató el cuchillo. Ella se quedó con su marido, ambos abrazados y ocultando sus caras. El dolor que transmitían era palpable y a Seyn le pareció más doloroso que el cuchillo.

Ya había demasiadas cosas que no podría borrar de su cabeza, aunque saliera viva de aquello. Si Staven dejaba que el interrogatorio lo realizase el Mentor, quizá podría convencerle de que era demasiado blanda y había actuado impulsivamente. El Mentor, Dahna y Piikow estaban buscando argumentos para creerla, lo sabía.

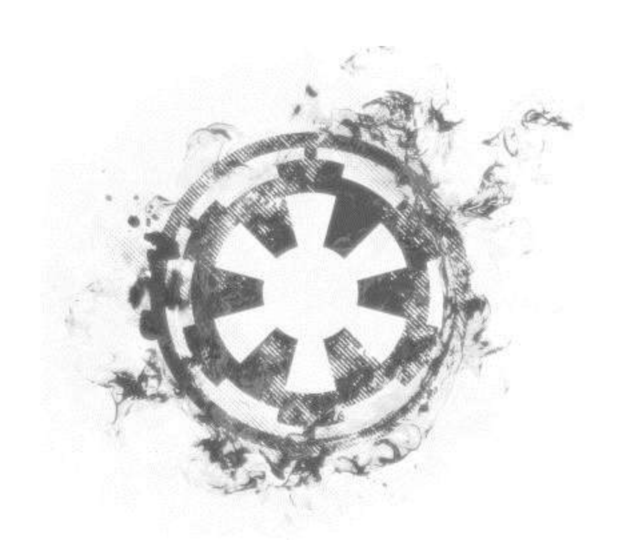
Los demás buscaban excusas para matarla.

Staven se quedó mirando el cuchillo un buen rato, dándole vueltas hacia un lado y otro, contemplando su chispeante filo morado como si contuviese las respuestas que buscaba. Entonces fue hasta Seyn, a la que Dahna aún sujetaba con fuerza por la muñeca. Le sacaba unos treinta centímetros largos de altura.

Se acercó tanto que Seyn pudo oler su sudor y sentir el calor de su cuerpo. «Adelante», pensó. «Pierde los estribos. Mátame antes de que pueda contarte nada.»

«Y hazlo rápido.»

CAPÍTULO 25



Todos los instintos le gritaban a Iden que defendiese a Seyn, su subordinada, su compañera, su amiga. Eran cuatro contra seis y Piikow no era un rival fuerte. Podían eliminar a los partisanos y salvar a Seyn. Quizá, con los Soñadores muertos, el Escuadrón Infernal encontraría los datos que les habían mandado a buscar entre sus pertenencias.

Quizá.

Pero habrían fracasado en todas las facetas de la misión. Iden conocía a su padre y, a diferencia de lo sucedido en Tellik IV, no estaría dispuesto a darles ninguna oportunidad más. Allí terminaba todo. Todo por lo que había trabajado la había llevado hasta aquel momento.

Seyn había puesto la misión en grave peligro. La había fastidiado, se había dejado descubrir. Y si la interrogaba alguien que no fuera el Mentor, sabía que «interrogatorio» sería solo una manera amable de decir «tortura». Seyn se derrumbaría. Cualquiera lo haría. Iden, como los demás, acababa de presenciar como un hombre con el doble de años que ella, un agente imperial experimentado, se había derrumbado en el interrogatorio de los Soñadores. Seyn, nueva en todo aquello, más de lo que Iden había pensado, resistiría todo lo que pudiera. Pero acabarían destruyéndola y descubriéndolo todo. Y entonces matarían al resto del Escuadrón Infernal.

No. No podía permitir que le pasase aquello a su equipo. Ni a Del, ni a Hask…

Ni a Seyn.

Todo eso pasó volando por su cabeza en menos de un segundo.

Staven se volvió hacia ella y le lanzó el cuchillo. Su atención volvió bruscamente al presente y atrapó el arma chisporroteante por la empuñadura.

—Yo opino que debemos matar dos pájaros de un tiro —dijo Staven—. Llevas bajo sospecha desde que llegaste, Versio. Despejemos un poco el ambiente. Veamos cómo interrogas *tú* a la chica. No debería costarte mucho, ya te hemos enseñado cómo se hace.

Ahora toda la atención estaba concentrada en ella. Se daba cuenta que el vibrocuchillo que empuñaba era la única arma que tenía en aquellos momentos un miembro del Escuadrón Infernal. Aunque podrían deshacerse de los otros con las manos… formaba parte de su entrenamiento.

Pero el resto de los Soñadores había desenfundado sus armas. Iden y los suyos podrían eliminar a un par antes de que los mataran. Pero terminarían abatidos, sin ninguna duda.

Sujetó con más fuerza el arma y miró directamente a Seyn. «Léelo en mis ojos», le suplicó en silencio y miró a los partisanos y su equipo. Estos asintieron de manera casi imperceptible.

Seyn era miembro del Escuadrón Infernal. Era uno de ellos e iban todos a una.

Si atacaban todos en el mismo momento, tendrían más posibilidades.

Iden se encogió de hombros y se preparó para girarse hacia Seyn. Pero cuando empezaba a hacerlo, vio un borrón de movimiento y oyó un terrible grito de ira.

Los Soñadores se le habían adelantado.

«¡No!» Iden se volvió, lanzando estocadas con el reluciente cuchillo azul y atravesando a…

Seyn.

Esta tenía sus oscuros ojos muy abiertos y la boca formando una «O». Por un instante que se alargó eternamente, las dos se quedaron mirando. Seyn movió la boca, susurrando una única palabra que nadie pudo oír.

«Sí.»

Entonces, balbuceando, dijo en una voz desafiante que iba perdiendo fuerza rápidamente:

—¡Por el Imperio! —para espanto de Iden, Seyn se hundió aún más el cuchillo, lanzó un grito ahogado, toda la tensión abandonó lentamente su esbelto cuerpo y se desmoronó al suelo.

«Seyn…»

Extrajo el cuchillo de su carne con un ruido húmedo. Repentinamente enfurecida, no sabía contra qué o quién, gritó:

—¡Traidora mentirosa! —desvió la vista del cadáver de Seyn y se encontró mirando directamente a Staven—. Lo siento —le dijo—. No esperaba que me atacase.

Las palabras fluyeron con facilidad y rapidez hasta sus labios y una parte de ella se maravilló por ello.

Staven la buscó con la mirada, con sus labios fruncidos en una fina línea. Abría y cerraba los puños, como si quisiera agarrarla y zarandearla, pero reprimiéndose.

—Dale el cuchillo a Halia y ven conmigo —dijo girando sobre sí mismo y echando a andar hacia la oscuridad. Iden obedeció y le devolvió el arma a su dueña. La cara de Halia fue fría y dura como la piedra. Iden sintió que la atravesaba con la mirada.

—Staven… —gritó el Mentor a su espalda.

Staven se detuvo, miró al otro hombre mayor que él, y levantó una mano a modo de advertencia.

—Esta es mi gente. Yo decido.

El Mentor no podía hacer nada. Los Soñadores consideraban a Staven su líder. Iden no dudaba que el misterioso diplomático sabía pelear bien, estaba en forma, el único

indicio de su edad eran las canas de sus sienes y las finas arrugas de su cara. Pero Staven tenía razón. El Mentor la miró e intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora, aunque sin éxito.

Los suyos tampoco podían hacer nada. Se dio la vuelta y siguió a Staven.

Este no dijo nada mientras andaban, pero ella habría preferido que lo hiciera. Sin distracciones, podía sentir sus emociones amenazando con abrumarla. Aún podía ver la cara de Seyn, la espantosa herida en su carne.

Creía haber tomado la decisión correcta para su equipo, pero Seyn no pensaba lo mismo.

Cuando estaban tan lejos que la entrada de la cueva no era más que un pequeño borrón anaranjado, Staven se detuvo y se volvió hacia ella. Les separaba un metro de distancia.

Hasta entonces, Staven había llevado el bláster enfundado en la cadera. Ahora estaba en sus manos. Se preguntó si estaría ajustado al modo aturdidor. Creía que no.

—Convénceme.

—¿Qué?

El se encogió de hombros.

—Convénceme de que no te mate aquí mismo. Llevo años como partisano y de repente no tengo uno sino *dos* agentes imperiales en mi grupo. Oh, disculpa… dos agentes y una presunta desertora imperial. Se necesita mucha imaginación para creer que no están relacionados. ¿No te parece?

Iden seguía en silencio.

—Bueno —Staven se encogió de hombros como si mantuvieran una charla normal—. Empieza. Es tu oportunidad. Convénceme.

De repente se sintió completamente vacía. Estaba cansada, muy cansada. Cansada de fingir, cansada de andar tanteando, cansada de que la marginasen y sospecharan de ella. Estaba cansada de tantos esfuerzos vanos.

—¿Por qué iba a trabajar con ellos? Seyn nos engañó a todos. Y Azen… ¡me raptó, me esposó y me registró cuando estaba inconsciente!

«Las mejores mentiras son aquellas que contienen una pizca de verdad.»

—O eso nos contasteis —dijo Staven—. No sé si todo aquello fue real. Piensa en las molestias que se tomó el Imperio para que Seyn llegase hasta aquí… con las heridas y el collarín. Hacen falta muchos preparativos para eso. Lo único que debías hacer era mentir un poco. Y los dos sabemos que a los imperiales se les da muy bien mentir. No me he creído ni por un momento tu historia sobre que Alderaan hubiera supuesto un vuelco en tu gélido corazón imperial. Kaev me dijo que sí se la había creído y mira de lo que le sirvió.

—¡No tuve nada que ver con las muertes de Kaev y Nadrine! —de repente, por alguna estúpida razón, era terriblemente importante que Staven creyera en algo que sí era cierto. Entonces añadió, en voz baja—. No puedo decirte nada que haga que me creas —mientras hablaba se dio cuenta que era la pura verdad.

«Seyn, lo siento mucho. Diste tu vida para mantener viva esta misión y ni siquiera se me ocurre qué decirle.»

—¡Convénceme! —le gritó Staven con aspereza. La mano que sujetaba el bláster estaba temblando. Podía arrebatárselo y…

Fracasar. De nuevo. Como desde el principio.

«Somos Versio. Los Versio no fracasan.»

De repente sintió un gran dolor en el pecho, como si le hubiera dado una coz una de las grandes bestias que emigraban en busca del atardecer de Jeosyn. Lanzó un grito ahogado.

—Mi padre —dijo, pesadamente. Estaba temblando, como azotada por un fuerte viento y en vez de arrebatarle el arma a Staven se rodeó el cuerpo con los brazos, como cuando era niña y su madre la abrazaba.

Ahora su madre también la consideraba un fracaso.

Iden lloriqueó débilmente.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué pasa con tu padre, Iden?

No le había puesto la mano encima, pero la golpeaba con sus palabras. En su mente surgió una imagen de su padre. Tan avaro, en nada parecido a la ternura o la aprobación. Siempre presionándola para que alcanzase el éxito, para sobresalir, para ser la mejor de los mejores.

Y lo era. *Era* la mejor de los mejores.

Pero aquello nunca sería suficiente, nada lo sería para Garrick Versio.

«Las mejores mentiras contienen una pizca de verdad.»

Iden se puso de rodillas, rozándoselas con la dura roca y temblando de pies a cabeza.

—Le odio —susurró.

Un silencio, largo, espantoso y cargado de malos augurios, se instaló entre los dos: la hija del almirante y el líder de los rebeldes.

—Le odio —repitió y lo volvió a repetir, una y otra vez. Levantó la cara hacia Staven, que la estaba apuntando con el cañón del bláster en la cabeza—. Tú no sabes cómo era. No puedes saberlo. Nada era lo bastante bueno, nada. Y quería hacerle daño, así que lo hice.

«No has traicionado solo al Imperio y al Emperador. Has traicionado a tu padre. Me has traicionado a *mí*».

—Me manifesté en contra de su amado Imperio. Demostré mis simpatías por los rebeldes. Deshonré el buen nombre de mi familia, del que tan condenadamente orgulloso estaba. Y me uní a los partisanos… los más sanguinarios, crueles y cargados de odio de todos los rebeldes —se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimió. Era una Versio y los Versio no lloraban—. Tienes razón, Staven. Me trae sin cuidado vuestra causa. Si me importa es porque a él le importa. Por eso estoy aquí.

Staven estaba tan quieto como si lo hubieran plantado en el suelo. Tenía los ojos abiertos como platos y respiraba aceleradamente mientras la escuchaba.

Pensando deprisa, Iden se puso de pie. Agarró el cañón del bláster y tiró de él para colocárselo directamente sobre la frente. Sus ojos brillaban cuando los clavó en los de Staven.

—¿Quieres matarme? Hazlo. Pero si no lo haces, más te vale no volver a dudar de mi *jamás.* ¿Queda claro?

Una sonrisa asomó lentamente en los labios de él. Desvió el bláster y levantó las manos mientras se encogía de hombros, como diciéndole «lo que tu digas».

—Queda claro —dijo. Reculó un paso mirándola con una expresión extraña.

Iden no se atrevía a creerlo.

—¿Por qué? ¿Y ahora por qué?

—El Mentor cree que las rebeliones se construyen sobre la esperanza, pero yo no estoy de acuerdo. Las rebeliones se construyen sobre el odio, Iden Versio. Y ahora sé que tienes las tripas llenas de ese fuego. Vamos, volvamos con los demás. Puede que algunos se alegren de verte aún con vida.

Su equipo, lo que quedaba de él, se alegró.

Mientras Staven y ella estaban fuera, los demás partisanos se habían llevado el cadáver de Seyn. No preguntó nada; ya lo haría con alguien de su equipo más tarde. Se obligó a reír y bromear, a sumarse a la ira y las palabras poco amables que dedicaron a Seyn, la traidora. Seyn, quien según todos había matado a Sadori, un muchacho que solo había cometido el error de enamorarse de la chica equivocada.

Durante las terribles horas que pasaron hasta que sus compañeros y ella pudieron marcharse para hablar por sus comunicadores, hubo una cosa que fue pasándole por la mente a cada latido que daba su corazón dolorido: aquello que había temido y deseado evitar a cualquier precio, aquello que le había provocado pesadillas que la despertaban entre sudores y tiritando, había sucedido.

Había fracasado y dos personas habían pagado por ello.

Quería ver a su equipo, mirarles a los ojos, leer en sus cuerpos los mensajes que no revelaban sus palabras, pero debía contentarse con el comunicador.

—¿Qué ha pasado con el cuerpo de Seyn? —fue lo primero que preguntó.

—Fuimos… lo llevaron… lo llevamos… —Del respiró hondo—. Donde siempre. Los kage fueron delante, en deslizador. Piikow, Dahna y yo más atrás.

Sintió un nudo en el estómago, como si se lo retorciera una mano invisible, pero necesitaba saberlo.

—¿La… enterraron?

—No —ese fue Gideon, con un tono sombrío que contrastaba con su habitual jovialidad—. La arrastraron hasta allí y la arrojaron…

—Basta, Hask —le espetó Iden, en un tono duro y áspero—. Aún no podemos hacer el duelo. Tenemos una misión que completar. Seyn dio su vida para asegurarse de que pudiéramos cumplirla. Para salvarnos. Y nosotros…

Agarró con tanta fuerza el comunicador que los nudillos se le pusieron blancos. Respiró hondo.

—Le fallé, he fallado a todo el equipo.

—Iden, no te cul… —empezó a decir Del, pero Iden le cortó.

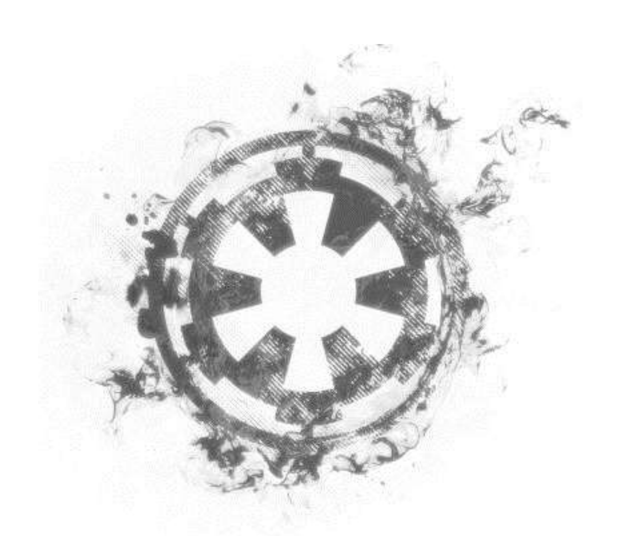
—No culpo a nadie. Solo asumo mi responsabilidad, hacia ella y hacia vosotros. Deberíamos habernos coordinado mejor. Deberíamos haber cuidado los unos de los otros. No estuvimos allí cuando nos necesitaba. Estábamos persiguiendo nuestros propios fines, centrados en nuestras respectivas tareas, cuando deberíamos haber cerrado filas a su alrededor para que no la fastidiase. Y yo lo permití. El fallo fue mío.

Era terrible, liberador, frío y cruel. Lo asumía todo.

—No volverá a suceder. Somos un equipo y actuaremos como tal, encontraremos la fuente de la información de los partisanos y les pondremos fin como amenaza para el Imperio. Se acabaron las largas partidas. Vamos a actuar y lo haremos de forma decidida, rápida y perfectamente coordinada.

»Por fin se acerca el final.

CAPÍTULO 26



Del ya no sabía muy bien cómo comportarse con Piikow. Las órdenes de su comandante eran que había llegado el momento de recoger la red. Del tenía que desempeñar un pequeño papel, nada demasiado relevante, y le parecía bien. Con los años se había ido acostumbrando a quedarse en la sala de máquinas y, aunque se había readaptado rápidamente al trabajo de campo, la naturaleza clandestina de la operación le resultaba muy fastidiosa. Lo había superado centrándose en el proyecto que compartía con Piikow, pero ahora su tarea principal era tenerlo todo discretamente preparado para marcharse a toda prisa en cuanto, como había dicho Iden, «se abriese el infierno».

Así que se descubrió obligándose a actuar con normalidad cuando estaba cerca del chadra-fan, al mismo tiempo que inventaba excusas para no acompañarlo a la cueva de los cristales.

—Tengo algo de trabajo pendiente —dijo, lo que no dejaba de ser cierto.

—Entiendo —dijo Piikow—. Todos quedamos muy impactados por la traición de Seyn. Cuesta asimilarlo. A veces viene bien estar solo, reparar algo… hacer algo con las manos y dejar que tu cerebro se ocupe mecánicamente de todo.

Maldición, aquel pequeñín le entendía.

—Gracias —dijo—. Es justo lo que siento ahora —ladeó la cabeza como si se le hubiera ocurrido una idea—. Nadie más sabe lo de las estatuas, ¿verdad?

—No creía que pudiera interesarle a nadie.

—Me quedaría más tranquilo si hoy te acompañase alguien —dijo Del. Los ojos normalmente brillantes de Piikow estaban apagados por su dolor y parecía más flaco, más frágil que antes. La «traición» de Seyn había sido un duro golpe. Sus palabras eran sinceras… y ocultaban un objetivo—. ¿Por qué no dejas que el Mentor vaya contigo? Parece un tipo bastante inteligente. Puede sugerir cosas que a dos técnicos como nosotros no se nos ocurrirían jamás.

Piikow se animó.

—Es posible. Y también podría ser una buena distracción para él. ¡Esas estatuas terminarán revelándonos sus secretos! —gorjeó agitando su pequeño puño con aire falsamente desafiante. Después se dio la vuelta y volvió a la cueva dormitorio.

Del fue hasta la nave que Iden había elegido, dio unos pasos y se detuvo en seco.

«Dejar que tu cerebro se ocupe mecánicamente de todo», había dicho Piikow.

—¡Eh! ¡Piikow! —el chadra-fan se detuvo y se dio la vuelta. Del trotó hasta él y le sonrió ampliamente—. ¡Lo has descubierto! ¡Has descubierto el funcionamiento de las estatuas!

Piikow parpadeó.

—¿Ah, sí? Vaya, qué listo soy. ¿Y qué he descubierto, exactamente?

—Las ondas cerebrales —dijo Del en un tono triunfal—. Sus creadores debían tener algún tipo de telepatía. Los cristales debían detectar la actividad cerebral de alguna manera. No están conectados unas con otras por el interior de las estatuas, la conexión no podía ser física.

—¡Brillante! —Piikow aplaudió con emoción—. El Mentor es un erudito. Puede que se haya topado con algo parecido antes.

Él le dedicó la que le pareció su primera sonrisa sincera en siglos. Había muchas cosas que no podía hacer por Piikow, muchas que ni siquiera querría hacer. Pero, como mínimo, había podido contribuir a la resolución del misterio de aquellas hileras y más hileras de estatuas inmóviles y silenciosas, construidas con un reluciente cristal morado.

Volvió a su tarea y cuando estaba a una distancia segura de la cueva principal, activó su comunicador.

—El Mentor estará un rato con Piikow —dijo.

—¿Cuánto?

—No estoy seguro. Diría que al menos una hora —el Mentor parecía ser un hombre educado y muy viajado. Probablemente quedaría impactado por el hallazgo y podía pasarse el día allí.

—Más que suficiente. Buen trabajo, Del.

Desactivó el comunicador y respiró hondo. Ya podía concentrarse. Del Meeko no pensaba dejar en la estacada a los dos miembros restantes del Escuadrón Infernal.

Todos excepto Del, Piikow y el Mentor estaban en la cueva principal. Staven con Hask, como siempre, saludó a Iden y ella le respondió cordialmente. «Qué diferencia», pensó amargamente. «Solo ha sido necesario que Seyn muriera.»

El líder partisano debió explicar algo de la conversación que mantuvieron la noche anterior porque Ru, Halia y Dahna parecían más cómodos en su presencia. Estaban envolviendo alimentos y metiéndolos en una cajita.

—Vamos a buscar más fruta de Dahna —le explicó Halia.

—Necesito salir de aquí —dijo llanamente Dahna. Por supuesto, ninguno de los tres quería pasar allí más tiempo del estrictamente necesario. Iden se negaba a mirar al punto del suelo en que había caído Seyn. Alguien, no sabía quién, había limpiado la sangre—.

Ahora mismo no soporto esta semipenumbra —prosiguió Dahna—. Necesito que me dé el sol en la cara, comer fruta fresca del árbol, ¿te apetece venir con nosotros, Iden?

Ella les dedicó una débil sonrisa.

—Creo que voy a correr un rato. Necesito moverme. No olvidéis de traerme mucha fruta, ¿vale?

Todos lo entendieron y Dahna, a la que se veía vieja y muy cansada, añadió:

—Habrá suficiente para todos, te lo prometo. ¿Estamos listos?

Los kage asintieron y echaron a andar. La desesperación en el ambiente era tan densa que a Iden casi podía olería.

—Buena idea —dijo Staven.

—¿No vas a recoger la fruta? —le preguntó Hask.

—No, pero me encantaría salir a volar. Salir de aquí un rato.

—Sal. Despéjate —contestó Hask—. Iden y yo iremos a ver si le podemos echar una mano a Del —Staven se despidió con la cabeza y se marchó.

Por un instante, se quedaron los dos sentados, en silencio por si alguien volvía repentinamente. Después, Iden le preguntó:

—¿Quién ha limpiado la sangre?

—Dahna —dijo él—. Con lágrimas en los ojos.

Iden asintió. Se quedó callada un momento, resistiéndose a pensar en Dahna llorando por Seyn.

—Vale —dijo por fin—. Todo está funcionando mejor de lo que esperábamos. Del ha quitado de en medio a Piikow y al Mentor y todos los demás acaban de marcharse.

—No sabemos por cuánto tiempo.

—Dahna y los kage estarán fuera un buen rato y apuesto que Staven no volverá hasta dentro de una hora, como mínimo.

Solo mantente atento y comunícate conmigo si vuelve alguien, para que pueda salir a «correr».

—Sí, capitana.

Iden no lograba recordar en qué momento había empezado a dirigirse a Gideon por su apellido. Había sido antes de que Seyn muriera. Ahora él la llamaba capitana.

Una baja más de aquella misión. Aquella idea la apenó, pero no se regodeó en ella. Se levantó, salió del dormitorio y fue hacia donde estaba el saco de dormir del Mentor, pulcramente atado y guardado. Los pocos objetos personales que poseía estaban en una única mochila. Como todos los partisanos, viajaba ligero de equipaje.

Iden esperaba sentir una punzada de culpa y, cuando llegó, la reprimió rápidamente y se puso manos a la obra.

Estaba cada vez más convencida que la filtración provenía del Mentor. Podía entender que el viejo se mantuviera cerca de Staven, incluso que le dejase ser el líder si poseía información relevante. Y no veía lo contrario. Aunque Staven hubiera amado a la ahijada del Mentor años atrás y los dos respetasen a Saw Gerrera, sabía que la antipatía de Staven por el Mentor era profunda. Si no lo necesitase ya no estaría allí. Quizá no

estaría muerto, quizá solo estaría en otra célula. No, Staven era el líder y el Mentor tenía algo que el otro quería. Staven se veía obligado a bailar al son que le marcaban y no lo soportaba.

Era muy posible que el Mentor fuese lo bastante listo como para no dejar ninguna información importante en su saco de dormir. Probablemente debía llevarla encima en todo momento. Es lo que haría ella en su lugar. Pero el registro que iba a hacer era doble. Quería saber si era el origen de la filtración y quién demonios *era*.

No encontró gran cosa. Algunos cubos de raciones y leche nutritiva, tentempiés… pero no había comunicador, se lo había llevado. Había unas cuantas fruslerías, pero solo él podía entender su significado.

Y un datapad.

«¿De verdad puede haber sido tan tonto?», pensó. Aquello facilitaría mucho las cosas, pero le perdería todo el respeto que le tenía. El datapad estaba bloqueado, por supuesto, pero solo era cuestión de paciencia y apenas tardó en poder acceder.

Empezó a revisarlo todo rápidamente, deteniéndose al cabo de un momento, al darse cuenta de lo que acababa de encontrar.

El Mentor llevaba un diario.

Todos aquellos momentos en que se marchaba para quedarse a solas con sus pensamientos… ahora los entendía. Quería dejar constancia de sus ideas, registrarlas de alguna manera. Echó un vistazo al crono. Tenía tiempo. Quizá no fuera lo que parecía. Quizá estaba cifrado.

Iden se sentó a leerlo.

No estaba cifrado. Había información, ninguna relacionada con la misión del equipo, pero toda impactante para Iden. Al cabo de media hora, encantada con lo que acababa de descubrir, guardó las cosas del Mentor, con cuidado de dejar la impresión de que alguien las había registrado, e intentó borrar su rastro.

Se puso en pie y se comunicó con los demás.

—No hay nada útil —les dijo—. Tendremos que recurrir al plan B. Voy a cambiarme y salgo a correr. Hask, has estado conmigo en todo momento y me has visto marcharme.

—Recibido —contestó Hask.

—Del, ¿cómo va esa nave?

—Estará lista para despegar en cuanto queramos —dijo—. Voy a buscar algunas raciones.

—Negativo a las raciones. O escapamos y nos abaten, por tanto no las necesitamos, o dentro de poco estaremos en espacio imperial y podremos ponernos en contacto con el almirante. No queremos mostrar nuestras cartas antes de tiempo. ¿Necesitáis algo de por aquí?

—Nada de lo que no pueda prescindir —dijo Del.

—Lo mismo digo —añadió Hask. Tanto este como Del llevaban un bláster de mano y tenían más en las alacenas de la cueva.

—De acuerdo. Solo tenemos que estar preparados. Apuesto que los acontecimientos se precipitarán después de esto.

Desactivó el comunicador y se preparó para salir a correr, tal como había dicho, intentando asimilar todo lo que había descubierto. Una parte de ella quería contárselo a su equipo, pero necesitaba guardarse aquel as en la manga, por si necesitaba jugarlo.

En una cosa había sido absolutamente sincera: los acontecimientos empezarían a desencadenarse muy pronto y ya no habría quién los parase.

Staven regresó al cabo de una hora. Hask se comunicó con Iden y esta dio media vuelta. Cuando llegó, sudorosa, colorada y mucho más relajada que antes de marcharse, Staven ya había empezado a beber. Bien. Aquello ayudaría.

Dahna, Ru y Halia volvieron de su excursión una hora más tarde, con un aspecto bastante mejor y deliciosa fruta. Del se apareció en algún momento, manchado por haber estado trabajando en la lanzadera, y Piikow y el Mentor llegaron justo antes de cenar, charlando animadamente.

—¡Del! —exclamó el Mentor—. No puedo creer lo que habéis estado haciendo Piikow y tú. Dice que, según tu teoría, los cristales respondían a las ondas cerebrales.

—¿Cristales? —preguntó Halia, secamente.

El Mentor se volvió hacia los kage.

—Acabo de visitar una cueva iluminada por cristales. Parecidos, diría, a los de vuestro mundo. Lo más asombroso es que en esa cueva hay escondidas miles de estatuas de cerámica con unos cristales dentro que corresponden a los órganos humanos. Piikow cree que no eran estatuas, sino máquinas… droides, si queréis llamarlos así. Y Del cree que sus creadores debían de ser telépatas.

—Bueno —comentó Staven—, habéis estado muy atareados.

—Así es —dijo Piikow, aparentemente ajeno a la mueca de Staven—, pero aún no nos ha servido de nada —añadió mirando a Del.

—Pues si no ha servido de nada, es completamente inútil —dijo Staven—. A no ser que el Mentor quiera escribir un artículo para alguna universidad, deberíais dejar de perder el tiempo con eso. Tenemos trabajo pendiente, ¿verdad, Mentor?

El entusiasmo del Mentor se esfumó y a Iden le pareció ver como se colocaba su armadura contra Staven. A Iden le estaba costando mirarle, ahora que por fin sabía quién era. Pero debía seguir actuando con normalidad. «No por mucho más tiempo.»

—Nuestro intrépido líder tiene razón —dijo el Mentor, en un tono tajante y sereno—. Hablaremos de nuestros planes futuros después de la cena. Vuelvo dentro de un momento. Quiero tomar algunas notas sobre las estatuas, cuando aún las tengo frescas en mi cabeza.

«Toma notas en tu diario», pensó Iden. El corazón se le aceleró pero se levantó y se preparó su plato, como si todo fuera normal. Cuando su mirada se cruzó con la Del y Hask asintió levemente hacia ellos.

«Estad preparados.»

No habían pasado ni cinco minutos cuando el Mentor irrumpió en la cueva hecho una furia. Iden pensó que ya lo había visto enfurecido antes, pero que habían sido pálidas imitaciones de la cólera que emanaba ahora de su delgada figura.

—Staven —su voz cuidadosamente controlada transmitió un matiz de frialdad—, ¿puedo hablar contigo?

Staven paró de comer y frunció las cejas.

—Mentor —dijo—, después de cenar.

—No. Ahora.

El líder puso los ojos en blanco y se metió otro bocado en la boca. El Mentor se acercó a él dando tres pasos y de un golpe tiró al suelo la bandeja que Staven sujetaba en las manos.

Se propagó una exclamación de sorpresa. De repente, todos estaban muy alerta. Al parecer, aquello no había sucedido jamás. Staven ya estaba de pie, rojo de ira.

—¿Qué demonios crees que estás…

El Mentor agarró a Staven por la túnica y se lo acercó hasta que tuvo la cara a unos centímetros de la suya. Entre dientes, gruñó:

—¡He dicho *ahora*!

Soltó a Staven y se marchó.

La mano del líder bajó hasta el bláster que llevaba en la cintura, pero cerró el puño y siguió al Mentor.

Hasta entonces todo había salido según los planes del Escuadrón Infernal, pero a aquellas alturas ya no había plan ninguno. Solo debían estar preparados para reaccionar ante lo que sucediese entre aquellos dos hombres.

Todos estaban en silencio. Iden fue captando retazos de la conversación cuando uno u otro subían la voz.

«…has registrado mis objetos personales. No tenías derecho a…»

«…nadie ha registrado tus cosas… no me importa tanto…»

«…ninguna misión más hasta que…»

«…más te vale, eso formaba parte del trato…»

Finalmente, Staven regresó. Se pasó los dedos por su pelo azul mientras maldecía… el vivo ejemplo de alguien derrotado. Entonces se plantó las manos sobre las caderas y se sosegó y miró a sus compañeros.

—Bueno… las cosas van a cambiar por aquí. Solo quiero advertiros. Gid, ven a dar una vuelta.

Hask se levantó obedientemente y los dos se marcharon. Dahna se los quedó mirando, boquiabierta. Se suponía que era la segunda al mando, pero Staven ni siquiera la había

mirado. Había llamado a Hask. A Iden le pareció que las cosas ya habían cambiado por allí.

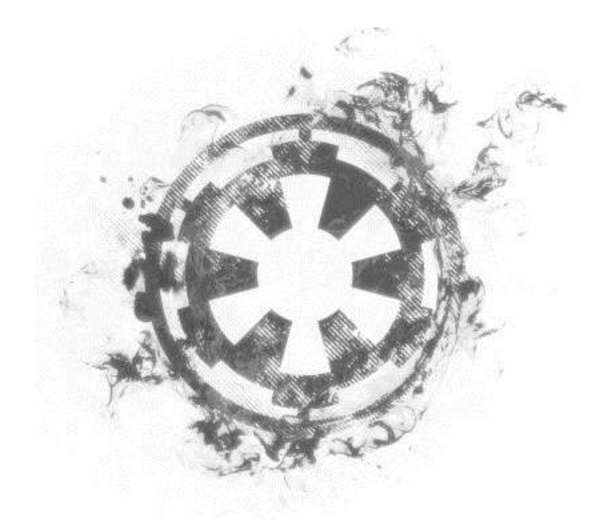
—Voy con el Mentor —dijo Iden. Se detuvo a recoger un bláster del almacén y al ver la cara que le ponía Ru, añadió—: Por si acaso.

—Parecía bastante cabreado —comentó Del.

—¿Sabes adónde va?

—Tengo una ligera idea.

CAPÍTULO 27



—Necesito que hagas algo por mí —dijo Staven.

—Solo tienes que pedírmelo —dijo Hask.

A pesar de su urgencia, Staven no parecía capaz de articular las palabras. Frunció los labios un instante y respiró hondo.

—Necesito que mates al Mentor.

Hask no se sorprendió. Aquel era el riesgo que el Escuadrón Infernal había asumido al tomar la decisión de enfrentarlos.

—¿Por qué yo?

—Porque los otros podrían titubear. Hace tiempo que le conocen y a ti nunca te ha caído bien.

—No, es verdad —coincidió Hask—. ¿Puedo preguntar por qué? ¿Por qué demonios estaba tan cabreado?

—Lo he mantenido cerca de mí tanto tiempo porque dispone de información que necesitaba. Era él, aparte de Azen, el que nos definía los objetivos.

Hask pensó que Iden tenía razón.

—¿Y ya no le necesitas?

—Necesito lo que sabe, no a él. Se ha cabreado porque está convencido de que alguien ha estado husmeando entre sus cosas.

Hask negó con la cabeza.

—No, yo no he salido de aquí en todo el día. Nadie ha tocado nada. Además, ¿por qué iban a hacerlo? Nadie sabía que posee información de ningún tipo.

—He intentado hacérselo entender, pero no me escucha. Tienes que cargártelo. Empieza a ponerse paranoico.

«¿Tú no?», pensó Hask, pero no dijo nada.

—Y tienes que hacerlo rápido. Podría largarse en cualquier momento con la información.

—Ahora mismo me pongo manos a la obra —dijo Gideon alargando una mano—. Dame tu bláster.

Iden se marchó en una moto deslizadora. Su comunicador emitió un pitido cuando estaba a medio camino de su destino.

—Soy yo —le dijo Hask cuando contestó—. Parece que el Mentor le ha estado ocultando información importante a Staven. Debo matarlo y recuperarla.

—Estoy a medio camino. ¿Dónde estás tú?

—No tenía ni idea de dónde encontrarlo. ¿Seguro que tú sí?

—Sí. Necesito que le digas a Staven que lo harás y vayas a la nave. Dile a Del que invente alguna excusa y que se reúna allí contigo. Yo no debería tardar demasiado. Después podremos abandonar, de una vez por todas, este mundo horrible y tenebroso.

—¿Llevas un bláster?

—Sí.

—Vale, de acuerdo. Estaba deseando meterle un tiro a ese petulante.

La ira la embargó, pero se refrenó.

—Es una orden, Hask. No te lo estoy pidiendo.

—Por supuesto, capitana.

—Te aviso cuando vuelva —desactivó el comunicador y se inclinó sobre el manillar de la deslizadora.

Tomó un rodeo para no llegar directamente al anfiteatro. Sabía que el Mentor iría allí y, después de leer su diario, entendía por qué. Bajó de la moto a varios metros de distancia, desenfundó el bláster y fue hacia el lugar en que tantas veces había «practicado» con él.

Con las lentes de visión nocturna pudo verlo claramente. Había una piedra en el centro de la hondonada en que gustaba de sentarse y allí estaba. Tenía algo en las manos y le daba vueltas sin parar. No llevaba lentes de visión nocturna, una verdadera estupidez, pero levantó la vista hacia ella, no supo por qué. No podía verla, pero Iden se quedó petrificada de todas formas.

—¿Te ha mandado Staven? —el Mentor habló en un tono normal, pero le oyó perfectamente.

Iden dio un paso adelante y gritó:

—No, he venido por mi cuenta.

—Ven aquí, Iden —dijo, haciéndole un gesto para que bajase. Ella se detuvo. Podía dispararle desde allí y terminar con aquello. Pero había tantas cosas que quería saber. Además parecía desarmado. Lo único que tenía era, por supuesto, la información que Iden quería.

Lentamente, sin dejar de apuntarle, bajó al anfiteatro y se detuvo a unos metros de él.

El Mentor le sonrió con pesar.

—Sospechaba que eras tú. Imagino que encontraste mi diario.

—Sí —dijo ella—. Ahora todo tiene sentido: cómo conociste a Saw y Steela, tu educación y conocimientos políticos. Mi padre no les tenía mucho cariño a los senadores, creo que nunca había conocido a ninguno.

—Y aún no lo has hecho —dijo—. Ahora solo soy el viejo Lux Bonteri.

«Solo el viejo» no terminaba de describirlo con precisión. Era el hijo de un senador de Onderon y había sido senador por aquel mundo. En su juventud, había amado tanto a una Jedi como a la primera líder rebelde. Había combatido en contra y a favor de la República y después contra el Imperio, hasta que desapareció, tras conseguir, no se sabe cómo, información sensible. Rebelde o no, Lux Bonteri era, muy probablemente, uno de los hombres más imponentes que había conocido nunca.

Pero no podía decírselo.

—La información —dijo ella—. Entrégamela.

—No puedo hacerlo, Iden. Ya lo sabes —la miró con pesar—. Tendrás que matarme si la quieres.

—Lo haré.

Lux asintió.

—Lo sé —fue todo lo que dijo.

Aun así, Iden no disparó. Aún no.

—¿De dónde salió esa información? —inquirió.

—Mi hija.

Posiblemente era lo último que esperaba que le dijera. No mencionaba nada de aquello en su diario.

—¿Te… te refieres a tu ahijada? Dijiste que había muerto.

—¿Maia? Sí, murió. No tengo hijos biológicos. Ya te conté que estuve casado y mi hija adoptiva es lo más parecido a una hija que tengo. Es un poco mayor que tú, seguro que te caería bien.

—No lo entiendo.

—Mira —dijo el Mentor, Lux, como si no estuviera a escasos metros, apuntándole con un bláster—, a nadie le gusta mostrar sus puntos débiles. Todos queremos creer que hacemos lo correcto, siempre, en todas las situaciones.

Iden tragó saliva. Se acordó de Seyn. De la mirada decidida en sus ojos cuando se abalanzó sobre su comandante obligándola a actuar, a matarla. Seyn había hecho lo correcto. Iden también.

Pero Seyn jamás debió encontrarse en aquella situación. Jamás. Aquello era responsabilidad suya y nunca podría repararlo.

—Tienes razón —dijo ella—. Queremos creerlo.

—Pero estamos tan lejos de ser perfectos que resulta casi ridículo —continuó Lux—. Pienso en algunas de las cosas que hice cuando era joven, en lo afortunado que era por tener gente que me sacaba del pozo cuando me hundía, en lo estúpido que llegaba a ser. He amado y me han amado, Iden. Y usé ese amor como un arma para obtener lo que

quería. Me siento profundamente avergonzado por ello, pero volvería a hacerlo sin pensarlo.

—Entonces… tu hija adoptiva obtuvo información vital y te la dio.

—Sí. Ella no tiene un cargo muy alto, pero tiene acceso a muchos documentos clasificados.

—¿La convenciste de que se rebelase contra el Imperio? ¿Es un topo? —Iden se daba cuenta ahora de que Lux apenas había mencionado a su hija adoptiva, ni siquiera en su diario, porque la quería proteger.

—No. Jamás —Lux contestó con absoluta firmeza y ella le creyó—. Es tan imperial como el que más. En ese sentido, es como su madre. Pero… me quiere. Bueno… me quería —los remordimientos espesaron su voz—. No puedo evitar preguntarme si ahora me desprecia.

Ella sabía que debía matarlo en aquel momento, pero no lo hizo. Aquella historia le intrigaba, le atraía de una manera que no era completamente capaz de expresar. Se dijo que solo quería añadir otra muesca a la proverbial culata, el nombre de otro traidor al que sacar de un puesto importante, como quien arranca una mala hierba del jardín.

Pero quería saber más. Quién era. Y si debía creer a Lux, y no tenía ningún motivo para dudar de su sinceridad, era *tan imperial como el que más,* pero a la vez podía hacer algo para traicionar al Imperio.

Necesitaba entenderlo.

Así, alerta a todo lo que le rodeaba y con el bláster apuntado aún al pecho de él, dijo:

—Continúa.

—Ya sabes por qué me uní a los Soñadores, a pesar, de que no termino de encajar con ellos. Después de que matasen a Saw en Jedha, antes de ponerme en contacto con los Soñadores… acudí a ella. Le dije que la muerte de Saw me había afectado mucho más de lo que imaginaba —le sonrió con tristeza—. Las mejores mentiras son las que contienen algo de verdad, ¿no te parece?

Iden no contestó y Lux continuó:

—Dije que el poder del Imperio era innegable y que la única paz verdadera solo se podría lograr con su victoria. Le dije que les contaría todo lo que sabía sobre las operaciones de la Alianza Rebelde a cambio de mi amnistía. Le pedí que me diera lugares y fechas concretas en las que pudiese entregarme sin peligro, lugares públicos en los que me estuviesen grabando. Le dije que sabía que habían imperiales que no eran tan honrados como ella y que temía ser arrestado, torturado y asesinado. Aquello, bueno… le impactó pensar que podría pasarme algo así.

Iden tragó saliva. «Acaba con esto de una vez», se dijo. «No va a decirte el nombre, morirá antes de hacerlo. No tiene nada más importante que contarte. Mátalo, coge la tarjeta de datos y lleva a tu equipo de vuelta a casa.»

Pero no apretó el gatillo. En vez de eso, se lamió los labios y se forzó a hablar en un tono sereno, casi gélido:

—Te dio nombres de gente en cuya honradez creía que podrías confiar cuando te rindieras —le dijo.

—Algo más que nombres —contestó Lux—. Me dio información detallada sobre dónde estarían, a qué actos acudiría. Códigos de seguridad. Me habló de once actos públicos, repartidos en tres meses. Once opciones de entregarme al Imperio.

—Una de ellas fue el viaje a la fábrica —dijo Iden, encajando las piezas.

—Sí. Aquellos dos, a pesar de sus fallos, no eran tan malos como otros y habrían respetado mi rendición. Ya se habían celebrado tres actos antes de que llegases.

—Lo sé —eran los que había mencionado su padre, los que le habían impulsado a enviar al Escuadrón Infernal. En un esfuerzo por revitalizar a los Soñadores con nuevas e importantes victorias, Lux Bonteri había terminado condenándolos, estaba segura de que lo sabía—. Es evidente que no te entregaste.

Lux negó con la cabeza.

—No —dijo—. Aunque por un momento me lo pensé. Entonces recordé que no se trataba de la Alianza Rebelde, sino del *Imperio.* Y tenéis más en común con la crueldad de los partisanos de lo que te gusta creer.

Iden quería rebatirlo, pero no podía. Era verdad. Hasta Hask lo había dicho. Le dijo:

—No soy tu confidente.

—No —coincidió él—, pero eres la última persona a la que veré antes de morir y quiero que alguien sepa… bueno, que sepa lo que estoy dispuesto a contar.

—Pues habla. Y después muere.

Lux se encogió de hombros y continuó:

—No me entregué, no solo porque no soy muy aficionado a la tortura, sino también porque estaría delatando a mi hija adoptiva. Descubrirían su intervención en esto… y entenderían sus motivos.

»Así que preferí localizar a Staven, alguien que también había trabajado personalmente con Saw. Le conté parte de todo esto: que tenía una fuente de información y que estaba dispuesto a compartirla con él… aunque no toda de golpe. A Staven no le gustó, pero ¿qué podía hacer?

Iden se quedó pensando.

—Y hasta ahora habéis golpeado cuatro de esos objetivos. Y nadie los ha relacionado.

—No hay relación posible. Tienen tan poco en común que nuestros ataques parecen completamente aleatorios excepto porque los Soñadores han tenido que sacar esa información de algún sitio. Ahora mismo no hay nada que pueda delatar a mi hija —la miró a los ojos—. Excepto tú. Y no creo que lo hagas.

—¿Por qué no? —dijo Iden, en tono desafiante.

—Primero, porque cuando caí en desgracia, hace unos años, se cambió el nombre y te costaría localizarla. Segundo, porque, como ya te he dicho… es una imperialista leal que quiere a su padre, a pesar de todo lo que este ha hecho. Y no… no creo que pienses que deba morir por eso.

El bláster flaqueó. Iden volvió a apuntarlo firmemente.

—Se acabó la charla. Dame la tarjeta.

El negó con la cabeza.

—No.

—Lux… Acabas de decir que los Soñadores no son tan distintos al Imperio. No estás de acuerdo con su forma de manejar las cosas. No solo destruisteis armas o astilleros y matasteis a soldados imperiales, en esos ataques murieron inocentes, civiles. De no ser por Seyn habrían muerto *niños*. ¡Esa es la gente por la que se supone que los Soñadores luchan!

—No le habría mencionado la visita escolar a Staven de haber sabido que atentaría contra los estudiantes. Ya lo sabes —sus ojos brillaban por la ira.

—Y tú deberías haber sabido que le importaría muy poco. Nunca habrías podido cambiarle.

Extrañamente, los ojos azul claros de Lux brillaron tras aquellas palabras.

—Ah, eso es algo que el Imperio no entiende. Siempre queda la esperanza, Iden. Esperanza en que si dices la verdad durante el tiempo suficiente, la persona indicada la oirá y *sabrá* que es la verdad.

Algo se rompió dentro de Iden. Su gélida calma estalló en un arrebato de rabia ardiente… aunque no estaba muy segura de contra qué, exactamente.

—No estás realizando ningún progreso, ¡solo te estás ganando enemigos! —le espetó, temblando de ira—. Deja que te diga algo sobre esa maldita esperanza tuya. Justo después de que te marchases, Staven se llevó aparte a Gideon y le ordenó que te siguiera, se hiciera con la información que necesita para el resto de golpes y te matase. Staven, tu *líder,* no te escucha, Lux. Ninguno de ellos te escucha.

Pareció impactado por la noticia y, por un instante, lo vio empequeñecido y más viejo, como por fin si sus años lo hubieran atrapado. Entonces, extrañamente, sonrió y aquel envejecimiento repentino se esfumó.

—No —dijo Lux—, es evidente que él no escucha. Puede que ninguno de ellos lo haga. Pero contéstame a esto: si, como dices, y te creo… si ordenó a Gideon que me siguiera, se hiciera con la información y me matase ¿qué haces tú aquí?

—Le he dicho que te fías de mí y que quizá me mostrases dónde escondías la información. Es mucho más rápido que matarte y tener que buscarla.

—Muy razonable y cierto. Me fío de ti y no me fío de Gid. Pero creo que hay algo más, algún otro motivo por el que no quieres que esté aquí. Por lo que has querido venir sola.

Como no contestó, Lux prosiguió, dando un paso hacia ella con cautela.

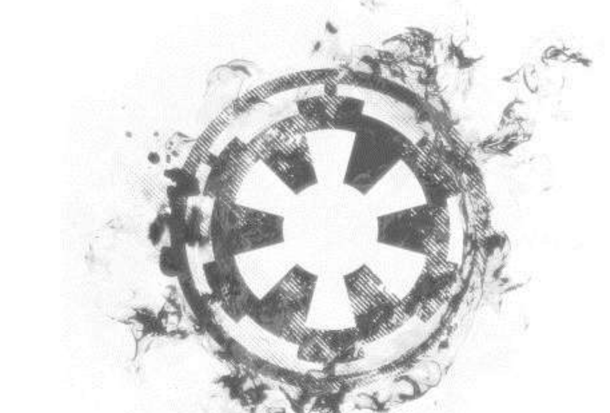
—Y, ¿sabes qué? Eso me hace tener casi más esperanzas que antes. Uno no puede dejar de tener esperanza, Iden. Aférrate a ella como si fuera tu salvavidas, porque lo es. Espera que algo de lo que hagas, o digas, sirva para algo. Mira lo que pasó con la Estrella de la Muerte. Un hombre mantuvo una esperanza durante años, guardando un secreto enorme y espantoso en su corazón, de que algún día podría contarle a alguien que aquella abominación tenía un punto flaco. Los rebeldes que robaron los planos en Scarif

murieron, pero lo hicieron con la esperanza de haber transmitido la señal a tiempo a Leia, de que llegasen hasta los rebeldes. *Esperanza*, Iden. Es la raíz de la que nace todo aquello en que creemos. Sin ella, no somos nada.

—Si lo único que tienes es esperanza, no tienes nada —dijo Iden llanamente—. Y ya sabes lo que dicen: quien vive con esperanza, muere desesperado.

Y disparó.

CAPÍTULO 28



Iden estaba batallando con sus emociones, dejándolas a un lado para ocuparse de ellas más adelante. ¿Cómo podías estar segura de una decisión y al mismo tiempo cuestionártela? ¿Cómo podía algo ser acertado y equivocado a la vez?

«No importa», se dijo. «Has cumplido lo que te ordenaron.» Llevaba bien guardada, en uno de los compartimentos de su cinturón multiusos, la valiosa tarjeta de datos. Los partisanos no podrían recuperarse de aquello. Dejarían de ser una amenaza para el Imperio, ni grande ni pequeña.

—Estoy volviendo —le dijo a Hask.

—¿Lo has hecho? ¿Tenía la tarjeta?

—La tengo a buen recaudo en el bolsillo. Solo tenemos que marcharnos y volver a casa.

—Recibido. Pero antes tengo una sorpresita para ti.

Iden frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? ¿De qué se trata?

—Está todo bajo control y no sería una sorpresa si te lo dijera. Del tiene la nave lista para despegar.

—No me gustan las sorpresas, Hask, y llegaré en diez.

Del y Hask la estaban esperando cuando llegó con su deslizadora hasta la lanzadera. Con los Soñadores.

Del estaba apoyado en la rampa, con la cabeza sobre un brazo. De los dedos de su otra mano colgaba un bláster. Tenía el cuerpo tenso, como dolorido.

Hask también empuñaba un bláster, pero sonreía mientras le hacía gestos a Iden al parar.

Los Soñadores estaban tirados por el suelo.

Iden miró los cuerpos desplomados. No podía respirar.

Staven, con la sorpresa aún en la cara, los kage, uno junto al otro, reunidos de nuevo con Sadori, Dahna había caído en una posición extrañamente elegante, con su lekku extendiéndose al lado, bailarina hasta la muerte.

Y Piikow, que parecía aún más menudo y frágil que de costumbre, carente ya de la energía de su personalidad entusiasta.

Todos lucían las inconfundibles marcas de quemadura de bláster. Estaban muertos.

—¿Lo ves? Ya te dije que era una sorpresa —dijo Hask—. Ha sido asombrosamente sencillo. Deberíamos haberlo hecho hace mucho…

Iden se lanzó sobre él, agarrándolo por la túnica y empujándolo con fuerza contra el mamparo de la nave. Hask no hizo ningún esfuerzo por resistirse y se limitó a mirarla boquiabierto, como si hubiera perdido la cabeza.

Ella recuperó el aliento de golpe.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué?

—Tranquila, capitana —la tranquilizó Hask—, estás perdiendo el control. Lo único que he hecho…

—*¡No era necesario!* —seguía clamando Iden—. ¡Somos un equipo de limpieza, no asesinos! ¡No somos asesinos! Teníamos lo que necesitábamos, la misión está cumplida, eran inofensivos. Tenías órdenes, maldito seas, y las has desobedecido. ¡*Me* has desobedecido! —respiró hondo y repitió en voz más baja—. No era necesario.

Reculó un paso, con su ira remitiendo, como una ola alejándose de la orilla, dejándola con una terrible sensación de debilidad y dolorosamente cansada. Hask tuvo el buen juicio de no decir nada más. Iden se obligó a darse la vuelta y mirar los cadáveres.

—Ya no tenemos ninguna prisa por marcharnos —dijo. Su voz le sonó monótona, como si hablase en una de aquellas salas que amortiguaban el sonido—. Los enterraremos.

—Los Soñadores dejaron a Seyn a merced de las…

—¡No somos Soñadores, Hask! ¿O te ha afectado tanto la sed de sangre de Staven que has olvidado que eres un oficial imperial?

Hask respiró hondo antes de hablar, pero Del se le adelantó.

—Capitana, teniente… tenemos compañía.

Iden siguió la mirada de grandes ojos de Del y lanzó un grito ahogado.

Hacia ellos iban unas enormes y pesadas formas humanoides, excepto por sus cabezas, perfectamente redondas y con dos puntitos de un luminescente morado oscuro.

El ruido del fuego de bláster cortó el aire y una de las formas se hizo añicos como una vasija de barro. Los pedazos cayeron al suelo, revelando más cristales contenidos en su interior. Del alargó una mano hacia Hask y le arrebató el bláster, impidiéndole disparar por segunda vez.

—No creo que nos hagan nada —dijo—, pero apartémonos de su camino.

Los tres agentes imperiales se echaron a un lado, lejos de los cadáveres, y contemplaron lo que sucedía con una mezcla de asombro y temor.

Eran cuatro, avanzando hacia la lanzadera y los seres tirados en el suelo. Más movimientos a lo lejos les revelaron que se acercaba una quinta figura.

—Son las estatuas —dijo Iden susurrando, sin saber por qué.

—Sí —Del también habló en voz baja—. Por algún motivo, se han reactivado. Pero solo son cuatro… espera, cinco.

—No parecen hostiles —observó Iden.

—Pero vienen hacia aquí —dijo Hask.

—En esa cueva hay muchísimas más —les advirtió Del—. Seguirán viniendo. Habremos agotado las baterías de los blásteres antes de que llegue la mitad —observaba, casi con reverencia, mientras las esculturas de arcilla seguían su firme avance—. Algo las ha *despertado*. Tengo que averiguar qué ha sido.

Siguieron observando. Las enormes estatuas se fueron acercando con calma, sin movimientos hostiles ni bruscos, hasta que cada una se colocó al lado de uno de los Soñadores caídos. Entonces, en perfecta sincronía, se agacharon y tomaron los cuerpos inertes entre sus brazos. Iden miraba asombrada, sintiendo su corazón repentina y extrañamente pleno, mientras las estatuas parecían acunar los cadáveres, como padres recogiendo a un hijo dormido para llevarlo a la cama.

Entonces lo mismo que las había mandado hasta allí las hizo girarse y, tan solemne y lentamente como habían llegado, volvieron sobre sus pasos.

—Me equivoqué —dijo Del—. Creía que funcionaban por telepatía. En realidad, *sí* responden a la actividad cerebral de los seres inteligentes, pero solo cuando esta se detiene.

Por eso no existían vestigios de aquella civilización antigua. Habían creado unos guardianes que se ocupaban de ellos cuando su vida se extinguía, quitando sus cadáveres de la vista, borrando quizá cualquier rastro de su existencia.

—¿Y se supone que esto es todo lo que hacen? —preguntó Hask. Hasta él bajó la voz, mientras miraban a los guardianes marcharse, llevando sus valiosas cargas y desapareciendo a lo lejos.

—Es posible —dijo Del—. ¿Qué mejor manera de organizar el fin de una civilización?

—Esto es lo que le pasó al soldado de asalto… y a Azen y a Seyn —dijo Iden—. Por eso no encontramos sus cadáveres. Estos guardianes percibieron el final de una vida inteligente y se ocuparon de ellos —hizo una pausa—. Me alegro.

—Yo también —dijo Del.

Hask no dijo nada, pero parecía más serio y pensativo de lo que Iden le había visto nunca.

Se le pasó el enfado con él, como si los guardianes también se lo hubieran llevado, y también se alegró por eso.

—Volvamos a casa —dijo la capitana Iden Versio.

La reunión postmisión fue tan dura como esperaba.

El Almirante Versio, que apenas se esforzó en disimular su decepción porque hubieran perdido a uno de sus miembros, los interrogó por separado. Iden recordó aquel momento en que había estado sentada en la oficina de su padre junto a Del, Hask y Seyn, sintiendo un nudo en el estómago y deseando ardientemente que la eligiese para liderar aquel equipo. Como la mejor entre los mejores.

Ahora tenía las manos juntas y le miraba mientras la acribillaba a preguntas. ¿Cuándo descubrió que el misterioso Mentor sin nombre era el informador? ¿Cómo desenmascararon a Azen? ¿Qué hizo Seyn para que la descubrieran? ¿Por qué Iden no se había dado cuenta de que Seyn estaba en peligro?

Siguió acribillándola, como si fuera una nave rebelde y él un caza TIE, con palabras en vez de cañones. Ella respiraba hondo antes de responder cada pregunta, con serenidad y todo lujo de detalles. Finalmente, le preguntó lo que esperaba.

—¿Quién fue responsable de la muerte de la teniente Maraña?

—La responsabilidad fue mía y solo mía —dijo.

El almirante arqueó las cejas.

—¿No crees que se lo buscó? ¿Que su propia falta de cautela le causó la muerte?

—No, señor. Era mi subordinada. Era mi responsabilidad —y aquellas palabras—. Le fallé a ella y a mi equipo —quizá no tuviera la memoria eidética de Seyn, pero sabía que jamás olvidaría su cara, aquel silencioso «sí»—. La teniente Maraña no solo era una miembro de mi escuadrón, era mi amiga. Solo espero ser tan valiente y altruista como ella cuando me toque afrontar la muerte. Estoy preparada para aceptar el castigo que sugiera.

Su padre se reclinó en su silla escrutándola.

—¿Solo tú? ¿Y tu equipo? Me parece que ellos también fallaron a la teniente Maraña.

—No soy partidaria de que se les aplique ningún castigo. Quiero resaltar que, en una sola misión, hemos detenido una filtración potencialmente desastrosa antes de que atacasen al objetivo final y que logramos crear discordia entre los Soñadores, seguramente habrían acabado despellejándose entre sí, en vez de luchar contra nosotros. La intervención de Hask para dividir las filas de los Soñadores fue muy relevante y el dominio técnico de Meeko nos permitió comunicarnos e interferir en las actividades de los Soñadores de forma habitual.

—¿Quieres decir que los agentes obedecieron tus órdenes al pie de la letra?

—Negativo, señor. Pero no pasó nada —los Soñadores vivían de prestado. Si era completamente sincera consigo misma, debía reconocer que una muerte por descarga de bláster era mejor que otros medios, particularmente cuando se trataba del Imperio—. El teniente Hask eliminó a los Soñadores por propia iniciativa. En mi opinión, creyó estar colaborando con el objetivo más amplio de la misión, una de las metas de la cual era la eliminación definitiva de todo el movimiento de resistencia partisano.

—Podíamos haberles sacado información —dijo Versio—. Lo he indicado en mi informe sobre el teniente Hask.

De repente, Iden se dio cuenta de lo poco que le habría gustado ver a Dahna o Piikow pasando por aquello e incluso a los kage o Staven. No contestó.

—La reunión con la capitana Iden Versio ha concluido —dijo su padre por la holograbadora—. Sugiero que no se realicen más pesquisas sobre la muerte de la teniente Seyn Maraña y que se le conceda el Laurel Negro por su Servicio al Imperio a título póstumo. También propongo la concesión de distinciones al comandante Del Meeko y el teniente Gideon Hask. Y a la capitana Iden Versio —desconectó la holograbadora.

Iden estaba sorprendida.

—Gracias, señor —dijo, levantándose—. ¿Da permiso para hablar libremente?

—Concedido.

—¿Cuándo puedo hablar con mamá? Supongo que ya le han contado…

—Iden.

El uso de su nombre de pila la frenó en seco. Se le atragantaron las palabras. Había pasado algo malo. No era capaz de articular la pregunta y se limitó a levantar la cabeza para mirar a su padre en silencio, suplicando para sí que no se tratara de lo que se imaginaba, lo que se temía.

—¿Por qué no vuelves a sentarte? —le dijo él.

Las palabras se le escapaban sin darse cuenta.

—No —dijo—. Prefiero quedarme de pie.

Él buscó sus ojos con la mirada y asintió.

—Como quieras. Me gustaría habértelo dicho antes, pero no teníamos forma segura ni sencilla de comunicamos con el Escuadrón Infernal hasta que hubierais completado la misión —dijo Versio, en un tono sereno—. No podíamos ponerla en peligro. Y no lo hice… —hizo una pausa y carraspeó—. Quería decírtelo en persona.

«No.»

«No…»

Sin voz, impotente, con su postura rígida como todo lo que quedaba de ella, Iden esperó.

—Su enfermedad estaba más avanzada de lo que ninguno de los dos sabíamos. Tres semanas después de que te marchases, terminó con su vida.

Siguió mirándolo fijamente, con los puños cerrados, incapaz de hablar aún.

—Zeehay nunca le tuvo mucho cariño a Vardos, así que le dimos sepultura en Svaaha, donde hizo su último encargo. Hay grabaciones de la ceremonia, por si quieres verla. Y puedo organizarte una visita a su tumba, si lo deseas.

Iden quería enfurecerse, gritar, arañarle la cara a su padre y arañarse la suya. La sonrisa luminosa de Zeehay, sus ojos cálidos, su risa alegre y desinhibida, aquellos dedos largos cubiertos de pintura… todo aquello había desaparecido.

—Murió creyendo que su hija era una traidora —su voz fue un susurro, una exhalación.

Su padre no dijo nada por un instante. Después añadió en voz baja:

—No, no fue así.

Iden lanzó un gritito ahogado, le ardían los ojos por las lágrimas. Miró a su padre como si fuera un desconocido, intentando reconciliar lo que había conocido durante toda su vida con aquellas cuatro sencillas palabras. Aquella misión era alto secreto y su padre había violado todas las regulaciones militares para hacer aquello. Sintió su corazón pleno, hermosamente pleno, aunque roto, porque aquel momento lo significaba todo, pero no cambiaba nada.

—Gracias —fue todo lo que dijo. Su padre asintió.

Se quedaron quietos, de pie, un momento.

—Eres una soldado fuerte, capitana Versio —dijo finalmente.

—Gracias, señor —contestó Iden.

El almirante se encogió de hombros y el momento pasó.

—Descansa. Os he reservado alojamiento privado para esta noche. Me pareció que apreciaríais algo de soledad después de convivir con esos… —Versio no dio con una palabra lo bastante infame para describir lo que sentía respecto a los Soñadores—. Con *ellos* —concluyó—. Tu equipo y tú debéis presentaros aquí a las nueve horas para que os dé vuestra próxima misión. Sé que es pronto, pero siempre es mejor volver rápidamente a la acción y no regodearse con nada. El Imperio necesita vuestra ayuda.

—Estoy a las órdenes del Imperio, señor.

—Lo sé. Eres una Versio. Así te he educado —hizo una pausa—. Buenas noches, capitana. Puedes retirarte.

Seguía en el Diplomat, pero esta vez en su propia habitación, en una de las plantas normales. No había guardia en la puerta, lo que agradecía enormemente. Introdujo el código, entró y dejó que la puerta se cerrase tras ella. Al hacerlo, la habitación se iluminó automáticamente.

Su mochila cayó desde sus dedos inertes al suelo enmoquetado. Respiró hondo y masculló:

—Apágalas —no podía soportar aquella luz demasiado intensa, que mostraba las cosas con demasiada claridad. Necesitaba penumbra, silencio, cualquier cosa que no fuese dura ni cruel. Incluso su piel estaba hipersensible, como descarnada al rozarse con su uniforme de lana de gáber, como si le hubieran arrancado unas cuantas capas.

En el exterior relucían infinidad de colores, manchas brillantes en una noche nunca completamente negra. Se dio la vuelta, miró por la ventana y se acostó con las piernas agarrotadas. Cuando se sentó en la cama, se sintió como si tuviera mil años, mirando nada en concreto, pero viéndolo todo.

Recordó el perfume de su madre, ligero, deportivo y limpio. Sintió sus fuertes y reconfortantes brazos rodeando su cuerpecito de niña antes de que se montase en su lanzadera con una sonrisa tranquilizadora.

Vio a Seyn en su pulcro uniforme de Inteligencia Naval, con aquella cara increíblemente joven y una expresión elaboradamente anodina. Vio sus cicatrices y aquella expresión de serena resignación en sus ojos mientras le gruñía con fingida ferocidad.

Vio a Seyn caer.

Cerró los ojos y se los tapó con las palmas de las manos, pero cerrarlos no sirvió para detener el desfile de imágenes. Pensó en los ojos brillantes de Piikow, en lo bien que se movía Dahna cuando bailaba para sí misma. En la sonrisa tímida de Sadori cuando miraba a Seyn, como si lo más maravilloso y bonito de la galaxia estuviera encerrado en el cuerpo esbelto de una joven menuda. En cómo, a veces, había visto aquella misma expresión en ojos de Staven al mirar a Nadrine.

Volvió a ver la tortura de Azen, los cadáveres que Hask le había regalado como «sorpresa» y los enormes guardianes silenciosos que los recogieron con ternura y se los llevaron para que reposasen en paz. Vio a Lux Bonteri, el senador de Onderon, dando un discurso a una audiencia de un solo miembro, en un anfiteatro ubicado a miles de años luz de allí, con una voz aún potente, llena de esperanza y determinación, a pesar de todo lo que había vivido. Vio a Tarvyn Lareka, mirándola con preocupación, mientras caminaban por un destructor estelar.

«Es mejor para todos que se haya marchado. Solo es una Versio por el apellido. Nosotros, tú y yo, somos verdaderos Versio. Y los Versio no lloran, ¿verdad?»

«No, señor», había contestado a los cinco años con la voz entrecortada por la pena. «Los Versio no lloran.»

Pero a las lágrimas les traía sin cuidado que fueras una Versio. Finalmente, llegaron, hicieron estremecer su cuerpo, provocaron que los ojos y la cara le ardieran, que su garganta se enronqueciera y liberaron su dolor, no solo por Zeehay Versio, el último recuerdo tierno que conservaría, sino por todo el sufrimiento, todo lo que se había destruido, lo que se había arruinado. Todo lo que había perdido, desde la mujer que la había llevado en su seno hasta la infancia que no había tenido.

Y cuando ya había gastado todos los sollozos y sus lágrimas se habían secado, dejándole un rastro salino en la cara como evidencia de su dolor, el mundo volvió a ser como antes. Las luces seguían moviéndose tras la ventana. La cama seguía siendo blanda y las sábanas limpias, aunque la almohada estuviera húmeda.

Su respiración se ralentizó. Era la primera vez que lloraba desde la noche que su madre se había marchado de Vardos, cuando de niña se había acurrucado, acallando sus sollozos con la almohada, y había llorado por la madre que nunca regresó y que ya no volvería jamás. Pero había muerto en paz y, de alguna manera, Iden sabía que todo saldría bien.

A pesar de tener la dolorosa certeza de que nunca jamás podría volver a dormir, el sueño se apoderó de ella.

En sus sueños, las shin'yahs lloraban sobre el agua y sus hojas se desangraban en carmesí.

EPÍLOGO

La siguiente misión del Escuadrón Infernal fue sencilla. Alguien estaba chantajeando a un moff de un mundo remoto. El equipo debía localizar y neutralizar a los chantajistas y recuperar todas las pruebas de los pecados del moff. Inteligencia Naval tenía un informe que revisaron por el camino.

Una misión sencilla y clara. Iden se alegraba.

Llegó pronto y subió a bordo de la *Corvus* esbozando media sonrisa. Examinó la nave de proa a popa, con renovada admiración por sus estilizadas y eficientes líneas después de tanto tiempo entre chatarra.

Fue hasta su camarote y sacó la botella de su mochila. Era cara, pero no se arrepentía de un solo crédito gastado. La dejó sobre el catre de Seyn. «Siempre estarás con nosotros», pensó. «Siempre serás una miembro del Escuadrón Infernal.»

—Oh, perdone, capitana. No me había dado cuenta de que estaba a bordo.

—Descanse, agente —dijo Iden—. Pasa, Del.

—Me alegro de estar de vuelta —Del suspiró, mirando la nave como si fuera un viejo amigo. Iden supuso que para él lo era. Para todos, en realidad. Él miró la botella y la cama sobre la que Iden la había dejado.

—Sigue doliendo —dijo en voz baja.

—Probablemente no deje de doler nunca —contestó Iden.

Del se sentó en su cama con los codos sobre las rodillas. Bajó la vista un minuto y después la levantó para la mirarla.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Extraoficialmente? No tienes que responder, si no quieres.

Iden se puso rígida automáticamente, pero se obligó a relajarse. Era Del, su amigo, su compañero, el que no la había fallado nunca, el que siempre era amable.

—Adelante —contestó.

Del se rascó la nariz.

—En realidad no es una pregunta, exactamente…

—Del.

Este la miró con sus cálidos ojos marrones.

—Cuando volviste la noche que nos marchamos, mientras subíamos la rampa, vi tu bláster —hizo una pausa—. Estaba en modo aturdir.

Iden no contestó.

—No mataste al Mentor, ¿verdad?

Siguió sin contestar. Del esperó un momento, asintió y decidió dejarlo así.

—Ya te he dicho que no tenías que contestar, ¿verdad?

—Me parece que ya lo sabes —le dijo Iden.

Del volvió a asentir.

—Yo… unos días antes de marcharnos… —dijo y levantó la vista hacia ella, muy serio—. Estaba pensando en la forma de conseguir el tratamiento que requería Piikow.

Iden sintió que algo dentro de ella se ablandaba. Sonrió a Del y se llevó un dedo a los labios. «Shhh.»

—¡Permiso para subir a bordo, capitana! —llegó la voz de Hask con fuerza y alegría.

—¡Concedido, teniente! —gritó ella. Hask entró con paso vivo pero, como Del, se detuvo al ver la cama de Seyn.

Mientras se sentaba en su propio catre, Iden descorchó el whisky tevraki y sirvió chupitos para los tres. Mientras los repartía, les dijo:

—Sé que todos recordamos aquella noche en la suite, cuando hicimos nuestro primer brindis. Entonces no sabíamos qué nos esperaba. No sabíamos qué íbamos a peder ni, lo más importante, a quién, pero cumplimos la misión. Los Soñadores ya no existen. Seyn Maraña dio su vida para asegurarse de eso y ¡nosotros honramos su sacrificio encargándonos de que se hiciera realidad.

Hizo una pausa. Del carraspeó y se encogió de hombros. De su boca salió una cacofonía de sonidos extraños… un galimatías que, extrañamente, les resultaba familiar. Lo miraron inquisitivamente y él sonrió, ligeramente avergonzado.

—Fue el brindis de Seyn —explicó—. Sobre desgarrar la carne de nuestros enemigos. El que hizo aquella noche. Le pedí que me lo enseñara y, bueno, tenía razón… el ahak maharr *es* muy difícil de pronunciar sin colmillos.

Todos rieron y se sintieron felices. Seyn lo habría aprobado. Los tres se bebieron sus chupitos, Iden volvió a rellenarlos y levantó el suyo.

—Por el mejor equipo que el Imperio ha creado jamás —dijo, convencida de la veracidad de sus palabras.

»¡Por el Escuadrón Infernal!

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro surge de la nada, lo que solo se acentúa en novelas derivadas de sagas mediáticas y esta en particular.

Me gustaría darle mi más sentido agradecimiento a mi maravillosa editora, Elizabeth Schaefer, que fue muy paciente conmigo durante la redacción de este libro y se mostró muy entusiasta con cada borrador que le fui mandando. Le debo una caja de whisky tevraki.

Muchísimas gracias también a muchas personas que trabajan muy duro para *Star Wars,* desde mi amiga y Editora General Shelly Shapiro, el Director de Producción Erich Schoeneweiss, el Editor Asistente Tom Hoeler y la Diseñadora Liz Eno, la Editora de Producción Nancy Delia, hasta el Director Adjunto de Publicidad de Del Rey, David Moench.

Un agradecimiento entusiasta a los de Lucasfilm: la Editora Ejecutiva Jennifer Heddle y los maravillosos chicos del Grupo de Argumento, Pablo Hidalgo, Leland Chee, Matt Martin, Steve Blank, Douglas Reilly y James Waugh.

Por último, aunque no por eso menos importante, gracias a la gente de EA, Motive y DICE, que estaban tan emocionados con este libro como vosotros con el juego. Y un gran aplauso para Walt Williams y Mitch Dyer, por su fabuloso guión, que dio vida a los miembros del Escuadrón Infernal.

Muchas, muchísimas gracias. Ha sido un honor formar parte de esto.

SOBRE LA AUTORA



CHRISTIE GOLDEN es una autora galardonada y superventas del *New York Times* con más de cincuenta novelas y más de una docena de relatos cortos de los géneros de la fantasía, ciencia ficción y terror. Sus obras vinculadas a sagas mediáticas incluyen el lanzamiento de la línea Ravenloft en 1991, con *El vampiro de las nieblas*; más de una docena de novelas de *Star Trek*; la novelización de varias películas; las novelas de *Warcraft. El ascenso de la horda, El señor de los clanes, Arthas: La ascensión del rey exánime* y *Crímenes de guerra*; la de *Assassins Creed: Heresy;* además de *Star Wars: Discípulo oscuro* y las novelas *Omen, Allies* y *Ascensión* de la serie *Star Wars: Fate of the Jedi*.

En 2017 recibió el premio Faust de la International Association of Media Tie-in Writers, que la nombró Gran Maestra en reconocimiento a más de un cuarto de siglo escribiendo.

christiegolden.com
Twitter: @ChristieGolden
Encuentra a Christie Golden en Facebook